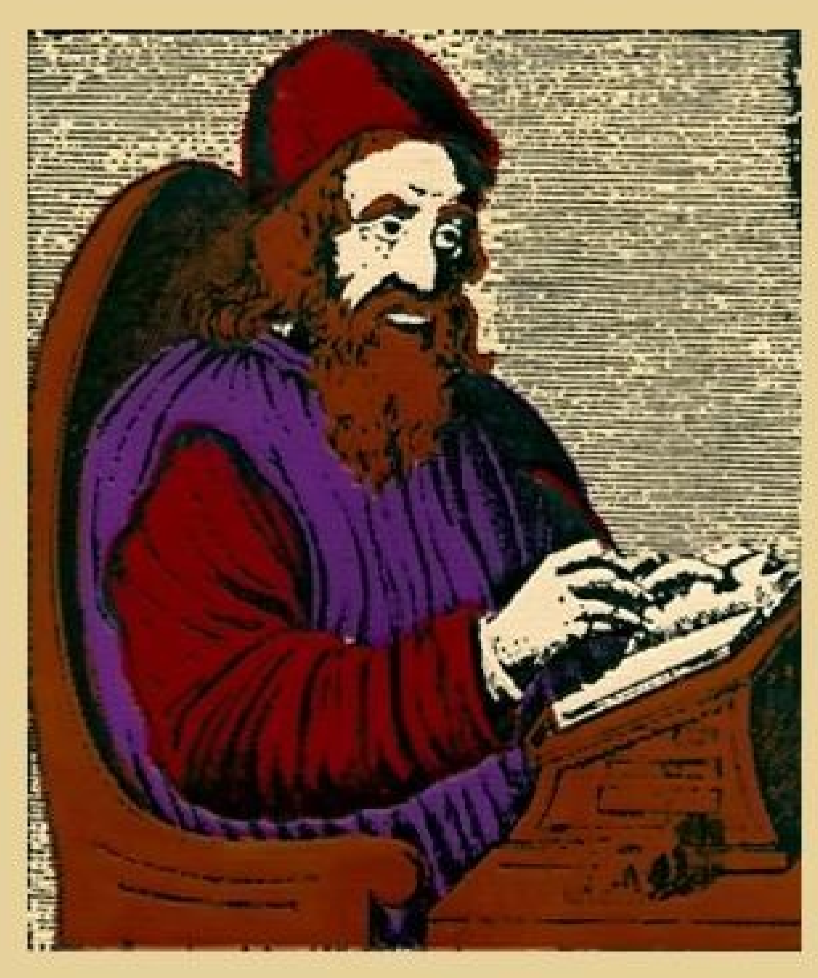
Guy Bechtel

LOS GRANDES LIBROS MISTERIOSOS





Estudio de las grandes muestras de la literatura religiosa y esotérica mundial, perdidas, ocultas o destruidas. En Los grandes libros misteriosos, del historiador y periodista Guy Betchel (1931), aparecen nombres relevantes del ámbito de lo mistérico y lo escolástico. ¿Qué mano, desde hace siglos, se ensaña en incendiar los compendios del conocimiento? es una de las preguntas que se hace el autor, también hace mención sobre la censura y la inquisición a la que se han sometido a los libros en todas las épocas y de distintas formas. Comienza con una introducción que sienta las bases de lo que se va a desarrollar en los restantes, esta vez, con nombres propios. Obras no tomadas en su conjunto sino, de forma más acertada, centrándose en alguno de sus componentes.

Guy Bechtel

Los grandes libros misteriosos

ePub r1.0
Titivillus 03.01.2022

Título original: *Les grands livres mysterieux*
Guy Bechtel, 1977
Traducción: R. M. Bassols

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«Hay otros mundos, pero están en éste»
ELUARD

EL MISTERIO Y LA MALDICIÓN

¿Qué había en los papiros de Alejandría y por qué fueron quemados? ¿Qué mano, desde hace siglos, se ensaña en incendiar los compendios de conocimientos? ¿Es siempre por casualidad? ¿O habremos de pensar si tal vez la maldición que parece pesar sobre las bibliotecas, sean egipcias, romanas, chinas, israelitas o masónicas, tiene unas causas reales, voluntarias?

Jacques Bergier sostiene la tesis de que existe «una santa Alianza contra el saber[1]». Sin llegar hasta pretender, como él, la existencia de esos «hombres de negro» consagrados encarnizadamente desde hace siglos a una cierta censura, no podemos por menos que sorprendernos por la acumulación de desgracias tan extraordinarias sobre ciertos escritos. La hipótesis de la destrucción voluntaria encuentra sólidos argumentos. En rigor, podemos negar que se trate de una cosa sistemática, pero no cabe ignorar que es un azote al menos parcial. La Iglesia romana nunca ha ocultado haber prohibido y haber quemado libros. Concilios muy oficiales han condenado obras. Y se han publicado regularmente *Index* muy detallados de los libros a «prohibir», según el suave eufemismo utilizado entonces[2].

No es menos oficial y sabido que Napoleón odiaba a los intelectuales. Joseph de Maistre perseguía encarnizadamente ciertos libros. La historia rusa, sobre todo a fines del siglo XIX, menciona también de una manera muy oficial documentos, periódicos y diversos escritos a buscar y destruir. La Policía zarista, la famosa *Ojrana* pasó gran parte de su tiempo censurando y destruyendo ediciones de obras. El régimen hitleriano, asimismo, estableció la famosa «lista Otto» que contenía todas las obras a retirar de las librerías tanto nuevas como de lance. Lo que había salido de manos judías debía ser aniquilado, pero también algunas obras científicas, técnicas, hasta incluso «excéntricas[3]» totalmente «arias» o supuestamente tales. Ningún dominio parece haber escapado a esta persecución, ya que numerosos libros que trataban del ocultismo y de la francmasonería fueron también condenados por el furor nazi.



En mayo de 1933, los nazis quemaron en Berlin libros el la Plaza de la Ópera.

¿Se dirá que las obras buscadas por la Policía de Napoleón, de Hitler o de Nicolás II eran perseguidas sólo por razones políticas? Entonces no cabe otra conclusión que todo era político a sus ojos. Y esta afirmación es evidente. En la medida en que las grandes ideologías totalitarias tienen todas el carácter de verdaderas religiones —definiendo no sólo órdenes políticos, sino estableciendo un orden a secas con un lugar preciso y asignado a cada cosa y a cada ser—, estaba inscrito en su destino querer fosilizar ciertos conocimientos y detener el pensamiento.

Considerándolo bien, éste es el destino de todas las tiranías. Todo régimen que implica una verdad, la del hombre ario, la del Estado, o la del Partido, es por esencia «bibliófobo»: odia los libros. Es por ellos por donde vienen siempre el cambio, la idea nueva, las tentaciones, la intoxicación, la revolución de los espíritus o de las cosas. Basta con recordar el papel del

movimiento enciclopedista del siglo XVIII para convencerse de ello. Así, el libro es el vehículo del conocimiento, y el conocimiento es el enemigo de aquel que pide confianza u obediencia. Por lo tanto, el libro ha de ser destruido o, cuando menos, vigilado, enderezado, limitado, encuadrado...

¿Qué es un libro misterioso o maldito?

Dicho esto, entre el proceloso mar de los libros hemos querido buscar aquellos que, más que todos los demás, han ofrecido u ofrecen aún los signos del misterio o de la maldición.

Por desgracia, algunos campos nos están prohibidos. ¿Cómo saber, por ejemplo, lo que la Iglesia guarda en las reservas (los «infiernos») de la Biblioteca Vaticana y que nunca ha sido comunicado? Ningún laico penetra allí. ¿Cómo recuperar los libros y los manuscritos que debían utilizar esos viajeros occidentales que iban a asistir en la Edad Media a los cursos de la más misteriosa de las «universidades» africanas, la de Tombuctú? No queda nada de ellos. ¿Cómo descubrir los libros que imprimieron los misioneros alemanes en el Congo en pleno siglo XVI? Se han perdido. ¿Y qué decir de literaturas enteras que no han llegado hasta nosotros, o que no sabemos leer, como la literatura de los cretenses o la de los etruscos? No podemos recuperar lo que se ha perdido para siempre. Pero, fieles al principio de dar un ejemplo de todo caso posible, de todo campo afectado por lo extraño o la maldición, hemos intentado demostrar cómo ciertos manuscritos muy antiguos fueron encontrados, y arrancados a la condena de un silencio que parecía eterno.

Otro criterio de maldición nos parece que está constituido por la acogida hecha, en su misma época, a ciertos libros. Teníamos que hablar de las hogueras de la Inquisición y de las censuras. Éstas son, por lo demás, ejercidas en todas las épocas en distintas formas. Está la censura simple: un libro es condenado a no aparecer o a ser destruido. Hay también censuras más sutiles: el libro ha sido publicado, pero se hace el silencio respecto a él.

Otro problema se planteaba por lo que concierne a los innumerables libros religiosos, pero nosotros no los hemos retenido como tales. Así no trataremos, por ejemplo, del *Corán*, en el que sería precisa mucha perversión del alma para considerarlo un libro misterioso. Obras que plantean muchos problemas históricos, morales o etnológicos, como los cuatro grandes *Vedas*, los

Upanishads, el *Tao Te King* y otros grandes monumentos del pensamiento oriental, tampoco son nuestro tema.

La Biblia, como tal, es decir en su conjunto, no parece tampoco incumbir a este estudio. Sabemos que no es una obra compacta, sino una colección de escritos muy diferentes tanto por sus temas como por sus fechas de composición, las intenciones y los autores. ¿Qué habría de maldito o de misterioso en el *Cantar de los Cantares*, cántico admirable en el que no reinan en absoluto las tinieblas? Los mismos Evangelios, que no dejan de plantear infinitos problemas —la existencia histórica de Jesús es a veces discutida— exigen otro orden de reflexión.

Sin embargo, en la Biblia o entre los apócrifos, algunos libros seguramente tomados en sí mismos son profundamente misteriosos o pueden ser considerados así. El *Génesis* o el *Libro de Enoc* parecen verdaderamente libros extraños que llevan un mensaje secreto. En este sentido, y pensando en libros de este género, Raymond Abellio ha podido titular una de sus obras: *La Biblia, documento en clave*[4].

Centenares de trabajos, consagrados a su interpretación o a su desciframiento —como los de la Cábala durante siglos—, atestiguan claramente que esos libros siguen siendo en nuestras manos como guijarros extraños, admirablemente coloreados pero impenetrables.

Así pues, estudiaremos, aunque sea modestamente, el mensaje que puedan contener, los signos que ofrecen o que son en sí mismos. No podríamos callar, por ejemplo, todas las reflexiones que despiertan, desde hace unos treinta años, en la hipótesis que los considera como posibles testigos de un conocimiento muy avanzado que un día habría desaparecido.

El saber de los hombres desaparecidos

Muchos autores modernos —acusados a veces un poco ligeramente de hacer ciencia-ficción— se han dedicado a sostener que la Humanidad conoció, hace algunos milenios, una civilización de un nivel elevadísimo, que fue abolida súbitamente. Todo es misterioso en esta cuestión. ¿Cuándo habría vivido esta civilización? Hace unos 10.000 años, se responde generalmente. ¿Qué sabía hacer? En esto las opiniones son diferentes. Algunos le atribuyen realizaciones técnicas que llegan hasta el maquinismo más complejo. Otros creen, por el contrario que supo prescindir de la palanca mecánica y que sólo por medio de la mente lograba un dominio total. ¿Cuáles fueron esos

conocimientos y de dónde los sacaron esos hombres misteriosos? ¿De sí mismos o de una revelación? Todas las tesis y todas las antítesis han sido sostenidas a este respecto, tanto las más absurdas como las más sutiles[5].

El argumento más fuerte de estos investigadores reside justamente en los testimonios que nos habría dejado esa civilización, a saber, todos aquellos objetos, libros y relatos míticos que han quedado como esfinges misteriosas y de los que no sabemos gran cosa: los mapas de Piri Reis, la alquimia, algunas esculturas precolombinas, etcétera. En este almacén de baratillo encontramos el *Libro de Tot*, que mucha gente se jacta de haber poseído, pero cuyo rastro se ha perdido. Están también los escritos atribuidos a Hermes Trimegisto y que, por su parte, tienen el mérito de seguir siendo accesibles, ya que no comprensibles. Hablaremos, en particular, del *Corpus Hermeticum*.

No obstante, no nos dedicaremos a confeccionar un catálogo de libros *raros*, por ejemplo una bibliografía de los libros consagrados a la magia, a la brujería o a la alquimia. Sería un trabajo ímprobo y se apartaría del tema. Pero en alquimia, por ejemplo, nos preguntaremos qué puede significar el más misterioso de los escritos, el famoso *Mutus Liber*, el «Libro Mudo» que no consta de ningún texto, sino simplemente de quince planchas grabadas en el siglo XVII por un autor cuyo nombre no se conoce siquiera y que contaba en imágenes una extraña operación.

Por qué toda profecía es maldita

Así pues, comenzaremos a tomar contacto con esos autores misteriosos de los que no se sabe nada o casi nada hasta el punto de preguntarse si efectivamente vivieron. ¿Quién era Zoroastro, llamado Zaratustra? ¿Quién era Fulcanelli?

Asimismo nos detendremos en una cierta magia, en la medida en que obras nacidas de ella hoy son todavía misteriosas: los grandes libros mágicos cristianos con sus técnicas operativas, como las *Clavículas de Salomón*, y muchos otros que nos han dejado otras civilizaciones y que contienen un mensaje destinado a ir más allá de lo sensible.

Por último, algunas profecías serán objeto de nuestra atención. En todas las épocas, se ha predicho el futuro, a veces con una extraña presciencia. ¿Para qué podían o pueden aún servir tales libros y cuándo y cómo han sido

comprendidos? Sí, hay un misterio en Nostradamus, como hay otro, mayor aún quizás, en Paracelso previendo, en el siglo XVI, el fin de las monarquías.

Los libros de profecías pertenecen doblemente al terreno que nosotros queremos estudiar porque fueron (con frecuencia) al mismo tiempo misteriosos y malditos, misteriosos por su contenido y malditos porque fueron, llegado el caso, perseguidos y destruidos. El mensaje que llevaban anunciando las cosas futuras no podía resultar más que insolente a los ojos de algunos que creían dirigir el destino del mundo.

Volveremos a encontrar la maldición en muchas obras que se han querido destruir, que a veces sus propios autores han tratado de destruir. Así se explica que el *Discurso de los Brujos*, de Boguet, sea tan raro. Hablaremos también de ese asombroso personaje que fue A.-V.-C. Berbiguier de Terre-Neuve du Thym, el hombre más maldito que ha existido, ya que dedicó tres volúmenes a describir la persecución que le imponían unos duendes extraños.

Saint-Yves d'Alveydre, a fines del siglo XIX, ofrece también materia para serias reflexiones cuando sabemos en qué condiciones fue escrita, destruida y posteriormente vuelta a publicar una de sus obras capitales, *La Misión de la India*, en la que anunciaba del modo más explícito hechos extraordinariamente misteriosos, como la aparición de un nuevo comunismo en China unos cien años más tarde, es decir, a mediados del siglo XX.

Estos ejemplos y muchos otros llevarán a trazar una verdadera reseña histórica de la destrucción de los libros, y a veces, de su recuperación. Veremos también si la tesis de Jacques Bergier sobre la conspiración general contra ciertos escritos tiene alguna posibilidad de apoyarse en sólidos argumentos o no. Es una larga y delicada investigación policial a la que haría falta entregarse para responder y cuyos testigos tienen a veces más de dos mil años.

LOS ESCRITOS DE HERMES TRIMEGISTO

Todo empieza con el *Libro de Tot*, dios de la mitología egipcia, que lo habría inventado casi todo y, en particular, la escritura. Según la tradición, un día quiso dar a los hombres los conocimientos secretos necesarios para el dominio de la Naturaleza y los resumió en un papiro, recopilación de todos los conocimientos y todas las recetas, que posteriormente se habría transmitido entre sacerdotes e iniciados durante siglos.

¿De cuándo dataría este papiro y en qué época habría vivido Tot? Nadie, por supuesto, sabe nada al respecto. Algunos de los que más tarde pretendieron haber poseído este papiro lo hacen remontar a 10.000, incluso hasta 20.000 años. Los dioses no tienen una cronología segura...

El asunto se complica debido a que la egiptología es un coto cerrado en el que, desde hace mucho tiempo, se enfrentan sabios oficiales, soñadores, místicos, charlatanes, poetas y seres originales. El combate resultó especialmente vivo en el siglo XIX y en el primer cuarto del siglo XX, cuando Egipto parecía aún la cuna de todas las civilizaciones, es decir antes de que se efectuaran los grandes descubrimientos arqueológicos de la región de Ur, de Assur y, actualmente, de Turquía. Antes de saber —hace menos de diez años — que ya habían existido grandes sociedades urbanas en el sexto milenio antes de Jesucristo, muchos pensadores estudiaban el «milagro» egipcio. ¿Cómo pudo una civilización de este tipo nacer a comienzos del tercer milenio y llegar a realizaciones considerables?

Los egiptólogos clásicos advertían la clara diferencia existente entre la sociedad neolítica y la sociedad egipcia, pero creían que el paso se había efectuado insensiblemente, gradualmente. Los investigadores más independientes, a los que Jacques Bergier llama «románticos», se inclinaban más bien por la hipótesis de Tot, es decir por una especie de revelación hecha a los hombres en un cierto momento, una revelación venida del exterior, por supuesto, y que les habría abierto las puertas del saber. A esta última escuela

de pensamiento hay que vincular a René Schwaller de Lubicz y C. Daly King[1].

Un mensaje a los hombres

Lo enojoso es que, aunque muchas personas y textos hablan de ese famoso papiro, nadie parece haberlo tenido nunca en sus manos, al menos de una forma duradera. Parece haberlo perseguido una especie de maldición. Es curioso señalar aquí una semejanza con el *Génesis*, en el que el conocimiento también genera desgracias. Al tocar el árbol del Bien y del Mal y al comer la manzana el primer hombre se condena y condena al mismo tiempo a su descendencia a una vida difícil.

En tales incertidumbres, hagamos un balance de lo poco que sabemos. De Tot existe al menos una descripción física. La mitología egipcia lo presenta como un hombre con cabeza de ibis sosteniendo los instrumentos de la escritura, el estilete y la tablilla. Es asimismo simbolizado por la Luna y un simio. Se nos dice que ese asombroso escriba habría sido en cierta manera el portavoz del Gobierno de los dioses cuyos decretos consignaba por escrito. Él habría sido también el dios de los mundos subterráneos.

Consagrado a la escritura, habría redactado un buen día los puntos esenciales del saber operatorio y habría hecho donación de ellos a los hombres para permitirles cambiar su estado y convertirse en reyes de la creación. Pero este documento extraordinario habría entrañado una serie de desgracias.

El primer texto seguro que menciona el *Libro de Tot* parece ser el papiro de Turis, el cual, descifrado, fue publicado en París durante el Segundo Imperio. Hecho curioso, este papiro nos cuenta precisamente una historia mágica que acaba mal. Una conspiración de altos dignatarios habría sido urdida contra el faraón de la época al que se quería hacer morir mediante un hechizo lanzado sobre una estatuilla de cera hecha a imagen suya. Advertido del complot, el soberano respondió con la ejecución de cuarenta notables y ocho damas de la corte. Para que semejante maquinación no volviera a producirse decidió destruir por el fuego el famoso *Libro de Tot* en el que probablemente los conspiradores habían aprendido los medios mágicos para su obra.

Un apasionado de la magia bajo Ramsés II

Muchas otras aventuras esperaban a este libro maldito. Un papiro demótico de la época de los Ptolomeo, conservado en el Museo del Cairo, nos cuenta unos hechos extraños. Relata la vida del príncipe Setna (Jamoisit), hijo de Ramsés II, sacerdote de Path en Menfis, que se había apasionado por coleccionar manuscritos y tratar de descubrir los misterios del mundo oculto.

Setna, para lograr penetrar en los secretos cuya posesión era el objeto de toda su vida, acumulaba los textos antiguos con maneras de arqueólogo moderno. Hacía abrir las tumbas y recogía los *Libros de los muertos* y otros rollos de papiro que podía descubrir. Pero por más que su biblioteca aumentaba, no llegaba al conocimiento absoluto. Seguía faltándole una obra, el *Libro de Tot*, el único que le habría proporcionado la luz definitiva.

Por un golpe de gracia, finalmente, lo descubre, precisamente en una tumba de la región de Menfis. Pero la religión es formal No tiene derecho a apoderarse de los viáticos dejados a los muertos para el gran viaje. Desprecia, sin embargo, esta ley divina y se apodera del libro. Los fantasmas de los muertos están allá para impedirlo. Le advierten de su crimen y lo ponen en guardia. Setna huye llevándose el precioso libro de magia.

Los espíritus no lo abandonan rodeándolo más que nunca y siguiéndole paso a paso. Setna empieza a dar señales de locura al ver que la maldición no es una palabra vana. Su razón se extravía cada vez más. Su padre, el faraón Ramsés II, se inquieta por estos hechos y le da consejos. No tiene más que una solución para tranquilizar a los espíritus: reparar el mal que ha hecho. Debe expiar el sacrilegio y reconciliarse con los fantasmas de los muertos y los dioses. Esto quiere decir que ha de hacer transportar a la tumba de Menfis los cuerpos de la mujer y del hijo del difunto que están enterrados en Coptos. Es preciso también devolver el *Libro de Tot* a su lugar, en la tumba. Setna acepta estas condiciones y el extraordinario manuscrito vuelve al reino de las sombras. Pero la maldición, sin embargo, persiste. Setna no sucede a su padre, sino que muere antes que él. Verdad es que Ramsés II perdió trece hijos. Fue el decimocuarto, Mineptah, el que subió al trono.

En cualquier caso, Tot y su libro habían vuelto al misterio. Otro papiro egipcio descubierto en el siglo XX afirma, por otra parte, que los manuscritos sagrados y aquellos que los compusieron estarán eternamente ocultos:

En cuanto a esos escribas de gran saber que han venido después que los dioses, sus nombres seguirán viviendo cuando hayan desaparecido, cuando

sus padres sean todos olvidados (...). No se han elevado de pirámides de cobre, con baldosas unidas por grapas de hierro. Los libros del Saber eran sus pirámides, la pluma de caña su hijo y la superficie de la piedra su esposa. Un libro es más peligroso que una estela grabada o que la muralla sólida de una tumba.

Otro texto también nos habla del *Libro de Tot*. Es la famosa «estela Metternich», llamada así porque, en una época en que la arqueología se mezclaba a veces con la política, Mohamed Alí Bajá la regaló al gran hombre de Estado austríaco. Este texto fue grabado, por lo que se sabe, en el año 36 a. de J. C., lo que demuestra que en aquella época relativamente reciente en la historia de Egipto el manuscrito seguía excitando las mentes. En cualquier caso, leemos el anuncio de una nueva destrucción. El propio Tot, disgustado quizá por el uso que se da a su propio libro, anuncia que lo hace destruir y que expulsa al demonio Set y a los señores del Mal.

Un misterio en unos naipes

Desde entonces, ningún texto serio nos habla con precisión del *Libro de Tot*. Éste conocerá, sin embargo, un nuevo período de popularidad en el siglo XVIII y comienzos del XIX. Un buen número de magos o de ocultistas occidentales pretenderán, si no haberlo tenido, al menos haberlo conocido. Así, lo hallamos mencionado en Lenain, autor de *La Ciencia cabalística o el Arte de conocer los buenos genios según la doctrina de los antiguos magos egipcios, árabes y caldeos* (Amiens, 1823). Etteilla, cuyo verdadero nombre era Alliette, peluquero y cartomántico de la época revolucionaria, publicará también numerosos tratados en los que hablará en términos más o menos vagos del *Libro de Tot: el Código práctico de la cartomancia egipcia o los Principios de la permutación de los setenta y ocho folios del Libro de Tot* (1785), el *Curso teórico y práctico del Libro de Tot* (1790), y el *Diccionario sinonímico del Libro de Tot* (1791).

En realidad, estamos a partir de ahora en plena leyenda, y aunque algunos siguen creyendo que puede existir en la actualidad una copia del peligroso papiro, parece bastante claro que ni Cagliostro, ni el conde de Saint-Germain, ni Lenain, ni Alliette lo han tenido nunca.

A propósito del último citado, Alliette, conviene explicar tal vez cómo el destino del *Libro de Tot* ha terminado en vulgar cartomancia. Abordamos

aquí otro avatar del papiro. Había, en efecto, algo contradictorio en la historia de este manuscrito tal como la hemos resumido. No se habla más que de destrucciones sucesivas condenándolo todo el mundo a la hoguera: los sacerdotes, los faraones, los dioses y el propio Tot. Pero se dice también que este libro, compuesto por mano divina, era por definición indestructible. De ahí surgen dos teorías. Para unos, puesto que no podía ser destruido, el *Libro de Tot* sigue existiendo en alguna parte, piadosamente conservado quizá por una o varias sociedades secretas. Para otros, Tot destruyó completamente su libro, pero dejó de él a los hombres una especie de resumen incomprensible en forma de figuras, el juego del tarot.

Esta última tesis fue, en todo caso, expuesta por un auténtico sabio de su época, Antoine Court de Gébelin (1728-1784), en una obra que rebosa erudición, publicada en nueve volúmenes con el titulo de *El Mundo primitivo*. Así, las setenta y ocho cartas del tarot serían el último vestigio del *Libro de Tot*. Este juego aparece mencionado por primera vez en Francia en el siglo XIV, cuando en 1392 fue reproducido para diversión del rey Carlos VI. Se dice «reproducido», lo que permite pensar que tal vez era anterior... Lo esencial de la magia de Tot estaría, en particular, inscrito en las veintidós láminas que constituyen los «arcanos mayores»: el Malabarista, la Papisa, la Emperatriz, el Emperador, el Papa, el Enamorado, la Carretilla, la Justicia, la Ermita, la Rueda de la Fortuna, la Fuerza, el Ahorcado, el Arcano sin nombre, la Templanza, el Diablo, la Casa de Dios, las Estrellas, la Luna, el Sol, el Juicio, el Mundo y el Loco.

El simple enunciado de esos nombres induciría a creer que la magia cristiana se mezcló aquí con la magia egipcia. De todos modos, el lector interesado podrá remitirse a los innumerables estudios publicados en todas las épocas, e incluso hoy, sobre el Tarot iniciático[2]. ¿Acaso el propio André Breton no ha dedicado uno de sus libros más bellos al *Arcano 17?* Por bellas que sean esas figuras, por grande que sea su alcance, por extraño que sea su mensaje, escapan de nuestro objetivo ya que unos naipes no constituyen un libro. Hemos de dirigir nuestra atención hacia otra descendencia del papiro de Tot: la que lleva el nombre de un autor igualmente misterioso, Hermes Trimegisto.



Un retrato imaginario de Hermes Trimegisto, realizado en el siglo XVII.

Un matrimonio greco-egipcio

Para explicar este pasaje, tal vez haya que recordar cómo se helenizó Egipto. Fue obra de Alejandro Magno, en el año 332, y después de su muerte, de la dinastía de los Ptolomeo, descendientes de uno de sus generales. Bajo esa dinastía, lejos de conocer la decadencia que habría podido surgir como consecuencia de una colonización, Egipto floreció. Lo esencial de la vida del país se concentró en Alejandría, que se convirtió en la metrópoli de las

ciencias combinadas del antiguo Egipto y de Grecia. Heredó a la vez de Atenas y de Menfis. Allí se buscó, más que en cualquier otra parte, la conciliación de las teorías de Platón y de Aristóteles. Incluso Roma que hizo de Egipto una simple provincia, y el cristianismo, que llegó con san Marcos, no cambiaron el estatuto de lugar espiritual destacado de aquella región. Prácticamente hasta la conquista árabe (638-640), Egipto siguió siendo tierra filosófica entre todas, lugar de encuentros y de intercambios de ideas, marmita genial en la cual hervían los chorros de todos los pensamientos.

Es en este Egipto, donde todo se mezclaba en la síntesis helénica, donde nacieron, entre los siglos I y III, los escritos atribuidos a Hermes Trimegisto, recopilados con el nombre de *Corpus hermeticum*. Hermes se vio confundido con el dios Tot y esos libros secretos, hechos de piezas y de fragmentos a veces un poco absurdos, se resienten de la mezcla de civilizaciones que indica esta asimilación. Sin duda podemos encontrar en ellos elementos propiamente egipcios, pero todos situados bajo nuevas y plácidas perspectivas, las de la filosofía helénica y de la gnosis. Esta última, que definía el conocimiento supremo como un medio de elevación espiritual, hizo también buenas migas con el hermetismo popular y local que dio origen, en el mismo período, a muchas obras alquímicas, mágicas, astrológicas, etc.

Justamente en la medida en que el *Corpus hermeticum* procede de textos locales, reservados en su origen a la casta sacerdotal y posteriormente traducidos al griego con interpolaciones e interpretaciones nuevas, es preciso decir brevemente unas palabras acerca de las prácticas y creencias egipcias de esa época.

Como Hipócrates[3], los egipcios creían en la influencia de los astros sobre el hombre y cada astro estaba consagrado a un órgano particular. Esta doctrina la encontramos en los rituales funerarios, ya que cada miembro del difunto estaba situado bajo la protección de un dios particular. Râ velaría por la cabeza, Anubis cuidaría de la nariz y los labios, la diosa Hathor de los ojos, la diosa Selk protegería los dientes, Mu los cabellos; la diosa Neith las rodillas, Ptah los pies; y así sucesivamente.

Este ejemplo, elegido entre muchos otros, quiere demostrar hasta qué punto los dioses formaban parte de la vida cotidiana y, más aún, cuánta correspondencia había entre el hombre y el Universo. Cada hombre estaba incluso ligado a una estrella particular y vínculos constantes unían los seres, las cosas y las divinidades. La enfermedad no podía entonces ser curada más que gracias a una armonización con ciertos elementos, teoría que volveremos

a encontrar, más elaborada todavía cuando tengamos que tratar de los libros misteriosos del siglo XVI, los de un Paracelso, por ejemplo, o de los grandes libros mágicos cristianos que como el pensamiento egipcio, se basan en una permanente correlación de las cosas entre sí.

Un dios viene a contar la Génesis

En este clima es donde hay que reponer el *Corpus hermeticum*, no siendo el hombre un individuo solitario, sino la parte de un Todo, igual que su estrella no es más que un engranaje dentro de la gran mecánica celeste.

Tot, pues, sobrevive en forma de Hermes. La astrología, estudiada desde hacía mucho tiempo por los egipcios, conoció un nuevo período de favor popular cuando las observaciones caldeas llegaron a Egipto con la impronta griega. Y el uso del griego, lengua universal de la época, dio de improviso un alcance nuevo a las ideas más o menos reformadas del viejo dios.

No se puede establecer con exactitud la fecha del *Corpus* o, más exactamente, indicar a partir de qué fecha las decenas de tratados que lo constituyen se hallaron reunidas por primera vez. Probablemente, eso ocurrió en los primeros siglos de la era cristiana, pudiendo algunos tratados remontarse individualmente al siglo II antes de J. C., el *Corpus* conoció un eclipse entre los siglos VI y XI. Reapareció entonces, citado abundantemente por Psellus[4]. A continuación, obtuvo un gran éxito. Se convierte en un clásico al que los autores citan, como por ejemplo muchos historiadores y filósofos de la Edad Media. Joannes Katrarias, Nicéforo Gregoras, Turnebo y más tarde Morellus. Conocemos una edición incunable, impresa en Treviso, en 1471. En el siglo XVI sobre todo, fue leído con pasión, pues venía a confirmar ciertas ideas de la época. En la actualidad, sigue siendo editado[5].

Por supuesto, el *Corpus* ha podido sobrevivir gracias a su aspecto profundamente oculto. Lo componen dos obras esenciales, el *Poimandres* y el *Asclepius*, los cuales, en su visión del hombre y del mundo, siguen siendo profundamente misteriosos.

Los dieciocho tratados del *Poimandres* se presentan con el mismo espíritu que el famoso *Libro de Tot*. Hay continuidad al menos en la presentación. Así, la obra no se presenta como la reflexión de un filósofo, como un pensamiento que se deduce lógicamente de otro. Igual que Tot habló un día a

los hombres, el *Corpus hermeticum* se afirma como una revelación: el conocimiento es ofrecido por la boca de un dios.

El primer tratado del *Poimandres* narra esta revelación. El autor define ante todo su estado: su pensamiento no se fija en ningún objeto, «planea en las alturas», dice, y su cuerpo estaba embotado: «Mis sentidos corporales habían sido puestos en ligadura[6], como ocurre a aquellos a los que agobia un sueño pesado debido a un exceso de comida o una gran fatiga del cuerpo.»

Es entonces cuando se produce la aparición:

Me pareció que se presentaba ante mi un ser de estatura inmensa, más allá de toda medida definible, que me llamó por mi nombre y me dijo: «¿Qué es lo que quieres oír y ver, y a través del pensamiento, aprender y conocer?»

Y yo dije: «Pero, ¿quién eres tú?» «Yo —dijo él—, soy Poimandres, el Nos de la Soberanía absoluta. Sé lo que tú quieres, y estoy contigo en todas partes.» Y yo dije: «Quiero ser instruido sobre los seres, comprender su naturaleza, conocer a Dios. ¡Oh, cómo deseo entenderte!» Él me respondió a su vez: «Guarda bien en tu intelecto todo lo que quieres aprender y yo te instruiré.» Al decir estas palabras, cambió de aspecto y súbitamente todo se abrió ante mí en un momento, y tuve una visión sin límites, todo se convirtió en una luz serena y alegre, y, habiéndola visto, quedé prendado de ella. Poco después, había una oscuridad que se dirigía hacia abajo, sobrevenida a su vez, espantosa y oscura, que se había enrollado en espirales tortuosas, semejantes a una serpiente. Luego esa oscuridad se transformó en una especie de naturaleza húmeda, agitada de una manera indecible y exhalando un vapor como el que sale del fuego, y produciendo una especie de sonido, un gemido indescriptible (...) Mientras que, surgiendo de la luz, un Verbo santo vino a cubrir la Naturaleza, y un fuego sin mezcla se lanzó fuera de la naturaleza húmeda...

Lo que Poimandres presenta en esta visión es él mismo, el Nos, Dios, aquel que existe antes de la naturaleza húmeda que se aparece fuera de la oscuridad. En cuanto al Verbo luminoso nacido del Nos, es el hijo de Dios. Esta extraña revelación es la de una génesis.

Un libro que no era preciso traducir al griego

El *Poimandres* continúa, de libro en libro, en forma de sucesivos discursos sagrados. En él aprendemos, una vez asentados el Dios de la luz y su hijo, el Verbo, cómo se formó el mundo sensible, por una especie de división interior a la voluntad de Dios. Así nace un segundo Nos (Demiurgo) y después siete gobernadores de los círculos planetarios, encargados del Destino. Finalmente es el Hombre, que elige vivir en la tierra, «la forma sin razón», mezclarse con la Naturaleza. Esta caída hace al Hombre doble, mortal en su cuerpo e inmortal por algo más esencial. Por último, fecundada por el Hombre, la Naturaleza da a luz siete Hombres terrestres varones y hembras. Dios vendrá a romper a esos hermafroditas y separar los sexos.

Esta cosmogonía precisa toda una serie de discursos de Hermes a su hijo Tat sobre el Bien, el Mal, Dios y el conocimiento verdadero que es conversión de la *agnosia* en gnosis. Así se funda poco a poco una moral en la que se dan cita muchos valores pertenecientes al judaísmo. Un retrato del verdadero y piadoso gnóstico se desprende (libro VII), a veces bastante pesimista: todo lo corporal es malo. Sin embargo, hay un optimismo a término, ya que no existe ninguna especie de muerte en el Universo. Nada, nunca, ha sido aniquilado en el mundo, puesto que todo lo que está en el mundo forma parte del mundo y ese mundo es inmortal.

Imaginamos qué glosas, qué comentarios han podido hacer nacer estos textos en los que todo es simbólico y está lleno de imágenes. Se trata, evidentemente, de un texto esotérico cuyo estudio está erizado de dificultades.

El autor o, más bien, los autores, del *Poimandres* lo comprendieron ya en su época, pues la obra incluye, en el libro X, una «clave» destinada a aclarar el conjunto. Es una especie de resumen, de «digest» de lo que se ha dicho anteriormente. Una a una, las principales nociones son definidas nuevamente: Dios y el Bien, el Universo, el Hombre, el Uno, el movimiento, el alma, el conocimiento y el perfecto gnóstico, el profano «que no ha gozado de la luz». La dificultad procede de que este tratado explicativo y, en principio, esotérico, es completamente contradictorio en sus diversas partes. Se ha sostenido que esto era culpa de un copista de la antigüedad que, no estando muy versado en doctrinas herméticas, quiso aportar correcciones por su cuenta o mezcló varios textos. En todo caso, el libro X deja hambriento al humilde investigador. Como muy bien ha señalado el filósofo alemán Dietrich Tiedemann, un gran especialista del *Poimandres*, «esta clave habría necesitado de otra clave».

Adivinamos que el *Poimandres* quedará para siempre incomprensible para nosotros, pues en el libro XVI se dice que la doctrina hermética sólo puede aparecer clara y viva mientras sea expresada en su lengua original. Pierde todas sus virtudes si se la traduce, y se pide al rey que vele para que los griegos no se apoderen de los textos sagrados. Perderían toda su significación. Pues bien, leeremos el *Poimandres* en griego...

El apocalipsis de los egipcios

En cuanto al *Asclepius*, segunda parte de ese misterioso *Corpus hermeticum*, decadencia de las decadencias, lo conocemos en latín en versiones muy tardías. Sabemos, sí, que una de sus partes existía al menos a comienzos del siglo IV, ya que una de las plegarias es citada en un texto griego bien fijado, el papiro mágico Mimaut. Sin embargo, el *Asclepius* sólo nos ha sido transmitido *in extenso* mediante manuscritos muy posteriores (*Monacensis* y *Vaticanus* del siglo XII, *Gudianus* del XIII, etc.).

Numerosos autores de la Edad Media y del Renacimiento se han asomado al *Asclepius* y, si bien ignoramos su texto verdaderamente original, al menos identificamos la obra en distintas épocas por las numerosas citas que se han tomado de ella. San Agustín, sobre todo, se dedicó a ello particularmente en su *Ciudad de Dios*, y también Lactando, Abelardo, Teodorico de Chartres y Roger Bacon. Esto demuestra qué repercusión tuvo el *Asclepius*, y, de una manera más genérica, todo lo que llevaba el nombre de Hermes, hasta una época relativamente reciente.

No resumiremos aquí el *Asclepius*, en el que se encontraban evocados los mismos temas que en el *Poimandres*. Sería repetir un análisis hecho ya. Extraeremos, no obstante, un texto extraordinario, muy negro pero muy hermoso, según el cual los hombres del futuro no comprenderán ya nada de los pensamientos egipcios:

Llegará un día en que parecerá que los egipcios han honrado en vano a sus dioses, en la piedad de su corazón, a través de un culto asiduo. Toda su santa adoración fracasará, ineficaz, y se verá privada de su fruto. Los dioses, abandonando la tierra, volverán al cielo. Abandonarán Egipto. Esta región que fue antaño la sede de las santas liturgias, actualmente viuda de sus dioses, no gozará ya de su presencia. Los extranjeros llenarán todo este país,

esta tierra, y no sólo no existirá preocupación por el acatamiento a las reglas, sino, cosa más penosa, será instituido a través de pretendidas leyes, bajo pena de castigos prescritos, el abstenerse de toda práctica religiosa, de todo acto de piedad o de culto hacia los dioses. Entonces, esta tierra tan santa, patria de los santuarios y los templos, se cubrirá toda ella de sepulcros y de muertos. ¡Oh, Egipto, Egipto! No quedará de tus cultos más que fábulas, y tus hijos, más tarde, ni siquiera creerán en ello. Sólo sobrevivirán palabras grabadas sobre las piedras que narran las viejas hazañas. El escita o el indio, o cualquier otro similar, quiero decir un vecino bárbaro, se establecerá en Egipto. Pues he aquí que la divinidad subirá otra vez al cielo. Los hombres, abandonados, morirán todos y entonces, sin dioses y sin hombres, Egipto no será más que un desierto.

Este «apocalipsis» del *Corpus hermeticum* sorprende por su tono desgarrador y moderno. El autor ya había comprendido, mucho antes que Valery, que las «civilizaciones son mortales».

Stanislas de Guaita, el gran ocultista, quedó impresionado por esta profecía en la que un hierofante pregona desgracias sobre la tierra de los faraones, como Jeremías sobre la ciudad santa de los hebreos, y dedicó a ello algunas reflexiones[7]. Para él, la profecía, evidentemente, se realizó, los secretos se perdieron al mismo tiempo que la piedad, cuando los sacerdotes se convirtieron nuevamente en hombres y ya no comprenderemos nada de los grandes textos del pasado. Pero la culpa está en nosotros y no en ellos. Nosotros no sabemos leerlos.

El misterio del *Corpus hermeticum* es, por tanto, en primer lugar el nuestro, su desgracia es nuestra desgracia y sus oscuridades son nuestras oscuridades. Separadas de su contexto, estas líneas ya no hablan ni a nuestra mente ni a nuestro corazón. Igualmente, Eliphas Levi predecía que un día el cristianismo se tornaría impermeable a los investigadores que se enfrentarán al estudiarlo con misterios absurdos. ¿Cómo, se preguntarán, una gran parte de la Humanidad pudo creer en un triple dios, compuesto de un anciano, un ajusticiado y una paloma? Tal vez sea con esta mirada, objetiva pero ciega, que leemos hoy el *Poimandres*...

He ahí la maldición golpeando un libro, haciéndolo misterioso. Al parecer, ha afectado a muchos textos del pasado y especialmente a aquellos que, perteneciendo a otras culturas y a otras maneras de pensar, se han convertido para nosotros en absolutamente impenetrables. No leemos en ellos

más que palabras sin demasiada ilación, no percibimos más que imágenes deformantes o deformadas. Los dioses se han convertido en ídolos.

La maldición de los papiros coptos

Con respecto a los viejos textos egipcios, hemos de pensar también en maldiciones más concretas, y ello sin caer en absoluto en el sensacionalismo. El propio Jean Doresse, el gran universitario, autor de notables trabajos sobre Egipto y Etiopía, especialista de la historia y la literatura coptas, lo afirma a propósito de la más extraordinaria «biblioteca» de papiros quizá descubierta nunca (1945-1948).

Relatando la aventura y sobre todo los esfuerzos de Togo Mina, director del Museo Copto de El Cairo, para arrancar a los traficantes los preciosos manuscritos descubiertos en el desierto, escribe:

Recuerdo todavía la angustia de Togo Mina el día en que se dio cuenta de que personalidades oficialmente competentes, y cuyo apoyo habría sido sumamente necesario para llevar a buen término un asunto de esta importancia, lo dejaban dormir. Togo Mina, que se tomaba muy a pecho este descubrimiento, moriría mucho antes de haberse vislumbrado una solución. Una obstinada desgracia, una verdadera mala suerte se cebarían continuamente, aún después de su desaparición, en todo lo que guardaba relación con la adquisición y proyectada edición de esos manuscritos. ¿Se trataba de las maldiciones escritas con todas las letras en esos manuscritos por los gnósticos egipcios contra aquellos que, ilegítimamente, los conocieran? ¿Era también el resultado de múltiples concupiscencias, comerciales o científicas, que vinieron a cristalizar en torno a un asunto tan importante? Lo confieso: si la cosa volviera a empezar, probablemente dudaría en mezclarme con un descubrimiento susceptible de despertar tantas envidias y tantos celos[8].

En una de sus obras, Jean Doresse ha contado detalladamente todas las suertes, todos los misterios que acompañaron así este descubrimiento de papiros viejos más importantes en su opinión que el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, y entre los cuales figuraba precisamente un cierto número de textos atribuidos a Hermes Trimegisto.

Los primeros rollos fueron desenterrados en 1945 y dos de ellos fueron empleados quizá por los *fellahs* para calentar el té en el desierto. Los otros,

vendidos a bajo precio a mercaderes, llegaron casi por azar a la mesa del director del Museo Copto de El Cairo. Éste, Togo Mina, intentó al punto conocer el lugar exacto del hallazgo, con la esperanza de que una excavación más seria lograría desenterrar otros. Vagando él mismo por los lugares más probables, llegó a las proximidades de un viejo cementerio, en el lugar donde estuviera situada la antigua Jenoboskion. Ahí se encuentran las tumbas faraónicas de los príncipes que gobernaron esa región durante la VIª dinastía.

Togo Mina se enteró de que algunos campesinos de Hamra-Doum y de Debba, buscando abono, habían encontrado allí un gran *zir* (una jarra) llena de hojas de papiros. Pero, no se sabía exactamente dónde, la jarra se rompió, los pedazos se perdieron, y los manuscritos habían sido vendidos en El Cairo.

Una verdadera investigación fue emprendida por el sabio para encontrar a los testigos y averiguar el lugar exacto. Moriría en la tarea, ante la indiferencia de los servicios oficiales, pero finalmente unos cuarenta manuscritos pudieron ser hallados o comprados a aquellos traficantes que los habían adquirido por tres libras egipcias (aproximadamente unas 400 pesetas).

Este verdadero tesoro, estudiado a continuación por Jean Doresse, contenía en particular las obras siguientes:

Libro secreto de Juan.
Libro sagrado del Gran Espíritu invisible.
Apocalipsis de Adán a su hijo Set.
Revelación atribuida al gran Set.
Discurso auténtico de Hermes a Tat, etc.

De los cuarenta y nueve, cuarenta y cuatro resultaron ser inéditos. El descubrimiento era considerable. Había, sobre todo, viejos textos mágicos, como el *Libro de Salomón*, que es presentado como una «clave de la hidromancia», consagrado a la influencia de los planetas, de los ángeles y de los demonios en cada hora precisa de cada día de la semana. En otro libro, sin título, Hermes Trimegisto, el Nos, expone a su hijo el misterio de la Hebdómada, de la Ogdóada y de la Enéada[9]. El tratado n.º 25, igualmente sin título, reanuda la oración que encontramos al final del *Asclepius* latino y que era ya conocida por el papiro Mimaut, aunque lo esencial de ella es enteramente inédito. Al final, el Trimegisto ordena también escribir sobre el texto un conjuro para apartar a los lectores impíos del futuro...

A pesar de estos conjuros, esos viejos textos en lengua copta volvían, pues, por fin a la superficie y, poco a poco, si no el misterio de los escritos de

Tot, sí al menos se revelaba el de los escritos de Hermes. La maldición, quizás, había perdido fuerza.

LAS PÁGINAS MISTERIOSAS DE LA BIBLIA

Como hemos señalado en la introducción, la Biblia plantea un problema particular.



Dios creando el mundo. Extraído de una «Biblia moralizada» del siglo XIII.

Como conjunto, como compendio, sería difícil ver en él un libro maldito. Traducida a 1.236 lenguas, sigue siendo el *best-seller* mundial. Se ignora su tirada total, pero se sabe, por ejemplo, que la traducción del Nuevo Testamento efectuada en Oxford en 1961 alcanzó por sí sola una difusión de 3.965.000 ejemplares. Un libro tan difundido, tan universalmente estudiado y, en parte, común a tres religiones capitales y a centenares de sectas, no ha sido nunca víctima de ninguna persecución ni maldición.

¿Será, pues, misterioso? Si lo consideramos de nuevo como un conjunto, no podríamos afirmarlo. La mayoría de las veces es muy clara en su doctrina —aun cuando en algunos sitios parezca contradictoria—, narrativa, histórica incluso en varios de sus libros, por lo demás simplemente moral y sentenciosa, no parece ni indescifrable ni oculta. Desde que se ha renunciado a ver en ella al «libro más antiguo del mundo», la Biblia no ofrece tampoco el misterio que podría acompañar un texto que se remonta al origen de la Humanidad. La Biblia no es, en sí misma, misteriosa, no planteando tampoco su composición, sentido general y datación de sus diferentes partes, aun cuando persisten algunas incertidumbres, algunos problemas insolubles.

Sin embargo, si tenemos en cuenta, no ya la Biblia en sí, sino ésta o aquella parte, nos enfrentamos con muchos puntos oscuros. Ningún texto ha sido objeto de tantas exégesis, encontrando en ella cada uno (o aportándolo) su propio misterio.

Por esto la Biblia no puede estar ausente de este libro. Pero como no podemos enumerar todos los pasajes que plantean cuestiones, sea al historiador, al etnólogo, al teólogo, al sociólogo, al filósofo o al moralista, hemos decidido centrar nuestro estudio sobre tres puntos. Muchos otros, seguramente, podrían examinarse, pero había que elegir, salvo que quisiéramos escribir una historia universal de las religiones judeocristianas desde su origen.

Nos ha parecido que hay tres campos que hacen participar a la Biblia, o alguna de sus partes, en misterios dignos de estudio.

1. Hay, en primer lugar, los «hechos misteriosos» contados por la Biblia al margen, incluso, de toda interpretación teológica. Son esencialmente hechos relatados en el *Pentateuco*, especialmente el *Génesis* y el *Éxodo*. Esos libros narran fenómenos sobre los que uno puede legítimamente interrogarse. ¿Qué pudo ser el Edén? ¿Existió el Diluvio? ¿Cómo explicar las tinieblas de Egipto? ¿Pudo realmente el mar Rojo ser cruzado a pie enjuto?, etc. Dicho de otra manera, abandonando toda teología, ¿qué hay que pensar de algunos hechos que jalonan la historia de los hebreos y que demuestran una terrible contradicción? Son relatados como históricos y al mismo tiempo nos parecen imposibles. Al análisis de esos problemas, dedicaremos el presente capítulo[1].

2. Una segunda serie de problemas se nos plantea por los pasajes de las Escrituras que narran en una cierta época la existencia de individuos

diferentes de los hombres. Un libro apócrifo llamado *Libro de Enoc* los menciona especialmente[2]. Hallamos aquí el doble tema del presente trabajo, en primer lugar, la maldición, ya que si bien la Biblia oficial no fue perseguida, fue arreglada al perseguir otros textos, esos apócrifos precisamente, libros rechazados por la teología oficial y de los que será preciso decir algunas palabras, y en segundo lugar, el misterio, ya que algunos de ellos, como asimismo la Biblia oficial en algunos lugares, nos cuentan extrañas historias en las que se ha podido ver la prueba de la llegada a la tierra de extraterrestres. Un segundo capítulo estará consagrado a tratar de precisar objetivamente el sentido de esos textos oscuros.

3. Finalmente, queda el problema de las interpretaciones misteriosas de las que la Biblia, toda o en parte, ha sido objeto. También aquí había que escoger y nosotros hemos tomado los grandes textos de la Cábala. En un tercer capítulo, estudiaremos el más extraño de los comentarios bíblicos hechos en este sentido, aquel que encontramos en particular en una obra seguramente muy misteriosa, el *Zohar*, atribuido al rabino Simeón ben Yohai (nacido a fines del siglo I).

Así, de una manera seguramente incompleta, pero con unos puntos de vista variados en tres ocasiones, nos haremos al menos una idea de algunas direcciones de posibles búsquedas en el estudio de la Biblia.

Comencemos, pues, por la cuestión más concreta, cuando no la más simple, a saber, el análisis de los hechos materiales extraños relatados por la Biblia en el *Pentateuco*, y accesoriamente en otros lugares. Siete de ellos nos han parecido constituir especialmente un problema: El Edén, Adán y Eva, el Diluvio, Sodoma y Gomorra, las tinieblas de Egipto, el paso del mar Rojo y la estrella de los Reyes Magos.

Geografía del paraíso terrestre

En el segundo capítulo del *Génesis* encontramos la descripción del Edén:

Después el Eterno Dios plantó un jardín en Edén, en la parte de oriente, y puso allí al hombre que había formado. El Eterno Dios hizo crecer del suelo todo tipo de árboles, agradables a la vista y cuyos frutos eran buenos para comer, así como el árbol de la vida, en medio del jardín, junto con el árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Del Edén salía un río para regar el

jardín. Desde allí, se dividía y formaba cuatro brazos. El nombre del primero es Pisón y es el que rodea todo el país de Havilah donde hay oro. Y el oro de este país es puro. Hay también ámbar y piedra de ónice. El nombre del segundo río es Gihón y es el que rodea toda la tierra de Etiopía. El nombre del tercer río es Tigris, que fluye al este de la Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates[3].

Por supuesto, podemos ver en este texto una descripción puramente mítica, imaginaria. El Edén sería, en tal caso, un país creado enteramente por el autor del texto. Esta interpretación no es satisfactoria porque el texto incluye indicaciones muy detalladas. Así, está localizado, aun cuando vagamente («del lado de oriente»). Se nos da de él una descripción agrícola («toda clase de árboles»), hidrográfica («cuatro ríos»), e incluso geológica («oro, ámbar, ónice»). Por ello, podemos razonablemente plantearnos la cuestión de si el Edén existió realmente, si la descripción del *Génesis* corresponde a un país determinable.

Este estudio, aun cuando recibe nuevas luces debido al progreso de los conocimientos geográficos del siglo XX, nada tiene de moderno. En todas las épocas se ha planteado la cuestión, y muy especialmente a partir de los siglos XII y XIII. Las cruzadas tuvieron mucho que ver en ello, ya que abrieron el Oriente al conocimiento occidental. Con el tráfico comercial, informaciones o residuos de informaciones llegaron a nosotros, cada vez más numerosas. Entonces se buscó... y se soñó. En el siglo XII, el Papa recibió las cartas apócrifas del Preste Juan, ese misterioso personaje que habría sido jefe de un imperio cristiano en Oriente. Esas cartas decían precisamente que el paraíso se encontraba a tres días de marcha solamente del reino del Preste Juan.

Más tarde, muchas otras hipótesis vieron la luz. Se han enumerado aproximadamente un centenar, a cuál más absurda, aunque algunas fueron emitidas por apellidos célebres. El propio Cristóbal Colón, al descubrir la desembocadura del Orinoco, creyó que aquel río salía del Paraíso[4]. Otro ejemplo. En 1924, Franz von Wendrin descubrió el Edén en Europa. Según él, los cuatro ríos confluían en una región situada en los confines de la Pomerania y el Mecklemburgo. Allí habrían vivido los primeros hebreos, expulsados más tarde por tribus germánicas. Albert Hermann, descubrió, por su parte, el Edén en el Hadramaut (Arabia).

No creemos que sea en estas direcciones donde se halla la verdad, si es que existe una, y si es alcanzable. Más propiamente, nos inclinamos por la

Mesopotamia. A ese estudio se dedicó, entre las dos guerras, sir William Willcox, un auténtico sabio inglés que tenía la ventaja de conocer el país, pues su trabajo era preocuparse de los problemas de irrigación sobre el terreno.

A través de una conferencia celebrada en Alejandría, dio a conocer, en un tono muy razonable, su hipótesis. Para él, el texto del *Génesis* tenia por completo una base geográfica y el Edén estaba situado en los alrededores de la desembocadura de los dos grandes ríos de la región, el Tigris (*Hiddekel*, dice el texto bíblico) y el Éufrates (*Phrat*). Los otros dos ríos son más difíciles de identificar, pero es posible confundirlos fácilmente con alguno de los afluentes de los dos ríos principales. Concretando aún más su opinión, Willcox señalaba como el origen del relato del *Génesis* un oasis particular, en el distrito Hairlah, a 250 km al norte de Bagdad. Interpretación más dudosa, ya que él confundía con unos pozos de asfalto en llamas la espada llameante del ángel que expulsó a los primeros hombres del paraíso...

Hay que señalar también que la descripción de un Edén no es privativa de la Biblia. Encontramos «paraísos» descritos con más o menos precisión en muchos relatos de la antigüedad. Una leyenda hindú habla incluso de un árbol de vida situado en el jardín de Jina, sobre el monte Hurkairya. Hallamos el mismo tema en la epopeya de Gilgamés, en las sagas nórdicas y en la leyenda griega (jardín de las Hespérides). Sin duda, podemos llegar a la conclusión de que el redactor del *Génesis*, influenciado por relatos de su época, recogió un mito que pertenece a toda la Humanidad añadiendo detalles propios a su mundo geográfico.

¿Cómo se llamaban Adán y Eva?

La Biblia, cuando habla del primer habitante del Edén, lo llama simplemente «el hombre» (*ich*), y llama «mujer» (*icha*) a su compañera[5]. Esto es lo que explica el juego de palabras intraducible del capítulo 2, versículo 25: «Ella será llamada mujer, pues ha sido tomada del hombre» (*icha*, viniendo de *ich*). Pero en la continuación del texto solamente aparecen los nombres de Adán y Eva.

Adán significa en hebreo tierra, limo. El origen parece, pues, simple. Sin embargo, pocos nombres han dado desde hace siglos materia para tantas

reflexiones seudoetimológicas. Se trata de divagaciones de las que no conviene esperar revelación alguna. Citaremos algunas, únicamente para esbozar una sonrisa en este capítulo.

Zósimo, alquimista del que hemos hablado, en un texto que se le atribuye con todas las reservas, titulado *Sobre la letra omega*[6], trata de integrar el nombre de Adán en su teoría general. Así, hace corresponder las cuatro letras de Adán a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro elementos.

Se ha sostenido todo en lo que atañe a Adán: que la primera letra que articuló fue seguramente una A (Antoine de Zis, en 1788); que llevaba barba (Valerianus Vannetti, en su *Dissertatio de barba*, 1760); que es el antepasado de la raza blanca (conde de Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, 1853), y que sólo es antepasado de los judíos (Isaac de La Peyrère: *Praedamitae*, 1655), etc.

Siempre partiendo de su nombre, se ha sostenido que hablaba diversas lenguas, por ejemplo el flamenco. Eso es lo que escribió un tal Jan van Gorp Becan, evidente flamenco, en el texto siguiente:

Adán es lo mismo que Hath-dam, *un «dique» puesto a la marea de la Envidia, habiendo sido dado este nombre al primer hombre para advertirle que resista a la envidia de la serpiente. Eva es* Eu-vat, *el «vaso» del que salió el siglo o género humano, o bien* Eet-vat, *el «vaso del juramento», porque el Verbo debía nacer de ella para sellar con los hombres la alianza que los salvó*[7].

Más anecdótica aún es la tesis que hace hablar el lenguaje bajo bretón a Adán:

El Tunante decía seriamente, para conciliar su sistema con la etimología del nombre de Adán y el de Eva que habiendo estado a punto de ahogarse al tragar la manzana fatal, Adán habría dicho: a tam! *(¡qué trozo!) y que Eva le habría respondido*: ev *(¡bebe!)*[8].

Lo que conviene ver con claridad es que al entregarse a esas bromas hasta el siglo XIX, los autores citados no hacían más que obedecer, consciente o inconscientemente, a una de las más viejas tradiciones de la Cábala: buscar en las letras que componen cada nombre un significado oculto y profundo. Volveremos a hablar de ello más adelante, con ejemplos más graves.

Un diluvio reducido a proporciones justas

El *Génesis* narra el episodio del Diluvio en estos términos, en el capítulo 7:



El diluvio, por Hans Baldung Grien (1516).

El Diluvio se extendió sobre la tierra durante cuarenta días. Las aguas crecieron y levantaron el Arca, y ésta se elevó por encima de la tierra. Las aguas siguieron creciendo y prevalecieron sobre la tierra, de modo que el Arca flotaba en la superficie de las aguas. Después las aguas crecieron tan prodigiosamente sobre la tierra que todos los montes altos que había debajo

de los cielos quedaron cubiertos por las aguas. Las aguas se elevaron quince codos por encima de las montañas que cubrían.

Entonces pereció toda criatura que se movía sobre la tierra, pájaros, ganado, animales salvajes y todos los reptiles que reptaban sobre la tierra, así como todos los hombres. Todo lo que estaba animado por el soplo de vida, todo lo que vivía sobre la tierra firme expiró. Así, todos los seres que se encontraban en la superficie del suelo fueron exterminados, desde los hombres hasta las bestias, hasta los reptiles, hasta los pájaros del cielo, y desaparecieron de la tierra. No quedó más que Noé y lo que estaba con él en el Arca. La crecida de las aguas sobre la tierra duró ciento cincuenta días[9].

Reducido a las cuatro indicaciones concretas que contiene, este texto y los versículos que lo siguen indican un fenómeno natural cuyas características habrían sido las siguientes:

—Fortísima inundación de origen desconocido.
—Altura de las aguas que sumergen el relieve.
—Daños considerables en la fauna y en la población.
— Y duración: 150 días, de los cuales 40 días y 40 noches fueron de lluvia incesante.

Precisado así, ¿puede quizá ser este fenómeno excepcional reconocido en la historia meteorológica o geológica de esta parte del mundo? ¿O debe ser considerado como pura leyenda?

Digamos en seguida que resulta mucho más difícil de explicar y, por lo tanto, de admitir que el relato del jardín del Edén. Esto tiene su origen, sin duda, en el hecho que el redactor del *Génesis*, escribiendo en el 600 a. de J. C. utiliza para el Edén informaciones sobre una región que existe efectivamente en su época (aun cuando nada tenga que ver con un «paraíso»). En cierto modo, trabaja casi de primera mano. Por el contrario, en lo que se refiere al Diluvio, recoge una leyenda más antigua que relata un fenómeno que se habría producido en un período aún más remoto (¿finales de la última glaciación?). El resultado es claro. La leyenda lo domina sobre la objetividad.

El relato del Diluvio, aparte de ser común a numerosas etnias, incluyendo las del Nuevo Mundo, no es más que un plagio bíblico de la *Epopeya de Gilgamés*. El texto así llamado, de origen babilonio, que data de 2.600 años a. de J. C., nos cuenta la misma leyenda, con los mismos elementos: invitación divina a construir un Arca, diluvio, paloma, el arca varada sobre una montaña, etc. La filiación es evidente.

Como el hecho no tiene una base real inmediata o incluso próxima, se hace muy difícil, casi imposible, encontrar en él un elemento concreto que permita una explicación racional. Nos vemos entonces reducidos a las hipótesis.

Éstas no han faltado, y pueden relacionarse con dos tipos de explicaciones posibles: lluvias continuas que provocan el desbordamiento de un río, o un maremoto.

Las lluvias de larga duración no son inverosímiles, y son bien conocidas en el Asia de los monzones. Según el relato bíblico, el Diluvio habría tenido, sin embargo, un carácter universal quedando sumergida la totalidad de las tierras. Es algo muy dudoso, pues no se han encontrado las huellas de semejante cataclismo. Un tal Riem, en 1906, trató sin embargo de sostener esta tesis basándose especialmente en el arco iris que menciona la Biblia (La Alianza). Ese arco iris indicaría, según Riem, que en una cierta época la atmósfera estaba excepcionalmente llena de humedad. Por un efecto de invernadero, se evaporaba más agua de la que volvía a caer en las precipitaciones. Luego, un enfriamiento general de los climas del planeta habría provocado lluvias continuas sobre la totalidad del globo.

En cuanto a los maremotos, han existido en todas las épocas con intensidades variables. A menudo han ocasionado verdaderos cataclismos, pero nunca sobre la tierra entera. Entre los principales, citemos el maremoto del año 365 en el Mediterráneo, el famoso desastre de Lisboa de 1755, las trombas de agua que asolaron 8.000 Km^2 y mataron a 250.000 personas en la desembocadura del Brahmaputra en 1724. ¿Es un fenómeno de este tipo el origen del Diluvio contado en la Biblia?

Lo que es plausible es que se trata únicamente de un acontecimiento local, siempre en las cercanías del Éufrates cuyos desbordamientos son numerosos y conocidos. El misterio del Diluvio persiste, pero debe ser reducido a unas proporciones justas. Fuera cual fuese su origen, no afectó ciertamente más que a regiones de pequeña o mediana importancia. Por seductora que sea la tesis de Riem sobre un cataclismo hidrográfico universal, resulta insostenible ante los datos geológicos modernos.

En plenas tinieblas

Mucho más inexplicable puede parecer otro fenómeno: las tinieblas que, junto con otras nueve plagas, se abatieron sobre Egipto durante tres días. El *Éxodo*

nos cuenta estos hechos. Los hebreos no fueron autorizados a abandonar Egipto hasta después que las tierras del faraón sufrieron una serie de azotes. Ahora bien, casi todas esas desgracias parecen, si no lógicas, al menos explicables: la corrupción de las aguas del Nilo, la abundancia de ranas, de mosquitos, de langosta y de moscas venenosas, la gran mortalidad, las úlceras (una epidemia de peste, sin duda) y el granizo. Sólo las tinieblas plantean un problema real debido a su duración. El texto lo cuenta exactamente así:

El Eterno dijo a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo y que se esparzan por todo el país de Egipto unas tinieblas tan espesas que se puedan tocar.» Moisés extendió, pues, la mano hacia el cielo y unas espesas tinieblas cubrieron, durante tres días, toda la tierra de Egipto. Durante estos tres días, los egipcios no se veían entre sí, y ninguno de ellos dejó el lugar donde se encontraba[10].

La primera explicación que acude a la mente es la de un eclipse total del sol, interponiéndose la luna entre él y la Tierra, lo cual da origen a una importante zona de sombra sobre una parte de nuestro globo. Este eclipse ha sido estudiado recientemente en África, el 30 de junio de 1973. Pero la duración de tales fenómenos es siempre breve en un lugar determinado.

El Nuevo Testamento[11] nos proporciona otro ejemplo de tinieblas, las que acompañaron la muerte de Cristo y que duraron tres horas. Ésta sería ya una duración más compatible con la astronomía. En realidad, no se trata tampoco en este caso de un eclipse de sol, sino de un eclipse de luna, es decir la sombra producida por la Tierra sobre su satélite. Este fenómeno contado por los Evangelios ha permitido incluso determinar la fecha exacta de la muerte de Cristo: el 3 de abril del año 33, en que, efectivamente, entre las 18 horas y las 18 horas y 37 minutos, un eclipse parcial de luna fue visible en la región de Jerusalén. No había motivo para hablar de tres horas de «tinieblas», pero la coincidencia debió de impresionar a los contemporáneos. Por otra parte, como los Evangelios fueron escritos tardíamente, es posible que los redactores confundieran este eclipse de luna con el eclipse de sol que se produjo el 24 de noviembre del año 29 del calendario juliano y que creó, seguramente, una noche artificial. Las tinieblas del Gólgota no constituyen, pues, un gran problema. Las de Egipto siguen siendo misteriosas.

¿Qué causa pudo oscurecer la claridad durante tres días? Ningún fenómeno astronómico tiene esta amplitud. ¿Entonces? ¿Una nube de arena? La oscuridad no habría sido total. ¿Una niebla muy espesa? No es probable en

esas regiones. Sólo una erupción volcánica de gran importancia proporcionaría una explicación satisfactoria.

Una manifestación de este género pudo, en efecto, oscurecer profunda y durablemente el cielo. Plinio *el Joven* cuenta en sus *Cartas* que la erupción del Vesubio, en el año 79, provocó unas tinieblas comparables «no a una noche de otoño nublada y sin luna, sino a la oscuridad de un lugar cerrado en el que se ha apagado la lámpara».

Igualmente la erupción del Conseguina, en Nicaragua, ocasionó cuarenta y tres horas de noche total a los habitantes de las regiones próximas, en 1835. El Perbuatán, volcán de la isla de Krakatoa, al explotar, el 27 de agosto de 1883, oscureció el cielo en una amplitud de 750.000 Km^2. En 1912, el Katmai, volcán de Alaska, proyectó al cielo 21 Km^3 de piedras y cenizas, lo que eliminó toda claridad en centenares de kilómetros.

No queda más que encontrar un volcán que pudiera producir los mismos efectos en la época de la huida de Egipto del pueblo de Israel. No se conoce ninguno. Los volcanes de Palestina están apagados desde hace 10.000 años. Egipto nunca los ha tenido. Está la erupción volcánica de Santorini, en el Mediterráneo, en el año 1500 a. de J. C. Quizás esto proporciona la clave del enigma. La nube producida, en una región en que los vientos del Norte son dominantes, debió de descender hasta Egipto y dar lugar a las tinieblas narradas en el *Éxodo*. La fecha no concuerda en absoluto, ya que trescientos años separan ambos hechos (los hebreos abandonaron Egipto en el siglo XIII a. de J. C.), pero como los textos que nos hablan de ello son muy posteriores, la confusión es probable. Podemos considerar que las «tinieblas de Egipto», así como las otras plagas mencionadas, tuvieron su origen en un hecho histórico.

Un enigma que subsiste: El paso del mar Rojo

No cabe esperar la existencia de una explicación tan racionalista, tan científica, para otro episodio relatado en el *Éxodo*, el paso del mar Rojo a pie enjuto por todo el pueblo de Israel:

Habiendo extendido Moisés la mano sobre el mar, el Eterno hizo retroceder las aguas durante toda la noche mediante un viento impetuoso de oriente. Secó el mar, y estando las aguas divididas los hijos de Israel penetraron en medio del mar a pie enjuto, y las aguas formaban una muralla a su derecha y a su izquierda. Los egipcios emprendieron su persecución, y

todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes entraron a su vez en el mar[12] (...).

La causa invocada en este texto carece evidentemente de valor. Un viento del Este, incluso «impetuoso», no podría hacer retroceder una masa de agua más que algunos metros. Y por supuesto, no crearía un valle en medio de un mar. Pensamos entonces en un terremoto, pues los seísmos pueden producir un retroceso sensible hacia un lado, por lo demás seguido rápidamente de un regreso violento en forma de un maremoto. Eso es lo que se produjo en el curso del famoso desastre de Lisboa, el 1.º de noviembre de 1755. La población se había refugiado precisamente en la orilla, y el retorno de la marea, con olas de veinte metros de altura, ahogó a millares de personas. No imaginamos, sin embargo, que un fenómeno de esta clase dejara tiempo a una tropa de seres humanos para atravesar el mar Rojo. Todo depende, evidentemente, del lugar por donde se efectuara este paso. Se trataría entonces de un lugar situado muy al Norte y que podía, ordinariamente, ser vadeado con la marea baja.

El episodio bíblico puede, efectivamente, ser comparado con otra aventura, ocurrida durante la expedición de Bonaparte a Egipto. Eckermann la cuenta en sus *Conversaciones con Goethe*, fechándola el 7 de abril de 1829:

Se habló, entre otras cosas, de la llegada de Napoleón y su ejército a la extremidad del mar Rojo. Era el momento de la marea baja y los franceses emprendieron la marcha por el lecho marino seco en ese momento. Sin embargo, fueron atrapados por el flujo de modo que la retaguardia tuvo que chapotear con el agua hasta los hombros, y esa empresa temeraria estuvo a punto de tener un epílogo propiamente faraónico.

Sin embargo, en ese pequeño baño marino nos encontramos bastante lejos de un mar francamente cortado en dos por las «murallas» de que habla el *Éxodo*, y que podemos ver, gracias a un admirable trucaje, en los famosos *Diez Mandamientos* de Cecil B. de Mille. Sólo el gran realizador lo hizo tan bien como el Eterno...

Júpiter tenía una cita con Saturno

El evangelista Mateo cuenta cómo una estrella guió a los Reyes Magos en el momento del nacimiento de Cristo:

Después de haber oído al rey, los magos partieron. Y he aquí que la estrella que ellos habían visto en Oriente, iba delante de ellos hasta el momento en que habiendo llegado encima del lugar donde se encontraba el niñito, se detuvo[13].

¿Cuál pudo ser la estrella que los Reyes Magos, que eran probablemente unos magos, es decir unos astrólogos, y seguramente no reyes, habían advertido ya anteriormente en Oriente? Muchos astrónomos modernos se han planteado la cuestión.

La tesis de un fenómeno astronómico excepcional, como un cometa o una nova, no es sostenible, pues sabemos muy bien lo que ocurrió en el cielo en esa época. Fueron vistas novas, es decir, estrellas cuyo brillo aumenta súbitamente, y luego decrece, en el año 134 a. de J. C. y en el 123 y el 173 después de él, pero ninguna en el momento de su nacimiento. Cometas muy visibles, pasó uno por el cielo del Oriente Próximo en el 44 y 17 a. de J. C., y en el 66 de nuestra era. Pero ninguna de estas fechas concuerda con la del nacimiento probable de Cristo, tema por lo demás especialmente discutido.

Fue Kepler, el gran astrónomo, quien imaginó por primera vez la solución: la triple conjunción en el signo de Piscis de dos planetas visibles a simple vista, Júpiter y Saturno. La conjunción simple de esos planetas, es decir su unión en una misma parte del cielo, no es rara. Se produce aproximadamente unas cinco veces cada siglo, o sea más o menos cada veinte años. Su triple conjunción, a saber su conjunción repetida en tres ocasiones seguidas, es mucho menos frecuente. Sólo puede ser observada cada 258 años. Fue vista por última vez en 1940 en el signo de Aries, y no se producirá otra vez hasta el año 2198.

Ahora bien, precisamente hubo una triple conjunción de Saturno y Júpiter en el año 7 a. de J. C. ¿Es ésta la verdadera fecha de nacimiento del Hijo de Dios en Belén? No es imposible. Esta hipótesis proporciona en realidad, una doble explicación. Explica, en primer lugar, la existencia en el cielo, en aquella fecha, de un fenómeno astronómico notable, enteramente digno de atraer la atención del rey Herodes, y, con mayor razón, de unos magos cuya profesión era estudiar el movimiento de los astros. Explica también la permanencia o, más bien, la repetición de aquel fenómeno en el curso de un cierto período. La conjunción se reprodujo, según los cálculos, los días 29 de mayo, 3 de octubre y 4 de diciembre. Así, los magos que habían advertido por primera vez el fenómeno «en Oriente», sin duda en la región de Babilonia

donde la astronomía era muy estimada, pudieron encontrarlo nuevamente al término de su viaje, es decir después de algunos meses. En cualquier caso, sabemos con seguridad, por un texto cuneiforme, que la conjunción fue muy bien observada por la escuela de Sippar, cerca de Babilonia. Semejante signo permitía presagiar, en las mentalidades antiguas, un acontecimiento de grandes consecuencias.

Más allá de los hechos materiales, la persistencia de otros problemas

Podríamos muy bien prolongar este estudio de hechos misteriosos contados por la Biblia. Aparecen en abundancia. Con mucha frecuencia podría aportárseles, como en estos casos, explicaciones de carácter científico o histórico. El culto del Becerro de Oro, narrado en el *Éxodo*, está en relación con prácticas religiosas babilonias; la torre de Babel ha dejado de ser una leyenda después de ciertas excavaciones arqueológicas y su existencia queda atestiguada históricamente tanto por la descripción que de ella da el sacerdote Anu-Bel-Schum en el siglo III a. de J. C., como por unas inscripciones encontradas en las piedras y atribuidas a Nabucodonosor.

Sin embargo, el misterioso mensaje aportado por el Antiguo y el Nuevo Testamento no se disuelve en el análisis de algunos hechos materiales. Es a otro terreno donde hay que llevar ahora la discusión, ya que la Biblia no es apasionante por lo que ha dicho «de cierto», sino por lo que hay en ella de incomprensible y de inquietante.

UN APÓCRIFO: EL LIBRO DE ENOC

La Biblia, palabra que significa en griego «los libros» (*ta biblia*), es una amalgama de textos compuestos por diversos autores en fechas diferentes. Esto implica que unos habrían sido escogidos, al tiempo que otros eran rechazados.

Así, el Antiguo Testamento, en las versiones católicas, incluye tres series de textos:

—17 libros históricos: *Génesis, Éxodo, Levítico, Números* y *Deuteronomio* (estos cinco primeros constituyen el *Pentateuco*), *Josué, Jueces, Rut, de los Reyes*, las *Crónicas, Esdras, Nehemías, Tobías, Judit, Ester* y *Macabeos*.

—7 libros didácticos: *Job, Salmos, Proverbios, Cantar de los Cantares, Eclesiástico, Sabiduría* y *Eclesiastés*.

—17 libros proféticos: *Isaías, Jeremías, Baruc, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Aggeo, Zacarías* y *Malaquías*.

Cómo fue «fabricada» la Biblia

Un cierto número de esos libros llamados deuterocanónicos (admitidos después de los otros en el Canon) no figuran en las Biblias hebraicas. Son *Baruc, Tobías, Judit*, los *Macabeos*, la *Sabiduría*, el *Eclesiástico* y fragmentos de *Ester* y de *Daniel*. Los protestantes no aceptan tampoco todos los libros de la Vulgata católica[1]. Así, la versión sinodal de la Sociedad Bíblica de Francia no contiene dos de los libros didácticos: la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*. Vemos, a través de esta enumeración de desacuerdos, que llamar a la Biblia «el Libro» es un error total. Sólo el plural expresa bien la diversidad de su composición.

Tampoco abordamos aquí el problema de las traducciones a través de los siglos, desde la Vulgata a la Biblia de Crampon, de la de Lutero[2] a la de Jerusalén. Sería entrar en las infinitas disputas que han presidido la fijación de los textos y su interpretación.

Para los cuatro Evangelios y los veintitrés libros del Nuevo Testamento reconocidos como canónicos en el concilio de Hipona en el 393, los problemas son los mismos. Unos y otros han hecho su selección y, detrás de las Biblias oficiales, se adivinan estudios, trabajos, exégesis y combates a veces, que desembocaron en el rechazo de ciertos textos. Así pues, la Biblia no es un libro maldito, sino un libro que se construyó sobre la maldición de otros libros.

Los libros rechazados, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, son llamados *apócrifos*. Existiría un contrasentido en esta palabra, que significa actualmente, en lenguaje ordinario, no auténtico, dudoso, sospechoso. En realidad, cuando se aplica a los escritos no conservados por las versiones oficiales, hay que tomarlo en un sentido etimológico de *oculto* (en griego: *apokruphos*). Los libros apócrifos son textos absolutamente auténticos, la mayor parte de las veces de un gran valor histórico, y sólo merecieron el epíteto infamante porque no tuvieron la suerte de agradar a los teólogos de una cierta época a los que faltaba ortodoxia.

Su antigüedad es con frecuencia indiscutible. Así, los apócrifos del Antiguo Testamento datan de un período situado entre el siglo II antes y el siglo I después de Jesucristo. Citemos, entre los principales: la *Plegaria del rey Manasés después de su conversión*, los libros tercero y cuarto de *Esdras*, tercero y cuarto de los *Macabeos*, el *Salmo CLI* atribuido a David, los dieciocho *Salmos* de Salomón, el *Libro de Enoc* (o de Henoch), los *Testamentos de los doce Patriarcas*, la *Carta de Aristeo*, el *Libro de los Jubileos* o pequeño Génesis, el *Martirio de Isaías*, el *Testamento de Neftalí*, etc.

También el Nuevo Testamento tiene sus apócrifos, más numerosos aún. Son tal vez de menor interés, en la medida en que fueron a menudo «obras piadosas» escritas para glorificar el judaísmo. Al escribirlos, sus autores quisieron también reparar omisiones de la Biblia. Un cierto número, como el *Protoevangelio* de Santiago, intenta, por ejemplo, informarnos sobre la infancia de Cristo a propósito de la cual se sabe poco. Recordemos también el Evangelio de Nicomedes y el de Pedro, dedicados a la Pasión. Después del siglo V, vieron la luz tratados seudoapostólicos, como las *Cartas de Pablo a los Laodicenses*, la correspondencia entre san Pablo y Séneca, y diversos

Apocalipsis. Aquí cabe la posibilidad de que nos enfrentemos con falsedades puras y simples, sea cual sea la buena fe de sus autores.

Historia de un manuscrito

Entre los apócrifos del Antiguo Testamento, uno de ellos ocupará especialmente nuestra atención, tanto por su mensaje como por su complicada historia. Se trata del *Libro de Enoc*. Su historia, ante todo, lo vincula ciertamente a nuestro tema, ya que conoció todas las desgracias. Fue no solamente rechazado, sino mutilado y perdido.

El original, como ocurre con muchos textos bíblicos, nos es desconocido. Se han encontrado, sin embargo, algunas versiones incompletas en latín, etíope y griego. El texto latino era muy breve, apenas una parte del capítulo 56, conocido por un manuscrito del siglo VIII conservado hoy en el Museo Británico. La versión etíope, realizada según un texto griego, fue más difundida. En 1900, antes de los grandes descubrimientos de nuestro tiempo, se señalaban ya veintiséis manuscritos de él. En cuanto al texto griego, era el más fragmentario de todos. Se encontraban algunos pasajes de él en los versículos de un manuscrito del Vaticano y en el *Papiro llamado de Gizeh*. Algunas citas en griego aparecen también en la *Cronografía* de Jorge de Sinceles (800 después de Jesucristo). Todos estos textos no encajaban muy bien entre sí y, por lo demás, incluso cuando concernían al mismo capítulo, su sentido aparecía a veces diferente. Eso se debe a que el original, escrito sin duda en hebreo del siglo II o del I a. de J. C., había sido traducido una y otra vez copiado y recopiado tantas veces que poco a poco había degenerado. Hoy lo conocemos solamente en una traducción por algunos capítulos y en una traducción de traducción por lo que se refiere a lo esencial.

Este libro, que la gente no poseía más que en fragmentos, fue con todo rápida y constantemente célebre. Dos fragmentos recogidos por Alejandro Polyhistor (comienzos del siglo I a. de J. C.) y conservados por Eusebio lo mencionan ya. Afirman que Enoc habría recibido unos conocimientos particulares de los ángeles y que sería el padre de la astrología. El *Libro de los Jubileos*, como apócrifo del siglo II antes de nuestra era, lo señala también. En realidad, todo el mundo habla de él y fue leído profusamente en aquella época. Es citado por otros apócrifos también, como el *Apocalipsis de Baruch* (70 después de Jesucristo), el cuarto *Libro de Esdras* (compuesto entre el 81 y

el 96) y el *Testamento de los doce Patriarcas* (siglo I). Un autor sagrado y absolutamente canónico, san Judas, lo nombra muy claramente. Por último, es evidente que numerosos pasajes del Nuevo Testamento, especialmente de Mateo, Marcos, Lucas, Juan y los *Hechos de los Apóstoles*, han sido escritos tomando como referencia el *Libro de Enoc*. Varios pasajes, breves quizá, pero casi palabra por palabra, han sido tomados de él, lo que equivale a decir que en esa época nada tenía de maldito, nada de apócrifo.

En los primeros tiempos de la era cristiana, desde el siglo I al VI, el *Libro de Enoc* sigue siendo una obra básica. Todos se inspiran en él. La lista de los que procedieron así sería larga, pero establecería claramente la importancia de este texto al que las mejores mentes se remitieron: san Justino, Tatiano, Atenágoras, san Ireneo, san Clemente de Alejandría, Julio *el Africano*, Tertuliano (que, en el siglo III, tienen incluso al *Libro de Enoc* por un escrito canónico), san Cipriano, Zósimo, Lactancio y Prisciliano. No comenzó a ser rechazado, parece, hasta el siglo IV. San Jerónimo (346-420) y san Agustín (354-429) lo clasifican entre los apócrifos. Fue en ese momento cuando su destino queda fijado. Progresivamente va a desaparecer de la escena oficial.

Durante muchos siglos, por efecto de esta maldición, el texto, si no de una pura ortodoxia, sí al menos muy auténtico y muy apasionante, cae en el olvido. Es la época en que la Iglesia puede borrar a su capricho un pensamiento o una obra. Lo hallamos apenas mencionado de segunda o tercera mano en los siglos XV, XVI y XVII. Mil años al menos de penitencia transcurrirán para él, antes de que un viajero inglés llamado J. Bruce consiga en Abisinia tres ejemplares de la versión etíope del *Libro de Enoc*[3]. Poco a poco, renace. El fragmento griego (treinta y dos capítulos) fue encontrado en una tumba en 1886-1887 durante unas excavaciones en Akhmin organizadas por Grebaut, director de los museos de Egipto. En 1893, el fragmento del Museo Británico era descubierto en el interior de otro manuscrito. La maldición se desvanecía.

Empezaban ya a aparecer traducciones. Silvestre de Sacy ofrecía algunos capítulos. Migne publicaba la primera traducción francesa en su *Diccionario de los apócrifos*, en 1856[4]. En 1906, finalmente, François Martin, profesor de lenguas semíticas del Instituto Católico de París, hacía publicar su traducción del *Libro de Enoc* según el texto etíope. Es la más reciente que existe en francés, ya que desde entonces no sido reeditado.

Sin embargo, el *Libro de Enoc* conoció una nueva aventura. El *Times* del 19 de noviembre de 1931, en un artículo que pocas personas leyeron,

anunciaba, con la firma de Sir Frederic Kenyon, director del Museo Británico, el descubrimiento entre los mercaderes egipcios de un lote de papiros muy antiguos y de un interés considerable[5]. Esos papiros, cuyo origen los mercaderes no habían querido decir, fueron comprados por un multimillonario americano, Alfred Chester Beatty. Se trataba de un tesoro prodigioso: nueve libros del Antiguo Testamento y quince libros del Nuevo Testamento, todos ellos de los siglos II al IV. De golpe, se retrocedía cien años en el conocimiento de las fuentes de la Biblia griega. Y entre todos aquellos papiros, se encontraba un ejemplar del *Libro de Enoc*. El descubrimiento era capital, pues contenía largos pasajes que faltaban en el texto griego: once capítulos ausentes eran restituidos. Decididamente, se daba una nueva oportunidad a este extraño relato.

Doscientos visitantes desembarcan en la Tierra

Después de una introducción, el *Libro de Enoc* se compone de cinco partes: la caída de los ángeles; el Libro de las Parábolas; el Libro del cambio de las luminarias del cielo (sol, luna, estrellas); el Libro de los sueños, y el Libro de la exhortación y de la maldición. El comienzo, sobre todo, es interesante en la medida en que narra que unos visitantes llegaron en un momento dado a la Tierra, amaron a las mujeres de los hombres, les revelaron ciertos secretos y, finalmente, fueron castigados por su señor.

Esos visitantes, el *Libro de Enoc* los llama de diferentes maneras: ángeles, ángeles santos, hijos de los cielos, hijos de los ángeles santos, santos, santos del cielo, vigilantes del cielo, santos vigilantes, espíritus, etc. El sentido de esas denominaciones es claro. Son los representantes de Dios, los que están encargados de la marcha del mundo, los que dan a conocer a su señor lo que ocurre en él.

Ahora bien, doscientos de ellos traicionaron su misión. Se dan cuenta de que, entre los hijos de los hombres, hay «hermosas muchachas». Y los ángeles, hijos de los cielos, las vieron y las desearon, y se dijeron entre sí: «Vamos, elijamos mujeres entre las hijas de los hombres y engendremos hijos.»[6]

Así nos enteramos de que esos visitantes son sexuados. Nos enteramos también del nombre que algunos de ellos, los jefes, llevan: Semyaza, su príncipe, y después Arakib, Aramiel, Kakabiel, Tamiel, Ramiel, Daniel, Ezequiel, Baraquiel, Asael, Armaros, Batariel, Ananiel, Zaqilê, Samsapeel,

Satariel, Turiel, Yomeyal y Arazeyal. Son jefes de «decenas», lo cual permite suponer una organización paramilitar.

Los doscientos ángeles se ligan en la conspiración por un juramento, y pronto las uniones con las hijas de los hombres se consuman. De ellas nacerán gigantes, de costumbres sanguinarias, que después de haber asolado la Tierra y perseguido a los humanos, se devorarán entre sí. Mientras tanto, los doscientos ángeles han aceptado revelar a los hombres toda una tecnología, en particular la de la metalurgia: «Azarel enseñó a los hombres a fabricar las espadas y las lanzas, el escudo y la coraza del pecho, y les mostró los metales y el arte de trabajarlos.»[7] Los ángeles enseñaron muchas otras cosas a los hombres y a las mujeres, el arte del maquillaje, los brazaletes, los adornos y los tintes. Entre las materias enseñadas, figura «la revolución del mundo», expresión que no es explicada, pero que seguramente hay que entender en el sentido astronómico. Los ángeles enseñan también a los hombres diversos secretos mágicos, como los hechizos, la interpretación de los signos y la astrología. Asdariel enseñó lo referente al curso de la Luna y Tamiel el aspecto de las estrellas. Estos visitantes sabían decididamente muchas cosas para su época.

Pero el conocimiento no es, sin duda, bueno para los hombres, pues Dios se enfureció por esas revelaciones. Con el Diluvio, decidió limpiar la Tierra. Enoc, un hombre fiel a la ley del Señor, es encargado por los culpables de interceder en su favor cerca de Dios. Para presentar su informe, Enoc es invitado entonces a un gran viaje. Es trasladado a alguna parte donde se le muestra toda la mecánica celeste, los motores que hacen girar la inmensa máquina del Universo.

¿Es científico el libro de Enoc?

Constituyendo la segunda parte, el *Libro de las Parábolas* relata sus viajes (o sus visiones, como se prefiera). Enoc cuenta lo que ha visto de la morada de Dios y vuelve a hablar de los secretos de la mecánica celeste. Percibiendo el futuro, describe incluso cómo un día unos carros traerán a los judíos de su dispersión. Algunos pasajes evocan ingenios voladores, que producen un ruido formidable. Hay motivos para sentir inquietud, cuando recordamos que se trata de una época en que no se conocía ningún motor:

Vi otro ejército de carros en los que estaban montados hombres. Y ellos iban sobre los vientos, de oriente y de occidente en dirección al mediodía. Se oía el rodar de sus carros y cuando ese tumulto se produjo, los santos cayeron en la cuenta del cielo, la columna de la Tierra fue estremecida por su base y se lo oyó de un extremo al otro del cielo durante un día[8].

En la tercera parte, Enoc expone de una manera más metódica las leyes de los astros que le ha revelado el ángel Uriel: ley del Sol y ley de la Luna, ley de los doce Vientos. Todos los fenómenos son vistos por Enoc como si los estuviera sobrevolando. Describe, en la Tierra, las montañas y los ríos como si estuviera situado encima de ellos. Es uno de los misterios mayores de este relato.

No hay que exagerar, sin embargo, la importancia de los conocimientos aquí enunciados. Si bien el punto de vista del observador, en situación elevada, es original, y si los ingenios de transporte son fantásticos, habrá que convenir que las matemáticas y la astronomía del autor son débiles. Encontramos nuevamente todas las leyendas de la época y, en algunos aspectos, parece incluso que Enoc ignora o mezcla los conocimientos de su época. Por ejemplo, atribuye a los años lunares unas veces 354 y otras 364 días. Para los años solares, aquí les da 364 días y por otra parte olvida los días interpuestos.

¿Cómo apreciar actualmente el conjunto del relato? Nos guardaremos bien de hacerlo aquí, tanto más cuanto que algunos se han dedicado ya a esta tarea. Robert Charroux, por ejemplo, siempre al acecho de lo extraordinario, ve en él, por supuesto, un testimonio sobre la llegada a la Tierra de unos extraterrestres en una época remota[9]. Estos seres, bastante semejantes a la especie humana ya que pudieron acoplarse con las mujeres, viajaban por el espacio interestelar. De pasada, enseñaron a los hombres algunos elementos de tecnología, como el arte de los metales. Otros conocimientos, astronómicos especialmente, no pudieron ser transmitidos, ya que los hombres no sabían bastantes matemáticas para comprenderlos. El *Libro de Enoc* los menciona, pues, solamente desde un punto de vista poético. Aun cuando no coincidimos con la tesis de Robert Charroux, el *Libro de Enoc* no pierde su interés. Descubre un monumento histórico de primera importancia sobre la «ciencia judía» mostrando cómo el pensamiento de esa época trató de mezclar unas hipótesis sobre el mundo físico tomadas de la Biblia con la cosmogonía babilónica. Es al mismo tiempo un texto poético indiscutible. Aun cuando ha sido considerado apócrifo y, por lo tanto, ha sido amordazado por los

teólogos, eso no se debe en todo caso al relato de los «extraterrestres» y de las máquinas voladoras. El *Libro de Ezequiel*, absolutamente canónico, nos aporta a este respecto una descripción quizá más extraña aún.

Una visita para Ezequiel

En la visión de Ezequiel se nos cuenta la llegada de unos seres misteriosos en unos vehículos en forma de ruedas, lo cual evoca indiscutiblemente los «platillos volantes». Los seres que los gobiernan no son hombres, sino más bien monstruos que tienen algunos rasgos humanos.

De pronto, vi un torbellino de viento que venía del Norte, una espesa nube con un haz de fuego que esparcía su brillo por todos sus lados. En el centro se veía como bronce pulimentado, colocado en medio del fuego. También en el centro, se veían cuatro seres vivos, y he aquí cuál era su aspecto: tenían un parecido humano y cada uno tenía cuatro rostros y cuatro alas. Sus pies eran rectos, y la planta de sus pies era como la planta del pie de un becerro. Brillaban como el bronce pulimentado. Unas manos humanas aparecían bajo sus alas, a los cuatro lados. El aspecto de esos seres vivientes era parecido al de carbones ardientes y antorchas encendidas. El fuego ardía entre esos seres vivientes con un resplandor deslumbrante y de él salían relámpagos. Y esos seres iban y venían, semejantes al rayo[10].

En la visión de Ezequiel se describen a continuación los ingenios en que viajaban esos curiosos visitantes:

Ahora bien, mientras contemplaba a esos seres vivientes, vi cerca de ellos una rueda sobre la tierra, delante de cada uno de sus rostros. Por su aspecto y por su forma, estas ruedas parecían una crisolita[11]*. Las cuatro eran parecidas y su aspecto y su forma eran los de una rueda atravesada por otra rueda. Al avanzar, se movían sobre sus cuatro costados, sin dar la vuelta en su marcha. Sus circunferencias eran de una altura espantosa y las circunferencias de las cuatro ruedas estaban llenas de ojos a su alrededor. Cuando los seres vivientes andaban, las ruedas lo hacían también a su lado, y cuando se elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban también. Iban por todas partes donde el Espíritu les empujaba. Cuando el Espíritu los*

levantaba, las ruedas se elevaban con ellos, ya que el Espíritu que animaba a esos seres vivientes estaba también en las ruedas. Cuando ellos andaban, ellas también, y cuando se detenían, las ruedas se paraban también, y cuando se elevaban de la tierra, las ruedas lo hacían con ellos, pues el Espíritu que animaba a esos seres estaba también en las ruedas[12].

La continuación es más extraña todavía. Esos visitantes vienen a confiar una misión a Ezequiel, la de hablar a los demás hombres. Pero para ello le transmiten su enseñanza de un modo muy inusitado: le comunican sus conocimientos en forma de algo para comer:

He aquí que una mano tendida hacia mí sostenía un manuscrito enrollado. Fue desenrollado delante de mí. Había unos caracteres trazados en él dentro y fuera (...). Entonces se me dijo: «Hijo de hombre, come lo que tienes delante de ti, como este libro. Luego ve y habla a la casa de Israel.» Yo abrí la boca y el libro me fue dado a comer[13].

Coincidencias inquietantes

Al término de este capítulo, es preciso subrayar la semejanza bastante inquietante de toda una serie de textos que nos ha legado la antigüedad mediterránea, tanto si se trata del *Libro de Tot* como de los escritos de Hermes o de ciertos pasajes del Antiguo Testamento. En el fondo, todos nos cuentan la misma historia: la revelación del saber. Uno o varios seres asimilados a dioses, monstruos o espíritus se presentan un día a los hombres. Llegan del cielo y disponen de medios de locomoción aéreos muy rápidos, que producen ruido o humo. Su saber es muy superior al de los humanos, pero están dispuestos a compartirlo, al menos en parte. Hablan, pues, y enseñan algunos fragmentos de lo que saben, especialmente en materia astronómica.

¿Cómo no encontrar misteriosos esos textos, sea cual fuere la óptica con que se los contemple? El simple hecho de su coincidencia es en sí un problema.

EL ZOHAR Y LAS GRANDES OBRAS DE LA CÁBALA

Uno de los comentarios más misteriosos de la Biblia (o, a partir de la Biblia, ya que va claramente más allá de la simple exégesis) es el *Sepher Ha Zohar* o «Libro de Esplendor», del que no se conoce ni el autor ni la fecha exacta de composición. Gran libro de la Cábala al que los ocultistas, muy alejados del auténtico pensamiento judío, fueron posteriormente a buscar sobre todo recetas mágicas, es también una obra que fue abundantemente denigrada, y hasta insultada. Algunos judíos, incluso, molestos por ciertos aspectos de este pensamiento, lo combatieron en el siglo XIX. Para el historiador Heinrich Graetz, la Cábala «se apoya sólo en el error». Para Salomón Reinach, es «una de las peores aberraciones del espíritu humano». Para Theodor Reinach, se trata de «un veneno sutil que se desliza por las venas del judaísmo y lo infecta enteramente». Esos juicios excesivos, esos rechazos, esos desprecios y también, hay que decirlo, la gran dificultad de comprender los textos de la Cábala, muestran al menos que dichos textos tienen su lugar en el presente estudio.

Un santo vanidoso y profundo

Durante mucho tiempo se atribuyó el *Zohar* al rabino Simeón ben Yohai. La verdad es que no puede ser de su mano, dado que narra su propia muerte. Tal vez lo dictó, en sus partes más esenciales, a uno de sus discípulos. El *Zohar* representa en todo caso una parte de su pensamiento, en la medida en que él mismo se vinculaba a una vasta corriente filosófica.

El rabino Simeón ben Yohai vivió entre los siglos I y II, de la era cristiana, en el momento en que el pueblo judío conocía la prueba de la dominación romana[1]. Mucho de su carácter, cuando no de su pensamiento, puede ser explicado por estas condiciones difíciles.

En seguida aparece como un hombre que sabe lo que quiere, y la modestia no será jamás su fuerte. Trabaja sin interrupción para convertirse en rabino. Mientras algunos preparan la insurrección en las cavernas de las montañas, él se inscribe en Yabné, cerca de Jaffa, en la escuela que ha fundado R. Yochanan para mantener los valores y la cultura judíos. A continuación estudia en Bné Brak, allí donde el gran rabino Akiba ben Joseph ha tratado de constituir una especie de enciclopedia del pensamiento judío, buscando y coleccionando todos los textos antiguos. Al punto, la voluntad de poder de Simeón ben Yohai se pone de manifiesto. El rabino Akiba no lo nombra rabino, y él no se consuela. ¿Vanidad? ¿Conciencia de su valor? Más tarde, el rabino Akiba, encarcelado por los romanos, se niega otra vez a nombrar rabino a su discípulo. Simeón no recibirá este título hasta después de la muerte de su maestro al que, sin embargo, seguirá venerando.

La intransigencia de Simeón aparece también en la firmeza de su doctrina. No sólo se incorpora pronto al campo de resistencia contra el opresor, sino que, en materia doctrinal, no muestra ninguna suavidad, ninguna indulgencia ante lo que considera como el Mal. «La mejor de las serpientes debe tener la cabeza aplastada»[2] es un pensamiento que describe perfectamente la violencia de este pacifista, la severidad de este hombre que predica, sin embargo, el amor.

Está seguro de su misión, seguro de haber sido designado por Dios para hablar. Es un elegido. Él mismo lo dice sin ninguna contemplación:

El mundo debe poseer treinta hombres tan justos como Abraham. Si son treinta, mi hijo y yo somos dos de ellos. Si son diez, mi hijo y yo somos dos de ellos. Si son cinco, mi hijo y yo somos dos de ellos. Si son dos, éstos somos mi hijo y yo. Pero si no hay más que uno sólo, éste no puede ser otro que yo mismo[3].

Este orgullo no debe enmascarar la verdad y la grandeza de Simeón ben Yohai. Ante todo, no debemos olvidar que él contempla a su país en ruinas. En el 135, la insurrección judía es aplastada, y los romanos arrasan Jerusalén. El nacionalismo que despierta en su corazón esta brutalidad le lleva insensiblemente a sentirse solo y orgulloso, elegido para salvar lo que puede y debe serlo. Más tarde, todo el resto de su vida demuestra que, lejos de encerrarse en una embriaguez de sí mismo, piensa sin cesar en el pueblo judío, en sus valores, en su cultura. Es un orgulloso que se da a los demás.

Simeón hace milagros

Su vida es la de un santo[4]. Muestra todas las características del tipo. Dios le ha dado el poder de hacer milagros. En Tiberíades descubre tumbas ocultas. En Roma, a donde va en embajada, expulsa los demonios del cuerpo de la hija del emperador Antonino. Hace crecer oro en un campo para explicar una parábola a sus discípulos. Igual que algunos sabios cristianos, pasa una parte de su vida en el desierto. Durante trece años, refugiado en una caverna, reza, medita y habla a los que le han seguido. Es condenado entonces a muerte y buscado por el Ejército romano como espíritu subversivo. El *Talmud*[5] cuenta, en efecto, las conversaciones de un pequeño grupo de rabinos que no podían dejar de atraer las furias de la justicia imperial:

El rabino Judá, el rabino José y el rabino Simeón estaban reunidos, y Judá, un hijo de prosélito, estaba de pie junto a ellos. El rabino Judá observó: «Los trabajos de esos romanos son admirables. Han trazado carreteras, han construido puentes y han levantado termas.» El rabino José guardó silencio. El rabino Simeón replicó: «Todo lo que han hecho lo han hecho para ellos mismos: las calles para las prostitutas, las termas para sus cuerpos, y los puentes para cobrar peajes.»

Gracias a este pasaje, vemos con claridad que el rabino Simeón no tenía sólo la inteligencia de las cosas divinas, sino que comprendía admirablemente también la situación política. Su despego era sólo aparente, ya que se preocupaba tanto de la búsqueda más abstracta como de la lucha cotidiana.

A su muerte ocurrieron nuevos milagros. Si prestamos crédito al *Zohar*, que narra sus últimos instantes, conoció perfectamente el momento de su fin. «Ha llegado la hora —declaró—. Quiero entrar en el mundo futuro sin vergüenza. Por eso, voy a revelar cosas sagradas, cosas aún no reveladas con objeto de que no me puedan reprochar que haya abandonado el mundo sin haber cumplido plenamente mi misión.»

Entonces habló largamente mientras sus discípulos, los rabinos Hiya, Hossé, Isaac, Abba y su hijo y el rabino Eleazar, lo escuchaban. Todas sus palabras fueron recogidas. Luego llegó la muerte. La luz en torno al difunto era resplandeciente y nadie podía mirarla de frente. Cuando retiraron su cadáver, una columna de fuego precedió la procesión.

Una paternidad indecisa

Así vivió y murió Simeón, hijo de Yohai, el gran inspirador, cuando no el verdadero autor del *Zohar*. La cuestión de la paternidad de esta obra no ha sido, en realidad, resuelta nunca. No es citada por nadie antes del siglo XII y no fue impresa hasta 1558, en Italia. La hipótesis más verosímil pretende que el *Zohar* es, en realidad, una obra compuesta cuyos autores habrían sido numerosos. Este conjunto de textos habría sido reunido finalmente en un libro único, quizá por Moisés de León o por un judío español en el siglo XIII. El *Zohar* no se hizo probablemente en un día ya que es el resultado del pensamiento místico judío desde sus orígenes. Es el fruto de la Cábala, es decir de la Tradición, tanto más cuanto que la encarna. No se sabe gran cosa de la doctrina de las primeras sectas esenias ni sobre el pensamiento de aquellos que se llaman los «terapeutas», judíos místicos de Alejandría, pero sin duda es ahí donde hay que ver el punto de partida de una profunda reflexión sobre la *Torá*[6], que desembocará mucho más tarde en el *Zohar*.

Uno de los temas esenciales de la Cábala se basará en un capítulo de *Ezequiel* y en el *Libro de Enoc*, textos en los que precisamente se menciona la famosa máquina que lleva a los ángeles, ese «carro» tan misterioso (la *Merkaba*). Asimismo otras fuentes alimentaron la Cábala hasta su expresión perfecta en el *Zohar:* las diferentes visiones del *Apocalipsis*, la leyenda mitológica judía (*Haggada*), las glosas sobre la *Torá* (*Halaká*), el pensamiento de Maimónides y su famosa *Guía de los extraviados*.



La Mishne Torah de Moisés Maimónides (1135-1204).

Siempre y en todas partes esta mística tratará de penetrar, a través de nuevas visiones estáticas y un comentario incesantemente renovado de los textos santos, en los misterios de la Creación y la Ley Divina.

El «Sepher Yetsira» y el papel de los Sephiroth en la creación

Antes del *Zohar*, la obra más fundamental de la Cábala fue el *Sepher Yetsira*, obra hebrea de autor desconocido, compuesta de seis breves capítulos, y que debe proceder aproximadamente del siglo IV. En ella encontramos todos los grandes temas de la Cábala sobre la Creación, cuyo misterio no puede ser comprendido más que a la luz de los elementos:

—los diez números elementales llamados *Sephiroth*, que expresan el principio sagrado del denario, especie de materia primera que permitió a Dios esculpir el mundo, y las veintidós letras del alfabeto hebraico.

Los primeros versículos del *Sepher Yetsira* afirman que en estos treinta y dos elementos se encuentra el secreto de la constitución del universo, ya que son las mismas vías que utilizó Dios para realizar su trabajo:

1. A través de treinta y dos vías misteriosas de sabiduría, Yah, el Eterno Sebaoth, el Dios de Israel, Dios viviente, Dios todopoderoso, elevado y sublime, que vive en la eternidad y cuyo nombre es Santo, ha trazado y creado su mundo en tres formas, en la escritura, el número y el pensamiento. Diez números primordiales (sephiroth belima) *y veintidós letras fundamentales, de ellas tres madres, siete dobles y doce simples.*

2. Diez números primordiales, según el número de los diez dedos, de los que cinco están frente a cinco. Y la persona del Único está justamente en medio, por la palabra, la lengua y la boca. Corresponden a los diez infinitos la profundidad del comienzo y la profundidad del fin, la profundidad de lo alto y la de lo bajo, la profundidad del Oriente y la del Occidente, la profundidad del Norte y la del Sur. Y un señor único, Dios, rey fiel, los domina a todos desde la morada de su santidad y por la eternidad de las eternidades.

3. Veintidós letras fundamentales. Tres madres, aleph, mem *y* schin *corresponden al platillo del mérito, al platillo del demérito y a la balanza de la ley que los equilibra. Siete dobles,* beth, guimel, daleth, kaph, pé, resch *y* tau *que corresponden a la vida, la paz, la sabiduría, la riqueza, la posteridad, el favor y la dominación. Doce simples,* hé, vav, zayin, heth, thet, yod, lamed, noun, samech, hayin, tzadé *y* qoph *que corresponden a la vista, el oído, el olfato, la palabra, la nutrición, la cohabitación, la acción, la marcha, la cólera, el rito, el pensamiento y el sueño*[7].

En este texto se observa claramente el doble aspecto de la Cábala: reflexión sobre los textos buscándoles una clave (en este caso alfabética y numeral) y

magia de toda una creación. Cuando la Cábala llegue al conocimiento de los filósofos cristianos, lo tomarán sobre todo por la segunda vía. Abandonarán con bastante rapidez el pensamiento rabínico auténtico para lanzarse a la fantasía de los secretos. Se intentará incluso vincular la alquimia a combinaciones de letras y descubrir las primeras huellas de ella en la Biblia. Como si Moisés, que tenía otras cosas que hacer, se hubiera preocupado de transmitir la receta de la transmutación de los metales....

Así pues, conviene abordar con la máxima prudencia la Cábala tal como nos es contada, utilizada o, más bien, soñada en los primeros textos propiamente occidentales. Pico della Mirandolla (1463-1494) trabajó sólo de segunda mano. Reuchlin (1455-1522), verdadero introductor de la Cábala en el Renacimiento con su *De Arte cabalistica* no comete más que contrasentidos. El propio Paracelso (1493-1541), el gran médico, inventor de la yatroquimia, cita constantemente la Cábala, pero ignora incluso que es de origen judío. En el siglo XIX, los ocultistas se inmiscuirán a su vez en este terreno... no conociendo la mayor parte de las veces ni una sola palabra de hebreo, la lengua del *Sepher Yetsira*, ni el arameo, la lengua principal del *Zohar*. Se concederá, pues, poca atención a los trabajos, en este campo al menos, de Eliphas Levi, Papus[8], Stanislas de Guaita y otros magos de la época.

Se convendrá, sin embargo, que si el error de esos ocultistas fue grande, la tentación era inevitable. En efecto, los textos de la Cábala se presentan como una explicación de la Biblia, pero son aún más misteriosos que ella. También aquí, «la clave tendría necesidad de una clave». Un primer esfuerzo serio de retorno a los textos y al pensamiento original judío había sido intentado por Adolfo Franck (1809-1893), también judío, con su obra sobre *La Cábala*[9], pero este trabajo está hoy superado. Nos referiremos más útilmente a los estudios contemporáneos de Henri Sérouya, primer gran analista de la cuestión[10]. Solamente con esta guía podremos intentar penetrar en el propio *Zohar*, suma de la Cábala, del que las 3.114 páginas de la traducción de Jean de Pauly no permiten una lectura superficial e ingenua.

¿Esplendor u oscuridad?

El *Zohar* es en principio la *Luz*. La palabra figura en *Daniel* (XII, 3): «Los que hayan sido inteligentes resplandecerán como el esplendor luminoso

(*zohar*) del firmamento.» Podría creerse que se entra, pues, en una obra llena de claridad cuando lo cierto es que pronto caemos en plena oscuridad. La mitad de la obra aproximadamente está consagrada al comentario, versículo por versículo, del *Pentateuco*, pero encontraremos en ella un poco de todo: apólogos, leyes morales, anécdotas y relatos seudohistóricos. Y es que la obra, lo hemos dicho ya, es compuesta. No se esboza ningún plan, ninguna gradación clara entre las distintas partes, algunas de las cuales no tienen ni siquiera título. El *Sifra-di-Tseniuta* (Libro del Secreto) aplica la mística de las letras a la primera página del *Génesis*. El *Idar Rabba* y el *Idar Zuta* (Grande y Pequeña Asamblea) están centrados en Simeón ben Yohai y su concepción de Dios. Encontramos comentarios más concretos de algunos pasajes de la Biblia en los *Sitré Torah* (Misterios de la Ley). El *Cantar de los Cantares* y el *Libro de Ruth* son asimismo especialmente estudiados. Hay también los libros dedicados al aspecto mágico de la Cábala, que no es esencial, pero que, a pesar de todo, es un elemento constante de ella: el *Raza de Razin* (Misterio de los misterios) se sumerge en la adivinación por el estudio de las manos y los rasgos faciales; los *Sitré Othiot* (Misterio de las letras) descomponen sin fin los nombres de Dios. Ante tanta profundidad, mezclada en ocasiones con tanta ingenuidad y verbosidad, el lector contemporáneo podrá a veces preguntarse si el *Zohar*, monumento capital en la mística judía, ofrece aún interés en el siglo XX, o si su existencia demuestra únicamente que hay un progreso en la filosofía. En verdad, es preciso saber superar el enervamiento o la lasitud que inspiran demasiadas páginas de esta obra para llegar al «meollo», a la intuición profunda de algunos pasajes. Se descubrirá entonces un pensamiento sutil, profundamente sincero, tan bello como el de todas las grandes místicas de las demás religiones. Pensamiento original también, esfuerzo desesperado de la mente humana para elevarse a una filosofía tan vasta, tan lógica y tan general como es posible, de Dios, de la Creación, de la grandeza y de la miseria humanas.

Dios, para el *Zohar* y para todos los textos de la Cábala es, por desgracia, secreto. No puede ser conocido en su totalidad. Pero uno puede acercarse a él, encontrar los caminos del Conocimiento o de un cierto Conocimiento, y ser iluminado por él. El *En-Sof* (el *Infinito*) es aquí la noción capital. Este Infinito está oculto y, sin embargo, se da. La relación entre el Infinito y el mundo se efectúa a través de los *Sephiroth*, los diez números elementales que, en cierto sentido, son los atributos de Dios, aquellos a través de los que él actúa. Dios, en efecto, se manifiesta. Crea, está presente. El misterio de esta relación

establece dos mundos o, más bien, dos caras de un mismo mundo. La inteligencia humana no puede optar directamente en *En-Sof*, pero percibe la divinidad en el mundo que han ordenado y ordenan sin cesar los *Sephiroth*. Existe una especie de ir y venir constante, de ascenso y descenso entre Dios y ese dinamismo de los elementos que intervienen en ella. Se trata de un universo en continuo movimiento.

El hombre, en el centro del Universo creado, tiene una importancia considerable. También él es doble: cuerpo y alma. Es limitado. Es, en parte, ciego, cuando menos para percibir la Divinidad en su totalidad a la que únicamente puede llamar *Mi* (¿Quién?). Pero está rodeado de signos, esas letras, esos sonidos, esos números, que han permitido a Dios crear. Puede, por tanto, *deletreando* laboriosamente todas las cosas y el mismo Dios, tratar de comprender, entrar a su vez en la luz. A partir de los reflejos, puede buscar el Ser, puede buscar el Infinito.

El *Zohar* y los demás textos de la Cábala no se limitan a explicar esta relación. Dan ejemplos, superando la teoría hacia la aplicación. Evidentemente, éste es su aspecto, si no esencial desde el punto de vista teológico, sí al menos el más apasionante para el discípulo, para aquel que quiere comprender a su vez. Se dan toda una serie de mecanismos a aplicar como recetas: acrósticos, evolución numérica de las palabras, permutación de las letras, etc. Descomponiendo una palabra, analizándola, disponiéndola de una manera diferente, recomponiéndola o sumando sus letras, se verán aparecer sentidos nuevos, asociaciones reveladoras. Uno se queda, sin embargo, sorprendido a veces de las incoherencias. Un valor dado a determinada letra, por ejemplo, no será el mismo que le conceda otro autor cabalista o cualquier otro texto. Pero es eso precisamente donde la Cábala resulta apasionante. Nunca se termina, permanece siempre abierta al investigador y algunas mentes contemporáneas siguen intentando esta aventura.

Las dos grandes claves de la Cábala

Así Raymond Abellio se lanzó a la empresa. Nacido en 1907 en Toulouse, salido de la Escuela Politécnica, ingresa en la de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Este ingeniero no es un hombre separado del mundo. Ha

desempeñado un papel político como miembro director de la S.F.I.O., como animador de la «Izquierda Revolucionaria», como miembro del secretariado general de la Presidencia del Consejo de Jules Moch antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero, decepcionado por la guerra de España y por las incoherencias del mundo moderno, su filosofía se ha modificado poco a poco y se ha puesto a reflexionar sobre el Occidente de una manera enteramente distinta. Vuelve al pensamiento profético de los orígenes buscando la unión de la materia y lo sagrado y así publica, en la misma línea del *Zohar*, un estudio extraordinario sobre *La Biblia, documento en clave*[11].

Raymond Abellio ha querido restituir las claves de la ciencia numeral y utilizarlas, después de Simeón ben Yohai, para descifrar los textos antiguos. En su tesis encontramos todos los componentes del pensamiento de la Cábala, ya que se basó en la afirmación del *Zohar* según la cual toda palabra de la Escritura es susceptible de cuarenta y nueve interpretaciones, correspondiendo a las cuarenta y nueve puertas de misericordia[12].

Entrando con él en la aplicación de la Cábala, debemos precisar dos claves que tienen nombres: valor esotérico de las letras hebraicas y valor secreto de los números.

Raymond Abellio escribe:

> *Existen veintidós letras. Existen también exactamente veintidós polígonos regulares inscribibles en un círculo de 360° y cuyo ángulo en el centro tenga un número entero de grados. A cada letra le corresponde un polígono. Toda la ciencia numeral descansa en la estructura geométrica del círculo.*

A partir de esta definición, hay que empezar por hacer corresponder a cada letra hebraica una cifra a partir de 3 (triángulo equilátero), 4 (cuadrado), 5 (pentágono regular), hasta 360 (polígono de 360 lados iguales). La tabla de la página siguiente resume esta clave.

Gracias a esos valores esotéricos de las letras se hacen posibles algunas composiciones. Así, cualquier número puede ser entendido como la multiplicación de sus componentes. Un texto del *Sepher Yetsira*, de apariencia incomprensible, se aclara así para nosotros:

El Creador ha trazado las letras, las ha tallado, multiplicado, pesado, permutado. ¿Cómo las ha multiplicado? Dos piedras construyen dos casas, tres construyen seis casas, cuatro construyen veinticuatro casas, cinco construyen ciento veinte casas, seis construyen setecientas veinte casas, siete

construyen cinco mil cuarenta casas. A partir de ahí, ve y cuenta lo que tu boca no puede expresar, lo que tu oído no puede escuchar[13].

nº orden de las letras	nombre de las letras	valor esotérico
1	aleph	3
2	beth	4
3	ghimel	5
4	daleth	6
5	hé	8
6	vav	9
7	zayin	10
8	heth	12
9	teth	15
10	yod	18
11	kaph	20
12	lamed	24
13	mem	30
14	noun	36
15	samech	40
16	hayin	45
17	pé	60
18	tzadé	72
19	qoph	90
20	resch	120
21	schin	180
22	tau	360

Este texto se explica por las combinaciones posibles entre las letras. Así, las letras *aleph* (a) y *beth* (b) sólo pueden componerse de dos maneras: ab y ba. Esto es lo que significa «dos piedras construyen dos casas»: 2 = 2.

Tendremos así:

$1 \times 2 = 2$

$1 \times 2 \times 3 = 6$

$1 \times 2 \times 3 \times 4 = 24$

1 × 2 × 3 × 4 × 5 = 120
1 × 2 × 3 × 4 × 5 × 6 = 720
1 × 2 × 3 × 4 × 5 × 6 × 7 = 5.040

El valor secreto de los números

La segunda gran clave de la Cábala es el valor secreto de los números. No se trata ahora de multiplicar los componentes como en el caso de las letras, sino simplemente de sumarlos. Todo número es móvil y tiene dos valores: el suyo propio, aparente y su valor secreto, suma llamada a veces «teosófica» de los números que han servido para su formación. Así, el valor secreto (*vs*) de 2 es 3 (es decir 1 + 2), y el valor secreto de 4 es 10 (es decir, 1 + 2 + 3 + 4). Daremos aquí los valores secretos de los diez primeros números:

vs 1 = 1	vs 6 = 21
vs 2 = 3	vs 7 = 28
vs 3 = 6	vs 8 = 36
vs 4 = 10	vs 9 = 45
vs 5 = 15	vs 10 = 55

Los valores secretos ascienden evidentemente muy de prisa por el juego de las adiciones sucesivas. El de 500 es ya 125.250, el de 1.000 alcanza los 500.500. No daremos ninguna tabla más importante, pero conviene recordar que, para encontrar el valor secreto de un número, en vez de efectuar la suma, fastidiosa, de todos sus componentes, basta con aplicar la fórmula:

$$vs \text{ de } n = [n \times (n + 1)] / 2$$

Así encontraremos, por ejemplo, muy rápidamente el valor secreto de 11, a saber:

$$vs \text{ de } 11 = [11 \times 12] / 2 = 66$$

¿Cómo utilizar ahora estas dos claves, añadiendo todas aquellas que no es útil detallar más de lo que lo hemos hecho ya, como la permutación, la inversión

o la transposición de los números? Tomaremos, por ejemplo, la primera frase del *Génesis*, a la que están dedicados varios pasajes del *Zohar*. Esta primera frase es: *En los comienzos (en el principio), los Elohim crearon el cielo y la tierra* (I, 1), lo cual se lee en hebreo: *Bereschith bara Elohim eth ha-schamaim v'eth ha-aretz.*

Sobre esta simple frase, que ha hecho correr ya mucha tinta cuando se ha tomado en su sentido más claro, se podría, a la luz de los principios de Cábala, usar su vía para los cálculos.

El *Zohar* dice ante todo que el hecho que la Biblia se abra con la letra *beth*, cuyo número de orden es 2, es muy ilustrativo. Afirma, en efecto, que la creación se efectuó en un doble plano: inferior y superior. Esta duplicidad nos viene confirmada en la primera letra de la primera palabra. «La letra *beth* indica la existencia, en *Bereschith*, de dos cosas unidas juntas, es decir de dos puntos. Uno está rodeado de misterio, el otro puede revelarse[14].»

Tomemos ahora algunas palabras enteras de la primera frase de la Biblia y apliquemos a sus letras, no los números de orden, sino los valores esotéricos. Los cielos se dicen *ha-schamaim* y la tierra *ha-aretz*.

ha-schamaim		
hé	=	8
schin	=	180
mem	=	30
yod	=	18
mem final	=	30
		266

ha-aretz:		
hé	=	8
aleph	=	3
resch	=	120
tzadé	=	72
		203

Vemos que 266 es igual a 38 × 7 y que 203 es igual a 29 × 7. Ahora bien, 38 y 29 están entre los números más importantes de la ciencia numeral. El primero encarna el Principio formador, el Principio de la vida de lo alto; es el símbolo del dinamismo generador. El segundo, 29, encarna el Principio

asimilador, el Principio de la vida de abajo. 29 es precisamente el valor de Eva, la primera mujer, madre de la Humanidad, principio de la evolución.

Curiosamente, si se practica ahora el mismo análisis a la palabra *Elohim* (*aleph, lamed, hé, yod, mem* final), se encuentra un total de 83, que es precisamente el 38 invertido. Así se establece una relación misteriosa. En cuanto a *bereschith*, su descomposición dará 10.585, que es exactamente el valor secreto de 145 ó 29 × 5.

No detallaremos aquí por falta de espacio, todas las demás adiciones que se pueden efectuar sobre la primera frase de la Biblia, prefiriendo llegar antes al resultado: interpretaciones totalmente diferentes del sentido clásico de esta frase. Así, Raymond Abellio la traducirá finalmente así:

En el principio, los Elohim, cuadraturando el círculo, crearon la Involución y la Evolución.

Siempre las correspondencias

Toda la Cábala, todo el *Sepher Yetsira*, todo el *Zohar* están así llenos de invitaciones a descifrar el sentido real de las palabras que se pueden leer en los textos sagrados. La palabra *sod* (secreto) tiene el mismo valor numérico que el vino. Es bebiendo mucho como se habla. El ángel *Metatron* equivale a *Chadai* (Dios) y está, por lo tanto, cerca de él. El aceite de oliva, *catith* se escribe con cuatro letras: *tau* y *yod*, que dan 410, y *kaph* y *tau*, que dan 420. Así se enuncian el número de años durante los que el candelabro ardió en el primero y luego en el segundo Templo, etc.

Cuando añadamos que la Cábala no se contenta con esas correspondencias numerales, sino que añade a ello todo tipo de relaciones entre las tres letras madres y el aire, el fuego y la materia; entre las siete letras dobles y los siete planetas; entre las doce letras simples y los signos del Zodíaco, comprenderemos que su práctica, original entre todas, sin equivalente en otras religiones de la misma época, es infinita. Por ella, a través de las lecciones de los grandes místicos judíos de los primeros siglos de nuestra era, se descubren las lecciones siempre nuevas sobre unos textos que se consideran demasiado leídos. Ello ha hecho retroceder, quizás espesándolo aún más, el misterio del Antiguo Testamento, intrépida, no temiendo la acusación de vanidad, confiando en la palabra tan a menudo repetida por Abraham ibn Ezra: *El iniciado comprenderá*.

EL «AVESTA» Y LA LITERATURA ZOROÁSTRICA

No es tanto como obra fundamental de una religión que el *Avesta*, especie de Biblia de la religión irania, tiene cabida en este libro, sino porque esta obra conoció todo tipo de persecuciones.



Como sucede con todas las obras que hemos escogido, lo que atraerá nuestra atención es su historia, más que su contenido, tan notable no obstante en la literatura religiosa.

El *Avesta* es misterioso en lo que atañe a su misma composición, puesto que se desconoce por quién y en qué época fueron escritos los diferentes textos que habían de constituirlo. Por desgracia, actualmente lo es mucho más, ya que nos ha llegado incompleto, mutilado de partes importantes.

Si prestamos crédito al *Denckart*, texto pehlvi del siglo IX o X[1], el *Avesta* estaba, en su origen, dividido en veintiuna secciones o «nask». Constituía así el canon entero de la religión llamada mazdeísta, fundada en una teología en gran parte original, aunque muy solidaria, sin embargo, de la teología de la India antigua. De esas veintiuna nask, sólo una nos ha llegado en su totalidad: el *Videvdat*, es decir, la Ley contra los Demonios (*dev*), cuyos veinte capítulos exponen unas reglas de carácter ritual.

Los libros contenidos en el «Avesta»

El *Videvdat* comienza con estas palabras: «*Ahura-Mazda* dijo al santísimo Zaratustra...» Se presenta, en efecto, como un diálogo sobre la doctrina, la legislación y la cosmogonía de los mazdeístas. Escrito en un dialecto iranio arcaico, es probablemente una de las partes más antiguas del *Avesta*, y con toda seguridad ha debido perdurar tal como era en la época de los sasánidas.

Un segundo libro del *Avesta* está constituido por el *Yasna*, palabra que en sánscrito significa «culto» o «sacrificio». Sus setenta y dos capítulos forman un conjunto mezclado, de orígenes diversos que se dividen en:

Diecisiete *Gâthâ* (capítulos 28 a 34, 43 a 51 y 53),
El *Yasna haptanhati* (capítulos 35 a 42),
El *Yasna reciente* (capítulos 1 a 27, 52 y 54 a 72).

Diferenciados así, estos libros aparecen en el orden cronológico más probable. Sin llegar a pretender que los diecisiete *Gâthâ* están escritos por el propio iniciador de esta religión, el semifabuloso Zoroastro, o Zaratustra, creemos que son muy antiguos y que encarnan con la máxima fidelidad el pensamiento del mago. El conjunto del *Yasna* ofrece por lo demás una gran

unidad de pensamiento. Contiene, sobre todo, fórmulas, rezos, bendiciones e invocaciones. Trata, en efecto, del culto, y comienza así: «Ofrezco, ejecuto este sacrificio en honor de Ahura-Mazda, el creador, brillante, majestuoso, muy grande, muy bueno, muy hermoso, inteligencia suprema, de forma perfecta, el más elevado en pureza.» Indiquemos aquí, cuando podrían señalarse tantos puntos de comparación, una diferencia con la doctrina cristiana, al menos tal como la ha interpretado el catolicismo. El *Videvdat* había hecho claramente el elogio del matrimonio: «Oh, santo Zaratustra —decía Ahura-Mazda, en lo que concierne al hombre casado—, le concedo la prioridad sobre el que no lo es; y a aquel que tiene hijos sobre el que no los tiene.»[2] En el último *Gâthâ*, llamado *Gata Vahistoisti*, Zaratustra no se limita a exhortar al matrimonio, sino que lanza su maldición sobre aquellos que se desvíen de él.

Una tercera parte del *Avesta* es llamada *Visprad*. Es, en cierto modo, una continuación del *Yasna*, ya que se trata también de un libro esencialmente litúrgico, dividido en treinta y siete capítulos. Por otra parte, no puede ser recitado solo, sino que debe ser precedido por el *Yasna*.

Una cuarta parte está constituida por el *Jorda Avesta* o *Pequeño Avesta*, en donde se encuentran sobre todo oraciones funerarias.

Una quinta parte, el *Sîroza*, enumera las treinta divinidades que presiden cada uno de los días del mes. Finalmente, los *Yasht* (cantos) contienen veintiún himnos dedicados a algunas divinidades. Es un texto seguramente compuesto, pues, junto a dioses muy ortodoxos como Ahura-Mazda, se ven honradas las antiguas divinidades arias: Vâyu, la diosa Anâhita, la Luna (*Mah*) y Mitra.

Se cometería un error creyendo que todos estos textos que constituyen el *Avesta*, se presentan con el carácter un poco enojoso de las liturgias tradicionales. No es una sucesión de salmos a la gloria del Señor, sino un conjunto infinitamente más variado que no excluye la anécdota, las reflexiones a veces muy personales de Zaratustra sobre él mismo, conversaciones, poemas, etc. Ciertamente, los grandes principios del mazdeísmo aparecen por todas partes: monoteísmo feroz en oposición completa con el politeísmo de la época precedente, dualismo del Bien y el Mal, con la lucha de Ormuz y Ahrimán. Pero encontramos asimismo en el *Avesta* un elogio de la agricultura, una condena del aborto y el enunciado de los cuatro pecados capitales que no son en absoluto aquellos que se cree,

puesto que los enuncian así: el hecho de negarle un vestido a otro mazdeísta que tuviera necesidad de él, orinar en condiciones prohibidas, entregarse a poluciones nocturnas y tener relaciones con cortesanas...[3]

Un texto muy hermoso, que nada tiene que ver con la teología, está curiosamente dedicado al perro:

El perro, por sí solo, tiene ocho caracteres.
Tiene el carácter de un sacerdote.
Tiene el carácter de un guerrero.
Tiene el carácter de un labrador.
Tiene el carácter de un músico.
Tiene el carácter de un ladrón.
Tiene el carácter de un hombre-lobo.
Tiene el carácter de una cortesana.
Tiene el carácter de un niño.

(45). *Come las sobras como un sacerdote; es fácil de satisfacer como un sacerdote; es paciente como un sacerdote y no pide más que un pobre trozo de pan como un sacerdote. Es por eso que tiene el carácter de un sacerdote.*

Marcha hacia delante como un guerrero; combate por el buey bienhechor como un guerrero y es el primero y es el último de la casa como un guerrero. Es por esto que tiene el carácter de un guerrero.

(46). *Es vigilante y no duerme más que a medias como un labrador y es el primero y el último de la casa como un labrador. Es por esto que tiene el carácter de un labrador.*

Le gusta cantar como un músico; hiere al que se aproxima como un músico y va mal arreglado y es caprichoso como un músico. Es por esto que tiene el carácter de un músico.

(47). *Ama las tinieblas como un ladrón; merodea en la noche como un ladrón; come sin escrúpulos como un ladrón, y además es depositario infiel como un ladrón.*

Ama las tinieblas como un hombre-lobo; merodea por la noche como un hombre-lobo, come sin escrúpulo como un hombre-lobo. Es por esto que tiene el carácter de un hombre-lobo.

(48). *Le gusta cantar como una cortesana; hiere al que se aproxima como una cortesana y es caprichoso como una cortesana. Es por esto que tiene el carácter de una cortesana*.

Duerme como un niño; se funde como la nieve como un niño; es parlanchín como un niño y cava la tierra con las patas como un niño. Es por esto que tiene el carácter de un niño[4].

Las aventuras de Anquetil-Duperron

Esta variedad de textos, esta ligereza que muestra en algunas frases contrastando con otros pasajes de elevada espiritualidad, fueron quizá la razón por la que Occidente, cuando descubrió el *Avesta*, lo consideró como una especie de monstruo y comenzó a rechazarlo con horror. Este descubrimiento, por otra parte, se efectuó muy tarde, en el siglo XVIII.

Esta llegada al Occidente moderno fue en sí misma una aventura. Un inglés llamado Bourchier trajo, en 1723 el primer, según parece, manuscrito del *Videvdat*, del *Yasna* y del *Visprad*. Por desgracia, ni siquiera el gran orientalista Hyde, fue capaz de traducirlos. Así pues, lo que se depositó en las estanterías de la biblioteca de Oxford fue simplemente un «objeto». El verdadero introductor de los textos mazdeístas fue un francés, Hyacinthe Anquetil-Duperron, una especie de genio de las lenguas que a los veinticuatro años sabía, además del latín y el griego, idiomas menos conocidos en la época, como el hebreo y el persa. Apasionado orientalista, se embarca para la India con el proyecto declarado de estudiar la doctrina de los parsis, últimos fieles aún hoy del pensamiento zoroástrico[5]. Como era pobre, se enroló como simple soldado por cuenta de la Compañía de Indias y desembarcó en Pondichery en 1755.

Desde allí irradió en torno suyo y finalmente llegó a Surat, donde se hallaban los parsis. Así, pues, estableció muy pronto contacto con los textos sagrados, pero, a diferencia de su predecesor inglés, supo ir más allá de la búsqueda del manuscrito por el manuscrito. Se hizo aceptar por un *destour*[6] llamado Darab con el que emprendió el 24 de marzo de 1759 la primera traducción del *Videvdat*. Atacó a continuación el *Yasna*, el *Visprad*, los *Yasht* y el *Bundehesh*, un libro de inspiración mazdeísta posterior y escrito en lengua pehlvi.

Buscando la comprensión concreta, se hizo iniciar en los sistemas de esa religión y participó en el culto y las ceremonias. Ningún europeo había ido tan lejos antes de él en esos conocimientos. En 1761 volvía a París, donde depositó todos los manuscritos que había podido proporcionarse en la Biblioteca Real (hoy, Nacional), donde están todavía. Diez años más tarde, por primera vez en Occidente, el *Avesta* era accesible. Anquetil-Duperron publicaba los tres volúmenes de su *Zend-Avesta, obra de Zoroastro, conteniendo las ideas teológicas, físicas y morales de dicho legislador* (París, 1771).

Tantos esfuerzos, tanta buena voluntad, tantos peligros corridos en el otro extremo del mundo habrían debido valer a Anquetil-Duperron, aun cuando su obra no era irreprochable, otra acogida. Pues bien, lejos de felicitarle por haber aportado a nuestro mundo unos textos que habría sido preciso escudriñar honestamente para devolver nuestras creencias a su lugar en la historia de las religiones, la gente se burló de él y de Zoroastro.

Los griegos —nuestra única fuente, y muy escasa, antes de Anquetil-Duperron— ya habían considerado conveniente adornar el pensamiento del gran maestro de la religión mazdeísta. Heródoto y Estrabón habían escrito algunas líneas sobre «la religión de los persas», adoradores del Cielo, del Sol y de la Luna, que inmolaban víctimas al aire libre al son de himnos extraños. Estas simplificaciones se equivocaban tal vez en lo esencial, pero no disfrazaban todavía nada: sólo la apariencia era tomada por el fondo. Platón hizo más daño al hablar sin precisión alguna de «la ciencia de los magos, la ciencia de Zoroastro, hijo de Oromazes»[7]. De la idea de mago, se pasó a la idea de magia. Aristóteles y los pitagóricos lo convirtieron pronto en un astrólogo, incluso un vulgar brujo, maestro en encantamientos.

Los griegos, al menos, tenían excusas. A falta de conocer los textos únicamente habían recibido su información a través de viajeros sin cultura y habían establecido algunos contactos con emigrados persas llegados a instalarse al Próximo Oriente. De todas maneras, en la época de Platón, el mazdeísmo no se extendía más que sobre un pequeño territorio, y la reforma zoroastriana, que data del siglo III después de Jesucristo, no había hecho sentir todavía sus efectos. Por otra parte, los griegos, si bien identificaron la religión persa con prácticas mágicas, que, justamente, ésta había condenado siempre, no cometían más que un error. Eso no les impedía en absoluto respetar, admirar incluso, a aquellos magos extraños cuya vida contaban.

La persecución continua

Por el contrario, lo que el libro de Anquetil-Duperron provocó fue el desprecio por Zoroastro. El propio Voltaire, admirable espíritu crítico, pero mucho menos abierto a las novedades de lo que se enseña en nuestras escuelas, tomó partido contra él. Sorprende ver a esta inteligencia tan alabada, que tan raramente se equivocó cuando fue preciso denunciar las taras del mundo, cerrarse con frecuencia al verdadero progreso. No se trata sólo de haber conocido mal a Rousseau, que anunciaba una época nueva, una filosofía y una literatura nuevas. En muchos otros problemas, se limitó a dárselas de ingenioso, sin mucho esfuerzo, ignorando el futuro naciente. Como, por ejemplo, afirmó que las conchas que se encontraba en las montañas no procedían de mares antiguos, sino que habían caído de los gorros de los peregrinos que pasaban por allí, y también sostuvo que si bien se habían desenterrado osamentas de renos cerca de Etampes, eso no demostraba que los climas del Globo fueran cambiantes, sino que el azadón había caído sobre el gabinete en ruinas de un naturalista. Asimismo se ensañó en los textos parsis negando hasta su autenticidad y no percibiendo ninguna de sus bellezas, en pocas palabras, mofándose de lo que él llamó «el abominable fárrago que se atribuye a Zoroastro».

Más duro todavía, William Jones, el orientalista inglés más oficial, respondió con sarcasmo a lo que, sin embargo, era el mayor descubrimiento del año en su propio campo. Su *Carta a M. Anquetil-Duperron, en la que está incluido el examen de su traducción de los libros atribuidos a Zoroastro* (Londres, 1771), afirmaba que se había dormido con su lectura. Juzgaba así los textos mazdeístas:

Nunca creeremos que el charlatán menos hábil haya podido escribir las tonterías de que vuestros volúmenes están llenos. O Zoroastro no tenía sentido común o no escribió el libro que vos le atribuís. Si no tenía sentido común, convenía dejarle en la oscuridad. Y si no escribió este libro, era impúdico publicarlo bajo su nombre. Así, o ha insultado usted el gusto del público ofreciéndole estupideces, o le ha engañado entregándole falsedades, y, en todo caso, merecéis su desprecio...

Vuestra obra tiene el aire de un libro mágico, aunque se ve claramente que no sois un brujo. Nada diremos de las obscenidades que se prodigan en algunos pasajes de vuestras pretendidas leyes, que hacéis aún más desagradables, si cabe, con vuestras notas.

De todo esto, caballero, resulta que no poseéis los conocimientos que os jactáis de tener, o esos conocimientos son vanos, frívolos e indignos de ocupar la mente de un hombre de calidad. Creedme, señor, emplead mejor vuestro tiempo. Dejaos de preocuparos por las extravagancias de una miserable secta de entusiastas. Meted en la biblioteca de vuestro Rey todo lo que os plazca, pero no presentéis al público más que el extracto puro de vuestros escritos. Nos perdonaréis que no hayamos leído las Memorias que habéis publicado en el Journal des Savants *y otros lugares. En verdad, no hemos tenido el valor de hacerlo.*

Otro inglés, John Richardson, un especialista también, se lanzó a su vez contra el desgraciado que, sin un céntimo en el bolsillo, había consagrado dieciséis años de su vida al intento de trasplantar el *Avesta* de Asia a Europa. En su *Vocabulario oriental, persa, árabe e inglés*, Richardson escribía:

Las publicaciones del señor Anquetil-Duperron muestran señales palpables de su fabricación, total o parcial, moderna. El antiguo dialecto de Persia se ha perdido enteramente. No existe ningún libro en esta lengua.

Más brevemente, aunque con más fuerza todavía, tachaba la obra de Duperron de «estupidez inaudita». (*The least reason I shall offer, on this ground, is the uncommon estupidity of the itself.*)

Por supuesto, la obra de Anquetil-Duperron era inexacta en numerosos lugares. En primer lugar, no era exactamente una traducción del *Avesta*. El autor relataba abundantemente en el primer volumen su viaje y dejaba constancia de sus propias apreciaciones sobre la religión persa. A continuación, los pasajes que había elegido estaban, a nuestros ojos, traducidos de manera muy imperfecta. Vertía contrasentidos, no sólo en las palabras, sino en frases enteras y en el sentido general del mazdeísmo. Una de sus equivocaciones, y no de las menores, le hacía tomar el *Zend* por una lengua, cuando dicho término designa unos textos de comentarios sobre el *Avesta*[8].

Dos millones de versos perdidos

En todo caso, el resultado inmediato de la empresa Anquetil-Duperron fue catastrófico, tanto para él mismo, objeto de irrisión para los orientalistas,

como para el *Avesta*, cuyo mensaje no fue en absoluto entendido. Era como una maldición sobre ese texto la que se perpetuaba desde hacía siglos.

Las desgracias de los textos mazdeístas habían comenzado en sus orígenes y no habían cesado. ¿Acaso no se contaba, entre los mismos parsis, que ya en tiempos de Alejandro Magno los libros sagrados habían sido destruidos por el conquistador al penetrar en el Oriente? Se trataba probablemente de una leyenda, pues el macedonio, por lo que se sabe, se esforzó siempre en respetar las divinidades de los países que tuvo que atravesar. Les hacía incluso sacrificios, sin duda menos para conciliarse con los dioses que con las poblaciones. Hizo ejecutar a Cleandro y a Sitalce por haber atentado contra unos monumentos religiosos. Pretender, como hacen los parsis, que hizo quemar todos los antiguos libros sagrados constituye de cualquier manera una afirmación inverosímil. Aunque lo hubiera deseado, no habría tenido tiempo para ello, pues los manuscritos eran ya innumerables en aquella época.

Posteriormente los textos mazdeístas fueron realmente perseguidos por los partos seléucidas, es decir, antes de la caída de esta dinastía en el 224. Estos partos fueron seguramente enemigos declarados del mazdeísmo, por lo demás todavía no renovado y fijado por la reforma zoroastriana. Pero sus sucesores de la dinastía de los sasánidas restablecieron el mazdeísmo en toda su grandeza y el *Avesta* fue constituido en su forma definitiva. ¡Ay! En aquella época, la lengua persa original de los primeros textos se había perdido y fue preciso comenzar a traducirlos, especialmente bajo Sapur II (310 después de J. C.).

A partir del siglo VII, el Islam irradió a esos países y la vieja religión se apagó todavía más[9]. En aquella época, ya que no en la de Alejandro Magno, la destrucción de manuscritos mazdeístas es segura. Las conversiones masivas al Islam no dejaron subsistir más que pequeñas comunidades mazdeístas cerca de Teherán, en las montañas de Persia, y también en el Asia del sudeste y en China, donde se habían instalado mercaderes iranios. La religión mazdeísta desapareció completamente al mismo tiempo que el cristianismo, desde Siria hasta el África del Norte.

Separadas entre sí, estas comunidades tuvieron dificultad en sobrevivir en su fe auténtica e incluso conservar los textos sagrados. Era necesario efectuar largos viajes para procurarse uno, o para comprobar los viejos libros que se conservaban. En 1178 y en 1323, sacerdotes parsis regresan así de la India para cotejar sus textos en Irán. Pero, aún en 1709, Ibrahim el Ghaznévida se jacta de haber exterminado a mazdeístas instalados cerca de Delhi.

Los apuros de Duperron se inscribían, pues, en una larga lista de maldiciones que parecía alcanzar a todo lo que tenía relación con el *Avesta*. Nunca el *Corán* ni el *Talmud* ni los libros indios fueron perseguidos como textos con un odio semejante. Todo fue reservado para el *Avesta:* la destrucción, la incomprensión, la mutilación, las traducciones falsas, las leyendas infamantes. ¿Qué queda de él hoy? ¿El *Avesta* que leemos es realmente el que fue fijado en el siglo III? Entre los libros sagrados anteriores a la dinastía sasánida, algunos han desaparecido ciertamente. ¿Dónde están los dos millones de versos, es decir, unos veinte gruesos volúmenes, que Zoroastro, según Plinio, en su *Historia natural*, habría dejado a su muerte?

Así no hablaba tal vez Zaratustra

El mérito de Anquetil-Duperron fue, sin embargo, considerable. Aun cuando su traducción no valía nada, aun cuando ignoraba los métodos necesarios para establecer un texto y confundía su propio pensamiento con el de Zoroastro, ejerció en definitiva una influencia regeneradora sobre los estudios mazdeístas. Después de los Jones y de los Richardson vinieron unos orientalistas más serios que se dedicaron, en el siglo XIX, al estudio de estos textos. Fueron Kleuker, Rhode, Rasko, Sylvestre de Sacy y, sobre todo, Burnouf y Darmesteter. El propio Nietzsche, si bien no se esforzó mucho por comprender el verdadero pensamiento mazdeísta, trabajó mucho para dar a conocer el nombre de Zaratustra[10].

A pesar de estos trabajos y los de los orientalistas contemporáneos, como Ghirshman, Duchesne-Guillemin y Zaehner, no se puede afirmar que el *Avesta* haya perdido hoy su misterio. Sigue sin dilucidar el lugar y la época en que nació esta religión y, por supuesto, la personalidad de su iniciador, el gran Zoroastro o Zaratustra.

¿Qué sabemos con seguridad a este respecto? Los textos que nos quedan están actualmente bien fijados[11], pero subsisten gran cantidad de incertidumbres sobre su origen. Todo lo más podemos estar seguros de que su redacción en forma de libros canónicos fue precedida de una larga tradición oral. No hay que olvidar, en efecto, que Zaratustra se presentó como un «reformador» de la religión antigua y no como un «creador» de una nueva Iglesia.

La primera religión irania hunde sus raíces en los cultos de los misteriosos arios, pueblo que, en un cierto momento, se dividió en dos grupos, de los que uno se dirigió a la India y el otro se instaló en la meseta irania. Esta primitiva religión era netamente politeísta, así pues en oposición completa con lo que sería la doctrina de Zaratustra. Éste conservaría sus elementos, pero modificaría el conjunto.

Sobre su vida durante mucho tiempo no se han conocido más que fábulas. Según Eudoxio de Cnido, habría vivido 6.000 años antes de Platón y, según Teopompo de Quíos, 5.000 años antes de la guerra de Troya. El propio Aristóteles sostuvo que el mazdeísmo era más antiguo que la religión egipcia. Otras tantas leyendas sin el menor fundamento.

Sabemos hoy que Zaratustra vivió en una época mucho más reciente, aproximadamente dos siglos y medio sólo antes que Platón (428-348). En todo caso, estamos seguros de que vivió con anterioridad al 485 a. de J. C., fecha en la que apareció el calendario zoroastriano. Los trabajos más recientes sitúan su vida entre los siglos VII y VI (sin duda del 660 al 583), justamente antes de la dinastía de los aqueménidas[12].

No se sabe con exactitud dónde nació. Fue sin duda en la parte nordeste del Irán cuyo dialecto se utiliza precisamente en los *Gâthâ* que se le atribuyen. Su padre, Purushâspa, habría sido un sacerdote por lo que él no haría más que proseguir la tradición familiar. Pero se apartó muy pronto del camino ortodoxo abriendo nuevas vías a continuación de unos éxtasis en los que habría recibido una misión de un dios único.

Logrando rápidamente la celebridad, se habría beneficiado de los favores de un príncipe local llamado Vishtâspa (Hystapes, en griego), quien pronto se convirtió, junto con toda su corte. Gracias a este apoyo, su acción religiosa tomó entonces una dimensión verdaderamente nacional. Instalado en el palacio, sacerdote particular del soberano, pasó cerca de cuarenta años reformando la religión del país.

Enseñó que el mundo estaba gobernado por un solo Dios transformando las antiguas divinidades en demonios. Suprimió los sacrificios sangrientos desarrollando a cambio abundantemente la liturgia. Sobre todo, dio un sentido esencialmente moral a la religión. No se trataba ya de complacer a los dioses, de conciliarse con ellos, sino de ganar la propia salvación mediante la práctica de la sabiduría ajustándose al Buen Pensamiento (*Humata*), a la Buena Palabra (*Hûkta*) y a la Buena Acción (*Hvarsta*). El destino se convertía entonces en una cuestión personal. Gracias a esta acción reformadora y

depuradora, se ha podido decir que fue el «protestante» de la religión iraniana.

Nada sabemos tampoco de cierto sobre la muerte de Zaratustra. Debió de fallecer, según cuentan algunas *Vidas*[13] muy sospechosas, a la edad de setenta y siete años, de muerte violenta en el transcurso de una guerra. Así, a medida que vamos profundizando en el pasado en busca de los orígenes del *Avesta*, más vamos de misterio en misterio. El *Avesta*, codificado durante la dinastía sasánida, o sea más de ocho o nueve siglos después de la predicación de Zaratustra, no era ya más que una traducción de versiones anteriores, que datan del imperio aqueménida. ¿Cómo escudriñar un libro que ha conocido tantos avatares? Basado en la palabra de un profeta semilegendario, transmitido verbalmente durante siglos, abandonado, recogido, completado, mutilado, traducido de lengua en lengua, destruido, quemado, insultado, el *Avesta* permanece, sin embargo, en nuestros oídos como una lejanísima música cuya melodía conmueve todavía, aunque las palabras y el sentido hayan ido esfumándose poco a poco.

LOS TEXTOS CÁTAROS

Catarismo está de moda.



Una cruz cátara, última superviviencia occtana.

Desde comienzos del siglo XX se publican sin cesar obras sobre él, algunas veces, ciertamente, con fines que nada tienen que ver con la Historia. Algunos escritores han adivinado en la epopeya romántica de los Perfectos una mina que no han dejado de explotar y hemos visto revivir a los cátaros bajo la pluma novelesca del duque de Levis-Mirepoix o de Pierre Benoit. También los políticos se han mezclado a veces en el asunto recordando cómo la Francia del Norte se inmiscuyó en la tierra occitana en el siglo XIII para proponer acto seguido tal o cual federalismo moderno hasta incluso «la independencia de Occitania». ¡Como si fuera posible confundir, incluso en su época, el catarismo y la civilización occitana! Finalmente, han aparecido innumerables trabajos serios, y hay que citar especialmente, en Francia los de René Nelli[1], y en otros países los de V. Topencharov, Runciman, Söderberg, Hahn, etcétera. Grupos de estudiosos, revistas y sociedades locales mantienen al mundo al corriente, año por año, de los progresos realizados en esta búsqueda. ¿Cabe decir, por consiguiente, que el catarismo sigue siendo mal conocido? Tal vez.

Ciertamente, los hechos históricos, los acontecimientos son, en conjunto, muy marcados. Pero en lo que concierne a la doctrina, al pensamiento incluso de los cátaros (¿de qué cátaros, por lo demás?), hay que ser menos categóricos. Subsisten innumerables dudas sobre unos puntos que no son necesariamente menores. Y sobre aquellos que son casi conocidos tampoco faltan las interpretaciones divergentes. ¿A qué se deben, si no esas tinieblas, sí al menos esas oscuridades que subsisten?

La gran familia cátara

No hay que olvidar que el catarismo no tiene toda la libertad —tiempo, espacio y paz— necesaria para expresarse a su aire. En primer lugar, su duración fue relativamente breve y no se le puede comparar, por ejemplo, con el catolicismo, que dispuso de veinte siglos para fijar su ortodoxia y definir sus herejías. Se puede, por supuesto, hacer remontar el catarismo muy lejos, con tal que se manipulen un poco los conceptos y las doctrinas.

Si estudiamos su origen, hay que vincularlo, además de algunos de los propios evangelistas[2], a sistemas de pensamiento muy antiguos. En la medida en que el catarismo se define esencialmente por el dualismo, es decir la existencia de dos principios opuestos, el Bien y el Mal, debemos relacionarlo con la antigua gnosis y la filosofía de Mani. Nada demuestra, sin embargo, que dos ideas bastante parecidas, pero separadas por dilatados períodos históricos, procedan directamente una de otra. Es lícito también considerar el catarismo como un descendente de otras herejías que propusieron, en éste o aquel aspecto, puntos de vista comparables. Los priscilianos[3] fueron seguramente dualistas en la España del siglo IV. Los paulicianos del Imperio bizantino, entre los siglos VIII y X y los bogomilos del siglo XII muestran un aire familiar con los cátaros. Sin embargo, esos movimientos tienen su propia historia, y el catarismo, como movimiento original y en su amplitud, se extendió sólo a lo largo de dos siglos aproximadamente. Dejando, pues, de lado el delicado problema de sus orígenes, conservemos la idea de que no tuvo como las grandes religiones de la Humanidad, muchos siglos y generaciones de teólogos, para establecer, consolidar, y poner en cánones su doctrina.

Variaciones en la doctrina

Paradójicamente, otra razón por la que ha costado mucho definirlo y comprenderlo es que el catarismo, aun cuando su irradiación fue breve, fue cambiante. Esta paradoja, por lo demás, es sólo aparente. Es natural que un cuerpo de pensamiento no sea monolítico en sus comienzos. Por esto los pocos textos cátaros auténticos que poseemos y las informaciones que podemos recoger de otras fuentes sobre este movimiento no siempre son unánimes, perfectamente coincidentes. El dualismo, para tomar sólo el eje del sistema, se entiende de una manera distinta según que se trate de los cátaros llamados partidarios del «dualismo moderado» o de los que se basan en el «dualismo absoluto». He aquí, por tanto, nuevas dificultades para el historiador.

Simplificando al máximo, ya que nuestro propósito aquí no es el análisis teológico, podemos decir que los dualistas moderados eran unos falsos dualistas. Creían que no había más que un solo Dios del cual procedían todas las cosas, incluyendo Lucifer y el Mal. Más concretamente, pensaban que

Lucifer, originalmente creado bueno, se había vuelto poco a poco hacia el Mal juntamente con algunas almas a las que había seducido, utilizando su libre albedrío. Se trata de una concepción en última instancia monista, en la que el principio del Mal no está radicalmente separado de Dios. Únicamente se pervirtió a sí mismo.

Los dualistas absolutos[4] se habían planteado el mismo problema, pero lo resolvieron de una manera distinta. ¿Cómo Dios, que es amor y bondad, podía estar en el origen de las cosas malas? Dado que, por definición, era imposible, la respuesta se basaba en la existencia de un segundo principio enteramente independiente. Los dualistas absolutos creían que Satán había sido malo ya en el primer instante de su existencia. Principio del Mal opuesto al Bien, había forzado las almas, las había orientado hacia el Mal haciéndolas penetrar por fuerza en la materia. En resumen, para los absolutistas, había en cierto modo, dos dioses, el bueno, y el malo, aunque el primero tenía, sin embargo, más peso ontológico.

Muchos matices y muchas restricciones serían aportados a estas aproximaciones. Sin duda había una divergencia menor entre los dualistas absolutos y los dualistas moderados. Por ejemplo, entre los mismos dualistas absolutos nunca se pensó que los dos principios tuvieran la misma fuerza, es decir, que fueran equivalentes. Dios, el bueno, seguía siendo el verdadero Dios. Él sólo tenía la verdadera eternidad. El principio del Mal no tendría simplemente fin o reinaría con una duración indefinida entre los movimientos incoherentes de la materia. Esas sutilezas y muchas otras, especialmente sobre la libertad y sobre la importancia del papel de Lucifer en la creación del primer hombre, nada quitan a una cierta unidad del pensamiento cátaro. Pero, al mostrar que este pensamiento conoció algunas variaciones, éstas complican nuestra comprensión a varios siglos de distancia.

Un pensamiento en medio de matanzas

Si la doctrina cátara no es perfectamente clara a nuestros ojos, se debe también a que sus partidarios no han dejado de ser perseguidos. ¿Cómo olvidar que se quiso destruir esta doctrina y que, por otra parte, este objetivo se logró perfectamente? No pudo, por tanto, desarrollarse plenamente, coordinarse a sí misma. Sus pensadores estaban expuestos, no sólo a controversias teológicas, sino a persecuciones de las que dependían tal vez su vida. En todas las obras sobre el catarismo encontraremos el relato detallado

de sus persecuciones. Un verdadero terrorismo, a la vez intelectual y físico, se abatió sobre los Perfectos, sus fieles... e incluso los otros. Así, el saqueo de Béziers en 1209 por Simón de Montfort, hizo millares de víctimas[5]. Así, el vizconde de Trencavel que, a pesar de su salvoconducto, nunca logró salir libre del campamento de los franceses. Así, el terror que las cruzadas diseminaron hasta 1211 en todas las villas de la vecindad, Castres, Pamiers, Albi, Minerva, etc. Así, la matanza de Marmande en 1219, donde los habitantes, incluyendo mujeres y niños, fueron ejecutados. Así, la hoguera de Montségur, en 1244. Estos episodios elegidos entre muchos otros explican también, junto con toda la historia militar de la cruzada, la dificultad de conocer el pensamiento de los cátaros. Ellos tuvieron con frecuencia algo más que exponer, en la tranquilidad de sus gabinetes, sus ideas sobre Dios, el Mal y la Creación.

Estas matanzas tuvieron también como consecuencia que la doctrina cátara se degradara, lo cual no simplifica tampoco la tarea de quien pretenda conocerla hoy. En efecto, la casa de los Perfectos y su ejecución dieron como resultado una disminución del clero cátaro, una disminución en número, pero también en calidad. No se podía comprar un tratado cátaro en la librería, los manuscritos eran raros, y los maestros del pensamiento estaban muertos, derrotados o refugiados en la Lombardía. A falta de seminarios y de un reclutamiento normal de sacerdotes, la teología cátara fue transmitida en las peores condiciones, a menudo de palabra, entre personas que en definitiva no tenían ni calidad para enseñarla, ni inteligencia para comprenderla. Por esto, las interpretaciones personales comenzaron a mezclarse con la Buena Palabra. Belibaste[6], en quien algunos ven a uno de los últimos Hombres Buenos, es un ejemplo de esto por su herejía dentro de la herejía. Era quizás un Perfecto, pero no un perfecto cátaro.

Hay que añadir también a esto que el catarismo, ya mal unificado, combatido, perseguido, que había nacido y vivido en unas condiciones espantosas para sus fieles, fue alterado finalmente por sus enemigos. La Iglesia oficial proseguía, al mismo tiempo que la guerra, su «intoxicación», difundiendo los rumores más falsos sobre el pensamiento de sus adversarios. Así, los cátaros eran presentados a veces como verdaderos servidores del diablo. Esas contraverdades se extendieron aún más después de la extinción, al menos en el mundo occidental, de la herejía aborrecida, y no hay más que leer el artículo «cátaro» en los diferentes tratados teológicos oficiales hasta el siglo XIX para ver con qué mala fe o, al menos, con qué ligereza y falta de información son expuestos los puntos de vista de los Perfectos.

Así se comprende la dificultad, todavía hoy, de formarse una opinión precisa, y con más motivo intentar una exposición clara, estructurada, lógica, sobre el pensamiento cátaro. En realidad, ¿qué poseemos, para trazar este cuadro, como textos sólidos, indudables? ¿Qué escritos podemos considerar como auténticos? Bien pocos son.

Las canciones de los trovadores

Seguramente, hay primero la literatura que rodeó el fenómeno del catarismo, a saber esencialmente los trovadores[7]. A veces se ha pretendido demostrar hasta qué punto habían sido estrechos los lazos entre éstos y los Perfectos. Pero esto es ser un poco expeditivo. Ciertamente, son muchos los trovadores que compartieron aquella época y quizás incluso parcialmente aquellos pensamientos, y poseemos con frecuencia sus canciones. Citemos, por ejemplo, Ademar Jordan, Arnault de Comminges, Faidit de Belestar, Guilhem de Durfort, Peire Roger de Mirepoix, Ademar Roquefixade, Bernard de Rouvenac, Raymond Jaurdain, Aimeric de Peguilhan, Guilhem Figuieira y Guilhem Montanhagol. Seguramente, fueron marcados todos por el catarismo. ¿Quién no lo fue más o menos en aquella época, en aquellas regiones?

Peire Cardenal, otro trovador, muestra incluso un cierto compromiso. En 1250, condena la acción de los defensores de la ortodoxia:

Con tal que se lo pida un clérigo, los caballeros irán a saquear Tudelle, Le Puy y Montferrand. Los clérigos envían a los caballeros a la carnicería. Después de haberles dado pan y queso, los mandan allí donde son acribillados con dardos. Pero su propio pecho lo protegen bien contra toda hoja mientras que no lamentan si los sesos de los demás se esparcen[8].

Sin embargo, este trovador protestatario, aunque sufrió alguna influencia, no era cátaro. Su grito es sólo el de un humanista.

Conviene, pues, desconfiar de la asimilación de los trovadores con los cátaros. Los primeros, en realidad, estaban ligados sobre todo a los señores occitanos que siguieron, a veces casi por obligación, a sus súbditos en la herejía. El hecho de que sus obras se resientan a veces de la influencia cátara no prueba en absoluto su adhesión a la herejía. Sus canciones no nos resultan más útiles en la búsqueda del verdadero pensamiento de los Perfectos que otros escritos como *Le Roman de Barlaam* o *Les Visions de Tindal*, obras que

participan también poco o mucho de la «cultura» cátara. De todos modos, sería un error buscar el catarismo en sus literatos. Es como si se intentara encontrar toda la sutil teología jensenista, no en las obras teóricas de Jansenio o del Gran Arnauld, sino sólo en las tragedias de Racine.

El catarismo contado por sus enemigos

Otra fuente de época sobre el pensamiento cátaro nos es proporcionada indirectamente por sus adversarios. No todos, en efecto, tergiversan voluntariamente la verdad. San Bernardo, por ejemplo, traza un retrato moral casi encomiástico de los cátaros:

Si los interrogáis, nadie aparece más cristiano que esos herejes. En cuanto a su conversación, nada menos reprensible, y sus actos están de acuerdo con sus palabras. Por lo que se refiere a su moral, no engañan a nadie, no oprimen a nadie, no golpean a nadie. Las mejillas de los jóvenes son pálidas, no comen el pan de la ociosidad y se nutren del trabajo de sus manos.

Muy distintas suenan las palabras pronunciadas por Bernard Gui, un inquisidor que persiguió a los Perfectos y que nos dejó un *Manual*[9] de los procedimientos, editado en 1886 y en 1926. El capítulo dedicado a los cátaros, a los que llama «los nuevos maniqueos» y cuyos «gestos» denuncia, está muy bien documentado en sus dos partes. La primera resume la doctrina de los herejes y la segunda enuncia las preguntas que deben hacérseles para demostrar su culpabilidad. Se trata, pues, de una verdadera compilación de las divergencias entre la doctrina oficial y el catarismo, al menos tal como se lo representaba uno de sus enemigos.

Más concreto, aún y más precioso también, es el *Libro contra los Maniqueos* (*Liber contra Maniqueos*), que un teólogo oficial, Durand de Huesca, escribió en 1222. En efecto, para refutar la doctrina que él combate, la expone en primer lugar, no sólo tal como él la ve, sino citando detalladamente la obra de uno de sus adversarios, hoy por desgracia perdida, el *Tratado cátaro*, de Bartholomé. En esta ocasión, nos hallamos en presencia de un texto en principio auténtico, ya que procedería de la propia mano de un Perfecto, lo que es lo mismo que señalar su considerable interés. El problema de su autenticidad no es, por lo demás, discutido, aunque muchas

incertidumbres subsisten sobre la propia personalidad de su autor, ese Bartholomé[10] (o Barthélemy). En todo caso, en las citas reproducidas por Durand de Huesca, encontramos lo que sabemos por otras fuentes del catarismo. Así, por ejemplo, el dualista Bartholomé se extiende profusamente sobre el problema de la existencia del Mal:

Si todos los malos espíritus, los hombres malvados y todas las cosas que caen en este mundo bajo el sentido de la vista no son nada porque no tienen caridad, se debe a que han sido hechas sin Dios. Dios no las ha hecho porque el nihil *(la nada del Mal) ha sido hecho sin él.*

Queda por saber si las citas de Bartholomé hechas por Durand de Huesca son exactas... Probablemente están abreviadas, condenadas. Probablemente también fueron especialmente elegidas en vista de la refutación ortodoxa que las sigue. Sea cual fuere el interés de las informaciones que nos son proporcionadas a través de todas esas fuentes anticátaras, se impone, pues, una cierta desconfianza.

Por otra parte, de una manera general, el catarismo descrito por los partidarios de la ortodoxia, aunque no está totalmente tergiversado como en los documentos que nos ha legado la Inquisición, nos parece pobre y seco. ¿No es eso algo normal? Cuando se trata de los procesos de la Inquisición, los acusados cátaros estaban quizás a veces mal informados sobre su propia doctrina. Si se interrogara hoy en día a un católico, incluso a un buen practicante, ¿no le haríamos cometer errores teológicos? En todo caso, habría pocas probabilidades de que en sus respuestas mostrara la sutileza de un san Agustín o la extraordinaria inteligencia creadora de un santo Tomás. Esta carencia, que no excluye la fe, la volvemos a encontrar evidentemente entre los desgraciados cátaros enfrentados con sus acusadores.

Lo que ha escapado al desastre

El pensamiento cátaro, en definitiva, el auténtico pensamiento cátaro, no sabríamos encontrarlo en el *Manual de los Inquisidores* ni en las declaraciones de los acusados, ni en la literatura de la época, sino solamente en los verdaderos textos procedentes de los cerebros y de las plumas cátaras. Porque éstos existen, aunque son muy poco numerosos. Hay tres principales,

El Libro de los dos Principios, de Jean de Lugio, y los dos *Rituales* que han llegado hasta nosotros; y dos textos menores, la *Apología cátara* y una *Glosa sobre el Pater*[11].

Tal vez podríamos añadir un Evangelio apócrifo, *La Cena secreta* (o *Interrogatio Johannis*). René Nelli, el gran especialista en estas cuestiones, lo sitúa en todo caso a la cabeza de sus *Escrituras Cátaras*, volumen en el que ha reunido los textos auténticos que quedan de la herejía.

La Cena secreta no es un texto propiamente cátaro. Se la considera generalmente como un apócrifo debido a los herejes bogomilos, pero llegó en época muy temprana a Francia e Italia, en donde estaba considerado por los Perfectos como un texto básico. Se trata, sin duda, del texto llamado por Nazario, obispo patarino[12] de Italia, «el secreto». Conocemos de él actualmente dos versiones latinas, las cuales proceden de un original griego perdido. Una de ellas, llamada «Versión de Carcasona», figura en el fondo Doat[13]. La otra se encuentra en la Biblioteca de Viena.

En este apócrifo, san Juan interroga a Jesucristo en el curso de una Cena celebrada en secreto de la que la Cena oficialmente reconocida era solamente una especie de imagen temporal. Las preguntas tratan de Satán y su caída, de la creación del hombre, del pecado cometido por Adán y Eva, del reino de Satán en la tierra, y por último, del Juicio Final y el castigo final del Maligno.

Se comprende que los cátaros lo convirtieron en uno de los libros de su Evangelio[14], ya que se trata indiscutiblemente de un texto herético por su dualismo. Vemos en él, en efecto, el papel considerable del Príncipe del Mal en la creación de las cosas materiales.

Así Satán, en su origen nacido bueno (*La Cena secreta* manifiesta un dualismo moderado), después de haber seducido a algunos ángeles, emprende la creación del mundo a las órdenes o al menos con el permiso de Dios:

Hizo la luz de la Luna y la luz de las estrellas. Con las piedras preciosas hizo todas las milicias de las estrellas (...). Y a la orden del Padre, hizo el trueno, las lluvias, los granizos y las nieves. Y puso a sus ángeles como ministros por encima de ellos. Y ordenó a la tierra que produjera toda bestia grande, todo reptil, y los árboles y las hierbas; y ordenó al mar que produjera los peces y los pájaros del cielo[15].

Para poblar este universo satánico, finalmente, el demonio creó el ser humano:

Después de lo cual, reflexionó, e hizo al hombre para que éste fuera su esclavo o el esclavo de sí mismo. Y ordenó al ángel del tercer cielo que entrara en aquel cuerpo de barro, del cual tomó seguidamente una parte para hacer otro cuerpo en forma de mujer. Y ordenó al ángel del segundo cielo entrar en el cuerpo de la mujer. Pero esos ángeles lloraron cuando vieron que tenían sobre ellos una forma mortal, y que se habían vuelto diferentes por dicha forma. Satanás les ordenó ejecutar el acto carnal en sus cuerpos de barro[16].

Esta génesis contada por Jesucristo a su discípulo Juan se aleja, como vemos, pasablemente de la de Moisés según la cual Satán, aun dominado por el Dios bueno, es el autor de las cosas y de los hombres. Encontramos ahí una idea fundamental del catarismo: la tristeza de la condición humana que participa de la Materia y así, pues, del Mal. Seguramente este texto es herético, pero, sin embargo, no es una creación *ex nihilo*, la imaginación simple y absurda de un bogomilo. Está claro, en efecto, que unos textos enteramente canónicos, o al menos ciertas partes de estos textos, parecen a veces permitir esta interpretación. El Evangelio de Juan y algunas afirmaciones de san Pablo pueden por ejemplo entenderse muy bien en un sentido dualista.

Un gran tratado cátaro

El *Libro de los dos principales*, atribuido a Juan de Lugio, único conjunto teológico auténticamente cátaro que poseemos, es de un interés mayor aún que *La Cena secreta*, pues no se trata ya de una simple narración gráfica del Génesis, sino de tratados teóricos y filosóficos sobre la cuestión. Es la sustancia de la herejía lo que se encuentra condensada ahí.

Obra compuesta, este libro se divide en siete tratados, todos los cuales presentan entre ellos una cierta unidad: *De Libero arbitrio, De Creatione, De Signis universalibus, Compendium ad instructionem rudium contra Garantenses, De Arbitrio y De Persecutionibus*. Se cree que Juan de Lugio, vicario del obispo cátaro de Desenzano en Italia, escribió en 1250 una suma teológica de la que los textos actuales serían una parte, la única que habría subsistido. Datan en cualquier caso del siglo XIII y han sido encontrados de nuevo en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Florencia. Fue el Padre Dondaine quien reconoció por primera vez el *Libro de los dos principios*

como un auténtico escrito cátaro, y lo publicó en 1939 con un *Fragmento de ritual* del que hablaremos más adelante y que se encontraba en el mismo manuscrito[17].

El *Liber de duobus principiis* tiene, por otra parte, un doble interés. En la medida en que puede ser, muy probablemente, atribuido a Juan de Lugio, nos informa sobre el dualismo absoluto de su secta, es decir de los cátaros llamados *albanenses*[18]. Pero como es también un libro combativo que trata en algunos lugares de confundir el error de los dualistas moderados, nos proporciona indirectamente informaciones sobre otros cátaros como los *Garatenses*.

La tesis de Juan de Lugio es también particularmente interesante en la historia de las ideas cristianas porque, más que cualquier otro cátaro, se basa en la Biblia. A diferencia de las demás herejías, la admite incluso en su totalidad y busca constantemente demostrar que sus afirmaciones están en concordancia con las Escrituras. Esto nada quita, por supuesto, a su originalidad. Muy al contrario, el *Libro de los dos principios* se nos aparece a la vez como una obra de una gran erudición sagrada y una gran finura de interpretación. Sin él, poco sabríamos sobre el pensamiento profundo de los cátaros[19].

Ritos y ceremonias de los herejes

Se ha dicho que el Padre Dondaine, al publicar en 1939 el *Liber de duobus principiis*, lo había hecho seguir de un ritual encontrado en el mismo manuscrito de Florencia. Nos referimos aquí, no ya a la teología propia de los cátaros, sino a sus prácticas religiosas que nos han descrito a veces con mucha falsedad sus detractores. De hecho, poseemos dos de estos *Rituales*, que nos muestran el funcionamiento de la Iglesia cátara, su liturgia y también las reglas morales que imponía. Veremos que nada había ahí de «diabólico», sino que, al contrario, debemos reconocer un culto reducido a lo esencial, unas reglas estrictas, una religión llena de simplicidad y de exigencia.

El fragmento del *Ritual* de Florencia, en latín, y el *Ritual* de Lyon, en occitano,[20] están plenamente de acuerdo, lo cual demuestra que si la teología quedaba un poco flotando entre los cátaros, la liturgia estaba, por el contrario, perfectamente establecida.

Rechazando un cierto número de Sacramentos de la Iglesia oficial, los cátaros no conservaban más que dos ceremonias principales, la *Tradición de*

la oración dominical y el *Bautismo espiritual* o *Consolación*.

La tradición de la oración era, en cierto modo, el primer grado de la iniciación cátara. El postulante se convertía así en un «creyente»; en lo sucesivo formaba parte de la Iglesia. Un padrino debía presentarle a un Hombre Bueno, y, ante la asamblea de los fieles, se le explicaba el sentido de los ritos que iba a ejecutar. El postulante hacía entonces su *melioramentum* (*melhorament*, en occitano, es decir, «perfeccionamiento»). En el curso de este rito, se postraba junto con los demás creyentes ante los Perfectos implorando su bendición.

Durante la ceremonia se explicaba al nuevo creyente todo el sentido del *Pater*. Esta plegaria continuaba, en efecto, desempeñando un papel capital en la liturgia, aunque es verdad que se le daba un sentido totalmente dualista.

El *Consolamentum*, segundo y último grado de la iniciación cátara, transformaba luego al creyente en una especie de santo, un Perfecto. Se distinguían dos consolaciones, el *Consolamentum* de ordenación y el *Consolamentum* de los moribundos.

El *Consolamentum* de ordenación era un bautismo espiritual, diferente del bautismo de agua de Juan que los cátaros rechazaban. Mediante ese bautismo, dado simplemente al imponer las manos, el creyente entraba en las órdenes y renunciaba a las cosas materiales. Por este motivo, se comprometía a una vida moralmente perfecta.

El *Consolamentum* de los moribundos no se diferenciaba en lo tocante al rito. La ceremonia, que excluía tanto el agua como el aceite, era la misma. Todo cátaro *in articulo mortis* tenía derecho a este *Consolamentum*, que, por otra parte, no le abría automáticamente las puertas del cielo. Significaba sólo que el cátaro *podía* ser perdonado.

En conjunto, la obra escrita de los cátaros es muy escasa en nuestras bibliotecas. Subsiste, sin embargo, como el único testimonio verdadero, el único que no miente, aunque no lo diga todo sobre una doctrina mutilada y tergiversada. Leyéndola con honestidad se pueden encontrar en ella todavía las huellas de una fe sincera, original, pura entre todas, menos desesperada de lo que a veces se ha creído, y que permanecerá en la historia de las ideas, por culpa de sus verdugos, como una estela de fuego.

LOS CÓDICES AZTECAS Y MAYAS

El 18 de febrero de 1519, Hernán Cortés se embarcaba en Cuba para ir a conquistar un imperio en el continente americano. Para esta fantástica aventura no llevaba en sus diez barcos más que cien marineros, quinientos dieciocho soldados, dieciséis caballos, treinta y dos balistas y algunos cañones. Después de un primer contacto con los indígenas (desde el principio se hizo aliados), penetró en las tierras. El 16 de agosto se ponía en camino hacia Tlaxcala y Tenochtitlán, la capital azteca construida en el emplazamiento del actual México. Le quedaban sólo cuatrocientos soldados, quince jinetes y seis piezas de artillería. El 8 de noviembre hacía su primera entrada en México-Tenochtitlán tomando por la calzada de Iztapalapa que unía la villa con la orilla sur del lago. Entonces se daba cuenta de la grandeza y el poderío de la civilización que estaba atacando con un puñado de españoles.

Los indios ofrecen sus libros

Los «salvajes» que se alzaban delante de él lo habían intentado todo para evitar el combate. Su primer reflejo, al descubrir aquellos hombres blancos llegados de otro mundo, aquellos caballos desconocidos en su territorio y que los aterrorizaban, aquellas bocas de fuego que mataban a distancia con un ruido de trueno, había sido desviar a los invasores hacia otras regiones. Habían llevado magníficos regalos a Cortés, con la gentil invitación de que fuera a cabalgar a otros lugares. Entre aquellos regalos suntuosos, había dos libros.

Cortés hizo embarcar inmediatamente todos los objetos para Carlos V, su rey. Nadie prestó gran atención a los libros. Había, en efecto, motivo para asombrarse con los demás regalos: una máscara de serpiente incrustada de turquesas, un collar hecho de plumas de quetzal[1], un escudo con bandas de

oro y nácar, un espejo adornado de piedras preciosas, un brazalete de cascabeles de oro, sandalias de obsidiana, y también collares, almohadas, un yelmo, una diadema, etcétera. Los libros, que no se parecían evidentemente a los de Europa ni en la forma, ni por la materia, ni por lo escritura, el mensajero los tomó por modelos de bordado. Pero Pietro d'Anghiera, el historiador del mar, al verlos en la Corte de España, los identificó adecuadamente. ¡Así, pues, aquellos salvajes sabían escribir!

Los compañeros de Cortés no tardarían en encontrar otras pruebas de ello. Bernal Díaz del Castillo señala, en su historia de la conquista: «Hemos encontrado las casas de los ídolos y los sacrificios, y numerosos libros en su papel, plegados en forma de paños de Castilla»[2] (es decir, en acordeón).

Mientras en Europa se sigue discutiendo la humanidad de los indios, para reconocerles finalmente y no sin vacilaciones, un «alma», los españoles que están en México comprueban que los aztecas saben en definitiva muchas cosas y conservan sus conocimientos, sus mitos y sus anales en una forma escrita.

Pronto todo el mundo debe reconocerlo, y un texto de Antonio de Herrera, historiógrafo oficial de Felipe II, lo atestigua. Lo citaremos, a pesar de su extensión, ya que concreta algunos puntos capitales:

Las naciones de la Nueva España conservaban el recuerdo de sus tiempos antiguos. En el Yucatán y en Honduras había libros foliados y unidos en los que los indios consignaban el desarrollo de sus anales y sus conocimientos en materia de flora, de fauna, y otras realidades naturales.

En la provincia de México tenían su biblioteca, sus historias y sus calendarios. Así representaban los objetos dotados de forma pintando su imagen y empleaban otros caracteres para aquellos que no tenían forma particular. De este modo representaban todo lo que querían.

Y para fijar el recuerdo de la época en que había tenido lugar un acontecimiento disponían de aquellas «ruedas» tan conocidas, cada una de las cuales constituía un ciclo de cincuenta y dos años, y junto a aquéllas, siguiendo al año en que se producían ciertos acontecimientos memorables, alineaban, pincel en mano, figuras y caracteres. Así representaban a un hombre tocado con un sombrero y vestido con una casaca roja, con el signo de la Caña, cuya estación era entonces, para señalar el año en que los castellanos hicieron su entrada en su país y procedían igualmente por lo que se refería a todo lo demás.

Y como sus figuras no tenían todas las virtudes de nuestra escritura, no podían coincidir en las palabras literales, sino en el fondo de los pensamientos. Sin embargo, tenían por costumbre aprender de memoria arengas, discursos y cánticos. Daban mucho valor a que sus hijos los grabaran en la memoria, y con este fin tenían escuelas en las que los ancianos enseñaban a los jóvenes aquellas materias, que por tradición se han mantenido siempre en toda su integridad.

Y apenas hubieron entrado en aquel país los castellanos enseñaron el arte de la escritura a los indios, consignaron por escrito sus arengas, sus cánticos, conforme a la tradición oral que se remonta a la más alta antigüedad y es con aquellos caracteres y figuras como trascribían estos discursos, y así es como los usan todavía para el Pater noster, el *Ave María* y todo el catecismo[3].

Diego de Landa, obispo de Yucatán, escribe a su vez en el 1560 a propósito de los mayas que «escribían sus libros sobre una larga hoja plegada, cerrada por dos planchas muy decoradas y que escribían de un lado y del otro, en columnas, según las hojas»[4].

Los españoles quedaron incluso sorprendidos por la abundancia de tales manuscritos adornados de dibujos de colores vivos. Los encontraban por todas partes, en el Norte y en el Sur, en los palacios, en las tumbas y en los templos. Los robaban, y los enviaban a sus amigos de España, como objetos de curiosidad, sin preguntarse demasiado lo que contenían. Contaba más el objeto que el libro.

La escritura era lo que constituía un obstáculo, no la lengua. Desde el comienzo, Cortés pudo conversar con los aztecas gracias a sus intérpretes, Jerónimo de Aguilar y Malintzin. Esta última, una esclava, formaba parte de los regalos ofrecidos a Cortés con ocasión de su desembarco. Hablaba a la vez maya y la lengua de los aztecas, el nahuatl. Jerónimo de Aguilar, por su parte, era un español que había naufragado en 1511 y había permanecido mucho tiempo en la isla de Cozumel, donde había aprendido el maya. Cortés lo recuperó a su paso, efectuado a principios de 1519, y pudo, por tanto, a partir de sus primeras andanzas en suelo mexicano, mantener conversación con los enviados del rey azteca, Moctezuma. Él hablaba en español y Jerónimo de Aguilar traducía al maya que Malintzin traducía al nahuatl. Pero ni Aguilar ni Malintzin sabían escribir las lenguas indias. Su ayuda fue, sin embargo, inmensamente preciosa. Fueron las primeras claves del Nuevo Mundo, las

claves de la inteligencia, y no sólo las de la vista, del espectáculo. Y había mucho para comprender.

Las sutilezas de la lengua de los aztecas

La lengua y la literatura nahuas, entre los aztecas y las tribus vecinas como los mixtecas, eran muy ricas y muy sorprendentes. Jacques Soustelle, el gran especialista en estas cuestiones, ha podido decir que «cuando penetraron en aquel mundo que el pensamiento indígena construía, creyeron entrar en un palacio cuyos muros estarían hechos de espejos, o mejor aún, en un bosque de innumerables ecos donde los perfumes, los colores y los sonidos tenían una respuesta». La responsable de esta fantasmagoría era justamente la lengua nahuatl, cuyo mismo nombre significa «armonioso», «que tiene un bello sonido». Es encantadora a la vez por su sonoridad, muy agradable, suave, y por su estructura. El nahuatl pertenece, en efecto, a esas lenguas que los especialistas llaman «polisintéticas y aglutinantes», es decir, que abundan en términos compuestos: la añadidura de partículas al comienzo (prefijos), o al final de las palabras (sufijos), modifica su sentido o establece relaciones gramaticales. Veremos algunos ejemplos de esa habla florida, de infinitas posibilidades.

El nombre de la capital de los aztecas, Tenochtitlán, es ya un término compuesto simple. Se trata de una piedra (*tena*) puesta sobre un cactus (*nochtli*). Chapultepec significa, por el mismo sistema de composición, un saltamontes (*chapul*) sobre una montaña (*tepec*). Los aztecas adoran los términos concretos, y se sirven de ellos incluso para designar a las personas. Así el rey Itzcoatl saca su nombre del puñal de obsidiana (*itzli*) y de la serpiente (*coatl*). Su nombre se escribirá a través de la imagen misma de esas cosas: una serpiente de la que salen puñales. Aquel que nosotros llamamos Moctezuma, y que se llamaba en realidad Mo-Quauh-Zoma, lleva en su nombre, pronunciado o escrito, una ratonera (*montli*), un águila (*quauhtli*), una jabalina (*zo*) y una mano (*maitl*).

La escritura azteca cuenta con una infinidad de imágenes, pero ahí no termina su originalidad. Utiliza a la vez pictogramas (dibujos de las cosas), ideogramas (signos que expresan una idea y no un sonido) y símbolos fonéticos (sonidos). Una misma cosa podía incluso ser escrita según los diferentes sistemas. Así, el agua, *alt*, estaba representada por un simple dibujo de olas o por un ideograma estilizado que significaba agua. Al fin, se

desembocaba incluso en una especie de silabario: *alt*, signo del agua, encarnaba el sonido *a*. Se estaba a dos pasos del sistema alfabético, que fue alcanzado al menos por lo que se refiere a las vocales:

agua: *a-tl* = a
judía: *e-tl* = e
camino: *o-tl* = o

Por lo general, se acepta que, aunque los trabajos sobre el conjunto de estas cuestiones están lejos de ser definitivos, la escritura del nahuatl estaba en plena transformación en el momento de la conquista, lo cual explica que se encuentren en ella esos diferentes sistemas. Uno de ellos, el sistema silabario, cuando no alfabético, estaba tal vez a punto de suplantar a todos los demás. Pero nadie sabe si tal cosa se habría producido, y sobre todo al cabo de cuánto tiempo, para proporcionar a los aztecas un sistema de escritura comparable al nuestro.

Panorama de la literatura nahua

La evolución fue en todo caso cortada por los españoles, que no destruyeron el nahuatl —hoy es hablado aún por 800.000 personas aproximadamente en México, en especial en las provincias de Tlaxcala y Puebla—, pero suprimieron su escritura antigua. Podemos deplorar este hecho. Le debemos también la conservación de muchos textos nahuas, algunos anteriores a la conquista, en la escritura alfabética de los conquistadores. Nuestras fuentes escritas sobre los indios pueden, por lo tanto, estar en la escritura antigua o en el sistema alfabético latino.

Entre los españoles, no había solamente guerreros. Misioneros cultivados, preocupados por comprender quiénes eran los indios, para convertirlos mejor, se interesaron por su pensamiento, sus mitos, sus leyendas, sus calendarios, por el conjunto de su saber. Fray Toribio Motolinia, fray Alonso de Molina, fray Andrés de Olmo y, más que todos, fray Bernardino de Sahagún, se rodearon de unos indígenas llamados «informadores», y juntos transcribieron textos nahuas a la escritura alfabética. En 1528, nueve años después de la llegada de Cortés, los recuerdos de la conquista vista por los indios se encontraban así redactados en los famosos *Anales de Tlatelolco*[5].

Imaginamos el valor de semejante documento histórico, que, por lo demás, fue seguido de muchos otros.

Gracias a los códices antiguos en escritura local, muy raros, o gracias a su transcripción en sistema fonético, podemos finalmente hacernos una idea, si no completa, al menos fundada, sobre la literatura nahua antes y durante la conquista española. Esta literatura englobaba todos los géneros.

La poesía desempeñaba un papel considerable, poesía verdaderamente musical en un doble sentido, por la sonoridad y el acompañamiento de los instrumentos, concediendo incluso el término poema (*cuicatl*) prioridad a la música, puesto que significa «música acompañada de palabras». Hasta nosotros han llegado los nombres de los grandes poetas, Nezahualcoyotl, rey ciego, especie de Homero indio, Nezahualpilli, Cacamatzin, Cuacuauhtzin, todos ellos de la región de Texoco y orientados hacia lo patético, la reflexión profunda aunque un poco inmóvil, el temor del tiempo que pasa. En la capital, Tenochtitlán, encontramos otro grupo de poetas de carácter más épico, con la princesa Macuilzochitzin, Tochihuitzin y Axayacatl, que nos relatan batallas y glorifican el valor, incluso el desafortunado. Por otra parte, citemos el diálogo *Flor y Canto* (*In xochilt in cuicatl*) de Tecayehuatzin, las obras de Ayocuán sobre la precariedad de la vida y las de Chichicuepon sobre los horrores de la guerra. Todos estos poetas indios están obsesionados por la muerte y la fatalidad.

En prosa, los aztecas y sus vecinos no carecían tampoco de escritores. Los géneros literarios parecen haber sido muy definidos y bastante separados. Así como la poesía (*cuicatl*) se dividía en *xochicuicatl* (poesía alegre), *cuau-cuicatl* (epopeya), *icno-cuicatl* (elegía) o *cuecuech-cuicatl* (poesía erótica), la prosa comprendía diferentes formas de discursos: los anales o relatos históricos, la retórica o el arte de la elocuencia, y el *Discurso de los Ancianos*. Este último (*huehuetlatolli*) estaba destinado a la enseñanza de los jóvenes y consistía en una serie de preceptos morales.

Dentro de esos diversos géneros, conservamos en particular la *Crónica maxicayotl*, de Tezozomoo, y la *Historia chichimeca*, de Ixtlilxochitl. Para leer esta literatura, nos remitiremos al *Codex florentino*, al *Codex Ramírez* o a las diversas reediciones del trabajo de Sahagún que, en aquella época, recogió un gran número de textos[6]. Con frecuencia esas primeras compilaciones están adornadas con pinturas (como el *Codex Aubin*, llamado también «Manuscrito de 1576») y el *Codex Ramírez*, que es el fruto de la

investigación emprendida antes de 1580 por el jesuita Juan de Tovar sobre la historia de la conquista.

Para finalizar con la literatura nahua, añadamos también que el teatro no era ignorado. En él encontramos de nuevo los temas tan caros a los indios: precariedad de las cosas humanas e inexorabilidad del destino, por ejemplo en las *Lamentaciones sobre la muerte del rey Nacxitl*.

La muerte de un pueblo anunciada en los libros

La literatura desempeñaba un papel considerable en el mundo azteca. El literato era allí un maestro reconocido como tal. Los eruditos nahuas eran considerados «poseedores de la tinta roja y negra». Los textos antiguos, en efecto, aparecen siempre escritos en una forma policroma (*in tlilli, in tlapalli*, tintas rojas y negras). El libro (*amatl*) era un elemento tan inherente a la vida de los ricos y los sacerdotes como en la Europa de la Edad Media y las materias empleadas (papel y vitela) eran casi los mismos. Los libros indígenas estaban hechos con frecuencia de un papel extraído de la corteza de la amate (*Ficus petiolaris*) y esta técnica se prosiguió incluso después de la conquista. Esta fibra vegetal ofrece una consistencia y una apariencia parecidas a las de nuestro papel. La corteza, prensada, pegada y almidonada, era finalmente recubierta con una ligera capa de cal o de yeso para obtener la blancura necesaria. El pergamino, que entre nosotros es de becerro o de cerdo, estaba entre ellos hecho de piel de jaguar o de ciervo. El libro era tan venerado en aquella civilización que incluso podemos ver en ello, aunque sólo parcialmente y en cierto sentido, una de las causas de la derrota de los aztecas. En efecto, los historiadores atribuyen en parte la fácil victoria de Cortés y sus quinientos hombres sobre un pueblo numeroso al hecho de que éste se defendió muy mal. Estaba vencido por anticipado, porque sus leyendas escritas le habían anunciado la derrota. El mito de Quetzalcóatl, el héroe divinizado, rubio, de ojos azules (como Cortés), que debía llegar por Oriente, paralizó a los indios. Creyeron ver en los españoles algo divino. ¿Y cómo combatir contra el propio Dios? Por añadidura, unos diez años antes del comienzo de la conquista, una serie de presagios funestos, inmediatamente anotados con pasión en los libros sagrados, dejaron entender a los sabios que se aproximaba una desgracia inevitable. Los testimonios indígenas recogidos por Sahagún en el libro XII del *Codex florentino* y la *Historia de Tlaxcala* describen esos presagios: una llama en el cielo, el incendio del templo de

Huitzilpochtli, el rayo sobre el templo de Xiehtecuhtli, las aguas que hierven, la aparición de monstruos, etc.[7]. Todos estos presagios debilitaron la voluntad de combatir de Moctezuma, el soberano de México. La cultura, grandeza de los aztecas, fue también una de las causas de su perdición.

Una escritura indescifrable: El maya

En los mayas, los problemas planteados por la literatura son casi idénticos a los de las poblaciones que rodeaban México, pero se complican por la diversidad de lenguas y la ignorancia en que nos hallamos todavía respecto de su escritura.

Las lenguas de origen maya se dividen en una serie de grupos, el *maya* propiamente dicho de la península del Yucatán y que se habla todavía hoy sin modificación notable, el *mam* usado en Guatemala, el *tzeltal*, el *maya-quiché*, el *pokom* y el *huasteca*.

Estas lenguas vecinas son, como el nahuatl, «polisintéticas y aglutinantes» y no repetiremos su principio. Conocemos un cierto número de inscripciones o de obras mayas precolombinas, pero no sabemos leerlos. El Champollion de la escritura maya no se ha revelado todavía, a pesar de los grandes esfuerzos desplegados en el mundo entero. En Novosibirsk, en 1955, los rusos buscaron una solución sometiendo a estudio mediante ordenadores las diversas frecuencias de los signos reconocibles. El fracaso fue total, debido probablemente al número demasiado pequeño de signos introducidos en la máquina, lo que no permitía descubrir repeticiones o espacios muy significativos.

Sabios mexicanos, reagrupados en el Seminario de estudios de la escritura maya, no pierden, con todo, la esperanza y prosiguen el trabajo sobre las mismas bases, tratando simplemente de analizar más textos y hacer entrar mayor número de signos en las memorias electrónicas. No se ha alcanzado todavía ningún resultado sustancial. Todo lo que se cree poder afirmar es que la escritura maya no debía de ser ni pictográfica, ni fonética, sino principalmente ideográfica. Estaría hecha de una combinación de símbolos.

Los textos de las diversas lenguas mayas que podemos leer tienen, pues, esencialmente como origen a esos misioneros españoles que, como en el caso del nahuatl y a partir del siglo XVI, emprendieron con la ayuda de ciertos indígenas la tarea de transcribir al alfabeto latino, a veces con una traducción yuxtalineal, los mitos, los anales y los relatos de los que tuvieron

conocimiento. La tarea fue, por otra parte, más difícil que en el caso de la lengua azteca, ya que el maya poseía sonoridades a veces poco trasladables. De ello resulta que algunos matices escapan a la escritura fonética o al menos son difícilmente devueltos por ella, por ejemplo los sonidos propios del maya *ch’*, *dz* y *p’*. Es difícil para un no-especialista, descubrir la diferencia que los mayas hacían entre *can* (serpiente) y *k’an* (amarillo), o entre *chich* (abuela) y *ch’ich* (pájaro).

Panorama de la literatura maya

Entre los textos que poseemos, citemos al más hermoso de los manuscritos precolombinos, el *Codex de Dresde*, que durante mucho tiempo figuró como la única obra conocida de la literatura maya. No se sabe exactamente de dónde procede. Un desconocido lo regaló en 1744 a Johann Christian Götze, director de la Biblioteca de Dresde. Los signos de que está compuesto, de un formato único, sorprenden por la belleza del dibujo, revelando un arte barroco y sutil muy diferente de los libros mexicanos de la misma época. Siempre a propósito de la literatura maya, señalemos también la existencia del *Codex de Madrid* o del *Codex de París*.

Es de todo punto lamentable que la literatura maya, no sabemos por qué, aparezca atraer a un número menor de especialistas que los textos en nahuatl. No parece, la verdad, en absoluto inferior, y los relatos de la época de la conquista, que figuran en los *Annales de los Xahil*, los *Títulos de la Casa Ixquin-Nehaip* o la Crónica de *Chac-Xulub-Chen*, son sumamente preciosos para el historiador.

A pesar de todas estas dificultades, tenemos una idea general conveniente de lo que debió de ser el conjunto de literatura en lenguas mayas que ofrecen la mayor parte de las veces un carácter histórico, mitológico o profético.

En maya-yucateca, el tesoro principal está constituido por los ocho *Libros de Chilam Balam*[8], especie de Génesis maya que abarca desde la Creación de los tiempos hasta la llegada de los *Dzules*, es decir los españoles. El *Codex Pérez*, llamado así porque la cubierta lleva este nombre garabateado sin que se sepa lo que significa, contiene el *Chilam Balam de Mani*. Este códice, bastante mal conservado y en el que faltan pasajes enteros, fue encontrado por casualidad en 1860 en un montón de viejos papeles.

En maya-quiché, poseemos el *Libro del Consejo*, o libro de las *Antiguas Historias del Quiché*. Se trata desgraciadamente de una versión bastante tardía, puesto que fue escrito en alfabeto latino en 1555, pero relata la historia del pueblo maya-quiché a partir de un documento ciertamente precolombino, el famoso *Popol-Vuh* desaparecido con ocasión de la llegada de los españoles.

Esta transcripción, aun cuando se perdió el original, ofrece el máximo interés, ya que el *Popol-Vuh* ha podido ser calificado de «Biblia de los Mayas». Fue un dominico del siglo XVIII, Francisco Jiménez, quien descubrió el manuscrito en maya-quiché alfabético en Guatemala y persuadió a los indios de que se lo prestaran el tiempo necesario para copiarlo. Jiménez lo tradujo al español, y todas nuestras ediciones parten de este texto bilingüe, pues el manuscrito alfabético quiché que le sirvió desapareció desde entonces. Fue publicada una traducción francesa por Charles-Étienne Brasseur de Bourbourg, en 1861[9].

Este libro mitológico comprende tres partes. La primera es también una génesis en la que vemos fracasar a los dioses varias veces en la creación del hombre antes de triunfar finalmente haciéndolo nacer del maíz. La segunda parte es una especie de *Leyenda dorada* en la que se nos cuentan las hazañas de los héroes Hunahpu e Ixbalanqué. Es la obra maestra de la literatura maya, por sus cualidades imaginativas y su riqueza novelesca y poética. La tercera parte, por último, no tiene nada de apasionante, pero es preciosa: es una serie de genealogías de los príncipes mayas. El conjunto del *Popol-Vuh*, tal como lo conocemos a través de las transcripciones sucesivas, sigue siendo un monumento extraordinario, ya que nos ilustra mejor que cualquier otro sobre innumerables aspectos de las civilizaciones precolombinas.

Los mayas conocían también el teatro, y poseemos diversas obras todas ellas muy curiosas. Además de los textos derivados del *Popol-Vuh*, como *El Baile de los Gigantes*, del que no conocemos más que algunos fragmentos, hay que hacer un lugar para *El Guerrero de Rabinal* (*Rabinal Achi*), que parece datar del siglo XII y se presenta en forma de un drama heroico en cuatro actos. Es un milagro que haya llegado hasta nosotros, ya que los españoles prohibieron las representaciones teatrales que tenían un carácter pagano... es decir, todas las obras originales de los mayas al estar entre ellos el teatro fuertemente ligado al culto.

Destrucciones voluntarias y salvajes

He aquí casi todo lo que nos queda: algunas decenas de *Codex* o textos diversos que pueden aportarnos una información directa o indirecta sobre la América central en la época precolombina y en el momento de la conquista. Podemos decir también que son pocos los textos que han llegado hasta nosotros que sean a la vez anteriores a Cortés y escritos por una mano india, es decir en su manuscrito original. Sólo uno cumple estas condiciones en el caso de los aztecas, el *Codex Borbonicus*, conservado en la Asamblea Nacional de París. Y aún se discute a veces su antigüedad...

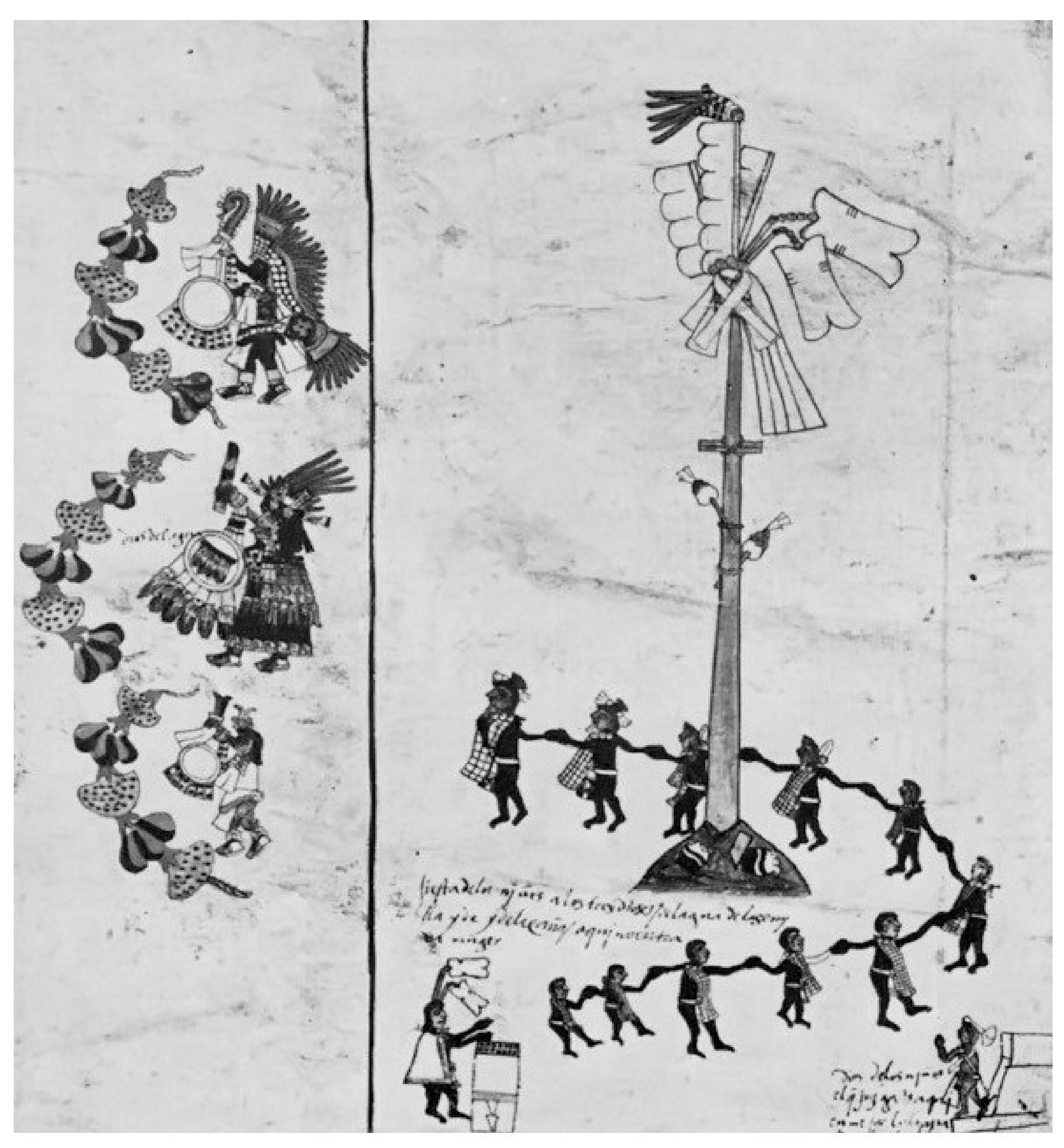


Ilustración policroma del Codex Borbonicus.

Si hasta nosotros ha llegado sólo un número tan restringido de textos, ello se debe a que, durante la conquista, se destruyeron muchos testimonios

escritos de las mitologías o de las religiones que combatían. Fueron quemados centenares de libros. Añadamos a ello los imprevistos, los accidentes, las desgracias de la guerra. Por ejemplo, los archivos reales y la biblioteca del templo fueron destruidos en un accidente poco antes de la caída del último emperador azteca, Cuauhtemoc.

Hubo también la estupidez, la incomprensión. Los propios indios alfabetizados por los misioneros, olvidaron cómo se escribía el nahuatl. Se dejó perder este tesoro. A partir de entonces, los libros antiguos no tuvieron ya ninguna utilidad para nadie. Un gobernador de Nueva España hizo vender los archivos locales como papel de embalaje a los comerciantes. Se considera en general que treinta años después de la conquista, los archivos mexicanos conservados desde hacía siglos habían dejado de existir.

Lo poco que pudo ser salvado se debió principalmente a algunos misioneros, en sus transcripciones o traducciones. Pero esos textos tardíos, de segunda mano, no han llegado tampoco todos hasta nosotros. Igual que los originales, aztecas o mayas, conocieron también sus aventuras. De ahí nuestra pobreza. En cuanto a los originales, ¿qué fue de los fragmentos que algunos soldados enviaron a su familia como objetos de curiosidad? Al principio la gente debió encontrarlos divertidos y mostrarlos a los vecinos. Después, con el tiempo, se extraviaron. Asimismo, algunas transposiciones o copias, los últimos vestigios, se perdieron a veces. En las colecciones europeas como en las cocinas de Castilla, una vez satisfecha la curiosidad, se olvidaron los códices de los misioneros. Así, el *Codex Borgia*, un manuscrito escrito sobre piel de gamo que describe en imágenes el panteón mexicano, fue entregado como juguete a unos niños. Uno de ellos lo sometió al fuego para ver si era combustible. Conserva aún las huellas de ello, aunque por suerte un cura romano lo retiró de la chimenea antes de que la combustión fuera completa. Hoy en día está en la Biblioteca de Propaganda, en el Vaticano.

Hay que decir que durante siglos la gente se desinteresó por todos estos escritos. ¿Qué interés tenía conocer las ideas de los paganos o su historial? De todas maneras, las ideas que se tenía al respecto eran prejuicios. Algunos de los primeros conquistadores están convencidos de que los indios eran los descendientes de tribus judías emigradas. *El Codex Laud*, cuando Kingsborough lo descubrió en la biblioteca Bodleiana, está subtitulado: *Liber hierogliphicorum Aegiptorum*, es decir «Libro de jeroglíficos egipcios».

El abate Brasseur de Bourbourg, que tanto hizo por la búsqueda de textos antiguos, sostuvo aún, en la segunda mitad del siglo XIX, las hipótesis más descabelladas. Estudiando las lenguas indias, las hizo derivar sucesivamente de raíces escandinavas, fenicias, hindúes e incluso árabes... Se preguntó seriamente si la civilización no había sido aportada al Egipto antiguo por los indios. Él, que había viajado a México, que había tenido en sus manos textos auténticos en nahuatl, que había descubierto incluso manuscritos como el que llamó *Codex Chimalpopoca* (se trataba en realidad de los *Anales de Chuauhtitlán*), murió reconociendo algunos errores, aunque con la solución en la mente del problema: «De las 15.000 palabras del vocabulario maya —escribió—, 7.000 al menos ofrecen una semejanza asombrosa con la lengua de Homero.» He aquí su último descubrimiento. ¡Los mayas hablaban griego! Además, en su opinión, *nawal* (inteligente) procedía del inglés *knowall* (todo saber), y el verbo maya *calar* (poner de manifiesto) del latín *clarius*, inglés *clear*, alemán *klar*[10]... Una maldición terrible perseguía decididamente a los pobres indios y sus textos, sometidos así a una última tortura.

Los secretos perdidos

Hoy, cuando los textos raros son recopilados y clasificados, además de analizados, esperemos que sabiamente, nuestro conocimiento sigue estando limitado por los errores del pasado. Sobre el período precolombino sólo tenemos como fuentes tres textos mayas, catorce textos nahuas y algunos mapas y dibujos de primera o segunda mano. Imaginemos que a los historiadores del futuro no les quedara, para hacerse una idea de nuestras literaturas, más que diecisiete textos, y no forzosamente los mejores: una genealogía de los reyes alemanes, el libro del *Éxodo*, un tratado de astrología, algunas obras de teatro... ¿Cómo se orientarían entre todo eso?

Afortunadamente, en lo que se refiere a los indios disponemos de otras fuentes de información, si no de sus literaturas, sí al menos de su vida cotidiana y de su religión. Las excavaciones mexicanas son ricas, los vestigios arqueológicos, magníficos e innumerables. Sin embargo, fue un verdadero tornado lo que en pocos años barrió del mapa y de la historia a esas civilizaciones admirables. Muchos españoles se dieron perfecta cuenta de ello en el mismo momento en que ocurría. Fray Bernardino de Sahagún pudo comparar adecuadamente la ruina de los indios con la maldición lanzada en otra época por Jeremías sobre Jerusalén. Escribió:

Esto es lo que, literalmente, ocurrió a los indios con los españoles. Fueron hasta tal punto pisoteados y destruidos ellos y toda su sociedad que no les quedó ya ninguna apariencia de lo que eran antaño. Por esto se les tiene por bárbaros y por gentes de muy pobre destino (cuando, en verdad, en materia de política, pueden dar lecciones a muchas otras naciones...). Desde este punto de vista, no se ha restituido más que poca cosa al precio de grandes esfuerzos. Su ventaja parece indiscutible, si se pudiera descubrirlo todo[11].

LOS GRANDES LIBROS MÁGICOS

Igual que toda fruta acaba por tener un gusano, así toda ciencia o conocimiento encuentra un día unos vulgarizadores. Los de la magia le hicieron un flaco favor con las obras a menudo ineptas que le dedicaron. Partiendo de unos documentos más o menos auténticos, de un saber del que no conocían más que los residuos, creyendo que podían añadir a ello pamplinas o recetas de su cosecha, nos dejaron, desde el siglo XVI al XIX, obras incomprensibles a las que los poderes civiles o religiosos hicieron a veces el honor de la censura y de la represión.

Entre ellos, citemos *Las Clavículas de Salomón*, viejo tesoro trapicheado y que ha servido para todo. *El Pequeño Alberto* y *El Gran Alberto*, *El Enriquiridón del Papa León*, *El Libro Mágico de Honorio*, *El Dragón Rojo*, *La Gallina Negra*, etc. Todos estos tratados, la mayor parte de las veces impresos de cualquier manera para ediciones de divulgación, inundaron villas y campiñas prácticamente hasta finales del siglo XIX. Son anónimos, ya que, por supuesto, jamás ni Salomón, ni el papa León III, ni siquiera el asombroso antipapa Honorio[1], que cubren con su nombre esta mercancía, tuvieron nada que ver directamente en el asunto. ¿Qué interés puede encontrárseles?

Un vestigio de la Cábala: «Las Clavículas de Salomón»

Apócrifos y estúpidos, hechos de piezas y fragmentos, mezclándolo todo, los libros mágicos tienen, sin embargo, la ventaja de ser testimonios, aunque falsos, de una concepción de las cosas que prevaleció en ciertas épocas. Con este título nos informan sobre una mentalidad hoy desaparecida. Por ello los estudiaremos aquí, pues al presentarse todos como manuales operatorios de magia si bien no resuelven ningún problema y no aportan ninguna solución, no dejan de plantear preguntas inquietantes.

Esto es perfectamente evidente, por ejemplo, con *Las Clavículas de Salomón*, el menos vulgar de todos esos textos, aquel en donde mejor se descubre las huellas de un conocimiento que no resultó enteramente vano. Recordemos, en primer lugar, la leyenda. Salomón debió ser un príncipe digno de consideración, poseedor de grandes poderes. El *Libro de los Reyes* da testimonio de ello al decir que «el rey Salomón fue más grande que todos los reyes de la tierra en riqueza y en sabiduría»[2]. Por orden de su padre David construyó un templo cuya arquitectura era en sí misma un precioso compendio de los secretos de la Cábala. Este edificio se abría sobre dos columnas de bronce vacías, cuyos nombres ha conservado la Biblia: *Yakin* («permanecerá estable») y *Bo'az* («en él está la fuerza»).

El historiador Flavio Josefo[3] menciona estas dos columnas que vemos a menudo dibujadas delante de las *Clavículas*. Sosteniendo un frontón triangular, debieron de tener un sentido simbólico. Una de ellas roja y la otra blanca, encarnarían ciertas ideas cabalísticas de las que ya hemos hablado. *Yakin*, que comienza por la letra *Iod*, sería masculina, en tanto que *Bo'az*, que se inicia con la letra *Beth*, sería femenina. Corresponderían también a los sephirots *Netzah* y *Hod* para indicar la Victoria y la Gloria. El plano del templo debió de ser también revelador de una ciencia sacerdotal profunda sobre la relación de las cifras entre sí.

Pero el templo de Salomón fue destruido. Sus columnas de bronce fueron fundidas por el tirano Hiram. Fue entonces cuando, poco a poco, debieron de nacer *Las Clavículas*. No era posible que el mensaje del gran Salomón se hubiera perdido. Se imaginó entonces que había hecho también un libro, esas famosas *Clavículas* (es decir, «pequeñas claves») que serían en cierto modo su testamento escrito como el templo era su testamento en piedra. Y el escrito habría subsistido, lleno de secretos sagrados sobre el valor de las letras hebraicas, los ángeles del cielo, el medio de hacer aparecer los espíritus y sobre muchas otras cosas. A medida que transcurrieron los siglos, la personalidad de Salomón se fue modificando. De rey sabio y virtuoso, se convirtió en rey de los secretos, príncipe de la magia. Leoncio de Constantinopla y Gregentius, arzobispo de Tefra, comienzan a hablar de él como de un maestro de los Espíritus. Miguel Psellos, en el siglo XI y el historiador Nicetas Choniates, en el siglo XIII, confirman el poder enorme de que dispondría aquel que poseyera el testamento de Salomón. No quedaba más que escribirlo...

En realidad, existen de él numerosas versiones. Las primeras no han llegado hasta nosotros. Una de ellas circuló tal vez durante el Imperio romano. En todo caso, a partir del siglo XVII, se produce la abundancia. Todo brujo debe poseer una *Clavícula*. Los editores se ponen manos a la obra.

Las peores versiones, las más degeneradas si podemos decirlo, en esta familia en la que se activaron decenas de generadores, son las que fueron impresas. Citemos, por ejemplo, el *Gran Libro Mágico, con la gran Clavícula de Salomón y la Magia Negra o las fuerzas infernales del gran Agripa, para descubrir todos los tesoros ocultos y hacerse obedecer por todos los espíritus* (1702). En este título, se dan cita la impostura y el anacronismo, pues Salomón no se ocupó ciertamente nunca de la magia negra, y desde luego nada tenía que ver con Agripa de Nettesheim[4], el mago del siglo XVI.

Las tres «Clavículas» más bellas

Más interesantes, puesto que son menos «mágicas» y están más cerca de la verdadera Cábala, son las *Clavículas* encontradas en forma de manuscrito, con unas planchas y unos dibujos en color que no podían entonces reproducir los editores. Son probablemente obra, si no de Salomón, sí al menos de un rabino verdaderamente iniciado en la Cábala. Pero también aquí se conocen varias versiones, lo cual hace sospechar la existencia de un original perdido, progresivamente degenerado en sucesivas copias.

Stanislas de Guaita (1861-1897) poseía, en su célebre biblioteca de ocultismo, un bellísimo ejemplar manuscrito de las *Clavículas*, fechado en 1641 y que procedía de Eliphas Levi. Fue vendido en 50 francos a la muerte de Guaita por el librero Dorbon y desapareció entonces durante más de medio siglo en colecciones particulares. Se lo volvió a encontrar durante una venta en el hotel «Drouot», en octubre de 1968, donde fue adjudicado a un desconocido por el precio relativamente módico de 1.600 francos.

Las dos *Clavículas* más interesantes conocidas, por la belleza del dibujo y la riqueza de los colores, tienen sin embargo otro origen. Son las que debemos al gran calígrafo del siglo XVIII, F. F. Fyot. Una de ellas, de 142 páginas, pertenece al duque de La Vallière y se encuentra ahora en la Biblioteca Nacional de París[5]. La otra, más completa con sus 198 páginas, y sobre todo más bella aún por la ornamentación, alcanzó el precio de 9.500 francos en

1970, en la librería parisién «Rossignol». Estos tres ejemplares, el que poseyó Guaita y los dos que dibujó Fyot, pueden ser considerados como los más auténticos de las *Clavículas,* ya que todos los demás que se pueden encontrar no son más que pálidas copias, cuando no se trata de falsedades notorias.



Un pentáculo de las «Clavículas de Salomón», dibujado por F.F. Fyot (1787).

En estos tres ejemplares, no se encuentran los capítulos absurdos que contienen, por ejemplo, el *Gran Libro Mágico o Clavícula de Salomón* citado anteriormente. En el *Libro Mágico,* se trata de «hacer aparecer el diablo», de «hacerse amar por las mujeres», de evitar «el peligro de las armas de fuego»,

de hacer «diez leguas por hora», de «ganar a la lotería», cosas todas ellas quizá muy útiles si son realizables, pero que apenas tienen una remota relación con la Cábala procedente del fondo de las edades, de un tiempo en que los rabinos no se preocupaban, y con razón, ni de loterías, ni de armas de fuego, ni de locomoción rápida.

Las «verdaderas» *Clavículas*, es decir las que están manuscritas, ofrecen casi todas el mismo texto. Su lectura es difícil y su comprensión más todavía. No se trata de remedios de buenas mujeres, sino de la exposición de los medios para entrar en comunicación con ciertos ángeles o espíritus, comunicación que no puede tener lugar más que a ciertas horas, ciertos días y pronunciando unas palabras sacramentales. El material necesario para estas operaciones aparece descrito y dibujado: una espada, un estilete, un buril, una navaja, dos cuchillos, una taza, un escritorio, un infiernillo y dos bastones sagrados. Más que por toda esta quincallería, lo esencial está constituido por oraciones y pentáculos. Las oraciones no se dirigen en absoluto al diablo, sino al Dios eterno y poderoso, del que es importante antes que nada conocer los diez nombres que serán sucesivamente invocados: *Ehich* (Yo soy el que es), *Jahtetragrammaton* (el Infinito en cuatro letras), *Jehová Jetragelohim* (El Eterno), *Elohim* (el Dios juez), *Elgibor* (el Dios fuerte), *Shad dai Achich* (el Todopoderoso), *Jehová Tsebaoth* (el Eterno de los Ejércitos), *Elohim Tsebaoth* (el Dios de los Ejércitos), *Haytsadik* (el Dios viviente y justo) y *Schekinah* (la Majestad). Como se ve, nos encontramos en plena ciencia rabínica.

Los pentáculos, o pantáculos, caracteres o dibujos de forma geométrica, constituyen lo esencial de las *Clavículas*. El postulante debe copiarlos sobre papel, metal o pergamino y le servirán de mediación con ciertos ángeles. Unos pueden proporcionar bienes y honores; otros, dominar a los espíritus rebeldes, fortificar la memoria, conceder valor y disipar las penas. Otra vez caemos aquí en un nivel más bajo abandonando la *Cábala* y el conocimiento de los misterios divinos para trasladarnos nuevamente a la época en que esos apócrifos fueron escritos y en que existía un interés por las cosas materiales, teniendo esta magia operativa que procurar riquezas y felicidad.

Los secretos maravillosos de «El Pequeño Alberto»

El peor aspecto de las *Clavículas* —búsqueda de un poder terrenal— es el que vamos a encontrar, multiplicado por diez, en todos los demás libros mágicos, con variaciones que se explican por el progreso de las técnicas, las enfermedades nuevas y los deseos del momento.

El *Pequeño Alberto* es un libro de escasa consistencia. Dios ha desaparecido prácticamente de él, así como la Cábala y como el secreto de las letras y de los números. ¿Qué queda entonces? Recetas para obtener el amor de la amada o para pescar muchos peces. Citemos, no obstante, una edición relativamente antigua, la de los *Secretos maravillosos de la Magia natural y cabalística del Pequeño Alberto* (Lyon, 1755). En él encontramos sucesivamente indicaciones para atrapar pajarillos, recuperar el vino echado a perder, hacer vinagre, preparar un bálsamo para la peste, curar el esguince del pie y preservarse de la gota. Los amuletos y los talismanes[6], forma ya aminorada de los pentáculos, no ocupan más que un lugar muy reducido. En ediciones más modernas de *El Pequeño Alberto*, por ejemplo la de los Beringos fratres, 1629 (en realidad, Bonaventure, París, hacia 1875), se ha añadido un capítulo sobre la fisiognomia y la quiromancia.

El *Enquiridón del Papa León* no vale mucho más. Las ciencias divinas se han desvanecido, aquí también, y la obra consiste sólo en un doble manual del pequeño brujo, una especie de enciclopedia rural (lanzar hechizos) y un diccionario médico (cómo curar chancros, quemaduras o epilepsia). Para las quemaduras, por ejemplo, basta con soplar encima pronunciando tres veces estas palabras: «*Fuego, pierde tu calor como Judas perdió su color cuando hubo traicionado a Nuestro Señor en el huerto de los Olivos.*» Se reconocerá que, en estas palabras, la carga mágica es débil.

El *Libro Mágico del papa Honorio* está escrito en el mismo estilo. Para curar la pleuresía, se escribirá en un cristal: «Dis, Biz, On, Dabulh, Cherih.» Esto es todo. *El Dragón Rojo* proporciona otras recetas de carácter más diabólico. Mediante pactos con Satán (modo de empleo adjunto), se logrará precaverse contra ciertas dificultades de la existencia. En cuanto a *La Gallina Negra*, otro libro mágico de la misma índole, hallaremos en él el mismo tipo de textos y además los *Secretos de belleza de la reina Cleopatra* para conservar el cutis fresco.

Añadiríamos en vano otros textos, *La Magia de Arbatel*, *El Anciano de las Pirámides*, *Las Obras Mágicas de Agripa*, *Las Filacteras*[7]. Todos muestran

la misma decadencia. Aquí y allá, se ve resurgir aún una vaga referencia a la Cábala, palabra hebrea que ya no es comprendida, una invocación que deja entender que las palabras puedan tener una influencia sobre las cosas. Esos viejos restos de creencias más antiguas, frutos de un pensamiento y una civilización desaparecidas, son seguidos pronto de un medio para no sufrir demasiado con una fístula o cosechar melones dulces. Lo espiritual queda engullido en la materia.

Una introducción a la Magia Negra

Frente a semejante fárrago, uno se siente tentado de rechazarlo en bloque para retornar al estudio de los textos originales. Todas estas obras son, en efecto, demasiado compuestas. Diversas manos han ayudado a su redacción, rehecha de siglo en siglo. Varios pensamientos se han mezclado ahí de cualquier manera, estando la Cábala cerca del diabolismo, el *Zohar* del Diafoirus, el barro del diamante. Nos parece, con todo, que hay también algo que rebuscar, no solamente en los vestigios de conocimientos pasados que se revelan a veces en esos diversos libros mágicos, sino incluso en los que fueron añadidos, en esas recetas de medicina, en esos «secretos contra la gota», que traducen la óptica de los siglos XVII ó XVIII. No obstante, hay que comenzar por distinguir lo que ha sido mezclado.

Subsiste, en efecto, este hecho curioso de que los utilizadores de tales libros mágicos, entre los siglos XVI y XVIII, creían en dos cosas muy diferentes: en la posibilidad de hacer intervenir a los espíritus (esencialmente diabólicos) en los asuntos humanos, y en la posibilidad de curar las enfermedades mediante medicamentos que, a nuestros ojos, no son más que «polvos de la Madre Celestina».

Sobre el diabolismo, los libros mágicos son muy elocuentes. *El Gran Libro Mágico con la Clavícula de Salomón*, por ejemplo, nos proporciona incluso el manual de las conversaciones a celebrar. Se invoca ante todo al príncipe del Mal con firmeza: «Te ordeno, Lucifer, que abandones tu morada en cualquier parte del mundo en que esté, y juro que no te daré ni un minuto de reposo si no vienes a hablar conmigo en el acto.»

Cuando Lucifer aparece, dice: «Heme aquí, ¿qué quieres de mí?» Sigue todo un diálogo en que los dos interlocutores se amenazan, blandiendo el hombre un bastón sagrado y guardándose bien de salir del círculo que ha trazado en el suelo y que le protege. El Diablo, por su parte, exhibe todas sus

llamas. Viene a continuación la tentativa de pacto. Lucifer quiere realmente ayudar al hombre a adquirir toda clase de bienes y de tesoros, pero contra el beneficio de un alma. Hay que amenazar entonces al diablo con la varilla. Acabará por ceder y se obtendrá lo que se quiera de él sin concederle nada a cambio.

De este modo los libros mágicos nos ponen en contacto con toda la mentalidad cristiana propia de una época. Nos proporcionan un documento más para estudiar la brujería, investigar sus formas y sus ritos, determinar en ella lo que revela erotismo, condiciones económicas, leyendas antiguas, lectura de otros textos que provocan reminiscencias, cosas todas ellas que no podríamos reproducir aquí[8]. Podemos decir solamente que los libros mágicos son un testimonio entre otros de ciertas creencias y prácticas cuya importancia en la Historia fue considerable. *El Pequeño Alberto*, difundido por decenas de miles de ejemplares, explica la permanencia de ciertas conductas, de ciertas imágenes en la cabeza del hombre honesto y, más aún, del campesino, que subsistieron hasta fines del siglo XIX.

¿Curaban las recetas de los libros mágicos?

La reflexión sobre las recetas médicas puede ser más fructífera todavía. Al principio, uno tiende a ver en ellas sólo estupideces. ¿Se podían evitar realmente las enfermedades con pentáculos o palabras lanzadas al viento? ¿Se podían curar las enfermedades con medicamentos cuya prescripción, cuando no nos producen horror, dan la impresión de ser inocuas a nuestros ojos modernos? *El Pequeño Alberto*, muy rico en este terreno, aconseja, por ejemplo, para los cálculos en el riñón, una tisana con agua de lluvia, de cebada o de regaliz. Contra la viruela, prescribe harina de garbanzos machacada con grasa de cordero y aceite de almendras.

Mirándolo bien, estas recetas tomadas de esos diccionarios médicos del pobre que fueron los libros mágicos no eran diferentes de las prescripciones de los médicos oficiales, diplomados y con birrete, que cuidaban a los ricos. Y ahí aparece el verdadero problema. Con cocciones de hierbas, con ojos de rata, con grasa de cordero, con veneno de víbora, con esas mezclas de todo género, ¿se ha podido curar nunca a nadie? En caso afirmativo, ¿cómo es posible? Y si no, ¿habrá que afirmar orgullosamente que ningún médico ha curado nunca a nadie antes de nuestra época? Pero eso resulta imposible de creer: decenas, centenares de testimonios, nos demuestran lo contrario. Aquí

hay una paradoja que merece atención. Digamos en seguida que nosotros creemos que se pudo, en una cierta época, curar a seres humanos con medicamentos como los que enuncian los libros mágicos, al menos ciertas enfermedades.

La Historia de la Medicina y la Historia a secas cuentan, en efecto, la existencia, en el curso de los siglos, de muchas curaciones de enfermedades. Un médico del pasado es precisamente considerado «grande», o simplemente mejor que los otros, no sólo en la medida en que hizo realizar progresos a la nosología, sino en la de que pudo aportar en su época mejorías reales y vencer incluso la enfermedad de sus pacientes. Ahora bien, hoy se pretende que la medicina curativa es un hecho sumamente reciente. Anteriormente, dada la naturaleza de los medicamentos utilizados, no podía verdaderamente producirse ninguna curación, si no era «milagrosa».

Según el esquema clásico, la medicina, en una primera fase, realizó auténticos progresos en la fisiología, la patología y el diagnóstico. No obstante, seguía sin llegar a la posibilidad de la curación. En una segunda fase, con el descubrimiento de las vacunas[9] supo prevenir. Pero el verdadero tercer estadio, el de la acción curativa, sobre todo en materia infecciosa, no apareció más que tardíamente. Se puede discutir la fecha de este acontecimiento. En general, se coincide en los años 1940-1950, con la aparición en el mercado de las sulfamidas y después de los primeros antibióticos. Pueden elegirse otras fechas, pero todas pertenecen a la época contemporánea. Hasta hoy no existía, se afirma, ningún medicamento realmente eficaz contra cualquier enfermedad.

El libro mágico y su medio natural

Pero en este caso, ¿cómo deben ser valoradas, no sólo las recetas de *El Pequeño Alberto*, sino incluso las curaciones oficiales atestiguadas en épocas pasadas, como las de un Paracelso o un Ambrosio Paré? Negarlas sería enfrentarse a innumerables testimonios. Aceptarlas significa verse obligado a resolver la cuadratura del círculo. ¿Cómo pudo llevarse a cabo lo imposible, curar con medicamentos inexistentes?

Para salir de este dilema y aclarar el verdadero sentido de los libros mágicos, vamos a arriesgar una hipótesis. Ésta consistirá en cambiar la

definición de la enfermedad y considerarla, sea cual sea su tipo, esencialmente, y quizá también únicamente, como un *hecho cultural*. ¿Qué significa esto?

En primer lugar, aunque éste es el aspecto más trivial de nuestra afirmación la noción de enfermedad, como por lo demás toda otra noción, es inseparable de un contexto histórico. En ninguna época, las cosas, los pensamientos, los seres vivientes son rigurosamente los mismos. Un microbio y un virus tienen una existencia, una reactividad, una acción diferentes según los orígenes de donde proceden. La enfermedad que provocan es, por tanto, diferente, como diferente es el médico. La curación es también distinta, así como la enfermedad. En pocas palabras, todos los parámetros varían en la operación: el agente infeccioso, el cuerpo del enfermo, la mente del enfermo, la relación entre el médico y el enfermo, la que existe entre el medicamento y el agente, etc.

Dicho de otra manera, la enfermedad no es nunca la misma, y, sobre todo, es *recibida* (experimentada, aceptada, rechazada y vencida) de un modo diferente por organismos diferentes en épocas diferentes. Ahora bien, el modo como es recibida la enfermedad no varía sólo porque su agente, el organismo en donde se declara y el medicamento sean diferentes, evolutivos en el tiempo. Es vivida diferentemente porque, además de las condiciones físicas, se encuentra situada en condiciones *culturales* diferentes.

Ningún hecho, ninguna acción, ninguna idea pueden ser separados de su medio ambiente. Se sabe, en efecto, que los pensamientos tienen también una historia. Denis de Rougement ha demostrado admirablemente que el amor es un sentimiento que no apareció en Europa hasta los siglos XII o XIII[10]. Anteriormente, en la antigüedad por ejemplo, las personas podían vivir juntas, tener relaciones sexuales e incluso cariño entre ellas. Pero lo que conocían nada tenía que ver con el amor-pasión, sentimiento ligado a la muerte, lleno de un sabor de cenizas, que apareció con los trovadores en condiciones particulares, y del cual *Tristán e Isolda* es la primera gran manifestación literaria.

Muchos otros elementos del psiquismo dependen, por otra parte, del medio ambiente, e incluso *son este medio ambiente*. Damos, como el filósofo americano Skinner[11], un sentido muy amplio a este último término. Así, no basta con cubrir mediante esta palabra los elementos físicos del biotopo, sino también toda clase de datos de otro orden: las reglas del matrimonio en una sociedad, sus costumbres, sus dioses, sus tabúes, sus creencias, sus libros

mágicos, sus autores y artistas, sus modos de pensar y de aprehender lo real, su moral, su ciencia, su técnica, etc. Todo eso es lo que llamamos «cultura», o exactamente, el universo cultural, y enfermedad, microbio, virus, medicamento y curación son absolutamente inseparables de él en todas las épocas.

Es en este sentido como, según la hipótesis aventurada aquí, la enfermedad nos parece esencialmente un hecho cultural. No puede declararse, evolucionar, vencer o ser vencida, del mismo modo que el medicamento no puede actuar o no actuar más que en unas condiciones culturales definidas.

Universo cultural y universo psicológico

Hemos de evitar aquí un contrasentido: confundir el universo cultural con el universo psicológico. Este último no es más que una de las partes del universo cultural o, más exactamente, el reflejo conflictivo de una de las partes de este universo. Así, lo que aquí exponemos nada tiene que ver con la idea un poco simplista de que la enfermedad evoluciona de manera distinta según la «moral» del paciente.

Ciertamente, no se trata de negar estas condiciones psicológicas. Todos los médicos han podido constatar que la evolución de una enfermedad depende a menudo del psiquismo del sujeto. Sabemos que la acción médica difiere en sus efectos según que sea recibida por el paciente como salvadora o no. La confianza es un elemento esencial del proceso terapéutico. Las recetas de los libros mágicos pudieron, pues, curar como cualquier placebo[12].

No es, sin embargo, este aspecto psíquico, por otra parte, muy conocido, lo que tratamos de poner de relieve. No intentamos decir que un medicamento tiene un efecto psicológico diferente, sino que puede tener un efecto químico distinto según la cultura en la que participe el enfermo. Si, por ejemplo, un psicópata se cree víctima de una maldición, verbigracia un hechizo mágico que le condena a una enfermedad, y si esta última —por hipótesis— llega a ser comprobada, nosotros no creemos que el organismo, bajo el efecto del psiquismo, haya reaccionado como en la infección. Por el contrario, se trata de diferentes agentes, normalmente inofensivos o controlados, los que han actuado como infecciosos. El mismo fenómeno se verificaría en los casos materiales de envenenamiento, en donde éste es hipócritamente denominado

por la Facultad de «virulencia retardada». Si se prefiere, nosotros no creemos que, según el adagio popular, «es la dosis lo que hace el veneno», sino que es el universo cultural el que hace el veneno (o el medicamento). Los cuerpos químicos en sí mismos tienen, probablemente, unos efectos objetivamente diferentes según el universo en que se encuentren.

Se dirá tal vez entonces, como objeción, que este razonamiento no explica siempre las curaciones eventuales obtenidas por las recetas de *El Pequeño Alberto*, pues las condiciones culturales de los siglos XVI o XVII eran muy parecidas a las nuestras, las de una herencia judeocristiana en la que apenas se han modificado los valores.

Esto sería ignorar completamente la profunda separación que se produjo en la mentalidad occidental poco después del Renacimiento y que hace que un europeo del siglo XVI sea tan diferente del occidental contemporáneo como un *peulh*, que siga viviendo auténticamente en el universo animista africano, lo es de nosotros.

Un hombre como Paracelso (1493-1541) vivió en un mundo completamente diferente del nuestro, se trate del terreno sensible o del intelectual. Los sentidos, por ejemplo, no son en su tiempo exactamente los mismos que hoy, no teniendo la vista aún este carácter dominante y capital que posee actualmente: un ciego estaba quizá menos perdido que hoy. Acerca de esta jerarquía de los sentidos, muchos textos de la época nos proporcionan indicaciones demostrativas. Vemos, entre otros, a los que practican entonces operaciones de química prestar una particular atención a los colores y a los olores producidos en una experiencia. Paracelso ya dijo que es esencial distinguir siempre el olor del objeto estudiado.

Las metáforas utilizadas en esa época en la prosa y la poesía deben también atraer nuestra atención, pues apelan constantemente a los sentidos que hoy en día tenemos por secundarios, como el oído o el olfato. Así, Paracelso insiste en el hecho de que quiere escribir una filosofía cuyo efecto será comparable «al ruido de las cascadas del Rin», lo que para nosotros carece de significación inmediata. Por lo demás, cuando poetas como los de la Pléyade hablan de una «rosa», evocan para sí y para sus lectores un objeto en última instancia bastante diferente de aquel que conocemos bajo este nombre. La palabra «rosa», en el siglo XVI, se refiere probablemente en primer lugar a un color y un olor, mientras que en el siglo XX despierta primeramente en nuestra mente ideas más geométricas, a saber un *bouquet*, o una disposición de los pétalos, o de las espinas: una imagen en el espacio.

En verdad, el hombre del siglo XVI, el hombre de los libros mágicos, vivía en un universo de la «totalidad», donde los sonidos, las formas, los olores, los colores, pero también los símbolos que encarnaban esas cualidades físicas, lo dominaban todo y se correspondían. Ese mundo de la totalidad desapareció un buen día, y, para nosotros, todo se organiza en adelante con la ayuda de la vista.

La teoría de las firmas

Junto al universo sensible, el universo inteligible estaba asimismo alejado del nuestro. Tratemos de resumirlo excusándonos por una simplificación un poco grosera. Para el occidental de la Edad Media o del Renacimiento, y también para el lector de *El Pequeño Alberto* en el siglo XVII, Dios creó el mundo y está presente en cada instante. Esta fe en Dios y esta existencia concreta, sensible, permanente del Creador son capitales. Detrás de cada cosa opera una fuerza divina; cada dato es la imagen, o el reflejo, o la morada del divino. En efecto, Dios ha *firmado* las cosas, es decir que en cada una de ellas ha depositado una marca distinta. Rozamos aquí la división en microcosmos (el hombre) y macrocosmos (el Universo), evocado ya en este libro y que está en el meollo de los libros mágicos. Cada objeto remite a otra cosa, un órgano a un planeta, a una planta, a un animal. Hay así «familias de cosas» que se pueden reconocer porque llevan la misma marca. Para limitarnos a la medicina, la enfermedad indica el medicamento a través de la firma, la cual puede ser un color, una forma, una semejanza, etc. Hay una «correspondencia» deliberada entre las cosas. *El Pequeño Alberto* facilita una lista completa de estas extrañas relaciones:

Algunos ejemplos explicarán esta extraña teoría, profundamente anclada en el subconsciente de cada individuo de la época. Existe, como lo demostró J. B. della Porta en su *Phytognomonia* (1583), una relación muy concreta entre flores y órganos del cuerpo humano. Hay flores de testículos (cebollas, bulbos), de riñones (judías) y otras que se parecen en algún sentido a «pulmones», «lenguas», «dedos», etc. Estas semejanzas tienen una gran significación, pues Dios no ha hecho nada por casualidad. Ha querido, en lo que concierne a la medicina, reflejar veneno en el medicamento. Así las plantas de bulbo serán útiles en las enfermedades del aparato genital masculino, y la digital para las afecciones de la mano.

El propio color, sobre el cual se extienden tantas obras o libros mágicos, puede ser uno de estos signos. De un análisis llevado en ese sentido nació una medicina muy particular, en la que las plantas que actúan sobre la sangre eran necesariamente rojas, y amarillas las que tenían una acción sobre el hígado. Así la roja sanguinaria (*tormentila*) operaba sobre la cicatrización, como la celidonia (*chelidonium*) de jugo amarillo, lo hacía sobre los trastornos hepáticos. Señalemos de pasada que esos colores no han desaparecido —al menos en los envases— de la farmacopea moderna: la mayor parte de los medicamentos destinados a la terapéutica siguen siendo amarillos, y azules o violetas los que se utiliza en neurología.

Dentro de esta concepción de un universo escrito, donde todo guarda relación con todo, ¿cuál era el papel del médico? Esencialmente, el de un *sintetizador*. Todo su arte consistía, después del diagnóstico, en poner en relación el medicamento con la enfermedad. No es hasta más tarde, con Descartes, cuando aparecerá la noción de análisis, y esto será la ruina de un pensamiento milenario, al mismo tiempo que el punto de partida del que conocemos hoy en día.

¿La acupuntura depende del hipnotismo?

Esta larga digresión sobre lo que es una cultura —aquí, sin embargo, muy esquematizada— nos ha parecido necesaria para comprender nuestras afirmaciones sobre la acción de los «medicamentos» de *El Pequeño Alberto*, así como sobre la de nuestros medicamentos modernos.

Para el lector de libros mágicos, sumergido en el universo cultural de las correspondencias, no dudamos del efecto objetivo, del efecto químico si se quiere, de los medicamentos utilizados, sean cuales sean. Sería una broma creer que basta simplemente con rechazar todas las recetas de libros mágicos que nos parezcan absurdas a un terreno fantasmagórico que llamaríamos «precientífico». Esta última palabra, por otra parte, no tiene en rigor ningún sentido, como bien ha señalado un gran historiador de las ciencias G. Lenoble:

Se habla corrientemente de la evolución de las ideas como de un tránsito, ocurrido lentamente en el curso de los tiempos, de una «prelógica» al pensamiento «lógico», de un estado «precientífico» a un estado «científico». Útil tal vez en primera aproximación, esta manera de ver encierra, sin

embargo, una ilusión (...). Establece en la Historia separaciones no solamente artificiales (como todas las divisiones de la Historia en períodos), sino engañosas. No tiene en cuenta el hecho, muy esencial, de que todas las épocas se han definido como «lógicas» y «científicas» con relación a sus predecesoras «prelógicas» y «precientíficas»[13].

En nuestra hipótesis, que coincide enteramente con la idea expresada aquí por Lenoble, podemos únicamente hablar de una medicina «química», la nuestra, y de una medicina «prequímica», la de los libros mágicos y los médicos oficiales del pasado, lo que no confiere en sí misma ninguna superioridad a la primera sobre la segunda, o a la inversa. El futuro podría incluso demostrar que la actual medicina química ha sido en ciertos aspectos «precientífica». Algún día la gente se preguntará cómo los médicos del siglo XX pudieron curar con medios tan pobres, y se burlarán quizá de ellos como nosotros nos reímos de los libros mágicos. En lo que concierne al momento actual, creemos, en todo caso, que la existencia del universo cultural contemporáneo, caracterizado entre otros por las ciencias químicas, ha dado un poder terapéutico efectivo y controlable a ciertas moléculas, como otras condiciones culturales (por ejemplo, aquellas que vieron aparecer los libros mágicos), en otros lugares o en otras épocas, pasadas o futuras, han concedido, o concederán, objetivamente, a otras moléculas, un poder igualmente terapéutico, igualmente eficaz e igualmente controlable.

La acupuntura aportaría quizás una confirmación a nuestra tesis. Conocemos el desarrollo de esta técnica en la China comunista, en formas, realmente, bastante distintas de las practicadas en Occidente. Entre nosotros, la acupuntura sigue paralizada por la tradición, pues algunos médicos especializados en este terreno siguen basándose en la vieja teoría de los meridianos. Por otra parte, estos médicos obtienen resultados en general modestos, lo cual se explica plenamente en nuestra hipótesis de que una medicina no puede curar más que dentro de un clima cultural definido, del cual ella es un elemento auténticamente integrado. Y el occidente, dígase lo que se diga, está muy alejado de las filosofías orientales.

Como ha demostrado Alain Peyrefitte en el relato de su reciente viaje[14], la acupuntura es concebida de manera muy distinta en la China actual, país que, entre otros, tiene el terrible problema de armonizar la apertura al mundo moderno con la permanencia de estructuras mentales o económicas milenarias. Este doble aspecto lo vemos claramente en el modo como ejercen

actualmente los médicos chinos, que utilizan conjuntamente la acupuntura y técnicas de premedicación química, para la anestesia en particular.

Rechazando casi completamente la teoría de los meridianos, los acupuntores chinos aplican también un número de agujas mucho menor que sus imitadores occidentales, y en puntos muy diferentes a los previstos por la tradición. Se podría, por tanto legítimamente suponer que esta técnica depende únicamente de la hipnosis o la sugestión, pudiendo producirse el efecto sea cual sea el lugar de aplicación.

Los médicos chinos, en todo caso, han expuesto claramente en diversas ocasiones que los éxitos a los que han llegado eran «inseparables del pensamiento del presidente Mao Tsé-tung». Esta afirmación, que hizo reír tontamente a los occidentales, nos parece contener una gran verdad. Es muy probable, en efecto, que el medio cultural chino actual, atado a todos los valores encarnados en la Revolución, es la causa esencial de los éxitos registrados por la nueva acupuntura. Lo que equivale a decir al mismo tiempo que no son trasladables a nosotros, ni siquiera a nuestros estudiantes «maos» que, crean lo que crean, siguen siendo los productos de otro medio ambiente[15].

Libros mágicos y alquimia

Sosteniendo, pues, la idea de la enfermedad como hecho cultural, se podrían examinar las consecuencias de nuestra hipótesis, y ver si ésta aclara ciertos problemas. Sería, por ejemplo, interesante preguntarse cuál es la naturaleza de la acción producida por un medicamento en un contexto determinado. Nosotros sostenemos, como se ha visto, que se puede verificar que actúa distintamente (o no actúa) según el universo cultural. Pero queda por explicar esta acción objetiva y comprobable. ¿Es que, simplemente, el agente de la enfermedad (virus, microbio, en materia infecciosa) reacciona distintamente, está «presensibilizado» a un elemento exterior? En cierta manera, podría uno preguntarse en broma si es que el gonococo ha leído a Fleming, como uno de sus antepasados leyó los libros mágicos. ¿O acaso es el elemento exterior, el agente medicamentoso el que adopta conductas diferentes?

Sería también apasionante saber si unas reacciones puramente químicas dependen del medio ambiente cultural. Se conoce al respecto la opinión de la Ciencia oficial: una reacción puede ser reproducida tantas veces como se quiera, y con el mismo éxito, en las mismas condiciones. La dificultad que

encierra esta afirmación es que tales condiciones son innumerables. Al principio se acordó entender únicamente, bajo este vocablo, unas condiciones de temperatura y de presión. Trabajos más recientes, especialmente japoneses, dan a entender que hay que ampliar esta concepción. Un laboratorio no es una cámara aislada del resto del mundo y de las fuerzas que en él se manifiestan. Se ha podido demostrar así que era preciso tener en cuenta ciertas condiciones eléctricas, magnéticas, gravitatorias y otras. Ciertas reacciones químicas serían diferentes según las épocas, y los grandes «vientos de partículas», en las erupciones solares, podrían desempeñar un papel importante. Las experiencias emprendidas en los satélites proporcionarán indicaciones a este respecto.

Y aún todo esto no son más que condiciones materiales. Nosotros vamos más lejos en este sentido, sabiendo lo vaga que ha llegado a ser la definición de los «físicos», para preguntar si las famosas condiciones necesarias para la repetición idéntica de un experimento no implican datos que, a falta de algo mejor y con todas las reservas, podríamos llamar «psíquicos»: voluntad de triunfo del operador, interés depositado en el experimento, presencia o ausencia de ciertos testigos, etc. Los trabajos de Rhine, en los Estados Unidos, van en ese sentido. Ampliando aún más el cuadro hasta el medio ambiente entero tal como lo concebimos, nos preguntamos evidentemente si las condiciones culturales no desempeñan un papel, pudiendo éste, naturalmente, ser dirimente (la reacción no se produce), o simplemente limitativo (la reacción no da, por ejemplo, más que una cantidad menor del compuesto resultante de la combinación de los átomos).

Estos trabajos, de producir resultados que invalidaran estadísticamente, siquiera de una forma muy ligera, la tesis de la repetición automática de los experimentos, serían los primeros en proporcionar una explicación satisfactoria, no sólo para los libros mágicos, sino para ese gran misterio histórico que sigue siendo la alquimia. Nadie hasta el momento, y sobre todo ninguno de los que se presentan como los modernos iniciados de esta «ciencia», ha explicado el proceso de una transmutación. Podemos, por supuesto, rechazar todo el aluvión de escritos alquímicos del pasado, así como el de los libros mágicos, y no hacer caso alguno de los innumerables testimonios —algunos de ellos, en principio, por encima de toda sospecha— que nos ha legado la Historia. Pero esta posición no ofrece mayor interés que aquella que consiste en negar que los médicos de los siglos pasados hubieran, llegado el caso, obtenido curaciones. Esto es suprimir de un plumazo una

cuestión molesta, rechazar todo un sector de la mentalidad de millones de occidentales que efectivamente vivieron, buscaron, trabajaron y pensaron de una cierta manera totalmente distinta a la nuestra. Los libros mágicos y los tratados de alquimia pertenecen a nuestro patrimonio tanto como los trabajos de Pasteur o de Fleming.

En nuestra hipótesis en la que la enfermedad —y, se comprende, tal vez todas las cosas— sería en definitiva un hecho cultural, podríamos finalmente comprender de una manera lógica semejantes fenómenos que hasta el momento no entran en nuestros marcos demasiado estrechos porque son demasiado físicos. La comprobación de la no-repetición a voluntad de un experimento permitiría quizás admitir que los alquimistas se situaban o se encontraban situados en condiciones culturales tales que la transmutación se hacía posible, no ya por una acción sobre los núcleos, como hacemos nosotros en las pilas atómicas, sino simplemente por un procedimiento químico particular situado al nivel periférico, el de los electrones.

¿Podemos dar una definición global de la enfermedad?

Nuestra reflexión sobre los libros mágicos invitaría también a plantearse la cuestión de si, en medicina, no se ha hecho necesaria una nueva concepción de la enfermedad. ¿Qué es lo que explica una enfermedad, qué es lo que la produce, qué desencadena su evolución en un cierto momento, qué es lo que, por ejemplo, convierte en nocivo uno de los microbios con los que nos tropezamos a diario? En verdad, no carecemos de definiciones, atribuyendo unas la enfermedad a un agente, otras a un medio, otras al debilitamiento de los mecanismos de defensa, etc. Pero no se descubre en definitiva unidad en esas respuestas. Únicamente se ha esquivado la dificultad, describiendo causas particulares, quizás incluso simples «ocasiones», en tanto que la enfermedad, sea cuales fueren sus formas y sus orígenes, es con toda probabilidad un elemento entero, global, en la vida humana. En cualquier caso, es vivido como tal.

Tal vez, buscando en esta vía, descubriríamos que la enfermedad no aparece más que en ciertas condiciones de «desculturización». Así como el medicamento sólo puede actuar perfectamente en una cultura aceptada y

auténticamente vivida, el agente de la enfermedad no podría revelarse más que cuando esta cultura sufre un fallo de gravedad. En apoyo de esta hipótesis, podemos evocar el caso de los indios de América a finales del siglo XIX. Su desaparición se explica seguramente por las matanzas de «pieles rojas» que se produjeron. Pero es asimismo claro que después de su derrota, los indios empezaron a morir por millares en su semicautividad. Se acusa generalmente al alcoholismo de haber hecho estragos entre ellos. El problema debe ser en realidad más complejo.

Ante todo, sería interesante determinar por qué el alcoholismo, cuya existencia no negamos, ejerció súbitamente efectos tan devastadores y tan rápidos. Después de todo, existen otras comunidades en las que ha reinado, en pleno Occidente y en la misma época, por ejemplo en Bretaña, donde la moralidad no parece haber sido tan elevada. Además, los indios no sólo murieron a consecuencia del abuso del whisky. Todo tipo de enfermedades, entre ellas la sífilis, se abatieron sobre ellos, incluso cuando las condiciones de nutrición eran satisfactorias.

Unas estadísticas sobre la mortalidad y la duración media de la vida serían aquí muy elocuentes. No disponemos de ellas por lo que se refiere al pasado, pero quizá demostrarían en todo caso que la enfermedad ataca menos a los indios contemporáneos, desde aproximadamente 1970, que en el período que le precedió inmediatamente (1960-1970). Habría que reconocer entonces el aspecto cultural de la enfermedad (o, si se prefiere, de la salud), al coincidir la mejoría eventualmente comprobada con una cultura parcialmente recuperada: renacimiento político de la nación india, *Red Power*, etc.

Perder la propia cultura es perder la salud

Estas reflexiones sobre los indios conducirían al mismo tiempo a buscar las condiciones de aparición de las otras enfermedades de grupo, en particular aquellas grandes epidemias de las que abunda la historia de la Edad Media y el Renacimiento, pero que no se produjeron quizá siempre de una manera tan fortuita como se cree. ¿Perdonaron (o no) a otras civilizaciones más estructuradas, como las de Roma o Atenas en el momento de la preeminencia de esas capitales, y afectaron particularmente a los países desorganizados donde las mentalidades estaban abrumadas por una derrota o una disgregación espiritual? La colonización europea de África podría ser también examinada nuevamente desde este punto de vista.

La época contemporánea no debería escapar a esta vasta investigación. Las enfermedades —empleamos este término en el sentido más general— de la adolescencia, siempre tan difíciles de diagnosticar y tratar a causa de su aspecto psicosomático, podrían explicarse por el gran *shock* cultural que acompaña o sigue a la pubertad, cuando el universo del niño y sus valores se derrumban. Del mismo modo cabría interrogarse sobre la frecuencia inexplicable de ciertas enfermedades en las actuales sociedades occidentales. Incluso la ciática podría tal vez encontrar (con el mismo título que las enfermedades psiquiátricas, para tomar dos ejemplos muy opuestos) explicaciones culturales. Los misteriosos «dolores en la espalda» —misteriosos cuando los análisis radiológicos o de otro tipo son negativos—, las «depresiones», las «fatigas» inexplicables, todos esos síntomas que se repiten continuamente en los gabinetes de los médicos, ¿dependerían del medio ambiente cultural, al mismo tiempo que el cáncer y el rebrote de las enfermedades venéreas? La resistencia a la penicilina aparecería quizás entonces, no como un fenómeno de habituación, y, en cierta medida, de «usura» del antibiótico como se cree generalmente, sino como resultado de su participación en un mundo cultural y moral que ha sido puesto en discusión. Sería en cierto modo el *Penicillium notatum* el que no tendría ya la fe.

La reflexión y la experimentación en los campos que sugerimos llevarían también a replantear en otros términos el problema de los curanderos. Dejamos aparte, por supuesto, los timadores puros y simples, los cuales no participan de ninguna cultura si no es de la del dinero. Rechazamos también los casos de simples locos o autodidactas seudocientíficos, como un Naessens, que se situaba en el terreno puramente fisiológico, con su «serum» que no era más que agua salada.

Nos referimos más bien a esos curanderos de buena fe —los hay— y cuyos resultados, con gusto o a desgana, hay que reconocer como sorprendentes en el tratamiento de afecciones particulares. En vez de rechazar sistemáticamente el estudio de sus métodos, cabría preguntarse si sus eventuales logros, aunque sean parciales, no proceden de que ellos consiguen «reculturizar», por lo demás muy artificialmente y por tal motivo por un tiempo muy limitado, a algunos de sus pacientes en cuyo organismo se consiguen efectos curativos obtenidos a partir de cualquier molécula. Se comprendería entonces por qué un baño de pies en una sopa de berros puede tener, muy provisional aunque muy realmente, una acción antiinflamatoria. En el mismo apartado incluimos también la reflexión sobre los famosos

«milagros» de Lourdes y todos los fenómenos del misticismo sin hablar de ciertas prácticas mágicas que tienen otros fines que los de la medicina: los encantamientos, los hechizos, las maldiciones de que hablan los libros mágicos y que no han desaparecido totalmente de las campiñas alejadas.

Los libros mágicos pueden hacernos comprender nuestra propia medicina

Indagaríamos también, en conexión precisamente con la idea de curandero, por qué el médico occidental «triunfa» en otros países de cultura diferente, por ejemplo, en Vietnam. Este éxito, que está demostrado, no parece que signifique un argumento que invalide nuestra hipótesis, sino más bien al contrario.

El hecho de que el curandero cure en Occidente, aunque raro, es sin duda de la misma índole que el hecho de un medicamento occidental actúe, y ello con mucha frecuencia, sobre un papú. La diferencia no reside en la naturaleza del medicamento empleado. La rareza del primer caso (éxito del curandero) se explica por un hecho paradójico muy simple: el auténtico curandero sigue estando con frecuencia, a pesar de todo, más alejado del universo de su paciente de lo que lo está actualmente el papú —muy «desculturizado»— del médico occidental, al que considera como un semidiós. Pero tal vez no nos hallamos muy lejos de la época en que los pueblos de civilizaciones largo tiempo e injustamente despreciadas levantarán la cabeza en nombre de su propia cultura y en la que nuestros medicamentos no tendrán sobre ellos más que unos efectos con frecuencia comparable a la de la eficacia del baño de berros o de los polvos de la Madre Celestina entre nosotros.

Todo se apoya, en efecto, siempre sobre la armonía o desarmonía cultural. Separado de su cultura, el colonizado conoce cada vez más enfermedades, pero es muy sensible a los medicamentos occidentales... si se le cuida. Una vez descolonizado y recuperada su dignidad, se vuelve, siempre según nuestra hipótesis, menos abierto a la enfermedad, pero es muy probable que si logra reconstruir una cultura autónoma nuestros medicamentos pierdan rápidamente una parte de la eficacia en él. Aun cuando la diferencia no fuera estadísticamente sensible más que sobre un cierto porcentaje de pacientes, consideraríamos nuestra hipótesis como parcialmente verificada.

Por último, siempre dentro de esta vasta investigación comenzada a partir de los libros mágicos, llegaremos a estudiar el más misterioso, el más contradictorio de los fenómenos de la vida humana. ¿Morimos porque vivimos en civilizaciones que no han sabido imaginar todavía la eternidad, lo cual hace muy bien una simple célula, que se reproduce sin fin en un laboratorio? Esto no es imposible. Sabemos bien, en todo caso, que la muerte, cuando está próxima, puede hacerse esperar más o menos, y ello dentro de unos plazos bastante largos. ¿Y acaso no se advierte la mayor parte de las veces, cuando el enfermo es consciente, una gran destrucción de la personalidad cultural antes de los últimos instantes?

He aquí, pues, la última utilidad de *El Pequeño Alberto* y de *El Enquiridión del papa León*. Las recetas que contienen no pueden tener ninguna utilidad directa para nosotros, puesto que ya no creemos en ellas y, sobre todo, porque estamos inmersos en un medio cultural que les quita toda eficacia. Sus libros se han convertido para nosotros en «extraños». De ahí su misterio.

Es absurdo, como ciertos magos, seguir buscando remedios en ellos. Pero pueden todavía sernos útiles en la medida en que pudieron, en su época, curar lo que fuese. Si nos vemos en la necesidad de reconocerles siquiera una sola curación, es que nuestra concepción de la enfermedad debe ser ampliada. Los autores de los misteriosos libros merecen nuestro reconocimiento, si nos permiten así, no volver a sus recetas, sino comprender mejor un día nuestra propia medicina.

LA ESTEGANOGRAFÍA DE TRITHEIM

El problema planteado a los historiadores de lo oculto por Juan de Heidenberg, llamado Tritheim (1462-1516), es el más curioso y contradictorio que existe.



Jean Tritheim. abad de Spanheim (1462-1516).

El misterio no reside en que este abate piadoso hubiera escrito un libro de magia, sino exactamente en lo contrario. ¿Por qué este hombre en el cual se ha visto con frecuencia a un erudito de las ciencias secretas no nos ha dejado, entre sus decenas de obras, ninguna francamente mágica? ¿Por qué pasó cerca de veinte años de su vida tratando de explicarnos que él no era un mago? La respuesta a estas preguntas no puede darse hasta después de haber contado la historia de un libro que, si se nos permite decirlo, escribió sin escribirlo, un libro titulado la *Esteganografía*, aparecido más de cien años después de su

muerte, en una versión incompleta, mutilada y quizás incluso parcialmente apócrifa.

El azar decide una vocación

Lo maravilloso no está ausente de la vida de Jean de Heidenberg. Nació en 1462 en el pueblo de Trittentheim, de la orilla izquierda del Mosela. Huérfano de padre a la edad de un año, hizo, a pesar de su pobreza, buenos estudios. A la edad de doce años tuvo una visión en el curso de la cual una aparición le informó que sus aspiraciones más secretas se verían realizadas.

Estudiante en Tréveris y luego en Heidelberg constituyó, entre los dieciocho y los diecinueve años, una asociación denominada Sociedad Literaria Renana, de carácter humanista. Los pilares de ésta estaban constituidos por tres amigos: Juan de Dalberg, personaje digno de consideración en su época en el mundo universitario y político que tomó el nombre de *Juan Camerarius;* Rodolfo Huesmann, llamado *Agrícola*[1], y Juan de Heidelberg que, a partir de aquel momento, se hizo llamar *Tritheim*. ¿Por qué este apodo? Se han dado muchas explicaciones, la más simple de las cuales es la que lo vincula con Trittentheim, su pueblo natal. Teniendo en cuenta que la Sociedad Literaria Renana se preocupaba mucho de filosofía pitagórica y de mística de los números, ¿tendremos quizá que ver en *Tritheim* un sentido más cabalístico, relacionado con el número tres: tres amigos, de los que él se presentaba sólo como el tercero, trataban de conseguir la síntesis de tres culturas, cristiana, griega y hebraica?

Posteriormente, la Sociedad Renana tomó el nombre de *Sodalitas celtica* (Cofradía céltica), lo cual parece reforzar su aspecto esotérico. Contó entonces entre sus miembros a grandes profesores como Jacques Wimpfeling[2], a un hermetista indiscutible llamado Conrado Meissel y apodado *Celtes Protucius* (el primero de los celtas) y, sobre todo, a Pablo Ricci, un judío converso que difundió entre sus amigos las enseñanzas de la Cábala. Sean cuales fueren las posteriores protestas de *Tritheim*, señalemos que en su juventud participó, como tantos otros hombres del Renacimiento, en el vasto movimiento de curiosidad que se dirigió entonces no sólo hacia la antigüedad grecolatina, sino hacia filosofías llegadas de más lejos y de un clasicismo menor.

A comienzos del año 1482, *Tritheim*, totalmente por casualidad, toma otra dirección. Empieza el segundo período de su vida en que se convertirá en el célebre abad del monasterio de Spanheim. Este joven de veinte años, ávido de saber y *bon vivant* (las reuniones de la Sociedad mezclaban, al parecer, el sabor de la cultura con el del buen vino), siente deseos de volver a ver a su madre y hermano en Trittentheim. Juan de Dalberg lo anima a realizar este viaje, pero le predice que encontrará en el camino la clave de una nueva vida.

En la carretera, *Tritheim* se detiene para descansar, el 25 de enero de 1482, en el monasterio benedictino de San Martín, en Spanheim. Piensa que será una simple parada para volver a partir casi inmediatamente. Pero el invierno es duro y la nieve cae en abundancia. Después de unas horas de marcha, se ve obligado a dar media vuelta y regresar al monasterio. Esta vez se quedará en él veintitrés años.

El 2 de febrero de 1482, tocado por la gracia divina, *Tritheim* conoce la iluminación. Es el día en que cumple sus veinte años. Su fe es inmensa, y convence a su alrededor. El 21 de marzo entra como novicio; el 21 de noviembre profesa. Un año más tarde, el 21 de julio de 1483, el monje *Tritheim* es elegido abad del monasterio, y será confirmado en esta función por el obispo[3]. A los veintiún años está preparado para dirigir una de las casas de Dios. Decididamente, ha encontrado su vida que parece en lo sucesivo muy simple, muy definida ante él.

Primera referencia al libro misterioso

En el monasterio, *Tritheim* no se revela únicamente como un gran creyente, sino también como un conductor de hombres, un animador, e incluso un gerente. Inmediatamente dueño del lugar, se pone manos a la obra para barrer la casa, que lo necesita. Ante todo de una manera material, y hace reparar los edificios medio en ruinas, consolida, traza planos, reconstruye. Bajo su égida, el monasterio reanuda la vida. Y también espiritualmente, *Tritheim* lleva a cabo su obra. Lucha contra el abandono, la atonía mental que provoca la ausencia de directrices. La orden de los benedictinos había sido reformada en 1425 por Juan de Minden, abad de Bursfeld, pero en Spanheim se seguía viviendo a la antigua usanza. En el futuro, la regla será aplicada con rigor.

Muy pronto los esfuerzos de *Tritheim* son conocidos y alentados por sus superiores. Se le hacen donaciones, lo cual permite emprender nuevas cosas y poner al día los atrasos. Puso en orden lo temporal, según cuenta un

historiador, pagó las deudas que se habían contraído e hizo regresar ciertos bienes que habían sido comprometidos o enajenados[4].

Al mismo tiempo, para procurarse recursos, pero más para sacar a los monjes de la ociosidad y orientar su pensamiento hacia la búsqueda y la reflexión, decide aumentar la biblioteca del monasterio. Ésta es muy pobre: cuarenta y ocho manuscritos, se dice, y algunos libros impresos. Estos últimos no interesan a *Tritheim*. Esta gran mente no comprenderá jamás la revolución aportada por la imprenta creyéndola de poco porvenir, pues sus producciones sobre simple papel no podrían, en su opinión, conservarse «más de doscientos años». Esta equivocación tiene su lado bueno: incita a los monjes a copiar admirables manuscritos sobre pergamino con tintas policromas. De esta manera, se producen obras maestras, enriquecidas con bellas iniciales rubricadas y con ilustraciones. De cuarenta, la biblioteca pasa a tener dos mil manuscritos. De todos los países germánicos, vienen a consultarla. Por este motivo, Spanheim se convierte en una ciudad del libro.

El propio *Tritheim* escribe. Inútilmente se buscaría algo diabólico o incluso misterioso en su obra de entonces, toda ella consagrada a Dios: Dos *Libros de Sermones y de exhortaciones*, en 1486, un *Elogio de los hermanos de la Orden del Carmen*, en 1492, un *Libro de los Llantos*, en 1493, en el que gime por el estado de los monasterios, una obra sobre los *Escritores Eclesiásticos*, en 1494, así como otros libros sobre la teología, sobre santa Ana, sobre los milagros de la Virgen, etc. No hay aquí más que obras pías, dignas del gran monje de Spanheim y de lo que se esperaba de él.

Una gran sorpresa se produjo, cuando la gente se enteró de que *Tritheim* trabajaba en un libro completamente distinto, titulado la *Esteganografía* (del griego *steganos:* oculto). Según el título, parecía tratarse de una obra sobre las escrituras secretas, los códigos y las cifras, lo cual no parecía muy propio de las atribuciones y las competencias de un religioso. Pero eso aún podía ser comprendido. Durante el siglo XVI, muchas buenas mentalidades se consagraron posteriormente a semejantes investigaciones. Juan Bautista della Porta (1545-1615) publicaría, en 1563, un *De furtivis litterarum notis*, o «Arte de ocultar el propio pensamiento en la escritura». Blaise de Vigenère (1523-1596) ofreció un *Tratado de las cifras* en 1586. Girolamo Cardano (1501-1576) dedicó al mismo tema algunas páginas de su obra *De la sutileza*. Todos, es verdad, se inspiraron en *Tritheim*, el cual hizo nacer en ellos la afición por estos trabajos. Pero antes que él y en la antigüedad, ya se habían buscado

medios de transmitir secretamente mensajes. Heródoto y Plutarco dan fe de ello. El propio César enviaba cartas cifradas. No había, pues, ningún crimen en que *Tritheim* se interesara por la criptografía. ¿Pero era esto lo que realmente despertaba su interés?

El secreto fue descubierto por una indiscreción. Se ha dicho que, al extenderse la fama de Spanheim, el abad estaba en relación directa o por escrito con muchos sabios o teólogos de su época. En 1498, un cierto Arnould Bostius, de Gante, religioso de la orden de los carmelitas, interrogó a *Tritheim* preguntándole qué preparaba[5]. Éste respondió, en 1499, a través de una carta sumamente detallada que vería la luz pública por accidente. Cuando llegó a su destino, Bostius, acababa de morir. Se abrió la misiva, se leyó el contenido... y comenzó el cotilleo.

«Tritheim» hace unos descubrimientos muy extraños

En esta larga carta que es preciso reproducir por entero, *Tritheim* explicaba lo que contendría la obra en la que estaba trabajando y que titulaba *Esteganografía*. Veremos que en comparación con la criptografía propiamente dicha, no se trataba de pobres invenciones. He aquí lo que decía *Tritheim* en su misiva:

Tengo entre manos y poseo una obra grande y admirable que, una vez terminada, dada a conocer y publicada (lo cual espero), será considerada por todos más que admirable y una maravilla. La he titulado Esteganografía *y la he dividido en cuatro libros, el menor de los cuales tendrá más de cien capítulos.*

Puedo aseguraros que esta obra, a través de la cual enseño muchos secretos y misterios poco conocidos, parecerá a todos, incluso a los más ignorantes, que contiene cosas sobrehumanas, admirables e increíbles, considerando que nadie antes que yo ha hablado o ha escrito acerca de ellas.

El primer libro contiene y muestra más de cien formas de escribir, secretamente y sin ninguna sospecha, todo lo que se quiera, y ello en cualquier lengua conocida, sin que se pueda sospechar el contenido, y eso sin metátesis ni transposición de letras, y también sin ningún temor ni duda de que el secreto pueda ser conocido por nadie más que aquel al que

cabalísticamente yo hubiera enseñado esta ciencia, o aquel al que mi binario[6] *lo hubiera transmitido cabalísticamente del mismo modo. Como todas las palabras y todos los términos empleados son simples y familiares y no provocan ninguna desconfianza, no habrá ninguna persona, por experimentada que sea, que pueda por sí misma descubrir mi secreto, lo cual parecerá a todos una cosa admirable y a los ignorantes una cosa imposible.*

En el segundo libro trataré de cosas más maravillosas, las cuales se entroncan con ciertos medios, gracias a los que puedo, de una manera segura, imponer mi voluntad a cualquiera que capte el sentido de mi ciencia, por lejos que esté, incluso a más de cien leguas de mí, y ello sin que pueda sospecharse que he empleado signos, figuras o caracteres cualquiera; y si me sirvo de un mensajero y éste es capturado en el camino, ninguna súplica, amenaza o promesa, ni siquiera, la violencia, podrá obligar a este mensajero a revelar mi secreto, pues no tendrá conocimiento alguno de él. Por este motivo, nadie, por experto que sea, podrá descubrir este secreto...

Incluso todas estas cosas, yo puedo hacerlas fácilmente, cuando me guste, sin la ayuda de ninguna persona ni mensajero, incluso bajo una guardia vigilante.

Lo que aquí expongo, estoy en condiciones de demostrarlo. No me sirvo ni de espíritu, ni de magia, sino simplemente de un procedimiento simple y natural.

El tercer libro permite a todo hombre ignorante, gracias a este arte, que no conozca más que su lengua materna, en dos horas entender la lengua latina y escribir de una forma elegante, de tal modo que aquellos que lo lean comprenderán su discurso latino y no podrán dirigirle más que alabanzas.

En el cuarto libro demostraré que puedo hacer entender mi ciencia a todas las personas a las que haya enseñado y servirme de ellas en cualquier momento de la jornada, por muy lejos de mí que esté mi cabalístico. Se encontrará también en él gran cantidad de secretos de los que no puedo hablar actualmente.

Ahora bien, no dudo de que muchas personas, habiendo leído pero no comprendido lo que he escrito, encontrarán esas cosas admirables y maravillosas aunque no factibles, como ciertos sabios que han venido a verme lo han pretendido, y ante los que he hecho algunas experiencias fáciles, y que no han quedado convencidos.

Para resumir, digo en conciencia y hablando delante de Dios que todo lo ve y lo sabe todo, que todas las cosas que he mencionado y descrito son, sin

comparación, mucho más grandes y profundas de lo que he podido decir y que vos no podríais o sabríais creer.

Todas estas cosas son naturales, sin ningún engaño, sin ninguna idea supersticiosa, sin arte mágico, es decir sin invocación de espíritus, lo cual afirmo mediante esta carta, a fin de que si la mostráis y dais a leer a vuestros amigos, que ninguno de ellos crea que soy mago, como ocurrió con Alberto Magno, gran filósofo y profundo investigador de los secretos de la Naturaleza, que fue, sin embargo, tratado de mago por sus conocimientos, los cuales superaban la inteligencia de sus contemporáneos y que había adquirido gracias a su trabajo asiduo, sus estudios y su aplicación[7].

Esta carta de *Tritheim* a Bostius es tan rica que nosotros vamos a intentar resumirla para analizarla y comprenderla mejor. Así pues, ¿qué es lo que dice *Tritheim?*

1) En un primer libro, expondrá «más de cien modos de escribir secretamente». Nada misterioso. *Tritheim* evoca las diferentes «cifras» que ha elaborado. Todo lo más, puede uno asombrarse de que tenga necesidad de mezclar la Cábala a una explicación técnica que nada tiene que ver con la lengua hebraica.

2) *Tritheim* ha descubierto «cosas aún más maravillosas». Puede, según él, hacer pasar un mensaje a cualquier persona, por lejos que esté, «aun a más de cien leguas», sin signos, figuras, ni caracteres cualesquiera. Más aún, ya no hay necesidad de mensajero, y se puede tocar incluso a un prisionero en su prisión, «encerrado en un lugar por profundo que sea». En esta ocasión, la cosa parece tan extravagante que sentimos la tentación de creer que *Tritheim* peca de presunción. Pero ¿por qué iba a mentir este santo hombre? Y si no miente, ¿qué es lo que ha descubierto? En todo caso, esto nada tiene que ver con cifras: «no hay siquiera necesidad de mensajero». Por tanto, el mensaje es puramente «espiritual», sin soporte material alguno. ¿Se trata quizá de señales sonoras o luminosas? No, ya que el prisionero no sería tocado «en un lugar por profundo que sea». ¿Qué es entonces lo que puede franquear los muros de una prisión y llegar hasta los sótanos? Nosotros vemos aquí simplemente unas ondas, tanto si se las llama «transmisión de pensamiento» como «radio». ¡*Tritheim*, inventor y primer utilizador de las ondas radioeléctricas! Estamos lejos de los códigos y de las cifras e incluso del tercer descubrimiento de *Tritheim* —enseñar el latín a cualquier persona en dos horas—, el cual, por útil que fuera a nuestros estudiantes, nos parece muy apagado al lado de la

invención, si le prestamos crédito, de la telegrafía sin hilos o, al menos, de una telepatía perfectamente segura.

3) *Tritheim*, en su carta, tiene perfecta conciencia de que se atribuirá sus descubrimientos a la magia. A todos les parecerán que «contienen cosas sobrehumanas». Sin embargo, él afirma que están hechas «sin arte mágico, sin invocación de espíritus». ¿Por qué se toma la molestia de decirnos esto? Lejos de disipar el misterio, lo complica más. Porque si no se trataba de cosas simples, de claves para cifrar mensajes, ¿qué necesidad tenía de disculparse?

Esta carta a Bostius le da a *Tritheim*, si no un olor diabólico, sí al menos el aire de un verdadero descubridor. Realmente se apoderó de algo totalmente nuevo, verdaderamente extraordinario.

Un segundo golpe del destino

La acogida fue deplorable. Bostius había muerto por lo que la carta fue abierta por su superior, el prior del monasterio de Gante, que no dio crédito a sus ojos. El propio *Tritheim* ha contado lo que pasó a continuación. Otros monjes leyeron también la carta. Algunos sacaron copia de ella, «de modo que, al cabo de poco tiempo, llegó a ser conocida tanto en Alemania como en Francia y en Italia». Algunos creyeron en la mentira, en jactancias imputables a la vanagloria. Otros vieron en ello la mano del diablo.

Tritheim, por su parte, estaba desolado, tanto más cuanto que el asunto adquiría proporciones inquietantes para su carrera. Incluso sus monjes del monasterio de Spanheim comenzaban a murmurar contra él. ¿Se despertaban quizá viejas rivalidades? Después de todo, la elección a los veintiún años de *Tritheim* como abad no debió gustar a todo el mundo. Muchas ambiciones debieron de ser decepcionadas, lastimadas. Y entonces se presentaba la oportunidad del desquite.

Una segunda desgracia acechaba a *Tritheim*. Parece que él nunca renunció a demostrar su buena fe y en aquella época pensaba aún en la publicación de su asombrosa *Esteganografía*. Lo cierto es que la mostró a un visitante francés de paso en 1504, Charles de Bouelles, especie de erudito viajero como los que abundaban en el siglo XVI, que se había detenido en casa de *Tritheim*, su corresponsal desde hacía mucho tiempo.

Tritheim escribe:

Charles de Bouelles vino a pedirme el favor de que le recibiera como huésped antes de volver a Francia. Yo le recibí con mucha cortesía y le concedí todos los beneficios de la hospitalidad (...). Habiéndole mostrado mi obra sobre la Esteganografía, que no estaba aún enteramente terminada, él la admiró, la alabó incluso, aun cuando no la comprendió enteramente, pues no tenía ni el conocimiento ni la clave de ella, y no merecía escuchar ni recibir nuestra enseñanza[8].

El abad de Spanheim no se equivocaba en su juicio, que traicionaba, por otra parte, el presentimiento que debió de tener. Este presentimiento estaba por desgracia fundado: Charles de Bouelles no había comprendido gran cosa, pues escribió poco después a Germain de Ganay[9], uno de sus amigos:

He hojeado la obra de Tritheim. *Lo considero no solamente un mago, sino también un ignorante de la filosofía. He leído ligeramente su* Esteganografía *limitándome al comienzo de algunos capítulos, pero a duras penas tuve su libro en mis manos por espacio de dos horas, lo tiré en seguida, a causa de tantas y tantas conjuraciones bárbaras y nombres desacostumbrados de los espíritus (no sé si debo decir diablos) que comenzaron a darme miedo*[10].

Así, el segundo dictamen y en esta ocasión *de visu* era también desastroso para *Tritheim*. El prior de Gante, Charles de Bouelles llegaba a la conclusión de lo extraño, lo inexplicable. Para él, todo aquello se relacionaba con el diabolismo. En la continuación de su carta a Germain de Ganay, dice claramente que cree que el abad de Spanheim tiene un contrato «firmado con los espíritus malignos».

Esta vez, *Tritheim* está perdido. A partir de ahora y hasta el fin de su vida, protestará, proclamará su inocencia, sin que nadie le crea. La *Esteganografía* nunca será publicada en su totalidad.

Protestas, las habrá a docenas. En lo que concierne a Charles de Bouelles, *Tritheim* le escribe inmediatamente para explicarse. Su carta no llegará a poder de De Bouelles, de viaje por España y por Italia hasta 1508. Por otra parte, ¿le habría convencido? ¿Le habría hecho cambiar de opinión? Quizá, ya que cinco años más tarde, De Bouelles se retractará en parte. Pero será demasiado tarde.

Afirmo claramente, escribía por otra parte Tritheim, *que digo la verdad y que no he tenido nunca comercio con los demonios y otras entidades malignas, puesto que jamás practiqué ni el arte de los magos ni el de los nigromantes, sino que, por el contrario lo que he escrito o me he propuesto escribir*[11] *era puro, sano y natural, y no estaba en absoluto en contradicción con la fe de Cristo (...). Que la* Esteganografía *quede, pues, esperando en las tinieblas, aunque nada tenga en común con las afirmaciones mentirosas de De Bouelles, que tiene la costumbre de juzgar cosas que no conoce y de empañar la reputación de hombres justos y buenos.*

Durante este tiempo, la rebelión de los monjes en el monasterio había tomado un sesgo dramático y en 1505 *Tritheim* se vio obligado a dimitir de sus funciones. Gracias a protecciones que disfrutaba en las altas esferas, fue al año siguiente, concretamente el 3 de octubre de 1506, elegido prior del monasterio de San Jaime de Wurzburgo. El cargo era envidiable, pero *Tritheim* perdía su hermosa biblioteca y la casa donde había trabajado tantos años con amor. No guardaba de ellos más que una pesada amargura, pesadumbres que explicarían todas las acciones de sus últimos años[12].

Tritheim debía permanecer unos diez años en Wurzburgo, hasta su muerte en 1516. Podemos decir que este tercer período de su vida estuvo casi enteramente dedicado a tratar de borrar el efecto producido por su famosa carta de 1499 a Bostius. Ésta fue la cruz que arrastró durante toda su vida sin poder liberarse nunca de ella. Incluso su lápida sepulcral, cuya inscripción fue redactada por el vicario general Jorge Flachius cincuenta años después de su muerte, fue la última tentativa de rehabilitación. En ella se leía:

El abad Tritheim, *gloria de la tierra germánica, que yace en esta morada, mereció este monumento. Los admirables escritos salidos de su pluma muestran lo admirado que fue por sus obras y por su virtud, como lo prueba también la consideración que le testimonió el emperador Maximiliano.* Lejos de ser un mago, es el autor de una obra contra la magia[13]. *Al continuar su fama en el tiempo, vive bienaventurado en espíritu en el reino de Dios.*

La verdadera «Esteganografía» se ha perdido

Del final de la vida de *Tritheim*, conservamos un gran número de obras. Están ante todo aquellas que él siguió consagrando a temas teológicos y que no

ofrecen ningún interés para nuestro propósito, excepto para demostrar que el abad de Spanheim, y luego de Wurzburgo, no era en todo caso un súbdito del diablo. Así, escribió una *Crónica del monasterio de Hirsau* y una *Crónica de Spanheim* (1508), un volumen de *Curiosidades reales* (1511), que eran unas respuestas a las preguntas del emperador Maximiliano sobre temas religiosos.

A continuación, hay que mencionar una de las principales obras de su vida, la *Poligrafía*, escrita entre 1505 y 1508, pero publicada sólo dos años después de su muerte[14]. Tras unas páginas de introducción en las que *Tritheim* recuerda sus desgracias, se inicia un tratado de criptografía, por lo demás muy original y en el que se inspiraron todos sus sucesores en este terreno. Pero nada hay de misterioso en estos sistemas, por sutiles que sean, para cifrar unas frases. Son, sobre todo, alfabetos y tablas de transposición.

Finalmente, más de cien años después de su muerte, apareció una obra titulada *Esteganografía*[15], pero que no es seguramente la que debió de leer Charles de Bouelles. La obra, que nosotros sabemos que *Tritheim* había previsto primero en cuatro libros, y luego en ocho, no contiene más que tres partes, siendo generalmente considerada la tercera como totalmente apócrifa. Las dos partes supuestamente auténticas no nos aportan más información que la *Poligrafía*. Se trata también de un tratado de códigos, una sucesión de alfabetos, de tablas de correspondencias entre letras, o entre letras y palabras, o entre letras y cifras. En cuanto al manuscrito original, no terminado por *Tritheim*, se cuenta que fue quemado por el conde palatino Federico II, hijo del elector Felipe, el cual habiéndola encontrado en la biblioteca de su padre consideró prudente separarse de ella «por temor de su salvación».

Nadie leerá nunca la verdadera *Esteganografía*, suponiendo que haya existido plenamente. Desde luego, innumerables copias de la obra circularon después de la muerte de *Tritheim*, pero al parecer eran bastante diferentes entre sí: otras tantas falsedades. Decididamente, la maldición se encarnizaba en esta obra. La versión impresa en tres libros bajo el título de *Esteganografía* en 1606, y en la que nada hay diabólico, fue puesta en el Index por la Congregación del Santo Oficio, Esta condenación absolutamente incomprensible fue mantenida hasta la edición de 1840 del *Index librorum prohibitorum*. Desapareció, sin embargo, en la edición de 1930.

En busca del mago bajo el santo

¿Qué juicio podemos hacer actualmente de todo el asunto de la *Esteganografía*, libro que, sea cual fuere su verdadero contenido, merece seguramente sólo por su historia los calificativos de *misterioso y maldito?* Embarazosa cuestión.

Cuando *Tritheim* jura que no ha tenido ninguna relación con el diablo, hay por supuesto motivos suficientes para creerle. Ni siquiera de intención, este hombre era a no dudar incapaz, tras una vida de dedicación a la religión, de traicionar su fe por el placer de escribir un libro. Por otra parte, sus innumerables protestas tienen un acento de sinceridad que sorprende.

Ahora bien, que fuera, tal como se ha dicho, un adversario de las ciencias secretas, las cuales no son forzosamente diabólicas, ya es menos seguro. Sus negativas en este terreno son todas ellas tardías. Datan del momento en que *Tritheim* tiene necesidad de hacer reconocer su perfecta ortodoxia. Todas, sin embargo, no son tal vez de circunstancias. Ahí es donde llegamos al nudo del problema. El abad de Spanheim llevó sus investigaciones más allá de la simple y clásica teología, pero la distinción es difícil de hacer, tanto para él como para nosotros, entre lo que era bueno, legítimo, y lo que era malo, vano e irreverente para la majestad divina.

No hay duda, por ejemplo, de que él condenó la astrología, pues escribe:

Los astros no están dotados ni de inteligencia, ni de sentimientos. Por consiguiente, no pueden proporcionar la sabiduría a vuestra mente, y no tienen ningún dominio sobre nosotros que caminamos en el espíritu, nosotros que reconocemos que Nuestro Señor Jesucristo tiene poder para todas las cosas[16].

Niega toda influencia directa de los astros sobre el destino, e interpela violentamente a los astrólogos en el mismo texto:

¡*Atrás, hombres temerarios, hombres vanos y astrólogos mentirosos, que engañáis a las inteligencias y correteáis sobre frivolidades! Pues la disposición de las estrellas no tiene ninguna relación sobre el alma inmortal*.

Todo esto sería perfecto por lo que atañe a la ortodoxia de *Tritheim*, si él mismo no nos dijera en otra carta, que acaba de levantar su propio horóscopo:

He vuelto a hacer mientras tanto los cálculos, y he encontrado configuraciones amenazadoras[17].

Por otra parte, le vemos también admitir una teoría de los ciclos de la que hablaremos más adelante y que tiene seguramente bases astrológicas.

Asimismo le vemos insultar a los alquimistas que «engañan a todos los que les han escuchado con placer...». Aconseja a su corresponsal que no otorgue ninguna confianza a los alquimistas insensatos, «pues son necios y discípulos de los simios, enemigos de la Naturaleza, individuos que desprecian las cosas celestes, sin cuyo conocimiento la alquimia es inexistente». Extraño texto que comienza como una condena sin matices y que termina con unas palabras muy diferentes que dicen que la alquimia existe, sin embargo, cuando es practicada con el conocimiento de las cosas divinas. ¿Entonces, en qué creía *Tritheim?* En la alquimia, en la verdadera alquimia, estamos seguros de ello, ya que poseemos de su mano un texto alquímico titulado «la Piedra Filosofal»[18]. ¿A qué conclusiones debemos llegar ante semejantes contradicciones? ¿Que *Tritheim* es una mente de una profunda duplicidad? En absoluto. La alquimia que él quiere, la alquimia divina que estima no es la de los «sopladores», sino una alquimia totalmente espiritual, una especie de gradación hacia el conocimiento absoluto.

En todo caso, *Tritheim* estaba muy al corriente de todas esas ciencias llamadas ocultas. Para no ser un mago, se interesaba por la magia, la gran magia, la magia divina, cuya alabanza, por lo demás, escribió[19]. Conocía también, a través de algunos de sus amigos, diversos aspectos de la Cábala, no aquella que fue posteriormente pisoteada y desviada de su objetivo, sino la ciencia auténtica de los rabinos, dedicados intensamente a descubrir los secretos de Dios y la Creación.

Tenemos la seguridad de ello, cuando leemos su tratado *De las siete causas segundas*[20], en el que construyó un sistema de la historia del mundo por ciclos, influido evidentemente por una astrología cabalística que él considera enteramente legítima. Se lanza incluso a las predicciones, anunciando, para lo que él llama «el período decimonoveno», unos acontecimientos que se realizaron efectivamente después de su muerte, como por ejemplo «el establecimiento de una nueva religión» (el protestantismo de Lutero).

Es a la luz de esas contradicciones aparentes entre el «mago» y el «santo» como debemos enfocar el problema de la *Esteganografía*. Distingamos ante todo lo que puede ser discutido y lo que resulta demasiado vago para serlo.

Nunca sabremos cuál era ese medio de enviar un mensaje «a más de cien leguas» y «a un lugar por profundo que fuera». *Tritheim* no nos ha dejado suficientes indicaciones para formular a este respecto una opinión válida. Seguimos quedándonos, por lo tanto, reducidos a las hipótesis, siendo la más probable la de que el monje hubiera conseguido algunos resultados con la telepatía. Esta incertidumbre no se extiende, sin embargo, a la totalidad de la *Esteganografía. Tritheim* es demasiado preciso en su carta a Bostius para que creamos, por el contrario, que no se preocupaba más que de buscar claves y cifras. Ciertamente, la *Poligrafía* y la *Esteganografía,* tal como las conocemos, no contienen nada distinto. Son «formas vacías». Pero no ofrece ninguna duda que *Tritheim* estudió la criptografía sólo para servirse de ella, para enviar él mismo un mensaje.

¿Cuál? De nuevo vamos a parar a las hipótesis, pero en esta ocasión tal vez pueden ocultar alguna probabilidad. Lo que *Tritheim* habría expuesto sin duda con más detalles es lo que escribió por otra parte, con palabras más o menos encubiertas, un poco de astrología, un poco de alquimia y un poco de Cábala, todas ellas ciencias orientadas hacia el Bien y que él creía que podían ocupar perfectamente un lugar en la doctrina cristiana.

Tritheim no miente cuando escribe:

Nada he hecho que sea muy extraordinario y, sin embargo, ha corrido el rumor de que soy un mago. He leído la mayor parte de los libros mágicos, no para imitarles, sino con vistas a refutar un día sus malvadas supersticiones[21].

Hay que comprender precisamente que quería remplazar la magia negra, la geotía, por una magia natural, justamente a base de Cábala, de alquimia espiritual, de ciencia a la vez secreta y cristiana.

EL IRRECUPERABLE «MUTUS LIBER»

Cuando dos bibliófilos especializados en las ciencias ocultas evocan sus respectivas bibliotecas, llega siempre un momento, retrasado todo lo posible, en que uno acaba por hacer esta pregunta al otro: «¿Y tiene usted el *Mutus liber?*»

Momento penoso, y que la mayor parte de las veces, por no decir siempre, la respuesta es negativa. El *Mutus liber*, es decir el *Libro Mudo*, recopilación de quince láminas dibujadas en el siglo XVII, que representan sin ningún texto explicativo las diferentes operaciones a efectuar en el laboratorio para triunfar en la Gran Obra alquímica, pocas son las personas que lo poseen, y dichosos son aquellos que lo han visto una vez en el curso de su vida sin que se trate de una reproducción.

Todos los catálogos especializados mencionan en una forma o en otra esta rareza. La famosa *Biblioteca mágica y neumática* de Graesse y el catálogo Bodin no mencionan siquiera el *Mutus liber*. Lenglet-Dufresnoy lo cita sin ninguna descripción y tan brevemente que cabe dudar que lo llegara a tener en sus manos. «Misteriosa obra», dice la bibliografía de Caillet. «Suma rareza», añade Rosenthal. *Very few copies are known* (se conocen pocos ejemplares), precisa el catálogo Maggs 520. *Exceedingly rare* (sumamente raro), resume un catálogo Sotheby de 1934.

Más discreto, Stanislas de Guaita terminó su ejemplar con una nota manuscrita redactada así:

El Libro Mudo (Mutus liber), *tratado dogmático de alquimia* (sic), *todo él en figuras simbólicas, sin una línea siquiera de texto o de leyenda, se ha convertido en una obra casi imposible de encontrar. Muy estimado por los adeptos de Hermes, los aficionados pagan por él a veces precios exorbitantes, muy dichosos por poseer finalmente esta singular rareza. El hecho es que, desde hace unos diez años que sigo asiduamente los catálogos, nunca lo he visto, ni siquiera en aquellos compuestos exclusivamente de*

obras de ciencias ocultas. Quince ilustraciones sobre cobre, láminas a toda página, emblemáticas de las operaciones de la Gran Obra[1].

Volveremos un poco más tarde sobre este texto de Guaita que no es precisamente exacto cuando dice que el *Mutus liber* no incluye ninguna «línea de texto o de leyenda» y por el momento nos quedaremos sólo con el atestado de rareza y de precio exorbitante. Desde hace cerca de un siglo podemos contar con los dedos de una o ambas manos los ejemplares que se han negociado.

En 1899, los dos *Mutus liber* que poseía Stanislas de Guaita eran ofrecidos al precio de 45 y 165 francos-oro (el segundo ejemplar contenía además un *Libro mudo* manuscrito). En 1910, Rosenthal cotizaba en 200 marcos un ejemplar en Munich, mientras que casi por la misma época Caillet señalaba una venta en 200 francos. En 1911, Lucien Dorbon, el gran librero parisiense, cedía un ejemplar a un feliz coleccionista por 80 francos solamente. En 1929, la librería «Maggs Bros» (34, Conduit Street, Londres), vendería otro al precio de 21 libras esterlinas. En 1934, el 18 de abril, un ejemplar era adjudicado en la subasta efectuada por «Sotheby y C.ª» a un precio desconocido. En 1937, la librería «Nourry» —J. Thiébaud sucesor, rue des Écoles, en París—, ofrecía en su catálogo n.º 62 un *Mutus liber*, edición de 1725, por la suma de 1.000 francos. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, sólo hemos tenido ante nuestros ojos un ejemplar de la edición original. Fue objeto en pocos días de diversas especulaciones, por obra de algunos intermediarios, para ser vendido finalmente a un coleccionista italiano a un precio que ignoramos. Por supuesto, las nueve ventas que acabamos de mencionar no corresponden forzosamente a nueve ejemplares, pues puede en ocasiones tratarse del mismo libro, revendido algunos años después. Por ejemplo, las ventas efectuadas por «Maggs» y por «Sotheby» en Londres parecen referirse al mismo *Mutus liber*.

Tres ediciones con pequeñas diferencias

La rareza del *Mutus liber*, atestiguada así por todos los expertos, constituye en sí misma un problema, dado que puede parecer excesiva. En efecto, la obra conoció en los siglos XVII y XVIII varias ediciones.

La original fue publicada en La Rochelle, en casa del impresor protestante Pierre Savouret, en 1677. Nadie sabe cuántos ejemplares compusieron esa primera tirada de las admirables quince láminas grabadas en cobre. En principio, en el siglo XVII, las tiradas habían dejado desde hacía mucho tiempo de ser modestas. Si bien los incunables, es decir, las primeras obras impresas anteriores al año 1500, se editaban con frecuencia en número de trescientos, cuatrocientos o quinientos ejemplares[2], a partir del siglo XVI, y con mayor razón en el XVII, son frecuentes las tiradas de mil ejemplares y vemos ediciones de tres o cuatro mil ejemplares de algunas obras de calidad. Pero ¿podemos comparar la publicación de las obras de un gran escritor, por un impresor parisiense conocido y bien equipado, con la impresión de algunas imágenes esotéricas por un pequeño taller rochelés? Seguramente, no. Por esto seguiremos ignorando la tirada de esa primera edición, y lo que resulta aún más enojoso, no podemos siquiera enunciar al respecto una hipótesis razonada. La tirada pudo constar tanto de treinta ejemplares como de trescientos.

La segunda edición nos es más conocida. Se debe al médico y alquimista ginebrino Manget, que insertó al final del primer tomo de su monumental y preciosa *Bibliotheca chemica curiosa*, publicada en Ginebra en 1702, una nueva factura de las quince láminas del *Mutus liber*. Esta edición, muy rara también y que tantos coleccionistas querrían poseer, es no obstante inferior a la original. No son, en efecto, los cobres originales los que fueron utilizados. Manget hizo grabar nuevamente las planchas con pequeñas diferencias que, a los ojos de un adepto, son a veces lamentables.

Nosotros mismos hemos comparado uno por uno los grabados de la primera y de la segunda edición, y no podemos por menos que abundar en esta opinión. Además de algunas simplificaciones e interpretaciones discutibles del trazado original, el grabado encargado por Manget no tiene las cualidades estéticas de la edición de La Rochelle. El médico ginebrino se dispensó también de publicar la Advertencia al lector y el Privilegio real que acompañaban al *Mutus liber* tal como los había ofrecido Savouret, lo cual priva al investigador de unos preciosos elementos de comprensión, como se verá a continuación. Estas reservas no quitan nada, por supuesto, al valor excepcional del conjunto de la obra de Manget, recopilación de todos los más secretos y admirables documentos alquímicos del pasado[3]. La *Bibliotheca chemica*, por lo demás, sólo es mencionada muy excepcionalmente en las ventas públicas y entre los marchantes. Desde la Segunda Guerra Mundial,

sólo la hemos visto ofrecer una vez en Francia, en 1968, en casa del librero parisiense Rossignol, al precio de 5.000 francos.

Una tercera edición antigua del *Mutus liber*, sin localidad ni fecha de impresión, fue sin duda realizada alrededor de 1725. Fue uno de esos ejemplares el que vendió la librería «Nourry» en 1937 al precio de 1.000 francos. Asimismo, es un ejemplar similar el que encontramos mencionado en el más imposible de encontrar de todos los catálogos de ciencias ocultas, la famosa *Biblioteca Ouvaroff*, publicada en un número de setenta y cinco ejemplares, en 1870 y en Moscú[4]. Esta edición de 1725, en la que los personajes dibujados han cambiado sus vestidos del siglo XVII por los del siglo XVIII, no carece de calidad, sin encontrar, no obstante la gracia ingenua del *Mutus* rochelés.

Sobre la pista de un libro desaparecido

Conviene mencionar también los manuscritos del *Mutus liber* que pueden existir. En principio, los manuscritos de alquimia no son de tan extrema rareza. Se los encuentra ocasionalmente entre los traficantes y a veces aparecen en las ventas públicas. Verdad es que en todas las épocas algunos adeptos los han copiado o los han escrito ellos mismos. La impresión antigua se ajustaba mal a la disciplina alquímica en la que a menudo son necesarios los dibujos y el empleo de los colores. Pero los manuscritos del *Mutus liber* parecen aún más difíciles de encontrar que los ejemplares impresos, ya que su dibujo es tan complejo que ha debido desanimar a más de un alquimista. No obstante, existen, todos ellos posteriores, por supuesto, a la edición original, pero cuyo valor es inestimable. Tres al menos, uno de los cuales perteneció a Guaita, son conocidos. Con ellos nos apartamos, sin embargo, del campo de la bibliografía para entrar en el del arte. A la rareza de la obra se añade, tratándose de un manuscrito, la necesaria apreciación de las cualidades o los defectos del copista.

Finalmente, y sólo a título de información, señalaremos las ediciones modernas del *Mutus liber*, publicadas en el siglo XX, como las de Marc Haven, del librero Dujols o de Paul Derain en 1947, raras también, aunque no preciosas, puesto que no se trata ya de grabados, sino de reproducciones. Haremos, sin embargo, una excepción para la mejor de todas[5], la que

publicó el editor Jean-Jacques Pauvert en 1967, en primer lugar porque es reciente, y luego y sobre todo porque va acompañada de notables comentarios del gran alquimista contemporáneo, el muy erudito Eugène Canseliet, discípulo de Fulcanelli.

Si nos limitamos a las dos ediciones antiguas, las de 1677 y de 1725 (?), apartando también la de Manget que no constituyó una publicación propiamente dicha, sino una inserción en una recopilación más vasta, ¿en qué cifra podemos estimar el número de ejemplares del *Mutus liber* aún en circulación? Esta evaluación es muy delicada. Señalemos dos ejemplares excepcionales: el de la Biblioteca Nacional de París, impreso sobre vitela, lo cual permite suponer que Savouret ofreció uno o varios ejemplares llamados «de cabeza», mientras que los demás estaban impresos sobre simple papel, y el hermoso *Mutus liber* procedente del legado La Faille, conservado en la Biblioteca Municipal de La Rochela y que ha hecho reproducir Eugène Canseliet para el editor Pauvert. Aparte de esos ejemplares oficiales, caemos en las hipótesis. Sabemos, con todo, que el alquimista Albert Poisson[6] poseyó un *Mutus liber*, así como el rico bibliófilo Lionel Hauser. En total, a la luz de las ventas efectuadas desde hace un siglo y de los testimonios que pueden recogerse, aunque con las máximas reservas, podemos imaginar que deben de existir en el mundo unos veinte o treinta ejemplares de las dos ediciones (1677 y 1725) del *Mutus liber*. Es decir que si bien un coleccionista no debe perder toda esperanza de encontrarlo, sus posibilidades de poseerlo de otro modo que en forma de reproducción siguen siendo muy escasas.

Sin embargo, no es su rareza lo que confiere un lugar al *Mutus liber* en la presente obra. Conocemos muchos otros libros cuyos ejemplares son rarísimos. El precio de un libro no es ni siquiera forzosamente el resultado de su rareza: otros elementos desempeñan su papel en la estimación de la obra. Y la rareza le confiere menos aún el delicado perfume del misterio o de la maldición que marca la pista que seguimos aquí. Algunos libros imposibles de encontrar son sumamente triviales y nadie los busca, aunque existan solamente veinte, diez o cinco ejemplares. El *Mutus liber*, en realidad, tiene otros títulos para justificar que sea analizado aquí. El principal es su aspecto fundamentalmente extraño, contradictorio. Es mudo, es un libro sin palabras y, por el contrario, los adeptos lo consideran como el más claro, el más luminoso de los informes sobre la Gran Obra. Ningún autor alquimista habría ido más lejos en la confesión. Este misterio es el que vamos ahora a estudiar.

Un libro para todos que sólo algunos leerán

Antes de sus quince planchas grabadas, el *Mutus liber* comienza, aunque parezca imposible, con un texto, con una serie de frases. En la edición original era un párrafo de once líneas titulado «Al lector». Como falta, se dice, en la mayor parte de los ejemplares, lo reproducimos aquí en su totalidad:

AL LECTOR

Aunque aquel que ha pagado los gastos de la impresión de este Libro no ha querido poner encabezamiento ni Carta dedicatoria, ni Prefacio, por razones sólo por él conocidas, he creído, con todo, que no encontraría malo que os dijera que esta Obra es admirable en esto: en que, a pesar de estar titulada Libro Mudo, *todas las naciones del mundo, los hebreos, los griegos, los latinos, los franceses, los italianos, los españoles, los alemanes, etc., pueden leerla y entenderla. Asimismo es el más bello libro que haya sido impreso sobre este tema, al decir de los Sabios, y contiene cosas que no han sido dichas jamás por nadie. Lo único que hace falta para conocerlo es ser un verdadero* Hijo del Arte[7]. *He aquí (querido Lector) lo que he considerado un deber deciros.*

Vemos a través de estas líneas en primer lugar que el Mutus liber no es totalmente mudo en el sentido que incluye un poco de texto y luego que no es mudo tampoco en la medida en que sus dibujos y figuras están hechas para hablar al lector. Pero, ¿quién puede comprender? Volvemos a encontrar la ambigüedad fundamental de este libro que no parece inquietar al autor de la Advertencia. Todo el mundo puede comprender, parece decir: todas las naciones del mundo, los franceses, los italianos, los españoles, etc. Sin embargo, algunas líneas más adelante, se efectúa una severa selección. Sólo comprenderán finalmente los «Hijos del Arte». Este libro es, por lo tanto, al mismo tiempo un libro cifrado.

Vamos a verlo en la primera plancha que constituye la página primera, la única que comentaremos aquí en detalle y que reproducimos fuera de texto, ya que se necesitaría un volumen entero para aclarar, con ayuda de documentos, las quince páginas de este libro a la vez finito e infinito.



Primera página del Mutus Liber (manuscrito) (Coleccion del autor).

Por lo demás, nos daremos cuenta de que en él encontramos ya buen número de misterios e incluso algunas claves.

Esta primera plancha, dentro de un círculo formado por dos rosales, muestra un paisaje rural bastante ondulado. Un hombre, con la cabeza apoyada en una roca, parece estar durmiendo. Subiendo desde la tierra hacia el cielo nocturno en el que brillan la luna y diez estrellas, se levanta una escalera en la que dos ángeles tocan la trompeta como para despertar al durmiente.

El texto en latín se compone de tres partes. Abajo, leemos la fecha de impresión (1677) y la indicación del librero editor, el llamado Pierre Savouret, de La Rochela (*Rupellae*). Esas líneas no forman parte, en opinión nuestra, del mensaje propiamente dicho, aunque algunos comentaristas consideran necesario señalar que la palabra *Rupellae* (en La Rochela) se encuentra exactamente situada bajo la *pequeña roca* que sirve de almohada al durmiente. Suponiendo que esta proximidad sea deliberada, difícilmente vemos qué conclusión podría deducirse de ello, excepto que la roca da origen a la noción de mundo mineral, noción evidentemente inseparable del arte de los adeptos.

Lo esencial del texto está compuesto del propio título, bastante largo a la manera antigua, y que nosotros traducimos aquí:

El libro mudo, en el cual está, no obstante, descrita toda la filosofía hermética en figuras jeroglíficas, consagrado al Dios misericordioso, tres veces bueno y muy grande, y dedicado únicamente a los hijos del arte (solisque filiis artis), *por el autor cuyo nombre es Altus.*

¡Cuántos problemas en estas pocas líneas! Problema de desciframiento, por ejemplo: en la primera línea en mayúsculas, MUTUS LIBER IN QUO TAMEN, Eugène Canseliet se sorprendió por el hecho de que la palabra LIBER está cortada por la escalera y se presente, pues, en la forma truncada: LIBE-R. Estima que hay que conceder una atención especial a esta R (¿aire?) así destacada, y cree que la línea es el anagrama de SUM BETULI R INQUO (por *inquio*) TAMEN, es decir: «Tengo el aspecto del betilo, pero sin embargo hablo.» Problema de traducción también. Las palabras *solisque filiis artis dedicatus* significan: ¿dedicado sólo a los hijos del arte, o dedicado a los hijos del arte y del sol?[8]. Problema por último del nombre del autor que es designado aqui: un tal Altus.

Al escondite detrás de un seudónimo

Evidentemente no se conoce a ningún Altus. Se trata de un seudónimo. ¿Pero qué se oculta detrás? Se ha enunciado el nombre de un tal Tollé. En efecto, Barbier, en su *Diccionario de Anónimos*, basándose en las observaciones de un historiador local[9], dice que cree que el verdadero autor es Tollé, médico de La Rochela, gran alquimista y que el nombre adoptado, Altus, lo designa

bastante. En La Rochela existió efectivamente un médico llamado Tollé, pero la asimilación parece débil. Se basa, sin duda, en las significaciones más o menos semejantes del adjetivo *altus* (elevado) y el verbo *tollere* (levantar, elevar). Existen mejores posibilidades.

Descubrimos, en efecto, una preciosa indicación sobre el posible nombre del autor del *Mutus liber*, no ya en la primera lámina del libro, sino al final, en el Privilegio de impresión que le fue otorgado[10]. Recordemos que durante el Antiguo Régimen, cada obra debía recibir esta aprobación antes de ser entregada al impresor, y el *Mutus liber*, por anónimo que fuera, no pudo sustraerse a ello.

Ahora bien, ¿qué leemos en dicho Privilegio? Un nombre con todas sus letras, sin ningún disimulo: «Nuestro bienamado Jacob Saulat, señor de Marez, nos ha hecho notar que ha caído en sus manos un Libro de la alta Química de Hermes titulado *Mutus liber in quo tamen*..., etc.»

He aquí, pues, un nombre que no se oculta en absoluto: Jacob Saulat, señor de Marez. Se puede evidentemente sostener que no se trata del nombre del autor, ya que el texto dice solamente que el *Mutus liber* «cayó en las manos» del tal Saulat. El procedimiento es, con todo, clásico y se emplea aún en nuestros días. El autor que quiere pasar inadvertido declara a menudo haber «encontrado» la obra en cuestión y se presenta como su descubridor, como el autor del Prefacio. Digamos en cualquier caso que existen fuertes presunciones de paternidad sobre el tal Saulat.

Se concretarán inmediatamente cuando comparemos el nombre *Altus*, el seudónimo, con el nombre *Saulat*, el patronímico. *Altus* estaba muy lejos del verbo *tollere*. Pero hay que señalar que Altus y Saulat están hechos exactamente de las mismas letras, una de las cuales (la *a*), aparece, sin embargo, dos veces. Altus se llamaba Sault, no pudiendo ser los dos más que una sola persona.

¿Hace falta más confirmación? El *Libro mudo* incluye otra línea de texto en la última plancha. Vemos en ella una especie de banderola sobre la cual se lee por dos veces las palabras siguientes: *Oculatus abis*, es decir: «Caminas viendo» o «Andas con los ojos abiertos». Estas palabras son una firma. *Oculatus abis* es exactamente, letra por letra, el anagrama de *Jacobus Sulat*. ¿Cómo creer en una coincidencia? ¿Cómo seguir dudando, sobre todo cuando recordamos que es una costumbre frecuente en alquimia emplear como seudónimo el anagrama del propio nombre? Limojon de Saint-Didier, Jean d'Espagnet y otros lo hicieron así. La causa queda, por tanto, vista. El autor

de las quince láminas se llamaba con toda probabilidad Jacob Saulat, y el *Libro mudo* nos lo oculta sólo a medias.

La materia de la obra es el rocío

Esta locuacidad del *Mutus liber* entendido como una serie de jeroglíficos la descubrimos aún más al examinar, siempre en la primera plancha, esa inscripción cifrada colocada entre el título propiamente dicho y el nombre del editor:

21 - 11 - 82 Neg.
93 - 82 - 72 Neg.
82 - 31 - 33 Tued.

No necesitamos tablas matemáticas para descifrar este mensaje, que sólo es desconcertante si se lee de izquierda a derecha. En el sentido contrario, se aclara muy bien. Se trata de tres referencias a la Biblia, dos en el *Génesis* (Gén.) y una en el *Deuteronomio* (Deut.). Una ojeada al Antiguo Testamento nos convencerá.

En el *Génesis*, capítulo 28, versículos 11 y 12, leemos:

Jacob llegó a un lugar, y pasó allí la noche porque el sol se había puesto. Cogió una piedra que había allí, la puso como cabecera y se acostó en dicho lugar. Entonces tuvo un sueño: veía una escalera posada en tierra y cuya cima tocaba los cielos. Dos ángeles de Dios subían y bajaban a lo largo de esta escalera.

Esto es exactamente lo que vemos reflejado en la primera ilustración del *Mutus liber*. Sabemos ahora con seguridad (y nunca habíamos dudado de ello) que ésta representa la escalera de Jacob y todos los elementos evocados en este pasaje de la Biblia: la noche, la piedra de cabecera, los ángeles. Por supuesto, no se trata más que de una alegoría en la que la escalera anuncia la marcha, peldaño por peldaño, hacia el conocimiento supremo. Señalemos de pasada que la Biblia, así como el dibujo del *Mutus liber* en su edición original, evocan y muestran solamente un paisaje terrestre de suelo seco, lo que pone de manifiesto la equivocación de la edición hecha por Manget, en la que el paisaje ondulado se ha transformado en una extensión acuática salpicada de cascadas. Manget, por ignorancia sin duda, permitió que se

creara así una confusión entre la vía seca, la única que describe el *Mutus liber*, y la otra vía alquímica, la vía húmeda, de la cual esta obra no trata en absoluto[11]. Hay que estar atento para distinguir los verdaderos misterios queridos por el autor, siempre descifrables para el «hijo del arte» que sabe leer y las estupideces añadidas posteriormente por copistas ignorantes o falsos adeptos, que conducen a callejones sin salida y hacen injustamente desesperar de la alquimia.

Unas palabras aún acerca de las otras dos referencias. Una de ellas (*Génesis*, capítulo 27, versículos 28 y 39) enuncia este deseo: «Que Dios te dé rocío de los cielos, grasa de la tierra.» La otra (*Deuteronomio*, capítulo 33, versículos 13 y 28, que Manget, siempre desafortunado, lee falsamente «versículos 18 y 28») se refiere también al mismo tema, hablando del rocío «el don más precioso del cielo»[12]. Estas referencias a dos libros del Antiguo Testamento (ambos del *Pentateuco*, verdadero tesoro secreto de la Biblia) cobrarán su sentido en las láminas siguientes del *Mutus liber*. En la cuarta, por ejemplo, veremos, junto a unos animales que evocan la primavera, cómo unos personajes recogen el rocío tendiendo entre cuatro postes unas sábanas que se embeberán durante la noche y las horas crepusculares que preceden a la salida del sol. Hay una materia que constituye elemento esencial, no lo olvidemos, del proceso alquímico: el rocío o, más bien, lo que se denomina así. Dom Joseph Pernety, en su famoso *Diccionario mito hermético*, pone en guardia contra una fastidiosa confusión:

Cuando se medita seriamente sobre los textos de los verdaderos Filósofos, en los que éstos hablan de rocío, pronto queda uno persuadido de que hablan de él sólo por semejanza, y que el suyo es un rocío propiamente metálico, es decir su agua mercurial sublimada en vapor en el recipiente y que cae nuevamente al fondo en forma de rocío o de pequeña lluvia. Así, cuando hablan del rocío del mes de mayo, se refieren al mes de mayo de su primavera filosófica, sobre la que domina el signo de Géminis de su zodíaco[13].

Flamel y su mujer, protagonistas del teatro alquímico

Las otras planchas del *Mutus liber*, una por una, siempre a través de estas alusiones a la vez oscuras e iluminadoras, aspiran también a describir, con tanta precisión como sea posible, y sin duda que está permitido, el camino hacia la Gran Obra. Dos personajes son los autores de esta obra en catorce actos y muchos más cuadros aún: un hombre y una mujer que operan en un laboratorio. Esta distribución es en primer lugar sorprendente, ya que las mujeres son poco numerosas en las filas alquímicas, aun cuando la intervención de un principio femenino es reconocido por todos los autores como necesario. Lo más probable es que el autor, para ilustrar este verdadero curso, esta lección, quisiera representar a Nicolás Flamel y a Perrenelle, su mujer[14]. Ellos son quienes encarnan a los *operadores*, pero no es exactamente su historia lo que se cuenta. Es otra cosa que sin duda quiso decir Jacob Saulat, algo más teórico y que apunta al éxito mismo de la operación. Flamel, hablando de la Obra, decía que «la había completado tres veces, con la ayuda de Perrenelle, que la entendía tan bien como él».

En todo caso, en lo que concierne a la asimilación de los personajes principales del libro de Sault con la pareja de alquimistas de los siglos XIV y XV, podríamos ver el atestiguamiento cuando no la prueba de ello en uno de los ejemplares que poseía Stanislas de Guaita y el cual llevaba esta inscripción anónima en la portada: «Nicolás Flamel y Perrenelle, su esposa, o *Libro Mudo* dibujado en 1399, grabado e impreso en 1677.» No coincidiremos con el redactor desconocido de esta nota respecto de la antigüedad del *Mutus liber*, seguramente de concepción muy posterior a 1399, pero creemos como él que los dos alquimistas representados por Saulat son Flamel y su mujer.

¿Qué diremos de las demás planchas del *Mutus liber?* Cada una de ellas merecería una explicación. Sin embargo, no podremos dar aquí por falta de espacio más que algunas indicaciones, algunas claves, siendo quizá la más importante que no hay que creer que el *Mutus liber* busca desorientar al lector. Nunca se repetirá bastante que se trata de un libro absolutamente claro. Así se taparía uno mismo los ojos queriendo a veces complicar el misterio, buscar más lejos, más allá de las apariencias.

Seguramente el *Mutus liber* no es una lectura entretenida. Por el contrario, hay que concentrar en él la atención, la paciencia. Sin duda también, no siempre se entrega a la primera lectura. Es preciso saber leer para encariñarse con él, es decir haber leído ya, conocer los principales símbolos alquímicos, las equivalencias, ciertas correspondencias, etc. Pero, mucho más aún, es

necesario «saber ver». El *Mutus liber* muestra infinitamente más de lo que oculta.

Podemos dar un ejemplo de la claridad de los mensajes que nos dirige. Aquellos que dan sus primeros pasos con este libro en la Filosofía hermética, única y tradicional, quedan a veces desorientados al hojearlo. Por ejemplo, tienen la impresión de que ésta o aquella lámina (o tal o cual parte de lámina) es repetida un poco más lejos. Así, la plancha 2 se parece mucho a las planchas 8 y 11, y algunos elementos de las planchas 4, 9 y 12 son seguramente semejantes. Lo que hay que señalar no son, sin embargo, estas semejanzas, sino las diferencias. Aquí notaremos que el horno alquímico que estaba apagado se encuentra encendido en otra parte. Allí veremos que las paredes del mismo laboratorio aparecen súbitamente salpicadas de ventanas: riesgo de intoxicación. En otro momento de la operación, desaparecen colgaduras colocadas entre columnas: riesgo de incendio. No hay necesidad de estar muy avanzado en la erudición hermética para constatar esas diferencias llenas de significación. Un poco de atención basta para ello, una atención simple, casi ingenua, que especula poco y se limita a comparar objetivamente.

La alquimia es una cuestión de experimentación práctica

Otra lección de carácter general que se puede sacar de una simple ojeada al *Mutus liber* parece de una importancia capital en una época en que se imprime cualquier cosa sobre la alquimia. Este libro constituye casi únicamente (12 láminas sobre 15) una recopilación de operaciones manuales en el laboratorio. Semejante indicación es muy preciosa, pues recuerda muy a propósito que la alquimia no puede hacerse sin una manipulación práctica y que esta manipulación no sólo no es despreciable, sino que a partir de un cierto momento ocupa las cuatro quintas partes del tiempo del investigador que ha encendido su horno.

Ciertamente el *Mutus liber*, una vez más prolijo, recuerda perfectamente en la lámina 14 al adagio alquímico clásico: *Ora, lege, lege, lege, relege, labora et invenies*[15]. Qué contradicción, se dirá, con el resto de la obra en donde no vemos representado ningún libro. El operador no se preocupa prácticamente más que de sus retortas.

La contradicción es sólo aparente, en realidad. No se trata de negar la existencia de un largo camino, necesario al adepto, a través de los escritos tradicionales. No se aprende sin los demás, no se sabe sin escuchar antes a los maestros. En este sentido la exhortación *lege, lege, lege, relege* es fundamentalmente verdadera. El *Mutus liber* se sitúa simplemente en otro momento del proceso alquímico, aquel que está cubierto por las dos palabras *labora et invenies*, «trabaja y encontrarás». Señalemos que el descubrimiento no se coloca después de la lectura. Nadie ha dicho nunca: *lege et invenies*. El descubrimiento surge después del trabajo, y, sin este último, no puede salir a la luz.

Desde hace algunos lustros, los especialistas de la alquimia insisten cada vez más en su aspecto espiritual, en la purificación de uno mismo que implica el camino de la Obra, en el aspecto finalmente «inmaterial» del descubrimiento. Esto es andar totalmente por una vía errónea, y este modo de ver no es más que el reflejo de un desconcierto de los comentadores modernos. En el mundo de hoy, con la ciencia de hoy, cuando diariamente se transmutan elementos en las pilas atómicas, algunos defensores de la causa creen prestar un servicio a la Filosofía hermética no viendo en ella más que una especie de técnica espiritual.

El *Mutas liber* está ahí para indicarnos lo contrario y llamarnos a una cierta honestidad ante la alquimia. Si ésta es una ciencia verdadera o falsa, si en otra época o hace poco se han realizado efectivamente transmutaciones por medios distintos de los de la física nuclear contemporánea, si los alquimistas del pasado acertaron verdaderamente con procedimientos de una relativa simplicidad para lograrlo, no lo discutiremos aquí. Pero lo que hemos de afirmar con vigor es que, mentirosos o no, los alquimistas del pasado, en su totalidad, no dejaron de considerar su ciencia como efectivamente material. Para dominarla, era preciso pasar del oratorio al laboratorio, y sólo allí se realizaba la Obra.

Es una pobre delicadeza la de aquellos comentaristas que esperan salvar el honor de la alquimia tergiversando hasta sus reglas más fundamentales. Si la ciencia hermética sólo revela impostura, no hay más que relegarla al armario de las viejas supersticiones. Si, por el contrario, se la considera digna de interés y de estudio, es preciso confirmar su mensaje que nunca ha consistido sólo en ejercicios espirituales.

PROFECÍAS Y PREDICCIONES

La más célebre pitonisa a comienzos de este siglo con el nombre de Madame de Thèbes no se dedicaba solamente a la clientela privada, muy rica, que se aglomeraba diariamente en su puerta. Se las daba también de escritora. Se le debe, por ejemplo, una obra de quiromancia[1]. Es autora también de los *Almanaques* que publicaba cada año para información del planeta sobre las cosas futuras. De sus predicciones, entresacaremos sólo un ejemplo cruel. Al principio de la Primera Guerra Mundial, en el mes de septiembre de 1914 exactamente, Madame de Thèbes daba a conocer, sin ninguna escapatoria, lo que iba a ocurrir:

Muerte de Guillermo II, el 29 de septiembre.
Revolución en Berlín, el 2 de octubre.
Entrada de los franceses en Berlín, el 22 de octubre.
Fin de la guerra, el 7 de noviembre.
Duración de la guerra, 3 meses y 5 días.

Sabemos que fue necesario cuatro años y millones de muertos para que cesara el conflicto. Comparando la predicción con la realidad, se comprenderá una de las razones por las que los profetas o adivinos son a veces personajes malditos. El oficio es peligroso y ha ocurrido más de una vez que se les ha retorcido el cuello.

Los adivinos ejercen un oficio peligroso

La Antigüedad les reservaba una plaza especial en una época en que, a falta de máquinas electrónicas, el cálculo del futuro no podía efectuarse más que a través de la visión excepcional de algunos. Distingamos claramente, a este respecto, entre los *profetas*, es decir aquellos que anuncian el futuro por inspiración divina, y los *adivinos*, que practican la adivinación por medios

más materiales, aunque todos dejarían entender que su don era milagroso. En todas las épocas hubo profetas religiosos, como los de Israel por ejemplo, clasificados, como se sabe, en primeros profetas (Moisés, Samuel, Elías y David), grandes profetas (Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, etc.) y pequeños profetas (Oseas, Habacuc, Miqueas, Nahum, etcétera). Pero hemos hablado ya de la Biblia. Al lado de esos profetas propiamente religiosos, pensamos sobre todo aquí en esos adivinos de la Antigüedad que estaban llamados a predecir el futuro en lo que éste tenía de cotidiano: suerte de las batallas, salvación de las ciudades, interpretación de los sueños y de los presagios. Éstos no parecían demasiado malditos, ya que gozaban de un *status* social (e incluso de una función social) digno de consideración, que los situaba en primera fila de la sociedad.

Recordemos también las grandes sibilas, de las que se cuentan una docena: sibila de Persia, sibila libia, sibila de Delfos, de Eritrea, de Samos, de Cumas, sibila helespontina, sibila frigia, sibila del Epiro y sibila egipcia. Esas mujeres «entusiastas» en el sentido etimológico[2] escribían versos oscuros y profundos que les valían una gran consideración.

Nos acordamos también de Sócrates tomando como regla y fundamento de su pensamiento el famoso «Conócete a ti mismo» (*gnoti seauton*) inscrito en el frontón del templo de Delfos donde oficiaba una célebre pitonisa. De este modo, daría un sentido totalmente distinto a una exhortación que competía únicamente a la publicidad. El «conócete a ti mismo» del templo era una invitación a entrar a ver a la pitonisa. Significaba simplemente: «Conoce tu porvenir, ven a que te digan la buenaventura.»

Otros adivinos estaban situados cerca de los hombres de Estado o de los grandes capitanes y los acompañaban en los momentos peligrosos, pequeños brujos de las entrañas, que distinguían en vientres humeantes las voluntades del Olimpo y la suerte de los ejércitos. Todos ellos, hombres y mujeres, desempeñaban un papel esencial en una cierta forma de sociedad, papel a la vez médico, religioso y político, tal como lo encontramos aún entre los brujos africanos. Ninguno de ellos parece, por lo tanto, maldito.

Con todo, si se observa con más detenimiento la larga historia de la adivinación, percibiremos este peligro del que hablamos a propósito de Madame de Thèbes. El oficio puede comportar algunas ventajas, pero implica también bastantes riesgos. Se empezó por lanzar los pollos sagrados al mar, como aquel cónsul del siglo III que, advirtiendo que las bestias no tenían hambre, pretendió «hacerlas beber»[3]. Posteriormente, fueron los arúspices

mismos, los adivinos de todo tipo, a los que se amenazó o persiguió cuando sus predicciones no daban satisfacción.

La Historia rebosa de esos accidentes profesionales. Llegado el cristianismo, la predicción se convirtió en un arte sospechoso en la medida en que podía estar en relación con prácticas diabólicas. Miguel Psellos (1018-1078), da un ejemplo personal de ello en su obra *De operatione daemonum*. Un día interrogó a un adivino maniqueo. ¿De dónde procedía su don de profecía? El mago se negó al principio a responder; luego, obligado a hacerlo por la fuerza, confesó a Psellos que un vagabundo de Libia se lo había enseñado todo.

Ese vagabundo me llevó por la noche a lo alto de una montaña, me hizo probar una extraña hierba, me escupió en la boca, me untó los ojos con un cierto ungüento y me hizo ver una multitud de demonios, entre los cuales distinguí a uno que volaba hacia mí en forma de un cuervo; y, entrando por mi boca, penetró hasta el fondo de mis entrañas. A partir de este momento hasta el día de hoy, he podido leer en el futuro todas las veces que mi demonio lo ha querido así.

Como el visionario agravaba aún más su caso prediciendo a Psellos mil tormentos, el final de la historia se supone. La predicción era diabólica y el desgraciado terminaría su vida en las cárceles bizantinas.

La actitud de la Iglesia, causa de esta persecución y de la de muchos otros adivinos, ha señalado, no obstante, siempre una cierta incomodidad doctrinal. Leemos en la primera *Epístola de san Pablo a los tesalonicenses:* «No apaguéis el espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo, y retened lo bueno»[4]. Este texto parece legitimar al menos una cierta forma de escrutar el porvenir. Pero otros textos de la patrología griega y latina vierten el mayor de los descréditos sobre la adivinación. La incomodidad de la Iglesia procede de su preocupación por ceñirse rigurosamente a la doctrina de la libertad de santo Tomás. La predicción parece suponer un cierto determinismo. No se puede conocer más que lo que es seguro, lo que está escrito por anticipado. Ahora bien, es esencial para la moral católica salvaguardar la libertad. El hombre ganará su salvación o se perderá según elija o no el Bien. De ahí la incertidumbre de las posiciones ante las adivinaciones y profecías, habiendo sido inventada, no obstante, una puerta de salida por la Teología. Quizá no hay contradicción entre la libertad del hombre y la omnisciencia de Dios, que

puede saber por anticipado lo que elegirá el hombre, sin influir sobre su decisión.

Es divertido señalar a este respecto que en el siglo XX el problema se sigue planteando en los mismos términos en las publicaciones católicas a propósito de las secciones astrológicas. Los lectores las reclaman.., y la Teología enseña que el hombre es libre. Entonces, ¿cómo predecir a cada uno lo que le sucederá dentro de la semana según su signo zodiacal? Los periódicos y las revistas vinculados a la jerarquía de una manera o de otra se eximen completamente de tales peligrosas secciones. Otras publicaciones, católicas de inspiración aunque más alejadas de las autoridades, conservan un astrólogo de servicio aunque no pierden ninguna ocasión de recordar, lo cual legitima su posición, que «los astros inclinan, pero no determinan».

Millares de obras

Lo cierto es que, a pesar de las dificultades encontradas por los adivinos o los astrólogos desde hace siglos frente a príncipes que no gustan en absoluto de malas noticias y están listos a veces para cortar cabezas, frente a la Iglesia Católica y sus reticencias doctrinales, pese a todos esos peligros conjugados y algunas inclusiones en el *Index*, los libros de predicciones y de pronósticos no han cesado de aparecer.

Desde el siglo XVI al XIX se han publicado, por ejemplo, de una manera regular y en cada país occidental unos *Almanaques* para el año en curso. En ellos encontramos generalmente, además de un calendario, las lunaciones, la posición de los astros, unas previsiones meteorológicas y el anuncio de los grandes acontecimientos futuros. Esos almanaques, obras vendidas de granja en granja, inundaron Europa durante cuatro siglos. Por otra parte, así fue como empezaron Nostradamus y Rabelais[5].

Al lado de este verdadero comercio, anual y perfectamente organizado por los libreros, algunos visionarios no han dejado de publicar, ininterrumpidamente si se nos permite decirlo, el resultado de sus iluminaciones. Se trata en este caso de otra categoría de obras, más místicas, más misteriosas y más desconcertantes todavía. Con esos libros y esos almanaques, si se quisiera componer una bibliografía completa de las predicciones o profecías publicadas desde la invención de la imprenta, sería preciso un volumen

considerable. En cualquier caso, sería más importante que una bibliografía de la brujería, tema éste ampliamente tratado por los escritores durante siglos[6].

Entre las predicciones más célebres en su tiempo, citemos algunas: el *Oráculo sobre los hombres famosos*, las *Profecías de M. de Saint-Césaire, obispo de Arles*, la *Meditación del buen ermitaño Valeriano*, las predicciones sacadas de Berobio, obispo de Patras, el *Cantus Galli*, innumerables *Pronósticos*, entre ellos los de Paracelso, la *Profecía de Orval*, el *Mirabilis liber*, las *Efemérides de Argoli*, el *Horóscopo de Europa*, las predicciones de Lichtenberger, la profecía de Descroseau, las obras de Mademoiselle Lenormand, etc.

Alargaríamos fácilmente esta lista, sin añadir nada al conocimiento del problema. Repitamos simplemente que millares de textos de este género han sido publicados por autores más o menos conocidos o por anónimos. Se trata de un fantástico fárrago de obras de divulgación sobre «el granizo que caerá» o, por el contrario, sobre graves problemas teológicos como el nacimiento del Anticristo y el fin del mundo. Todo aparece mezclado. Abandonemos, pues, la enumeración para buscar más bien si entre esos libros misteriosos, hay algunos al menos que sean dignos de retener la atención y que contengan otra cosa que trivialidades sobre la meteorología o los peligros cotidianos de la existencia.

¡Qué tema más inmenso! ¿Ha habido alguna vez alguien que haya predicho con exactitud lo que iba a suceder? ¿Qué pensar de un Nostradamus, por ejemplo? Pero en primer lugar, ¿es posible la predicción? Y en caso afirmativo, ¿cómo se realiza, cómo se ha realizado? A todas estas preguntas, van a intentar responder algunos ejemplos.

Primera respuesta, y se comprenderá en seguida nuestra orientación: cada vez que encontramos una predicción a la vez precisa y exacta, el análisis muestra que fue hecha posteriormente. El arte de fechar con anterioridad forma parte del oficio de adivino (o del oficio del editor de adivinos).

Nostradamus revisado y completado

Nostradamus publicó la primera versión de sus *Profecías* el 4 de mayo de 1555 en la librería del lionés Macé Bonhomme. El éxito fue tal que la obra hubo de ser reeditada posteriormente casi cada año, 1556, 1557, 1558, 1560.

El tiempo transcurría sin que cesara aquella oleada. Completadas por el autor —y por otros—, las *Profecías* prosiguieron su carrera durante mucho tiempo, a excepción del siglo XVIII, en el que la gente se interesó poco por ellas. Pero, en todo caso, hasta finales del siglo XVII, los impresores no descansan. Se cuentan al menos dieciséis ediciones de Nostradamus. A partir de finales del siglo XVIII, nuevo entusiasmo con las ediciones de 1791 y 1792. Los especialistas estudian ahora estos escritos, que son ofrecidos con comentarios aclaratorios. Citemos, dentro del género, las grandes ediciones clásicas de las *Profecías* realizadas por Laisné (París, 1816), Barestre (1840) y Anatole Le Pelletier (1867).

Por supuesto, el neófito que querría formar su opinión por sí mismo tiene raramente el privilegio de poseer la edición original de 1555, absolutamente rarísima, de las *Centurias* de Nostradamus. Pero si se hace con una edición del siglo XIX, podría ocurrir que cayera de espaldas ante unas cuartetas extraordinarias sobre la Revolución Francesa. Júzguese si no:

Los habitantes de las dos orillas del Sena
En la estación que madura la uva
Serán muertos a centenares y yugulados
Y el vecino temerá por su vecino.
¡Qué porvenir! Qué tiempo más lamentable se acerca
Los muertos se verán inquietados en las tumbas.
El hermano Germain el amigo próximo al prójimo
Por rojo y blanco causará muchos males.

Estos versos no contienen ningún equívoco. Se trata de los parisienses (*habitantes de las orillas del Sena*), que a partir del mes de julio (*la uva*) serán, a consecuencia de trastornos civiles, expuestos a la muerte y a la prisión (*yugulados*). Las sepulturas serán violadas, mientras que se enfrentarán rojos y blancos. La muerte de Luis XVI es profetizada:

Dentro de un siglo o dos se verá cosa extraña
Disputas intestinas y trono derrocado
Rey muerto, más digno de alabanza
Que de expirar bajo el ancho machete.

Los reyes víctimas de una revolución y que hayan perecido bajo la cuchilla de la guillotina (*ancho machete*) no constituyen legión, la verdad, por lo que podemos identificar a Luis XVI inmediatamente. Siguiendo este

impulso, el lector se apasionará también por los comienzos de Napoleón, contados con asombrosa precisión:

De Arcole y de Lodi en país itálico
En épocas futuras los gallos al águila rechazarán
Tudescos[7] *húngaros lombardos ejército germánico*
Ante los galos vencedores bagajes doblarán.

¡Ay! Si el lector se refiere a una edición más antigua de las *Centurias*, por ejemplo del siglo XVII, no hallará esas cuartetas extraordinariamente proféticas. Hay una buena razón para ello. No fueron escritas por la mano de Nostradamus, sino que son debidas a la mano de un desconocido que las compuso en 1802.

Lo más gracioso es que aliado inesperado de Nostradamus creyó a su vez poder profetizar. Algunas cuartetas de su mano se refieren no al pasado, sino al futuro, como éste:

El negro que tendrá de todos los santos el nombre
Conquistará la isla de Santo Domingo
El blanco que acude al ruido de su fama
Lo someterá a la gran República.

Sin dificultad, reconocemos la historia de Toussaint Louverture, héroe de la independencia de Santo Domingo. Para reducirlo, se envió al general Leclerc, esposo de Paulina Bonaparte, y el autor de la cuarteta, sin esperar la confirmación de la historia, creyó poder anunciar el fin de la rebelión. ¡Ay de él! Toussaint Louverture murió y el general Leclerc también, y la revuelta, lejos de ser sofocada, continuó con vigor. En 1803, el cuerpo expedicionario tuvo que reembarcar y los colonos franceses que quedaron atrás fueron degollados. Toussaint Louverture y sus amigos no parecían muy «sometidos a la gran República».

La profecía de san Malaquías

Seguramente no debería juzgarse la obra de Nostradamus basándose en las cuartetas de que acabamos de hablar. Son apócrifas, y el mago de Salón no es responsable de las deshonestidades de sus editores futuros. Por todo ello, volveremos a hablar de él más adelante, ya que hay también en Nostradamus

problemas verdaderamente dignos de interés. Pero, a través de este ejemplo, hemos querido dar en seguida una indicación.

El asunto de los cuarenta y ocho versos interpolados en la obra de Nostradamus en 1802 no es, en efecto, un accidente excepcional. En primer lugar, en la propia obra de Nostradamus, en la época de Mazarino, se hizo también una edición fechada con anterioridad que contenía dos cuartetas referentes al cardenal[8]. Luego, en las obras de todos los demás adivinos, hemos de desconfiar de todas las fechas, plantear el problema de la autenticidad. La cuestión de las predicciones está constantemente embrollada por las falsificaciones. Nos hallamos en el sector más adulterado de todas las ciencias ocultas, y Dios sabe que ese terreno exige siempre una gran precaución por parte del historiador.

Veremos en todo caso, con frecuencia, reproducirse lo que hemos constatado con los cuarenta y ocho versos apócrifos de las *Profecías*, incluyendo la última desgracia del interpolador. Por su cuenta añadió lo que creía y se equivocó. Tomemos, por ejemplo, la profecía atribuida a Malaquías en la que se da la sucesión de los Papas hasta el fin de los tiempos.

San Malaquías (no hay que confundirlo con el profeta), que vivió en Irlanda en el siglo XII, no tiene nada que ver en ello, pues la profecía no apareció hasta 1595. Todo lo que leemos en ella marcha muy bien hasta esa fecha, y el autor no tiene ninguna dificultad en ofrecer una divisa o una alegoría que se corresponde bastante bien con los diferentes soberanos pontífices ya desaparecidos. Así, *Aesculapii pharmacum*, la «Medicina de Esculapio», es un sobrenombre que se ajusta a Pío IV (1559), por su verdadero nombre Juan Ángel Médicis o Medichini; *Leo Florentius*, el «León de Florencia», se aplica admirablemente a Adriano IV (1522) que lleva un león en sus armas y cuyo padre se llamaba Florencio.

Desgraciadamente, la profecía de Malaquías incluye también errores e imposibilidades. En primer lugar, su improbabilidad es total. Ninguno de los comentadores de la obra del verdadero san Malaquías habla en absoluto de tales pretendidas «profecías»: ni una línea sobre este tema ni en Otón de Frisingen, ni en Juan de Salisbury, obispo de Chartres, ni en Pedro *el Venerable*. Ninguna *Vida* de los Papas anterior a 1570 la menciona tampoco. Mariannus Scotus, Platina, Onufrius, Panvinius, Papyre Masson, todos ellos grandes biógrafos de los pontífices, ignoran la predicción de Malaquías. Como hemos dicho ya, se advierte que las divisas o los sobrenombres se

ajustan perfectamente sólo hasta Urbano VII, muerto en 1590. Por lo tanto, fue en esa época, y sin duda con vistas al conclave que siguió, cuando fueron escritas sin duda las profecías de Malaquías. Este documento adquiere entonces todo su sentido. Se trata simplemente de un cartel electoral. Se trataba de hacer elegir al cardenal Simoncelli, de edad avanzada, que había participado ya en siete elecciones, e intentaba esta vez recoger los sufragios de sus pares. Uno de sus amigos difundió, pues, la profecía de Malaquías en la que el sucesor de Urbano VII era designado por estas palabras transparentes para sus contemporáneos: *Ex antiquitate urbis*, es decir: «De la antigüedad de la ciudad.» Ahora bien, el cardenal Simoncelli había nacido en Orvieto, en latín *Urbsvetus:* la Ciudad Antigua. Se comprende la maniobra. Añadamos que esas famosas profecías de Malaquías son asimismo absurdas desde otro punto de vista. Incluyen ocho antipapas y cabría asombrarse que Malaquías los hubiera considerado como pontífices auténticos y legítimos.

Desde hace tres siglos, pronto cuatro, se intenta hacer coincidir siempre las divisas con los sucesores de san Pedro según los términos de esta supuesta predicción. La cosa empezó mal, pues el cardenal Simoncelli no fue elegido. La tiara recayó en Gregorio XIV, de Milán. Felizmente, esta ciudad, en cierto sentido, podía ser también calificada de «ciudad antigua»... En cuanto a los Papas recientes, las denominaciones son por suerte lo bastante vagas como para corresponderles más o menos:

Pío X (1903-1914), *Ignis Ardens*.
Benedicto XV (1914-1922), *Religio depopulata*.
Pío XI (1922-1939), *Fides intrepida*.
Pío XII (1939-1958), *Pastor angelicus*.
Juan XXIII (1958-1963), *Pastor et nauta*.
Pablo VI (1963-), *Flos florum*[9].

Los términos de «pastor angélico» se acomodan bastante bien a Pío XII, que levantó quizá demasiado sus ojos al cielo, y no lo bastante hacia la tierra. Hubo, si se quiere, un «pastor y un marinero» en el dulce Juan XXIII, ciudadano de Venecia. Y tal vez el futuro nos diga qué puede tener Pablo VI de común con la «flor de flores»...

De todas maneras, la profecía de Malaquías sólo la podremos juzgar bien a su término, que por lo demás se encuentra muy cercano. En efecto, después de *Flos florum* (Pablo VI), y antes del fin del mundo, no prevé más que cuatro Papas así evocados:

De medietate lunae: *de la mitad de la luna*.
De labore solis: *del trabajo del sol*.
Gloria olivae: *la gloria de la oliva*.
Petrus Romanus: *Pedro el Romano*.

En espera de la conclusión definitiva, contentémonos con dejar constancia de que hemos visto una vez más, una profecía que no precede a los acontecimientos que anuncia, sino que se inserta en un momento determinado en la Historia que pretende evocar. Para lo que antecede a la publicación, la profecía es evidentemente cierta; para lo que la sigue, es vaga, hasta incluso dudosa y aún falsa.

Las profecías de Joaquín de Fiore y el «Libro admirable»

Esta estafa la encontraremos también en otras partes. Tomemos, por ejemplo, las célebres profecías de Joaquín de Fiore (1130-1202). Este monje cisterciense, fundador de una Orden nueva, director de muchos monasterios, dejó una obra auténtica, apasionante. Partiendo de una interpretación original de la Escritura, de una reflexión sobre el misterio de la Trinidad y el símbolo de los Nombres, sugirió que la historia de la Humanidad, es decir «el advenimiento del Espíritu», podía efectuarse en tres tiempos[10]. Cada uno de esos tiempos sería en cierto modo la repetición de la época precedente, aunque bajo una forma nueva y en otro plano. Así, la primera época está cubierta por el Antiguo Testamento, y es el judaísmo, la segunda comienza con el nacimiento de Jesús y es el cristianismo y la tercera contemplará el advenimiento de la religión juánica del tercer Evangelio. En cada época reaparecen los personajes. Hay un Abraham de la primera época, un Abraham de la segunda, de la tercera, etc.

La importancia de Joaquín de Fiore ha sido considerable desde diversos puntos de vista. El histórico no es el menos importante en la medida en que varios revolucionarios de tendencia milenarista[11] se han valido de él o proceden de él. Así Tomasso Campanella (1568-1639), uno de los primeros pensadores del comunismo, que se mezcló en una insurrección en Italia y pasó veintisiete años en prisión. Así, el célebre Thomas Münzer, decapitado en 1525 por haber participado en la gran revolución campesina de Alemania.

Por lo que concierne a nuestro tema, Joaquín de Fiore, sosteniendo la idea de una repetición de los acontecimientos y de los personajes, invitaba evidentemente a traducir su idea claramente, a decir cuáles serían esos acontecimientos y esos personajes. No resistió esta tentación y se le atribuyeron unas profecías que nunca había escrito y que aparecieron bajo el título de *Vaticinia sive prophetiae abbatis Joachimi*. Citemos a título de indicación las ediciones de 1589, 1600, 1603 y 1639 para mostrar su éxito. Todos estos apócrifos proceden del principio de estafa expuesto anteriormente. Podemos distinguir aquí dos partes: la buena en la que los acontecimientos históricos son presentados posteriormente como profecías, y la mala en la que la predicción se rodea de misterio y pierde toda precisión, por no decir todo valor.

El siglo XVI fue un gran consumidor de profecías de este género. Vio aparecer centenares de libros sobre el tema. Uno de los más importantes fue el *Mirabilis liber*, publicado en 1522 por la librería de Marbef. La obra, impresa en gótico, se componía de dos partes, una en latín y la otra en francés. Una edición francesa completa, con la traducción de la primera parte, no fue publicada más que una vez, en 1831, con el título de *Libro admirable*[12].

He aquí de nuevo una obra muy sospechosa, pues no es tan antigua como se querría dar a entender. Echemos una ojeada a algunas páginas. Se trata de una supuesta recopilación de escritos proféticos o adivinatorios, todos los cuales datan de una época muy remota. Encontramos textos atribuidos a Joaquín de Fiore (siglo XII), a Savonarola (siglo XVI), a Jean de Roquetaillade (siglo XIV). Otros serían más antiguos aún, incluso anteriores al siglo X. Pero, como por casualidad, casi todos conciernen al período en que apareció la recopilación, es decir los comienzos del siglo XVI. Una vez más, la profecía, suponiendo que hubiera existido un original auténtico, fue seriamente «puesta al gusto del día».

Los errores de la «Profecía de Orval»

Un último ejemplo de estas manipulaciones, dado que resulta cómico a fuerza de absurdo. Se trata de la famosa *Profecía de Orval* que tanta tinta hizo correr en los alrededores de 1875. Es preciso decir que presentándose como fechado lo más tarde en el siglo XVIII, su texto es asombroso[13]. Leemos en ella toda la epopeya de Bonaparte y el retorno de los Borbones. Así «un joven de

ultramar» desembarca en Francia. Se le confía un ejército para ir a combatir al «país de la cautividad» (Egipto). Posteriormente, «toma el nombre de emperador». Después de lograr victorias en toda Europa, es vencido. Regresa entonces al trono lo que el autor de la profecía llama «la sangre vieja» (los Borbones). El emperador tiene que exiliarse «cerca del país de ultramar de donde había llegado» (la isla de Elba no está alejada de Córcega). Luego los Cien Días, la derrota de Waterloo y una vez más el «retorno de la vieja sangre». Algunas líneas cuentan luego «la conspiración contra la flor blanca» (revolución de 1830), el reino y la caída del nuevo rey (Luis Felipe) que «no estaba bien asentado y he aquí que Dios lo derriba». ¡Qué asombrosa presciencia! Por desgracia la cosa se pone fea en seguida. Algunos pasajes anunciadores de guerras pueden corresponder todavía al Segundo Imperio y su fin lamentable. Pero a continuación la *Profecía de Orval* nos anuncia una vez más el regreso de la «vieja sangre»: como si el conde de Chambord hubiera sido llamado por las Cámaras a reinar sobre Francia en 1873...

Ante tamaña absurdidad histórica, no habiendo sido restablecida en Francia la realeza después de Napoleón III, tratamos inmediatamente de fechar la profecía, pero sabemos ya lo que vamos a encontrar: ninguna huella de dicho texto anterior a los acontecimientos que narra con precisión. Nadie la conoció, ni en el siglo XVIII, ni antes del primer Imperio, ni antes de la Restauración, ni antes de la monarquía de julio, acontecimientos todos ellos que relata muy correctamente. No se sabe exactamente cuándo apareció la genial profecía por primera vez, pero debió de ser o bajo Napoleón III, o incluso después de la derrota de 1870. Así como la *Profecía de san Malaquías* pretendía hacer elegir al cardenal Simoncelli presentándole como designado por el destino, de forma que el conclave no tenía más que ratificar la elección divina, la *Profecía de Orval* surgió de los medios legitimistas para llevar al pretendiente al trono. Pero, una vez más, se anduvo excesivamente de prisa y se incurrió en un error: Henri V, conde de Chambord, no reinó nunca.

¿Qué debemos sacar en conclusión de todos esos ejemplos, si no es que las predicciones, cuando se las analiza seriamente, demuestran la mayor parte de las veces un despreciable fraude? ¿La mayor parte de las veces o siempre? Aquí es donde será preciso dar otra respuesta.

En la historia de la adivinación, no existen solamente ejemplos de falsificación. Eso sería demasiado simple. En primer lugar, hay que recordar todas las profecías cuya fecha no es discutible... pero que no se han realizado.

Han fracasado, ciertamente. Pero al menos no se puede negar la sinceridad, la honestidad de sus autores. Hay los timadores, los comparsas electorales, los editores aficionados a lo sensacional y hay también los imbéciles, los desgraciados, los fracasados de la adivinación. Y por último, hay los otros, muy raros, aquellos que constituyen un verdadero problema, los que han visto realizadas sus predicciones auténticas. Únicamente hallamos en este caso dos autores, Nostradamus y Paracelso. Aunque eso no ocurre sin que tengamos reservas importantes o, más bien, sin un nuevo modo de considerar el tema.

Nostradamus, el poeta de la Astrología

Lo que molesta de Nostradamus es que sus *Profecías* son la mayoría de las veces incomprensibles. Su lenguaje es extraño, pues mezcla francés, latín, griego y provenzal. Además, su orden es desconocido. ¿Qué cuarteta viene cronológicamente antes de esa otra? No puede saberse nada con exactitud, ya que el astrólogo lo mezcla todo deliberadamente. Por último, con frecuencia se trata de unos textos tan vagos que se podría buscar su correspondencia con muchos hechos diferentes. De ahí que tengamos una gran prudencia, perfectamente legítima.

La predicción ordinaria del adivino es la catástrofe. Su obra es pesimista por naturaleza y siempre anuncia las mismas cosas: calamidades, ciudades arrasadas, batallas perdidas, luchas intestinas y poderes que cambian de mano. Ahora bien, eso es también lo que sucede de ordinario en la Historia. No se equivoca, pues, nunca al anunciar tales acontecimientos, a condición de limitarse a formulaciones generales, sin nada concreto. Esto es lo que encontramos, a lo largo de todas las *Centurias*, en Nostradamus.

Tenemos un ejemplo en la cuarteta 57 de la segunda *Centuria:*

Antes del conflicto un gran muro caerá
El grande ha muerto, muerte demasiado súbita y lamentable
Nave imperfecta, la mayor parte nadará
Cerca del río de sangre tierra tinta.

Estos versos pueden aplicarse al cerco y caída de muchos puertos en el transcurso de los tiempos: un recinto fortificado se derrumba, un jefe muere, un barco se hunde y unos marinos nadan; hay sangre por todas partes. ¿Se trata de la toma de La Rochela en 1628 o de la reducción de la bolsa alemana

de Nantes en 1944? ¿De la caída de Dunkerque en 1940 o del sitio de Tolón por Bonaparte? Todo puede coincidir. Pero no se podría sacar de ahí un argumento razonable en favor de la validez de la predicción, demasiado vaga para demostrar algo.

Estos defectos fueron subrayados en la época de la publicación de las *Centurias*. En 1558 aparece ya una *Declaración de los errores, ignorancias y sediciones de Michel Nostradamus*. En 1560 se publican unos *Desmentidos a las falsas y abusivas profecías de Nostradamus*. Panfletos más breves circulan por decenas contra el mago de Salón. Scalígero[14] acaba por tratarle abiertamente de inmundo tunante y charlatán malévolo. Todos se burlan de su jerigonza en los pasajes más oscuros.

Han transcurrido siglos, y sin embargo Nostradamus conserva partidarios. Éstos siguen admirando sus textos y les hacen contener toda la historia de Francia. Pero para ello, ¡qué torturas les infligen! Para ellos, como Nostradamus lo ocultó todo, hay derecho a enderezarlo todo. El mago ha escrito *Rapis:* hay que leer *París*. Asimismo, por *Argel, Mendosus, Norlaris,* que aparentemente no significan nada, hay que leer *Alger*, *Vendôme* y *Lorrains*. El *Negro* (Noir) designa al *Rey* (Roi), etc. Con semejantes procedimientos, el anuario telefónico se transformaría en un poema bucólico[15].

Si Nostradamus no merece ser enteramente rechazado sin análisis, se debe a que en algunas ocasiones puede encontrarse en él algunas cuartetas que permiten soñar. No creemos que el verso «*Del techo caerá sobre el gran varón la ruina*» anuncie la muerte de Kennedy, abatido por Oswald. No creemos que los versos *«Pueblo da respuesta al unísono de occidente»* evoquen, como se ha dicho, la aprobación masiva del referéndum bajo la V República del general De Gaulle. Se trata de fórmulas que pueden compararse con ciertos acontecimientos particulares, pero que pueden corresponder también a otros.

Los textos de Nostradamus que nosotros estamos conformes en aceptar que son, por el contrario, los que no pueden aplicarse más que a un solo hecho. Pocos son los que hay, pero los hay: son incluso los más conocidos. ¿No es extraño, por ejemplo, que Nostradamus hable de un pueblo llamado *Varennes?* ¿Qué acontecimiento pudo producirse allí aparte del arresto de Luis XVI en fuga?

El monje negro, en gris, dentro de Varennes
Elegido, cabeza, causa tempestad, fuego, sangre, corta[16].

Y en los mismos versos hallamos la palabra *cap* (¿Capeto?), la idea de una elección (¿el rey *elegido?*), la guillotina (*corta*). Son demasiadas coincidencias...

Las famosas cuartetas auténticas y habitualmente atribuidas a Napoleón son asimismo inquietantes:

Un emperador nacerá cerca de Italia.
Que el Imperio se venderá muy caro.
Dirán con qué gentes se une
Que será considerado menos príncipe que carnicero[17].

De soldado simple llegará al Imperio.
De túnica corta llegará a la larga;
Valiente en las armas, en la Iglesia donde peor.
Vejar a los sacerdotes, como el agua hace la esponja[18].

Hay que reconocer que estas cuartetas cien veces citadas conservan un cierto poder de persuasión. Ciertamente, han nacido varios emperadores *cerca de Italia*. Pero pocos han sido responsables de carnicerías comparables a las que se vieron en el primer Imperio. Entre tales emperadores, muy pocos también empezaron su carrera como *simple soldado*. Aquí también coincidencias... Entonces, ¿qué conclusión sacar?

¿Fue Nostradamus un verdadero adivino cuyas predicciones se realizaron? Digamos que su caso, muy complejo, exigiría información adicional, y si ello no es posible, un sobreseimiento. En cualquier caso, sigue siendo un poeta seductor. Mientras tantas profecías resultan pesadas de leer, las suyas, por su misma oscuridad, se hacen especialmente sensibles a ciertas sonoridades, a ciertas imágenes incongruentes. Por esto es preciso también leerlo sin preocuparse demasiado de lo que es verdadero o falso para placer del oído y por la belleza de la poesía.

Paracelso, un auténtico genio

Muy diferente de Nostradamus, fue Paracelso. Este médico alemán (1493-1541) se preocupó muy poco de la adivinación, concerniendo lo esencial de su obra, por otra parte, de una importancia considerable en la historia de las ciencias, a la medicina y la química. Se cree que fue el primero en relacionar

estos dos campos, preconizando por primera vez una verdadera yatroquímica, es decir, una medicina química[19].

Su obra, extremadamente variada y tupida, no se limitó a eso. Profesor de medicina, cirujano itinerante, Paracelso se interesaba por todo, y, en las aproximadamente cuatrocientas obras o tratados que compuso, descubrimos referencias a todas las disciplinas: la alquimia, la balneoterapia, la mineralogía, la psiquiatría, el magnetismo, la magia, la astrología, la homeopatía. No nos asombraremos, por tanto, de saber que esta mente universal, por otra parte imbuido de la teoría de las correspondencias, y para quien, por lo tanto, «todo tiene relación con todo», publicara también dos obras de predicciones.

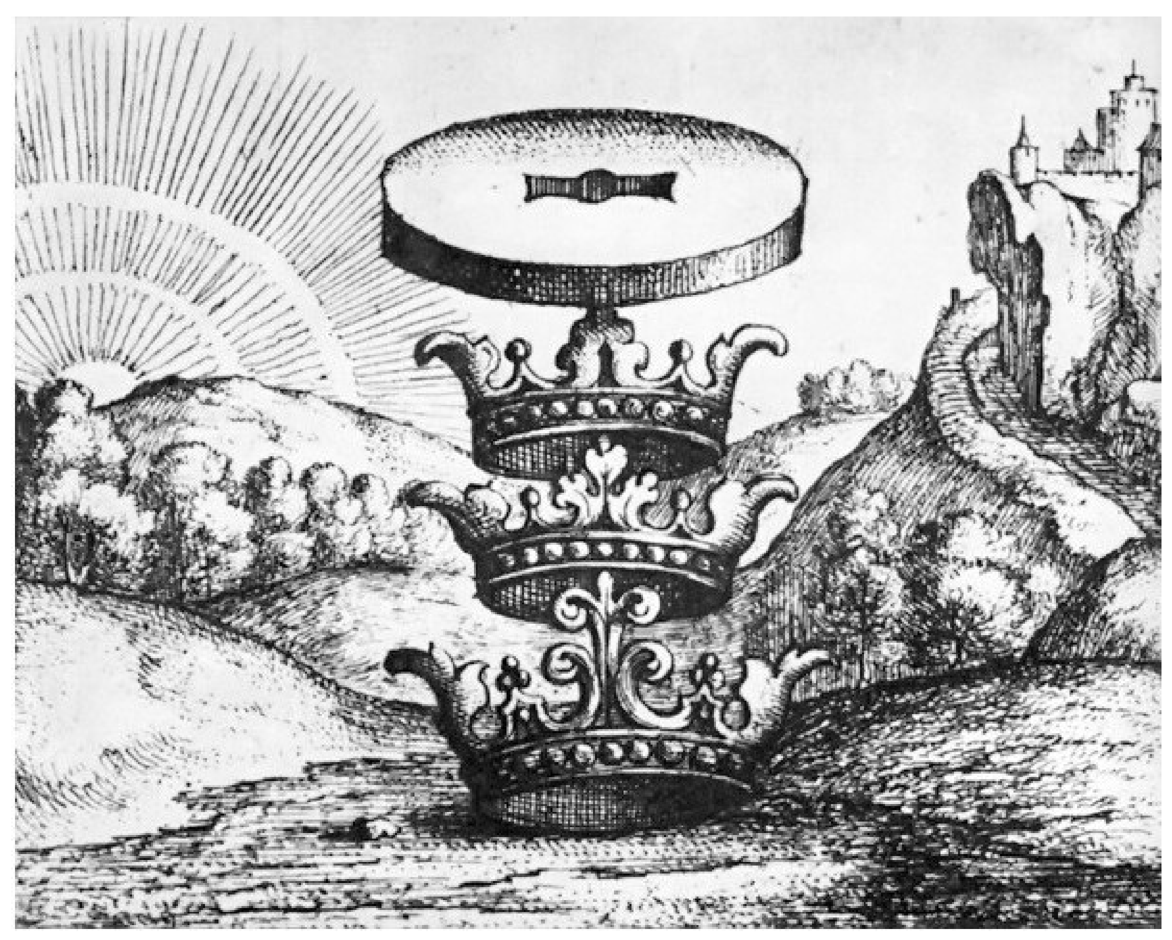
Poco diremos de la primera, muy corta y de escaso interés. Se titulaba *Tratado sobre el cometa* y data de 1531. Descubrimos en ella el anuncio de guerras, de batallas sangrientas, de muertes súbitas. En aquellos años de discordia religiosa, no había que ser un gran astrólogo para predecir tales acontecimientos.

Mucho más extraordinario parece el *Pronóstico para los veinticuatro años futuros*, ofrecido por Paracelso en Augsburgo en 1536. Este libro, que sería reeditado varias veces[20], sorprende ante todo por su belleza. Se compone de treinta y dos láminas finamente grabadas y acompañadas de un breve texto (una decena de líneas por lámina). Además, es una obra cautivadora porque, a diferencia de las cuartetas de Nostradamus, el autor se expresa con claridad. No encontramos ninguna mezcla de lenguas, ningún anagrama, ninguna frase oscura. Toda la predicción es inmediatamente legible, cuando no inteligible, y si bien no anuncia hechos concretos como la caída de Luis XVI o el advenimiento de Napoleón, las generalidades que anuncia nos parecen por sí solas fantásticas. En efecto, en 1536. Paracelso afirma tranquilamente que las monarquías están condenadas y les sucederá la democracia.

En esa época reinan Carlos V en el Imperio germánico y Francisco I en Francia. No se trata de soberanos borrosos que podrían dejar entrever el fin de las dinastías y el nacimiento de las repúblicas. Paracelso es verdaderamente profético, tanto más cuanto que proporciona todos los detalles deseables. Uno de los grabados del *Pronóstico* representa, por ejemplo, un zarzal muerto portando tres ramas con tres flores de lis. Algunos años más tarde, la dinastía francesa de los Valois-Angulema se extinguía con el reinado de tres hermanos. Paracelso no piensa, por otra parte, sin duda únicamente en la realeza francesa, evocada tan claramente por estas flores de lis. Parece que

apunta a todas las realezas, y más adelante escribe —en 1536—, repitámoslo: «Muchos son los presagios de que el régimen monárquico debe desaparecer.»

Paracelso, en los demás grabados y leyendas, añade todas las explicaciones útiles sobre este fenómeno. Dice que la causa de ello es que la realeza se «pervertirá» y se «dividirá en sí misma». ¿Alude de esta manera a la oposición realeza-nobleza que acabará por bloquear el sistema a través de los privilegios? Indica también el régimen que sucederá a los príncipes. Sin la menor duda, ese poder nuevo nacerá del pueblo, representado en todos los grabados del *Pronóstico* por una pesada rueda de molino, tal como lo quería el simbolismo de la época. Una plancha grabada nos muestra incluso sin ambigüedad esta muela aplastando a las coronas...



Una profecía de Paracelso. (Pronostico, 1536); el pueblo (la rueda de molino) aplasta las dinastías reales.

Una nueva forma de leer las profecías

Después de esto ¿cómo dudar de que se pueda leer el porvenir? ¿Pero el *Pronóstico* es acaso una adivinación? ¿Es debido al hombre inteligente o al visionario? Todo está ahí. Por nuestra parte, nosotros opinamos que se plantea muy mal el problema de esos libros misteriosos que son las profecías y las predicciones.

¿Por qué se les persigue con tanto odio? Las profecías de Joaquín de Fiore fueron condenadas por Roma, como casi todas las obras del mismo género. Napoleón temía que se encontrara en el *Mirabilis liber* el anuncio de su fin, y parece que la obra no era facilitada en las bibliotecas públicas durante su reinado. No fue hasta el dulce poeta provenzal de Salón que no tuvo que sufrir el despotismo de los poderes. No en su época en la que, por el contrario, fue colmado de honores por Catalina de Médicis[21], pero cuatro siglos más tarde, por una razón incomprensible, las obras de Nostradamus figuraron, durante la Segunda Guerra Mundial, en la famosa «lista Otto», que contenía todas las obras prohibidas por el invasor alemán.

En tiempos de paz, los adivinos del pasado no han sido menos maltratados. Hemos visto cómo sus predicciones son trapicheadas, y eventualmente «completadas». Suponiendo que se las permita quedar en su estado original, es para solicitarlas de otras maneras, para hacerles decir lo que quieren sus comentaristas.

Todas estas actitudes son evidentemente absurdas. Tienen por origen la idea estúpida de que habría algún interés en determinar qué porvenir se suponía que anunciaban esos textos. ¿Qué nos enseñaría esto? Por el contrario, hay que invertir el problema. *Es como un instrumento de conocimiento del pasado, y no del futuro, que las predicciones nos parecen irremplazables*.

En efecto, la gente pierde el tiempo descifrando las propias profecías. ¿Se trata de saber si la presciencia del futuro es posible? Cuando hayamos hecho encajar, a martillazos si es posible, un acontecimiento dado en una cuarteta de Nostradamus, ¿qué sabremos de más? El misterio subsistirá completo, impenetrable. ¿Se puede predecir el porvenir? Suponiendo que la respuesta nos parezca afirmativa, nada en Nostradamus, en Paracelso o en Joaquín de Fiore nos dirá cómo hacerlo.

¿Se trata entonces, dejando de lado la forma de proceder, de decidir qué hechos verdaderamente posteriores a la profecía se han producido? Pero eso, cualquier manual de historia nos lo dirá infinitamente mejor. Buscar en la profecía un instrumento de conocimiento de lo que ocurrió después de su redacción no lleva más que a banalidades.

Muy distinto es, y las predicciones pueden informarnos inmensamente, si las utilizamos en el otro sentido. En el primer caso, nada teníamos que esperar. Como máximo, podíamos aprender que un adivino, por medios naturales o sobrenaturales desconocidos, pudo tener en una cierta época la presciencia de un porvenir —por ejemplo, la epopeya napoleónica— que hoy es bien conocida por nosotros. Sugerimos más bien utilizar la profecía para obtener información sobre la época en que fue concebida.

Es evidente, en efecto, que ese género de obra debe ser, en primer lugar, sumamente revelador sobre la personalidad del que la ha concebido. Revela seguramente el inconsciente del profeta, sus temores, sus pensamientos secretos, sus conflictos internos. ¿Qué fuente no encontraría aquí un biógrafo? Es, por ejemplo, abrirnos la posibilidad de psicoanalizar a Nostradamus.

Una predicción revela también otra cosa. Hay que buscar lo que, en una época dada, incitó a un adivino o un profeta (verdadero o falso, hábil o torpe, verificado o no por los tiempos posteriores) a ver y describir el futuro en ésta o en aquella forma.

Este estudio tendría el mérito de ser realizable, y sería más útil para la Historia general que preguntarse si el propio adivino ha visto bien o mal. Considerado desde este punto de vista, una profecía, lejos de plantearnos problemas insolubles, quedaría reducida a su fenómeno objetivo: sería analizada tal como aparece, sin preocuparse de su veracidad o de su error, y aportaría elementos concretos al historiador.

Toda profecía refleja necesariamente la apreciación política, religiosa, económica y social de un autor sobre lo que le rodea, siendo dicha apreciación en sí misma un reflejo directo, cuando no exacto, de esa realidad. La profecía puede, ciertamente, llevar también otro mensaje, pero nosotros no queremos verlo, no podemos entenderlo. Lo importante a nuestros ojos es que tiene los pies en la época en que fue concebida.

El *Mirabilis liber* no podría informarnos de cuándo vendrá el Anticristo, pero nos informa admirablemente sobre las preguntas que la gente se hacía en el siglo XVI. ¿Quién sabrá nunca cómo Joaquín de Fiore imaginaba exactamente lo que él llamaba «el advenimiento del Espíritu»? Pero su obra nos permite comprender mejor los movimientos milenaristas. Incluso esa pobre Madame de Thèbes, de la que nos burlábamos al comienzo de este capítulo, se torna útil para la Historia. Su trágica y ridícula predicción anunciando que la guerra comenzada en 1914 se terminaría al cabo de tres

meses no nos informa sobre la duración del conflicto, pero sí, y perfectamente, sobre el optimismo beato que circuló durante el primer mes de la guerra y que fue posteriormente desmentido de una manera cruel. He aquí cómo las predicciones pueden o podrían permitirnos conocer mejor una época.

Misteriosos y malditos, los libros de pronósticos lo son sólo porque ese esfuerzo generalmente no se hace. La mayor parte de las veces no sabemos leerlos, y por esto pueden también inquietar, asustar, provocar la prohibición. Los leemos al revés, sin comprender nada, cuando bastaría con dar la vuelta al libro para captar finalmente la información capital que siempre nos aportan.

LA GRAN ERRATA

Se ha llegado a decirlo todo de Napoleón Bonaparte. Es el hombre que ha dado materia al mayor número de obras. Por decenas de miles se cuentan en cada país los títulos que le han sido dedicados, y se calcula que en menos de dos siglos se han publicado en total más de cien mil libros, estudios o trabajos sobre él.

Esto equivale a decir que en esta abundante literatura todas las tesis posibles han sido sostenidas incluyendo las más extraordinarias, las más extravagantes. Se ha pretendido, por ejemplo, que era un mal general, que nunca había ganado una batalla por sí mismo. Chateaubriand no dudó —bajo el imperio de la pasión, si se nos permite decirlo— en sostener que Napoleón «habría hecho retroceder el arte de la guerra»[1]. Se ha beatificado al Emperador, y se le ha injuriado también de todas las maneras imaginables.

César Lombroso vio a Napoleón con «la talla y las proporciones de un degenerado» (*Deutsche Revue*, enero 1898). Otros han pretendido que era un enviado de Satán (R. P. Loriquet, 1833), musulmán (padre David, 1817), homosexual (Lewis Goldsmith, 1810), o sádico con las mujeres (*Los crímenes de Napoleón*, 1814).

Acerca de su origen y el de su familia, un tema que no debería depender de la apreciación de los historiadores, las tesis han sido más variadas aún. Citaremos algunas.

«Un árbol genealógico encontrado en Génova, en los archivos, y que está ante nuestros ojos, hace remontar la rama corsa de la familia Bonaparte a Manuel II, octavo emperador de los Paleólogos, nacido el 15 de noviembre de 1348» (Amédée Gabourd: *Historia de Napoleón*, 1862).

«Nabulione Bonaparte, física y moralmente, es un semita puro» (Eugène Gellion-Danglar: *Los semitas y el semitismo*, 1882).

«Tedix de Cadolingi, conde de Pistoya, el primer antepasado conocido de los Bonaparte, era padre de Turinod, segundo príncipe de Pistoya, que vivía en el año 922. En el siglo XII, un miembro de esa familia, que vivía al principio en Toscana, llegó a establecerse en San Miniato, cerca de Florencia,

y luego en Sarzana, cerca de La Spezia. A partir de esta rama se proyecta otro ramal a Córcega, donde François Bonaparte fundó la casa de la que salió Napoleón» (*Anuario general heráldico universal*, 1901).

«Los abuelos de Bonaparte son de origen germánico (...). Su linaje, auténticamente establecido, comienza con Conrado y su mujer Ermengarda, mencionados por primera vez en el año 923» (Wencker Wildberg, *Comentarios sobre las Memorias de Napoleón*, 1900).

«Napoleón era griego (...). Bonaparte se llamaba Calomeros, nombre del que Bonaparte es su traducción fiel» (Princesa Lucien Murat: *Los errabundos de la gloria*, 1933).

Pasemos por alto la cualidad de los padres o antepasados de Bonaparte, a propósito de los cuales algunos no se andan a veces con chiquitas. Un libelo de 1813 declaraba que Napoleón descendía de un bandido italiano «condenado en Liorna por negocios dudosos, y que se salvó, por la noche, de la prisión en donde la Policía le había encerrado». El mismo texto, a propósito de su madre, indicaba simplemente: «Era una cabrera.» El año siguiente, en 1814, otro libelo aparecido con el título de *Bonaparte desenmascarado* afirmaba que «Nicolás Bonaparte, llamado Napoleón, no es de origen ilustre. Se puede consultar sobre este hecho el *Almanaque de Córcega* relativo al año 1789 y anteriores, y se verá figurar a sus padres en él como ordenanzas». En 1810, Lewis Goldsmith escribía con más insolencia aún que «la madre de Napoleón I y último Emperador de los franceses había regentado un lugar de perdición en Marsella, y había prostituido a sus propias hijas»[2].

En todas esas genealogías y biografías se pone de manifiesto la malevolencia. Como hemos dicho, se ha sostenido todo, sugerido todo y a veces incluso aportado «pruebas» más o menos fabricadas, tanto para enaltecer al Emperador, como para difamarlo y cubrirle de lodo. La mayor parte de esas tesis no tienen hoy más interés que el puramente anecdótico, testimonio de lo que el culto de la personalidad o, por el contrario, el odio político pueden impulsar a la imaginación de los hombres. Pero hay un escrito que contrasta con esta masa de libelos y que siempre nos parecerá extraordinario, porque es el único que fue verdaderamente radical: el de Jean-Baptiste Pérès, que encontró algo mejor que discutir las cualidades militares, intelectuales o morales de Bonaparte. La tomó simplemente con su existencia. Sostuvo que *Bonaparte ni siquiera había existido*.

Un nombre como para sorprenderse

Pocas cosas sabemos acerca de este Jean-Baptiste Pérès, modesto religioso nacido en 1753, que enseñó latín, griego, hebreo y matemáticas durante el Antiguo Régimen, y luego fue despedido al final de la Revolución, «considerando que las opiniones de este ciudadano se acomodaban mal a los principios de un gobierno republicano».

Quizá con razón, se había desconfiado de esta mente extraña que más tarde armaría un escándalo con la publicación de un opúsculo rarísimo que titulaba: *Gran Erratum, origen de un número infinito de erratas a señalar en la historia del siglo XIX*[3]. Ahí fue donde Pérès enunció la más asombrosa de las hipótesis expuestas sobre el Emperador. Para él, Napoleón era sólo un mito solar: se le había confundido con el sol.

Ya en las primeras líneas de su folleto, hoy absolutamente imposible de encontrar si no es en algunas bibliotecas públicas, el autor anunciaba su brutal propósito:

Napoleón Bonaparte, del que tantas cosas se han dicho y escrito, no ha existido. No es más que un personaje alegórico. Es el Sol personificado, y nuestra afirmación será demostrada, si hacemos ver que todo lo que se publica de Napoleón el **Grande** *está tomado del gran astro.*

Ante semejantes afirmaciones se podría creer que el autor perseguía también unos objetivos políticos. Pero la fecha de publicación de la obra, 1835, no permite esa interpretación. 1835, en efecto, es demasiado tarde para perseguir aún a Napoleón con odio. Había abandonado el poder hacía veinte años, y estaba muerto hacía catorce. Era demasiado temprano, por el contrario, si se trataba de perjudicar a la familia de los Bonaparte y de incomodar al nuevo pretendiente, futuro Napoleón III. Éste, hijo de la reina Hortensia, educado en Suiza en una academia de artillería, afiliado al carbonarismo italiano, no se había distinguido hasta entonces más que por su participación en un alzamiento en los Estados de la Iglesia. Sus aspiraciones de regreso al poder en Francia no debían aparecer claramente al público más que posteriormente a la publicación del libro de Pérès, con sus locuras de Estrasburgo en 1836, y de Bolonia en 1840. En esa época, no se le tomaba demasiado en serio[4].

¿Hemos de ver entonces en el *Gran Erratum* una amable broma, una burla de erudito sin grandes consecuencias, como las ha habido en todas épocas y

sobre todos los temas? Esto equivaldría a ignorar esta vez que Pérès aportaba (o pretendía aportar) pruebas irrefutables de sus afirmaciones. Su libro se presentaba, en efecto, como una demostración lógica a la cual hay que reconocer realmente una cierta solidez.

Pérès se basa ante todo en la etimología del nombre de Napoleón. Su mérito no es único. Otros se habían entregado ya a ese estudio y habían sacado casi las mismas conclusiones. Así, Sir Richard Whaterly, arzobispo de Dublín, había quedado sorprendido en 1819 por la semejanza del nombre del Emperador con el del dios griego Apolo. Hallaremos sus reflexiones en su obra, *Historic doubts relative to Napoleon Bonaparte* («Dudas históricas respecto de Napoleón Bonaparte»). Sin ir tan lejos como Whaterly y Pérès que negaban toda realidad al Emperador, el análisis del curioso nombre de pila había sido hecho incluso en vida de Napoleón. Algunos lo habían negado pura y simplemente. En diciembre de 1814 se pudo, por ejemplo, escribir:

Bonaparte no se llamó nunca Napoleón. Su verdadero nombre de pila era Nicolás. Pero aquel hombre quería que todo lo que se refería a su persona fuera extraordinario.

Por otra parte, M. de Roquefort y G.-P. Philomneste tampoco habían dejado de intrigarse por este curioso nombre, y pretendieron que en él podía hallarse una singular analogía con el carácter del Emperador. Lo descomponían así:

1 NAPOLEÓN; 6 APOLEÓN; 7 POLEÓN; 3 OLEÓN; 4 LEÓN; 5 EÓN; 2 ON.

Quitando sucesivamente la primera letra de esta palabra y luego la de cada palabra restante, creían distinguir seis palabras griegas, cuya traducción literal, en el orden de los números indicados, era sorprendente: *«Napoleón, on oleón león, eón apoleón poleón»* podría, efectivamente, significar: «Napoleón, siendo el león de los pueblos, iba destruyendo las ciudades»[5].

En esta jerigonza, donde no es seguro que Demóstenes encontrara a sus hijos, se respiraba un perfume de broma. Jean-Baptiste Pérès, partiendo también de la etimología, supo ir infinitamente más lejos, y por la abundancia o la fuerza de sus demostraciones logró trastornar mucho más.

Una serie de pruebas convergentes

Pérès define en primer lugar lo que se sabe del Emperador o, más bien, reduce al personaje a algunos rasgos que vamos a examinar sucesivamente. Bonaparte era llamado Napoleón. Había nacido en una isla del Mediterráneo. Su madre se llamaba Leticia. Tuvo cuatro hermanos, tres de los cuales fueron reyes. Se casó dos veces y tuvo un hijo de su segunda esposa. Acabó con una gran revolución. Durante su reinado, doce mariscales estuvieron en servicio. Triunfó en el Mediodía y sucumbió en el Norte. Finalmente, tras un reinado de doce años que había comenzado viniendo de Oriente, fue a acostarse y a morir en los mares occidentales. Todos esos elementos recuerdan al Sol.

Para volver con el nombre, Pérès recalca, como Whaterly, la semejanza entre Napoleón y Apolo, dios poético del Sol. Escribe:

Apolo *es la misma palabra que* Apoleón. *Ambas derivan de* apolluo *o* apoleo, *dos verbos griegos que no son más que uno y que significaba perder, matar, exterminar. De modo que si el pretendido héroe de nuestro siglo se llamaba* Apoleón, *tendría el mismo nombre que el Sol y llenaría por otra parte toda la significación de este nombre, pues se nos describe como el más grande exterminador de hombres que haya existido. Pero este personaje es llamado Napoleón y, por consiguiente, hay en su nombre una letra inicial que no está en el nombre del Sol. Sí, hay una letra de más e incluso una sílaba, pues, según las inscripciones que se han grabado en todas partes en la capital, el verdadero nombre de ese pretendido héroe era* Napoleón. *Eso es lo que vemos especialmente en la columna de la plaza Vendôme.*

Ahora bien, esa sílaba de más no añade ninguna diferencia. Esta sílaba es griega, sin duda, como el resto del nombre y en griego ne *es una de las mayores afirmaciones que podemos expresar por la palabra* verdaderamente. *De ahí se desprende que Napoleón significa «verdadero exterminador, verdadero Apolo». Es, por lo tanto, realmente el Sol.*

A propósito del nombre de la familia del Emperador, Pérès recuerda a continuación que en latín es frecuente ver a los poetas llamar *mala parte* a las tinieblas. Así era como se despedía a los genios malignos al reino de las sombras mediante la expresión imprecatoria: *«Abi in malam partem.»* Por esto debemos sacar en conclusión que si por *mala parte* hay que entender aquello que depende de la oscuridad, no cabe dudar de que por *bona parte* debemos entender sólo la luz. Se trata del día por oposición a la noche. Así, pues, por su patronímico Bonaparte tiene también vínculos con el Sol.

Sigamos con la mitología. Apolo, según nos dicen también los poetas, había nacido en una isla del Mediterráneo. No la de Córcega, es verdad, sino

la de Delos[6]. Una isla, en todo caso, es decir una tierra situada en el mar y justamente al Este para nosotros los franceses. Napoleón se levantó como el Sol. En la mitología, Pérès señala también que la madre de Apolo se llamaba *Leto*. Ahora bien, la madre de Napoleón se llamaba *Leticia* (la alegría), sustantivo que procede seguramente del verbo *laetor* (o del desusado *laeto*), que significa «inspirar alegría». Curiosa coincidencia.

Napoleón tuvo cuatro hermanos, en los que Pérès reconoce a las cuatro estaciones del año y dice:

De los cuatro hermanos de Napoleón, tres fueron reyes, y esos reyes son la Primavera que reina sobre las flores, el Verano, que reina sobre las cosechas y el Otoño que reina sobre los frutos. Y lo mismo que esas tres estaciones todo lo deben al poderoso influjo del Sol, así se nos dice que los tres hermanos de Napoleón conservaban su reinado sólo gracias a él. Y cuando añadimos que de los cuatro hermanos de Napoleón, hubo uno que no fue rey[7]*, se debe a que, de las cuatro estaciones del año, hay una que no reina sobre nada: el invierno.*

Pero, si para invalidar nuestro paralelismo, se pretendiera que el invierno no carece de imperio y se quisiera atribuirle el triste principado de las nieves y las escarchas que en esta fastidiosa estación blanquean nuestros campos, nuestra respuesta vendría al instante. Diríamos que esto es lo que se ha querido indicarnos con el vano y ridículo principado con que se pretende que este hermano de Napoleón estuvo revestido tras la decadencia de toda su familia, principado que se ha relacionado con el pueblo de Canino *con preferencia a los demás, porque* canino *viene de* cani, *que quiere decir «cabellos blancos» de la fría vejez, lo cual recuerda al invierno.*

Como el Sol también, Napoleón tuvo dos mujeres. Apolo, en efecto, tiene tradicionalmente dos esposas: la Luna según los griegos y la Tierra según los egipcios. La primera unión no dio frutos. La segunda trajo al pequeño Horus a Apolo, así como el segundo matrimonio de Napoleón con María Luisa, después de la esterilidad de Josefina, aportó al Imperio al rey de Roma.

El gran «quid pro quo» del siglo XIX

La Historia nos enseña también que Napoleón terminó con la Revolución, hecho que Jean-Baptiste Pérès, que conservaba de ella malos recuerdos, describe como «un azote devastador que aterrorizaba a toda Francia». Ahora bien, Apolo también libró a sus contemporáneos de un gran azote que hacía reinar el miedo: la hidra. La serpiente Pitón que asolaba Grecia fue para el dios Sol ocasión de su primera hazaña, así como Napoleón comenzó su reinado sofocando la Revolución. ¿Era demasiado audaz confundir una serpiente con la Revolución? Pérès sintió que podía reprochársele y consolidó su posición sacando a la luz otra coincidencia. La palabra «revolución» viene del latín *revolutus* (enrollado), que indica perfectamente la posición favorita de las serpientes, enroscadas en sí mismas[8].

Los doce mariscales en actividad durante el Imperio encarnan a los ojos de Pérès los doce meses del año o más exactamente las doce constelaciones del Zodíaco que forman en cierto sentido la corte del Sol, como los grandes militares formaron la corte estrellada del Emperador. Por supuesto, él saca la conclusión de que esos doce mariscales, puramente míticos, no tuvieron más realidad histórica que su jefe.

Pérès examina a continuación las victorias de los principios del reinado, las dificultades y las derrotas finales. «¿Cómo no ver —dice—, en estos acontecimientos la propia historia del Sol, desde la primavera en que se eleva poco a poco hasta el verano en que alcanza su cenit, hasta el invierno en que declinan sus fuerzas?» Más aún, el Sol domina como soberano el Mediodía, y es ahí donde Napoleón venció fácilmente, en el sol de Italia, en el sol de Egipto. Pero después del equinoccio de primavera, el astro trata de llegar a las regiones septentrionales, alejándose más y más del ecuador. Luego, al cabo de «tres meses» de marcha hacia esas regiones, encuentra el trópico boreal que le obliga a retroceder y volver sobre sus pasos. Ahí es donde, según Pérès, se calcó la imaginaria expedición de Napoleón hacia el Norte, hacia Moscú, y la retirada humillante que se dice siguió a ello. Así, todo lo que nos cuentan de los éxitos y los fracasos de este extraño guerrero, no son más que alusiones relativas al curso del Sol.

No le resta ahora al autor del misterioso *Gran Erratum* más que tratar el fin del Emperador y lo hace con más facilidad todavía. ¿Acaso el Sol no se levanta en Oriente y no debe morir cada noche en Occidente? Parece salir del mar y marcha nuevamente a acostarse en el mar como Napoleón nos llegó de una isla, adquirió fuerzas al regreso del oriental Egipto, ascendió al Norte y luego volvió para morir en otra isla situada al oeste de la primera. Doce años

de reinado, del mismo modo que hacen falta doce horas al día para que se produzca el ascenso y la caída del Sol.

La conclusión de Jean-Baptiste Pérès, muy sólida, sin la menor sonrisa, resume sus argumentos para decir la última palabra:

Napoleón no es otra cosa que el Sol. Esto se demuestra por su nombre, por el nombre de su madre, por sus tres hermanas, por sus cuatro hermanos, por sus dos mujeres, por su hijo, sus mariscales y por sus hazañas. Está demostrado, además, por el lugar de su nacimiento, por la región de donde llegó al iniciar su carrera de dominación, por el tiempo que empleó en recorrerla, por los países que dominó, por aquellos en donde fracasó y por la región en que desapareció, pálido y sin corona, después de su brillante carrera.

Resulta, pues, cierto e indiscutible que el supuesto héroe de nuestra época no es más que un personaje alegórico cuyos atributos están todos tomados del Sol. Y, por consiguiente, Napoleón Bonaparte del que tantas cosas se han escrito no ha existido siquiera. El error donde tantas personas cayeron ciegamente no procede más de un quid pro quo. *Y es que han tomado la mitología del siglo XIX por una historia.*

La destrucción de los mitos

Nadie negará que hay debilidades en la demostración de Pérès. Todo lo que no conviene a su tesis lo aparta sistemáticamente. Ni una palabra se refiere a las grandes victorias de Napoleón, que no se sitúan ciertamente en Egipto. Decir que subió al Norte para ir a Moscú es una aproximación geográfica; se podría decir también que marchaba hacia el Este. Y su gran caída no se produjo en el Oeste, en Santa Elena, sino en Waterloo, situado al norte de París. Ni una palabra tampoco sobre la isla de Elba, sobre los Cien Días, sobre el simbolismo del águila o de las abejas imperiales. Sin embargo, el *Gran Erratum* sigue siendo un libro extraordinario, porque llega a unos límites a los que nadie se había atrevido. Es el único libro radical sobre Napoleón, el único libro total, el único que pretende dar una explicación global del fenómeno napoleónico. ¡Y qué explicación! La más extraña, la más misteriosa de todas, y no necesariamente la más falsa. ¿Quién negaría que ha habido una «mitología» napoleónica?

Podemos evidentemente examinar mejor ahora los móviles que impulsaron a Jean-Baptiste Pérès a lanzar tan extraordinarias afirmaciones. Hemos visto que no hay que relacionarlo con aspiraciones políticas por razones cronológicas. Cuando el libro aparece, el águila hace tiempo que se ha acostado y no podemos ver seriamente en el autor ni un sostén ni un detractor del futuro Napoleón *el Pequeño*. Se ha enunciado la idea de que el *Gran Erratum* quería ridiculizar a otros historiadores de su época y sus métodos. Constantin-François de Chassebeuf, futuro conde de Volney, y sus *Ruinas o meditaciones sobre las revoluciones de los Imperios* (1791), o François-Charles Dupuis en su *Origen de todos los cultos o Religión Universal* (1794)[9]. Los eruditos lo debatirán.

Nos parece preferible ver en Pérès a un poeta, en el sentido etimológico de la palabra: un ser que hace. Al escribir él ha «hecho» una cierta historia, ha «creado» su tema con una excepcional clarividencia transformando la materia y reconstruyéndola de una manera totalmente distinta, nueva y reveladora, hemos de considerar al *Gran Erratum* como una obra maestra que demuestra el infinito poder de la mente humana como creadora y destructora de mitos.

Otro discurso sobre la poca realidad de un oficial

Curiosamente, el método de Jean-Baptiste Pérès ha tenido en nuestra época un imitador que se ha dedicado a demostrar la inexistencia de otro hombre político, el general De Gaulle.

En 1962, en efecto, aparecía un librito titulado *El General no existe*[10]. El autor era tan misterioso como Pérès, pues se ocultaba bajo un seudónimo, por otra parte de fuerte resonancia mágica, el de Cagliostro.

Como Pérès en el caso de Napoleón, este autor se asombra de ciertas curiosidades existentes en el destino del hombre que estudia. De Gaulle se le aparece como un ser de eclipses. La juventud, la edad madura de este oficial, es decir el período anterior a la Segunda Guerra Mundial, son efectivamente muy poco conocidos. Su carrera militar en esa época fue prácticamente nula. Antes de haberse «revelado» a través de unas circunstancias excepcionales, este oficial no hizo una gran carrera militar[11]. Le vemos en guarniciones y en gabinetes mientras que sus iguales ejercían mandos sobre el terreno, en lo que se llamaba entonces el Imperio francés. En 1940, a los cuarenta y nueve años, cuando brotó de repente, nadie lo había visto aún ocuparse seriamente del oficio de las armas ni de los asuntos públicos.

Todo lo más se conocían de él obras con visiones premonitorias describiendo las formas de la guerra moderna y reclamando la creación de grandes unidades blindadas. Las escasas tiradas de esos libros no le valieron ni la audiencia del público ni la del Estado Mayor que no hizo caso a sus sugerencias. La Historia contempla la aparición de este oficial durante la campaña de Francia, en mayo de 1940, cuando le fue confiada la IV División acorazada. Él mismo ha contado con profusión de detalles y con estilo[12] el éxito que logró entonces. Por medio de una hábil maniobra habría derrotado al enemigo, breve aunque seriamente. Este hombre que nadie había visto nunca, y que el enemigo debió entonces darse cuenta, cruelmente, de su existencia.

¡Ay! las fuentes extranjeras son igualmente discretas. ¿Se habla de sus visiones futuristas, de su intuición de la guerra moderna mediante grandes movimientos de blindados? El inglés B. H. Liddel-Hart, uno de los mejores especialistas en cuestiones militares, interrogó después de la guerra sobre este tema al general Von Thoma, el más célebre después de Guderian entre los promotores de «Panzer», preguntándole si el Estado Mayor alemán había sido influenciado por los libros de De Gaulle. Von Thoma respondió: «No, no les prestamos una gran atención, ya que los encontrábamos más bien extravagantes (...) Andaba por las nubes»[13]. ¿Y de la operación llevada a cabo sobre el terreno en mayo de 1940? Von Kleist, que mandaba el conjunto de las tropas alemanas, escribe: «Esos contraataques no nos pusieron en peligro; Guderian resolvió el asunto sin molestarme siquiera.» En cuanto al propio Guderian, que al menos habría debido ver los blindados del oficial francés declara: «De Gaulle consiguió el 19 de mayo irrumpir con algunos carros hasta dos kilómetros de mi Puesto de Mando avanzado. Viví algunas horas de inquietud hasta que aquellos amenazadores visitantes hubieron dado media vuelta.»[14].

Una vez más, el contacto no tuvo lugar. Guderian, seguramente bien situado para juzgar, no vio nunca a De Gaulle. En el instante en que van a encontrarse, el oficial francés «da media vuelta». *Ha desaparecido*. Esta especie de apariciones *fantasmagóricas* sorprenden, y con razón. ¡Qué extraño hombre ese oficial, hombre de guerra, al que no se le encuentra en la guerra! ¡Qué extraño fantasma que unas veces existe y otras no, y en todo caso nunca se deja coger! Quizás eso es lo que quisieron resaltar sus jefes tras su locura de junio de 1940, nombrándole *a título provisional*.

Más allá de las apariencias

El autor de *El General no existe* quiere a continuación demostrar que la carrera magnífica y gloriosa que esperaba más tarde al general De Gaulle obedece siempre al mismo principio: es el hombre invisible. El 18 de junio de 1940, lanzando un llamamiento histórico, De Gaulle nacía seguramente a la gloria. Pero fuera de Francia. En un estudio de Radio, como una «voz». Durante los cuatro años terribles de la ocupación, habló sin que le vieran en el territorio nacional. Lo que esta voz proponía era entonces totalmente quimérico. En aquella época, nadie en Francia deseaba la victoria de Alemania, pero todo el mundo la comprobaba.

Durante aquellos cuatro años también De Gaulle viajaba. Se le señalaba en Londres, como por azar capital de la niebla, en Brazzaville, en Casablanca, en Argel, donde creaba un Gobierno llamado también *provisional*. Sin soporte territorial en la metrópoli, aquel general en cuya frente brillaba una estrella doble gobernaba lo que los juristas internacionales llaman en su jerga un *Estado fantasma*.

Pero llega la Liberación, la victoria. Francia espera ver al fin a su salvador. Extrañas escenas se producen entonces. Llega a París y visita al Soldado desconocido. Desciende por los Campos Elíseos. En el Ayuntamiento, unos tiradores aislados abren fuego. Todo el mundo se echa al suelo. De Gaulle, por su parte, permanece impasible, como *invulnerable*, *inmaterial*. ¿Le veremos al menos en los asuntos, cuando tiene una Francia para reconstruir? Apenas confirmados sus poderes, el 20 de enero de 1946, dimite, se borra, desaparece...

Transcurren doce años llamados por sus fieles «la travesía del desierto». El desierto: lugar en donde no se encuentra nadie, si no es por espejismo. Se dice que De Gaulle se ha retirado a una hacienda de provincias, en la que casi nadie es admitido, sólo los que vivieron la leyenda con él. Publica entonces libros a los que da títulos abstractos, casi religiosos, *El Llamamiento, La Unidad, La Salvación,* y se niega a percibir los derechos de autor que van a parar a una institución de beneficencia: un espíritu puro no cobra. Llega luego 1958, la rebelión de Argelia. Una operación aerotransportada sobre París, cuyo nombre en clave es «Resurrección» es cancelada en el último momento. De Gaulle no tiene necesidad de este apoyo material. Ha encontrado otro medio de entrar en el Elíseo. En todo caso, reaparece.

El autor de *El General no existe* subraya la curiosidad de esta reaparición. Escudriña las fórmulas célebres, muestra el empleo de la Televisión (la imagen) en esta nueva ascensión, nota que De Gaulle habla de él en tercera persona.

Jamás nadie lo ve, jamás nadie lo toca. Nadie lo conoce. No tiene amigos, amantes, pasiones, tics, sangre. Es invulnerable. A la menor ocasión se retira del mundo y sus secuelas despreciando todo beneficio, insensible a los incentivos de la ganancia, a los incentivos de la gloria. Si reaparece, lo hace de una manera extraordinaria. Si habla, es para hacer milagros. Él mismo se asombra de su propia existencia. Él mismo, como un ilusionista, puede aparecer o desaparecer a voluntad. ¿Pero en qué mundo estamos, pues?

A esta pregunta, el autor trata de responder mediante una hipótesis. Para él, De Gaulle no existe o, más bien, existe sólo en ciertos momentos. Es «una cierta idea que Francia se ha hecho de sí misma». Cuando Francia estaba al borde del desastre, en 1940, en 1958, los franceses querían seguir creyendo en su patria y se imaginaban bajo los rasgos de un padre protector al que daban, con una letra más, el nombre de esa vieja Galia, objeto de sus deseos. Francia renacía de sus cenizas, y esta ilusión era pronto barrida. Dicho de otro modo, «De Gaulle existe cuando Francia no existe, y a la inversa».

Una literatura maldita contra los espejismos

No resumiremos aquí todos los argumentos enunciados por el autor de *El General no existe*, ya que este libro sólo ha sido mencionado por pertenecer a la línea de Pérès. Lo que hemos querido demostrar con estos dos ejemplos es que, al margen de la literatura lisonjera o despreciativa dedicada de una manera muy clásica a todos los personajes históricos, existe una vía más rara y más sutil, libros más extraños con un mensaje más insidioso: aquellos que niegan radicalmente a estos personajes.

Estos libros se sitúan en otro escalón que no tiene nada que ver con la política. Describen también una realidad, incluso una superrealidad, que fue la verdadera naturaleza de los personajes en cuestión. Pues es cierto que Napoleón jugaba con su origen lejano, con el sol de Austerlitz, con su nombre curioso, con una cierta «leyenda oriental». Se imponía ciertamente creando

esta «distancia» que lo hacía más excepcional. Para De Gaulle, «hombre providencial», el problema fue el mismo. Ciertamente, no se trata ya de plantear neciamente la pregunta de si existió o no existió. Por supuesto, ha vivido. Pero es importante ver que, para triunfar, se eligió a sí mismo como un mito, jugó constantemente con los elementos más misteriosos de su personalidad, hasta organizar él mismo su vida y su leyenda. Por suerte, lo escrito es en definitiva más fuerte que la imagen. Las apariciones producen ilusión, y se puede también descontar su mecanismo. Entonces nos damos cuenta de que Napoleón y De Gaulle, sobre los cuales tanto se ha escrito y se va aún a escribir, deberían hacernos meditar antes que en otra cosa en esta frase de Bernard Shaw: «Los reyes no nacen. Son el resultado de una alucinación.» Muchos de los grandes personajes de este mundo hacen o hicieron un número extraordinario, admirable desde el punto de vista técnico, y estas palabras no implican, por supuesto, en sí ni desaprobación ni aprobación de su labor pública.

Pero precisamente esta «técnica», esta forma mítica de existir y hacerse notar por los demás, hombres como Pérès nos las han revelado sin odio y sin amor. No nos asombremos de que sus libros sean generalmente imposibles de encontrar. ¿Qué poder, en cualquier régimen, aceptará nunca que se le describa con la mirada fría del objetivo fotográfico que no queda impresionado por el «espejismo»?

LOS DUENDES DEL SEÑOR BERBIGUIER

En 1821, en la casa de Gueffier, modesto impresor parisiense de la rue Guénégaud, aparecía una obra en tres volúmenes in-8.º titulada *Los Duendes o todos los demonios no son del otro mundo,* de Al-Vinc.-Ch. Berbiguier de Terre-Neuve du Thym. He aquí uno de los más extraordinarios libros que hayan sido escritos: la autobiografía de un hombre que, en mil cuatrocientas páginas, cuenta sin una sonrisa cómo durante más de veinte años estuvo expuesto a la persecución de malintencionados duendes. Éste es también un libro doblemente maldito: porque el autor fue despreciado por sus semejantes, que lo rechazaron como loco, y porque se pretende que ese mismo hombre, al final de su vida, intentó comprar todas sus obras para destruirlas[1]. *Los Duendes* es en la actualidad un libro muy raro, y, más aún, muy precioso por la experiencia única que relata.

¿Quién era ese Berbiguier de Terre-Neuve du Thym? Exceptuando lo que él nos cuenta de sí mismo, poco es lo que se sabe de él. Habría nacido en Carpentras, después habría emigrado a Aviñón y posteriormente a París donde le requería un juicio relativo a la herencia de un tío suyo. Estuvo durante un tiempo empleado en la oficina de loterías y luego llegó a administrador de un hospicio, pero los duendes le hicieron perder su situación. Más tarde, algunas rentas personales le permitieron vivir sin trabajar. Sus gastos eran modestos. Comía poco: «Me limitaba a dos modestas comidas, compuestas de legumbres poco condimentadas, una al mediodía y la otra a las dos de la madrugada.» En París, después de haber vivido en un hotel de estudiantes donde le gastaron muchas bromas, fue a instalarse en el número 24 de la rue Guénégaud para estar más cerca de su impresor, domiciliado en el 31, al que confió hoja por hoja la obra de su vida reservando todo su dinero para esta edición.

Él mismo había elegido su nombre, o más bien, el título nobiliario que añadió al patronímico de Berbiguier:

He unido a mi nombre de Berbiguier el de Terre-Neuve du Thym porque no quiero que se me confunda con los demás Berbiguier que pleitearon contra mi tío. Sé que no puedo adoptar esta condición en los actos públicos. Obedeceré la ley, pero voy a recurrir cerca de Monseñor el guardián de los Sellos para poder, en toda circunstancia, añadir a mi nombre el de Terre-Neuve du Thym. Compraré para ello un pequeño trozo de tierra en donde cultivaré siempre esta planta aromática[2].

Ante semejantes indicaciones, reconocemos ya a un personaje singular, a uno de esos hombres a los que se llamaba en el siglo XIX, cuando este término no había perdido nada de su fuerza, un *original*. Con seguridad que lo fue, y especialmente por su imaginación desbocada, por su estilo más que aproximativo y por su vocabulario desusado. Incluso el nombre que dio a sus enemigos es sorprendente. Ordinariamente los duendes son considerados no como espíritus malignos, sino como «trasgos familiares, y niños buenos»[3]. Berbiguier desvió este término de su sentido tradicional para dárselo a unos seres nocivos, malvados, perseguidores de hombres, animales y cosechas. Fue más lejos todavía, haciendo derivar de ese nombre una diversidad de formas distintas:

He considerado necesario, para expresar el estilo de mi tema, declinar, conjugar y combinar de todas las maneras posibles la palabra farfadet *(duende). Que nadie me reproche, pues, haber dicho* farfaderismo, farfaderizar, farfadear, etc. *He querido justificar mi título con todo tipo de locuciones.*

Por la gloria de Dios y del Rey

Dejando de lado, en primer lugar, el problema de saber si Berbiguier era un enfermo, señalemos en seguida que nada en su obra ni en su vida nos autoriza a creer que era un bromista, sino que era profundamente sincero. Una persona se divierte un día, un mes, hasta un año, con una superchería literaria. Pero no se dedican a ello veinte, treinta años, una vida entera, como hizo Berbiguier. Realmente vivió y realmente sufrió lo que ha descrito, esa maldición obligada que le persiguió a todo lo largo de su existencia. Por lo demás, él creía en su misión, como lo demuestran el epígrafe, la dedicatoria y el prefacio de su libro.

El epígrafe no puede ser más claro:

Jesucristo —escribe Berbiguier—, *fue enviado a la Tierra por Dios Padre a fin de lavar al género humano de sus pecados. Tengo razones para creer que estoy destinado a destruir a los enemigos del Altísimo*[4].

Creyente sincero, siempre listo para someterse a la divinidad, creyó que debía obrar contra el Mal. Por lo demás, Jesucristo en persona se le apareció y lo confirmó en su misión. Buen católico, era también ferviente realista. Lo veremos cuando tuvo que luchar contra los duendes el día en que éstos quisieron perturbar el aniversario del rey. Asimismo queda patente cuando ya en las primeras líneas de la obra, Berbiguier, en su dedicatoria, se dirige con palabras admirables «a todos los emperadores, reyes, príncipes, soberanos de las cuatro partes del mundo»:

Sires,
Padres de los pueblos, que representáis en la Tierra al Dios de Paz y de Consolación que está en el cielo, reunid vuestros esfuerzos a los míos para destruir la influencia de los Demonios, Brujos y Duendes que asolan a los desgraciados habitantes de vuestros Estados. Tenéis a vuestros pies al más infortunado de los hombres; los tormentos a los que estoy expuesto desde hace más de veinte años son los mejores títulos que pueda tener para una de vuestras miradas paternales.
Hace tiempo que las persecuciones diabólicas de los Duendes habrían terminado sobre la Tierra si alguno de vuestros súbditos hubiera tenido el valor de revelároslas. Es con objeto de desenmascararlos que yo os dedico mi obra. Vosotros seréis insensibles a mis tormentos. Vosotros los haréis cesar en cuanto os sean conocidos.
Tengo el honor de ser, con el más profundo respeto de Vuestras Majestades, Sires, el más humilde, obediente súbdito y servidor.
BERBIGUIER DE TERRE-NEUVE DU THYM

El prefacio de los *Duendes*, por último, nos informa sobre el combate formidable, gigantesco que Berbiguier intentaba mantener. El autor explica tranquilamente las razones de su acción. Durante mucho tiempo, quiso guardar el silencio, aunque durante el mismo periodo, «fue perseguido por la raza de los duendes». No se decidió a romper este silencio hasta que sus enemigos extremaron sus acciones.

Fue cuando perturbaron el reposo público con sus visitas nocturnas. Fue cuando destruyeron todas nuestras cosechas, provocaron tormentas y tempestades, desencadenaron la influencia de los planetas, hicieron caer el granizo, invirtieron el orden de las estaciones, sobornaron a mujeres y muchachas, llevaron la desunión a los matrimonios y produjeron muertes secretas, cuando yo habría sido culpable si no hubiera revelado sus criminales empresas (...). Es en interés del género humano como yo actúo, quiero que todos los duendes sean puestos en razón, y mi objetivo se cumplirá[5].

Y en seguida Berbiguier denuncia por sus nombres a los lugartenientes de Satán a los que ha podido encontrar en carne y hueso...

Moreau, mago y brujo de París, representante de Belcebú;
Pinel padre, médico de la Salpêtrière, representante de Satán;
Bonnt, empleado en Versalles, representante de Eurinomo;
Bouge, asociado de Nicolás, representante de Plutón;
Nicolás, médico de Aviñón, representante de Pan;
Baptiste Prieur, de Moulins, representante de Pan;
El primogénito Prieur, su hermano, droguero, representantes de Lilith;
Etienne Prieur, de Moulins, representante de Léonard;
Papon Lominy, primo de los Prieur, representante de Baalberith;
Janneton Lavalette, la Mansotte y la Vandeval, representantes de la archidiablesa Proserpina, la cual quiso poner a tres diablesas pisándome los talones, etc.

Pero para comprender cómo todas estas personas, vecinas y proveedoras de Berbiguier, y los médicos que él consultó, merecen la calificación de duendes, hemos de reconsiderar todo el asunto desde sus comienzos.

Víctima de dos brujas de Aviñón

En 1796, primeras desgracias. Berbiguier abandona su ciudad natal de Carpentras para marchar a Aviñón, en donde conocerá una aventura decisiva: cae en manos de una bruja, la Mansotte, que le presenta su asistenta y pretende echarle las cartas. Todo vulgar, en este principio. Cogen un tamiz, como ordena *El Pequeño Alberto* ponen en él unas tijeras, y Berbiguier y la

Mansotte sujetan cada uno una anilla[6]. Se interroga al destino. ¿Será feliz el consultante? ¿Rico? La Mansotte coge entonces tres vasijas. En una de ellas deposita unas cartas de tarot; en la segunda, sal, pimienta y aceite, y en la tercera, laurel. ¿Se trata de un hechizo? En todo caso, la consulta se detiene ahí, pues la asistenta y la pitonisa se marchan. «Pretextaron, para retirarse, que su magia había producido ya lo que esperaban. El lector quedará pronto convencido de ello.»

En efecto, se acabó Berbiguier. Sin saberlo, ha sido *farfaderizado*. Por la noche se acuesta y pronto se oyen ruidos extraordinarios. Milagrosamente, las ventanas se abren. La luz de su vela no le alumbra. Duerme mal. Cuando se despierta, siente los huesos molidos. Precisamente, llega su asistenta y él le cuenta sus sufrimientos nocturnos. «Quería convencerme de que todo lo que siento no podía provenir más que de alguna mala posición que había adoptado durmiendo.» «Esta noche —me dice—, poneos mejor y veréis que no experimentaréis los mismos sufrimientos.» La medicación revela sentido común. Sin embargo, Berbiguier comienza a dudar de alguna cosa. Añade: «Bien sabía ella, monstruo, que de nada serviría, pero era preciso que aparentara, bajo un exterior engañoso, darme consejos»[7].

Nueva noche, nuevo tormento, y en lo sucesivo el suplicio de Berbiguier no cesará. Lo que le impedirá reposar en paz son los maullidos de gato o ladridos de perro. Bajo la apariencia de estos animales se ocultan por supuesto las brujas que se transforman así para perjudicarle. Durante ocho días, Berbiguier no puede pegar ojo y, cosa extraordinaria, cuando se queja del estrépito nocturno, sus vecinos declaran no haber oído nada.

Lo que dará la prueba de que los duendes no me buscaban más que a mí es que yo preguntaba a mis vecinos y a las personas que vivían encima de mí si oían el estrépito que se hacía en la casa, y siempre me respondían negativamente.

Pronto Berbiguier no puede soportar más. Los animales corren, saltan y bailan sobre su cama, mientras retumban ruidos formidables. Una llama cae súbitamente a sus pies. En cuanto sale a la calle, las nubes se funden y el rayo descarga. Un día, tiene una visión del Paraíso. Todo esto le llevará primero ante los sacerdotes y luego ante los médicos.

Para curar lo que ellos consideran como alucinaciones, estos últimos le tratan con la débil terapéutica de la época. El doctor Nicolás, médico del Hotel de los Inválidos de Aviñón, juega el juego a fondo. Entra en las ideas de

Berbiguier y trata de hacer huir a los duendes mediante contrahechizos. Hace sentar al enfermo y traza alrededor de él círculos con una varilla de acero, gritando a los espíritus malignos: «¡Ah, ahora ya os tengo! ¡No volveréis a entrar!»

Y declara a Berbiguier:

«Señor, acabo de extraer la bruja de vuestro cuerpo. No seréis inquietado más por ella, y dentro de poco recuperaréis la salud.»

Para proseguir la cura, otro día el doctor Nicolás lleva a Berbiguier al Jardín Botánico, y allí lo presenta a sus colegas. Se representa entonces una espantosa comedia. Apoyan la cabeza del paciente contra un árbol mientras una varilla gira como un torbellino a su alrededor. Esta varilla es templada durante diez minutos en un vaso de agua que Berbiguier debe beber a continuación. Esos curiosos remedios no carecen, por lo demás, de efecto. Se advierte una mejoría y Berbiguier se hace fabricar su propia varilla de metal con la que, durante muchos días, persigue a sus duendes a golpes gritando: «¡Bruja tunante, sufre tú ahora!»

Todo el mundo se ríe, excepto él, que no ve todavía que se burlan de él. Un día, comprende. Sorprende una conversación de Nicolás, que habla de su enfermo a un alumno.

«Tengo ganas —dice el doctor Nicolás— de hacerle bailar con la osa o con la Osa Mayor... ¡Ah! ¡Hay que entretenerle!»

Para Berbiguier es la luz. El doctor Nicolás es un duende, y más tarde lo denunciará como tal. Una vez hecho este descubrimiento, las crisis vuelven a empezar, y no son tampoco remediadas por la consulta con otras autoridades, el doctor Bouge y el doctor Moreau.

Elogio fúnebre de una ardilla

Berbiguier se ha visto en la necesidad de huir y se encuentra ahora en París cayendo cada vez más bajo y buscando siempre quién podría ayudarle en su lucha contra las potencias infernales que lo acechan. En esta búsqueda se encuentra con una echadora de la buena ventura, una tal Madame Vandeval, que le propone curarlo.

Según ella, deberá comprar una vela de sebo en casa del primer comerciante cuya tienda tenga dos salidas. Deberá hacer que le devuelvan un cambio que contenga dos dineros. Saldrá por la segunda salida y lanzará al aire los dos dineros.

Dicho y hecho, pero cuando Berbiguier lanza los dos dineros, lo que cae son dos escudos. Prosigue, sin embargo, el experimento, siempre según los consejos de Madame Vandeval. De regreso a su casa, enciende su fuego y le echa sal. Envuelve la vela con un papel en el que ha escrito el nombre de su primer perseguidor[8]. Pincha el papel con varias agujas y enciende la vela. Pero al ejecutar esas instrucciones oye un ruido violento en su chimenea: es la sal que ha provocado una explosión. Decididamente, no hay nada que hacer. Todos son duendes, el doctor Moreau, el doctor Bouge, el doctor Nicolás, y ahora también la Vandeval. Está sitiado.

En 1816, Berbiguier consulta a la eminencia de la época, el gran Pinel padre, médico de la Salpêtrière[9]. Hace ya veinte años que sufre y él mismo teme que lo tomen por loco. Pero sus sufrimientos son demasiado atroces. Pinel estudia seriamente su caso y le prescribe baños calmantes. Ningún resultado: Pinel también es un duende. Un sacerdote se atreve asimismo con el problema: «Visite usted cuatro iglesias diariamente», le recomienda. Pero tampoco esto produce resultado.

Centenares de páginas, escritas por Berbiguier, nos cuentan su calvario. Los acontecimientos que relata son extraordinarios. Un día, su espejo es remplazado por un paisaje pintado al óleo. Pinel trata de introducirse en su casa por el conducto de la chimenea. Al menos, Berbiguier reconoce su voz aplicando la oreja al conducto. Nuevos conocidos, los hermanos Prieur y su primo Lomini, se revelan a su vez como satélites de Satán.

Duro golpe para Berbiguier. Sus enemigos logran matar a *Coco* su ardilla. Hay que decir que adoraba a aquel animal, su única compañía, que corría en libertad por su apartamento y le gustaba refugiarse en su gorro de algodón. Este solitario escribía: «Deseo que cuando se hable de mí, se diga siempre Berbiguier y su *Coco*.» Y he aquí que él mismo aplasta al pobre animal.

Un día, vuelve del campo, y siempre preocupado por sus desgracias no advierte que *Coco* no sale a su encuentro. Se desnuda, se lava, se dispone a acostarse, sin pensar en la ardilla.

Los implacables duendes la habían colocado entre la sábana de la cama y el colchón. Cuando quise acostarme, y en el momento en que ponía una rodilla sobre la cama, un duende me cogió por los hombros y me hizo tambalear con violencia. ¡Ay, todavía no he podido recuperarme de mi dolor! Sentí que al colocarme en el lugar ordinario aplastaba a mi pobre ardilla. ¡Júzguese mi

desesperación! ¡Coco *ya no existía! Me vi privado del único ser viviente que me consolaba en mis penas... Los duendes lo habían elegido como víctima.*

Berbiguier dedica páginas llenas de emoción a esta pérdida que parece haberlo trastornado profundamente. Prueba de ello es que quiso conservar el animal muerto cerca de él, después de haberlo hecho disecar.

Puse a Coco *bajo un cristal. La punta de su cola, cortada por Madame Étienne Prieur a finales de 1816 está colocada entre sus dos patas traseras. Está en una posición que me recuerda sus amabilidades y sus talentos. No sé si el aspecto del cadáver de este pequeño animal es para los duendes la cabeza de Medusa. Vienen mucho menos a visitarme durante el día, pero, por el contrario están siempre encima de mí durante la noche. ¡Oh, mi querida* Coco! *¡Tal vez querrían procurarme la muerte que yo te di! ¡Querrían ahogarme, los crueles!*[10].

Berbiguier pone a punto un arma contra los duendes

Uno queda sorprendido, en lo que hay que llamar claramente las alucinaciones de Berbiguier, por su voluntad de achacarlo todo siempre a sus pretendidos enemigos. Si *Coco* está muerto, sólo los duendes han podido matarlo y no el gesto desgraciado de su dueño. ¿Llueve? Los duendes. ¿Truena? Los duendes. ¿Le falta leche a una madre? Son de nuevo los duendes que «le aprietan la punta del seno con sus garras agudas y venenosas». ¿Una persona desprende un olor un poco fuerte? «Son los duendes también, que sin ser vistos esparcen esta infección.»

En otro lugar, Berbiguier escribe:

Cuando escuchéis el menor ruido en vuestra casa, encontréis las más insignificantes cosas fuera de sus lugares habituales, sintáis la más ligera incomodidad o la más débil contrariedad sea en el interior o en el exterior de vuestras casas, estad seguros de que todas estas cosas son obra de Belcebú.

Sin embargo, esta toma de conciencia de la omnipresencia de los duendes no lo deja impotente. Él ha calado a sus enemigos, no cae ya en sus trampas.

Conoce todas sus bajezas y ésta es la primera condición para combatirlos. Su poder es inmenso y su dominio no tiene límites. Un capítulo entero nos informa sobre sus fechorías. Los duendes son embusteros, afectan una cortesía refinada, se presentan como amigos, pero siguen siendo duendes, es decir, que desunen a las familias, provocan las guerras, hacen naufragar los buques, provocan inundaciones, queman la tierra de sol e incluso «hacen aumentar los precios de los comestibles para hacer desgraciado al pueblo».

Advertido de la amenaza, Berbiguier ya no puede caer en el engaño. He aquí la segunda gran parte de su historia. Después de haber sido durante veinte años la víctima de los espíritus malignos, ha aprendido a derrotarlos, a aprisionarlos, a destruirlos. Los procedimientos que nos explica son aún más fantásticos que el relato de sus primeras torturas.

El mejor antídoto contra los duendes es el corazón de buey. Hay que procurarse uno en buen estado y ponerlo a hervir en una olla con dos pintas de agua. Acerca de este remedio, dejemos una vez más la palabra al propio Berbiguier, ya que la cita es de una precisión incomparable:

Cuando el agua empiece a hervir, prepararéis el corazón, que previamente debéis pinchar enteramente con alfileres y agujas, pronunciando al mismo tiempo estas palabras: «Que todo lo que te hago te sirva de pago: yo destruyo al obrero de Belcebú.» Templaréis a continuación este corazón así pinchado en el agua, y después de haberle dado tres cuchilladas, repetiréis las mismas palabras. Hay que tener cuidado, sobre todo, de que las puntas de los alfileres y las agujas sean muy finas y aceradas, a fin de que el dolor que debe experimentar el cuerpo del duende contra el que dirigís vuestra persecución sea herido más profundamente, y para que no escape al dolor y al suplicio que merece, hay que pinchar el corazón totalmente con los alfileres y las agujas. Este gasto no es grande debido al efecto saludable que de él resulta[11].

Detalle del arsenal antifarfadeano

Así, Berbiguier se paseaba continuamente con *varios miles* de alfileres encima, para no ser cogido por sorpresa y poder defenderse en todo momento y hasta atravesar al enemigo.

Un testigo ocular de los combates cuenta:

Era cosa singular ver a Berbiguier interrumpirse en medio de una conversación importante, para sacar un alfiler de su estuche, aproximarlo suavemente a sus ropas y hundirlo en ellas estallando en una carcajada: «¡Oh! ¡Oh! —decía—, por más que te resistas y me muestres las garras, irás al pote con los otros. ¡Canalla maldito! ¡Ya te enseñaré yo a vivir!»

Luego, si se había interrumpido en medio de una discusión política, la reanudaba en el punto en que la había dejado, daba su opinión sobre las cuestiones del momento, apreciaba los hechos y deducía de ellos las consecuencias con mucha sagacidad. Esto duraba hasta que le embargaba de nuevo la fantasía de ensartar a un duende.

Alguien que quiso un día participar de su locura le dijo: «Veo que ha logrado usted una buena caza esta noche.» «¡Oh! ¡Eso no es nada! —contestó—. Voy a aparentar que estoy durmiendo en el vano de una ventana y las verá más hermosas.»

Se extendió, en efecto, en un sillón, cerró los ojos y al cabo de unos segundos acribillaba sus vestidos de alfileres con una rapidez tal que el estuche quedó vacío en pocos segundos. Esta ejecución fue seguida de una invitación graciosa para el día siguiente: «Venga a mi casa mañana, los desclavaré delante de usted.»

A la hora convenida, el invitado encuentra a nuestro maníaco de pie, vestido con una simple camisa a pesar de que hacía un frío muy vivo. «Le estaba esperando para comenzar», dice. Y lanzando una sábana blanca sobre el parqué, y colocando luego en medio de la sábana una percha cargada con sus ropas, quita todas las agujas golpeando frenéticamente con una varilla de hierro y gritando: «¡Ah, malvados, os lo tenéis muy merecido! ¡Tomad! ¿Veis ese pequeño negro? Es el más sinvergüenza de la banda... Y ese otro, con su cabeza de sapo y su cola de simio... ¡Oh, por más que pongas mala cara, no te tengo miedo! ¡Chúpate ésa también![12].»

Si bien los duendes podían ser capturados «al vuelo» por así decirlo, la mejor arma contra ellos seguía siendo, sin embargo, el corazón de buey. Berbiguier desvalijaba a su carnicero para aprovisionarse suficientemente y cocinaba aquellos despojos en gran cantidad diariamente. Incluso invitaba a algunos amigos a su casa para practicar el ejercicio en compañía. Se hervían corazones con profusión, y se pinchaba, se pinchaba y él decía: «Esto resulta muy costoso, pero no debo tener en cuenta el dinero cuando se trata de hacer sufrir a los duendes.»

Había conseguido poner a punto otros procedimientos ofensivos y defensivos contra sus enemigos, los espíritus malignos. Entre ellos, citemos la botella-cárcel. Berbiguier, en efecto, lograba a veces apoderarse de duendes «vivos». Imaginó entonces echarlos, una vez adecuadamente ensartados, en botellas previamente llenas de una infusión de tabaco, pimienta y otras hierbas aromáticas. Por desgracia, aquellas botellas atiborradas de cautivos furiosos chocaban entre sí durante toda la noche y no le dejaban dormir. Para evitar este inconveniente, se limitó entonces a lanzar tabaco al aire a la menor alarma, pues se había dado cuenta de que el tabaco era *antifarfadeano* y escribió que «los monstruos caían en abundancia como moscas, cegados por el tabaco».

A continuación inventó «la cubeta-reveladora»: un simple barreño de agua en el que el cielo se reflejaba. «Esta cubeta llena de agua, colocada bajo mi ventana, me reflejaba en el agua todas las operaciones de mis enemigos. Los veo cruzarse, disputar, saltar y revolotear (...). Los veo unas veces en forma de serpiente o de anguila, otras en la de estornino o colibrí»[13].

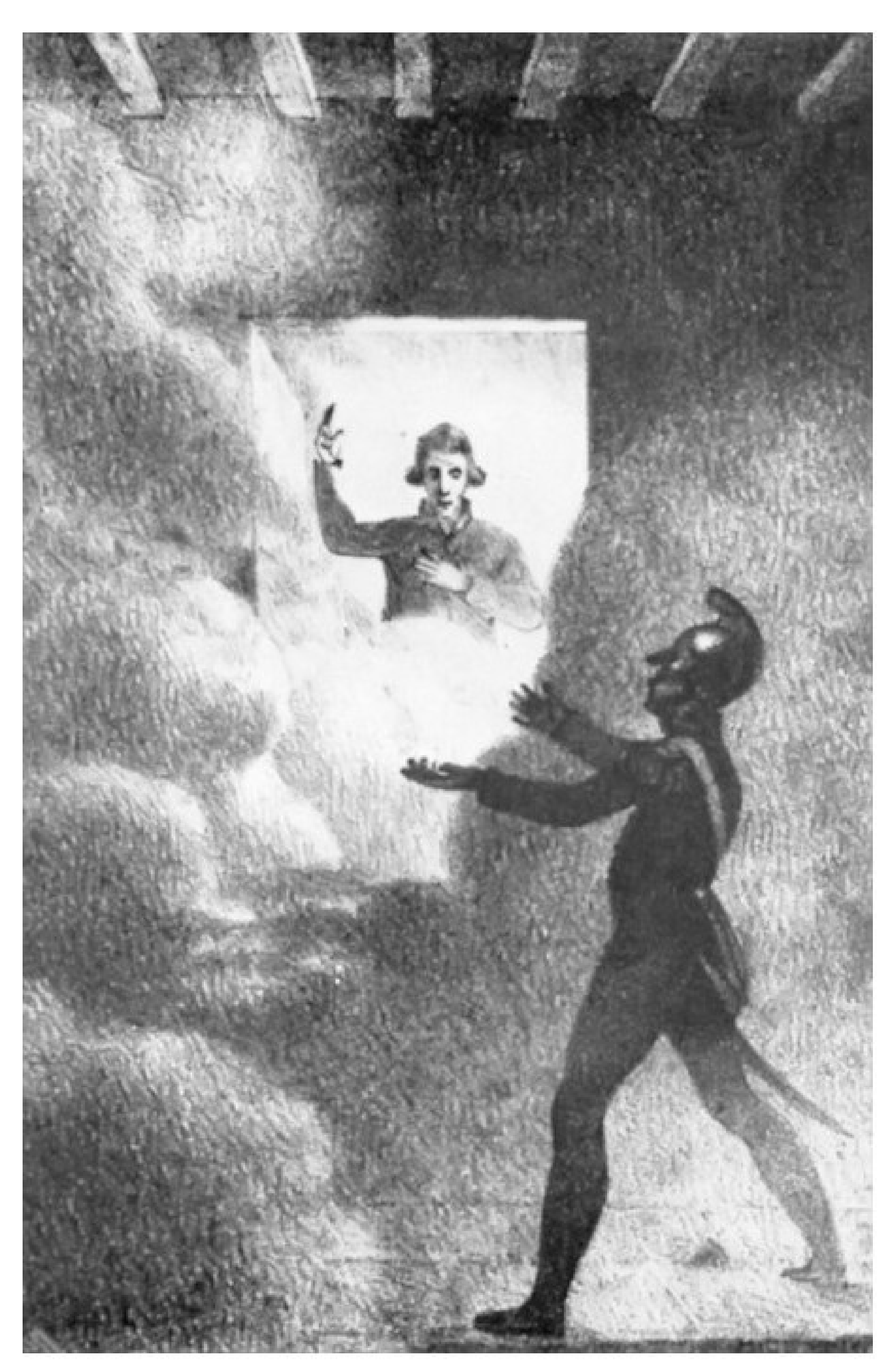
Disfrutaba mucho también colocando a los duendes víctimas del tabaco en una gruesa cuchara llena de azufre, a la que prendía fuego y escribió que «gozaba mucho oyéndoles saltar de rabia y de dolor».

Un incendio en casa de Berbiguier

Todas esas recetas, esos corazones de buey cocinados en gran cantidad, esas fumigaciones de azufre, esas infusiones supuestamente aromáticas y otros preparados esparcían evidentemente olores detestables por el barrio, y los vecinos tuvieron motivos suficientes para quejarse. El día en que se cumplía el aniversario del nacimiento del rey Luis XVIII, Berbiguier encendió un fuego tan grande y le echó tanta sal y tanto azufre que el humo invadió todo el inmueble. Para él, la causa del incidente era evidente:

Resultó que el tubo de mi estufa fue atascado por mis enemigos. Esta perfidia que yo no había previsto impidió al humo ascender, dado que la corriente de aire estaba interceptada. Por el contrario, descendió y surgió con una violencia tal por la portezuela de la estufa que pronto tuve la habitación llena de humo espeso...

Llegaron los bomberos y Berbiguier trató de explicarles que los duendes estaban tratando de perturbar la fiesta del rey. «Ahora bien —dijo el alucinado—, veo que cada cual se divierte y celebra con alegría este día» «Vuestra intención es muy loable —le contestó el bombero, a la vez diplomático y concienzudo—, pero os recomiendo que no hagáis nada que pueda provocar un incendio.»



Berbiguier enfrentado con los duendes y salvado por un bonbero.

Decenas de aventuras de Berbiguier son del mismo estilo y habría que contarlas todas. Él empleó para ello tres gruesos volúmenes, que podemos

leer y releer sin fin, con un asombro siempre renovado. Unas veces roza el ridículo e incluso cae en él, pero uno se encuentra siempre impedido de juzgarle severamente a causa de la profunda franqueza y de la libertad que se transparentan en todas las páginas. No pudiendo resumirlas todas, citemos simplemente algunos de sus extraordinarios títulos de capítulo:

«Mis apóstrofes a los duendes.» — «No se cansan de intentar engañarme.» — «Los duendes me quitan a veces mis facultades intelectuales.» — «Tractos de Historia Santa vienen en apoyo de mis afirmaciones.» — «Una señorita me echa un sortilegio tocándome los dos muslos.» — «Destruí un duende haciéndole saber que conocía todos sus secretos mágicos.» — «Pinel, Moreau y la Vandeval acuden frecuentemente a mis pensamientos: dirigen también los planetas.» — «Muerte de mi fiel *Coco*, al que los duendes tenían envidia.» — «La urraca ladrona era un duende.» — «Los duendes toman a menudo la forma de un gato.» — «Quisiera que los duendes fuesen sólo unos bromistas que hubieran querido divertirse de mi credulidad.» — «Una palabra más sobre la esterilidad de las mujeres.» — «Mi duendecilla se convierte.» — «El propio Jesucristo es tentado por el demonio duende», etc.

La maldición encarnizada en un hombre

Cuando se han acabado de leer esos doscientos sesenta y cuatro capítulos, a cuál más curioso, se plantea una pregunta: ¿Estaba loco Berbiguier? Stanislas de Guaita, para quien el autor de *Los duendes* era sobre todo un auténtico poseso, no lo creía así. Para él, Berbiguier no era en todo caso un loco como los demás, ya que su locura se basaba «en la percepción, absolutamente indirecta y falseada, de un mundo muy real que la gente sensata no sospecha»[14].

Si él no hubiera sido más que eso que se llama un «loco literario», no le habríamos concedido una plaza en el presente estudio. Pero no se limitó a escribir un libro absurdo, sino que llevó una vida absurda, y de esa vida, con esa vida y sobre esa vida escribió un libro admirable: el libro de la maldición encarnizada en un hombre. El propio Berbiguier se sentía muy preocupado de que se le pudiera tomar por loco o, más simplemente, por un bromista. Constantemente menciona el tema: «Quieren hacerme pasar por loco.» Y más adelante:

No, no estoy loco. Vosotros, los que vais a leerme, no me acuséis de locura. Escuchadme, examinad mis pruebas, seguid el hilo de mi relato, y luego, atreveos a contradecirme[15].

Justamente, el relato de Berbiguier no puede ser rebatido. Enfermo, sin duda lo fue; alucinado, visionario, obseso, todo lo que se quiera, pero profundamente sincero, e incluso, en última instancia, *lúcido*. Sus desgracias imaginarias son al mismo tiempo verdaderas, autentificadas por su sufrimiento.

Fue, además, un hombre bueno, generoso. En el asunto de la sucesión de su tío que lo llevó a París, fue atacado judicialmente por unos parientes colaterales. A pesar de que había sido indiscutiblemente designado como heredero universal por su tío, él les dejó voluntariamente una parte de la herencia. Lo esperaba todo de la vida, él, el perseguido, incluso la felicidad. En uno de los capítulos, cuenta que desearía encontrar una mujer a la cual amar y con la que se casaría. Se lo daría todo; sería su reina. Se lo perdonaría todo, salvo que ella le llamara «mi gatito», porque todo lo que es gato es duende...

Todo el mundo se burló y todo el mundo se aprovechó de este excéntrico. Imagínese el estado de ánimo de aquellos que se hacían invitar a su casa para «pinchar corazones de buey». Él dedicó su fortuna a sus recepciones y sobre todo a la edición de su libro en el que veía, no su propia historia, sino un monitorio capital, el remedio a los males de la Humanidad. Escribía mal, y lo sabía. Contrató por lo tanto, un hombre de letras *(sic)* para que releyera su manuscrito, que le cobró diez mil francos sin hacer desaparecer el galimatías. El impresor exigió otros diez mil francos por un trabajo que no valía ni tres mil. Por último, según Lorëdan Larchey, un «artista» le hizo pagar mil escudos por algunas litografías desmañadas que ilustran su libro y le representan en las diversas fases de su existencia[16].

Berbiguier creía en la bondad de los demás y quería defenderlos contra los duendes. La verdad es que creía a cualquiera. Un día que su impresor tenía otra cosa que entregar, un encargo más urgente, le contó que los duendes habían averiado todas sus prensas. Berbiguier le creyó a pie juntillas, dando pruebas de absoluta buena fe. «Lo sospechaba —dijo simplemente—. Ya se lo advertí.»

Al cabo de unos días, tuvo la satisfacción de comprobar que el impresor se había puesto de nuevo a la obra. «A esos villanos, a esos duendes malvados —declaró—, los he *apañado* bonitamente[17].»

Lo que había hecho durante aquel tiempo, la Historia no nos lo cuenta, pero podemos adivinarlo. El carnicero debió de ganarse bien la vida vendiéndole corazones de buey y el droguero proporcionándole sal y azufre, mientras el barrio apestaba.

Un testimonio sobre el fin de Berbiguier

No sabemos cómo y dónde desapareció Berbiguier. Según unos, murió soltero en 1834. Según otros, vivió hasta el Segundo Imperio. Un tal Jules de La Madeleine pretendió haberse encontrado con él en el Mediodía en 1860.

Ese Jules de La Madeleine escribió esta carta a su amigo Champfleury:

> *He leído en vuestros folletines que Berbiguier había muerto en 1834. Quedé, pues, muy sorprendido cuando me informaron de que el autor de Los duendes vivía en Carpentras y que era él a quien yo encontraba diariamente en «Los Plátanos». Me contaron que estaba totalmente arruinado, y que su hermana le daba asilo.*
>
> *Era un anciano muy sucio, achacoso, con la espalda encorvada, el cuello desviado, la cabeza bamboleante, inclinada de lado, cuyo mentón le rozaba el pecho de tal forma que era imposible verle los ojos.*
>
> *Hablamos de París durante algún tiempo, de la «capital» como decía él con obstinación. Finalmente, para romper el hielo, le pregunté si tenía intención de publicar una nueva edición y a quién había que dirigirse para comprar sus libros que estaban carísimos en los libreros de lance, muy raros por lo demás, muy buscados, etcétera. «Os referís a Los duendes —me dijo—; ese libro me costó mucho dinero. Pero no tengo ni un solo ejemplar. Si queréis leerlo, id a la biblioteca de la ciudad. Allí debe de estar, si no lo han robado. Buenos días, señor. Servidor de usted.»*
>
> *Intenté proseguir la conversación: «Monsieur Berbiguier, puedo asegurarle que ahora, en París, os hacen justicia. Las personas más distinguidas están en favor vuestro, y aquellos que son vuestros enemigos están confusos.»*

El buen hombre se detuvo y me dijo bruscamente: «¡Ah! ¿Es que usted es molestado también por los duendes? ¡Dios mío, claro, como todo el mundo! Creo que tengo mi pequeño martillazo.» Y entonces me cogió del brazo, y me miró lo mejor que pudo, con su cabeza totalmente invertida.

«Puesto que estáis aquí —me dijo con gran dulzura—, voy a daros dentro de un momento un remedio seguro. ¿Os duelen mucho las rodillas? ¿Tenéis pesadez y escozor en los brazos?» «Eso es, pero lo más pesado es la cabeza.» «No me asombra. Desde que estoy en esta región, todo el ejército de duendes está en pie. Imaginad que esta mañana aún he matado cerca de tres mil. Esto me ha fatigado mucho. Y cada día tengo que empezar de nuevo. Me persiguen hasta en la iglesia.»

«Puesto que sufrís —siguió Berbiguier al cabo de un rato—, voy a indicaros el verdadero remedio. Llenad cada mañana vuestros bolsillos de rapé y haced unos pequeños agujeros en las ropas, de manera que diseminéis los granos de tabaco por vuestro cuerpo, y cuando vuestros bolsillos estén vacíos, os desnudaréis, cogeréis un cepillo duro y frotaréis el cuerpo en todos sentidos; Uno de ellos quedará en cada crin del cepillo.» «Comprendo —le dije—. Temen al tabaco.»

Estas palabras desgraciadas provocaron su cólera. «No temen al tabaco —me dijo golpeando el suelo con el pie—. Si lo temieran, ¿cómo serían? Al contrario, les gusta con pasión y se embriagan con él, y cuando están aturdidos el cepillo los arrastra.»

Me excusé lo mejor que supe, pero mi esfuerzo fue inútil. Berbiguier no quiso ya cogerme otra vez del brazo. Le inspiraba una viva antipatía. A todas mis preguntas no respondía ya más que con palabras bruscas, con un tono de desconfianza. En la puerta del jardín de Madame Bovis me despedí de él y me saludó fríamente dándome la espalda. No volví a verlo. Al poco tiempo, nos convertimos en República, y confieso que olvidé a vuestro amigo Berbiguier[18].

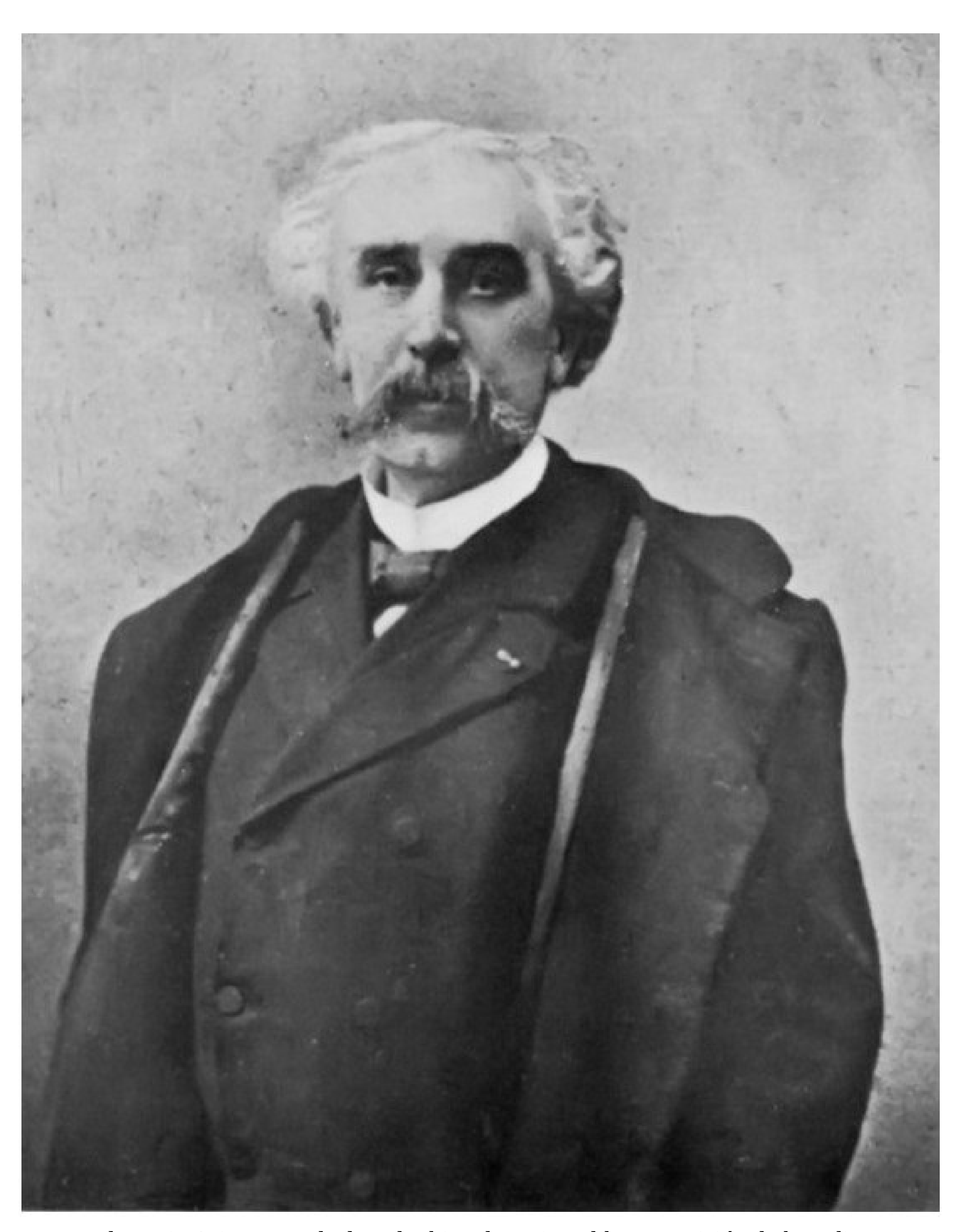
Este último relato no debe divertir solamente. Demuestra, y esto es muy importante, que hasta el fin de su vida, Berbiguier creyó en sus duendes y en su combate. Estos signos no engañan, y nos atestiguan que Berbiguier, enfermo o no, en todo caso convencido de poseer la verdad, constante y valeroso, fue un auténtico «perseguido».

LAS MISIONES DE SAINT-IVES D'ALVEYDRE

A finales del siglo pasado aparecía en París un libro turbador y profético titulado *Misión de la India en Europa. Misión de Europa en Asia. La cuestión del Mahatma y su solución*. Hoy es uno de los libros más imposibles de encontrar, al menos en su edición original, ya que veremos que sólo subsistió un único ejemplar y no se está siquiera seguro de la fecha exacta de su publicación. Lo que es cierto, por el contrario, es que dicho libro anunciaba las cosas más extrañas.

En él se leía, en resumen, que una vasta sociedad compuesta de millones de personas vivía en un lugar secreto, cerca de la India, que dicha sociedad saldría quizá de la sombra y aportaría finalmente al mundo un gobierno perfecto, que la época del colonialismo bárbaro y expoliador había terminado y que había que sacar las consecuencias de ello, que un nuevo régimen *al cabo de cien años aproximadamente* se instauraría en China y realizaría las «promesas sociales» que otros habrían hecho y que la Europa unida podía y debía constituirse. A lo largo de sus páginas se encontraban anunciados estos hechos dignos de consideración algunos de los cuales sabemos que en efecto se han realizado.

Pero, apenas salida de la imprenta, esta obra era destruida por voluntad expresa de su autor. Todos los ejemplares, excepto uno. El autor acaba de enterarse de que las altas autoridades cuya existencia había revelado consideraban inoportuna esta publicación. Obedeció la orden y redujo a la nada sus revelaciones. Su nombre: Joseph-Alexandre Saint-Yves, marqués d'Alveydre.



El propio Saint-Yves d'Alveydre hizo destruir su libro *La misión de la India*.

Un adolescente en busca de sí mismo

Este curioso personaje tenía ya una larga vida de pensador, de sociólogo y de escritor detrás de sí, vida colmada e iluminada por la publicación de otras obras, si no menos proféticas, al menos igualmente asombrosas. Hijo de un médico alienista, había nacido en París en el seno de una familia bretona, el

26 de marzo de 1842, a la una de la madrugada. Su juventud parece haber sido una especie de martirio.

El padre y el hijo no se entendían, pues el primero sólo concebía la educación en sus aspectos más represivos. Decidido a sofocar la independencia del niño, tras una serie de enfrentamientos, el médico imaginó hacerlo encerrar en una especie de colonia agrícola en Mettray (Indre-et-Loire).

Saint-Yves ingresó en la colonia con un corazón que rebosaba odio y rebeldía, decidido a escaparse o morir. Pero esta colonia estaba dirigida por un hombre inteligente, Monsieur de Metz, que supo amansar al niño por la bondad, despertar su mente y orientar su agresividad hacia el estudio[1]. Esta estancia, temida como si se tratara de una cárcel, se convirtió en un encantamiento de dos años de duración. Luego se produjo el regreso al liceo, pero otra vez bajo la tiranía del padre. Un nuevo incidente entre Saint-Yves y un profesor llevó al médico a nuevos rigores que no fueron atenuados por el logro del bachillerato. El adolescente voluntario y ya excepcional, aunque siempre menor, fue enrolado por la fuerza en un regimiento de estricta disciplina, el de la infantería de Marina.

Monsieur de Metz intervino nuevamente y Saint-Yves fue autorizado a dedicarse a la medicina naval en la escuela de Brest. Después de este episodio sin consecuencias, Saint-Yves cayó enfermo y fue liberado a los veintidós años del destino que se había fabricado para él y pudo finalmente orientarse a su antojo. Monsieur de Metz sabía que su alumno escribiría libros, y había comenzado a apasionarlo por el estudio. Le había indicado sus primeras lecturas, Joseph de Maistre, Bonald y Fabre d’Olivet. Este último, sobre todo, sedujo al inteligente joven, aunque le había sido presentado como «una mente descarriada, lejos de la fe cristiana, y entregado al paganismo»[2].

Para vergüenza mía debo decir —escribió más tarde Saint-Yves— *que esa indicación, lejos de enfriarme, me había inflamado de interés por ese autor. ¡Un pagano religioso en pleno siglo XIX! Esto respondía a mis curiosidades aventuradas, a mi sed de libertad y de estudio. Por eso, prestando poca atención a Joseph de Maistre y de Bonald, tenía un insaciable deseo de leer a D’Olivet*[3].

Emplearía una parte de su vida comprobando y ampliando la filosofía de la Historia de ese primer maestro, intentado, no obstante, integrarla dentro de

unas perspectivas más cristianas. En todo caso, la suerte estaba echada. Saint-Yves no sería ni soldado, ni médico, sino que se consagraría únicamente a una reflexión en profundidad sobre la historia y el destino de la Humanidad. Por lo demás, había que vivir, y para ello comer.

En busca de un nuevo equilibrio del mundo

Durante cuatro años, Saint-Yves vivió en Jersey, donde se habían refugiado entonces gran número de proscritos del Segundo Imperio[4]. En ese clima de exilio, conversó con las personas más diversas, todas ellas preocupadas por un nuevo orden político. Por azar, encontró allí incluso una pariente de Fabre d'Olivet, que le permitió leer manuscritos inéditos del maestro.

En 1871, Saint-Yves regresa a París. Reanuda el servicio armado contra el enemigo y obtiene el grado de ayudante mayor. La paz le proyecta a la vida civil, a sus meditaciones y sus problemas, también, pues su pan no está todavía asegurado.

A falta de otra cosa mejor, aceptó un trabajo de chupatintas en el Ministerio del Interior. La comida era magra, pero él se burlaba de ello. Una prodigiosa memoria, una labor constante, le permitieron crearse un bagaje intelectual considerable, inútil para su situación inmediata, pero que se revelaría fecundo en sus obras futuras. Algunos contactos le facilitaron también, durante aquellos seis años de pobreza, el enriquecimiento de su espíritu. Se convirtió en un asiduo del salón del bibliófilo Jacob y del hermano de éste, Jules Lacroix, en la Biblioteca del Arsenal. Con todo, en esta época no publica ninguna obra importante. Sus dificultades financieras perjudicaban su desarrollo, su irradiación. Sus concepciones eran todavía demasiado negativas: el disgusto que sentía por el mundo y sus bajezas[5] no le impedía trabajar, sino producir. Las pocas obras que ofreció en esa época apenas tienen interés[6].

La fortuna le vino de la mano de una hermosa mujer, inteligente y rica, la condesa Maria Keller, a la que encontró en los salones del Arsenal y con la que pronto se casaría. La viuda del conde Keller pertenecía a la alta sociedad. Se decía que estaba emparentada con las mejores familias, hasta con los Romanov. Su madre, la condesa Rzewuska, era hermana de Madame Hanska, la confidente, y posteriormente, esposa de Balzac. ¿Cómo esta mujer que

vivía en la opulencia fue seducida por el empleadillo completamente desconocido del Ministerio del Interior? Hay que creer que se trató, sobre todo, del matrimonio de dos inteligencias. Esta unión abrió a Saint-Yves nuevas puertas, sobre todo una vez que la condesa Keller, temiendo quizás un casamiento desigual, consiguió obtener para él del Papa un marquesado romano en 1880.

El marqués Saint-Yves d'Alveydre podría finalmente alcanzar su plenitud. La fortuna de su mujer, además de numerosas y brillantes relaciones, le permitió enfrentarse al futuro con optimismo. Unas buenas condiciones de trabajo hicieron el resto. Saint-Yves pudo instalarse en un magnífico hotel particular, en la rue Vernet, París.

Comenzó inmediatamente a escribir, y una tras otra, publicó sus obras maestras: *Misión de los Soberanos*, en 1882, *Misión de los Obreros*, el mismo año, y *Misión de los Judíos*, en 1884.

El final de la vida de Saint-Yves se vio nuevamente ensombrecido por dificultades financieras. No supo administrar la fortuna de su mujer que la despreocupación y la prodigalidad habían ya mermado fuertemente. Tuvo que abandonar el hotel de la rue Vernet por una residencia más modesta en Versalles. Habiendo enviudado cuando trabajaba en su obra, *El Arqueómetra*, murió en febrero de 1909, en Pau, a donde había ido a tomarse un reposo[7].

La obra que dejaba podría repeler a un lector moderno. En primer lugar, Saint-Yves tenía un defecto: se consideraba poeta. De ahí ciertas publicaciones en verso, *Odas*, un *Poema de la Reina*, una epopeya rusa sobre el emperador Alejandro III, una *Juana de Arco victoriosa* y otras que la historia literaria no recordará. Tampoco en prosa resulta Saint-Yves muy seductor. Los defectos de la época, especialmente una cierta afición por la ampulosidad, lo han echado a perder. Realmente, no es un literato, sino un poderoso pensador. Lo que de él quedará son sus *Misiones* en las que expone su idea de la Sinarquía. Siguen siendo, a pesar de algunas inseguridades de estilo, monumentos a la vez de erudición y de originalidad.

La «Misión de los Soberanos»: proposición de la sinarquía

El propio título de su primera gran obra, *Misión de los Soberanos* (1882), es ya motivo de sorpresa, sobre todo cuando se lee el subtítulo poco modesto: *por uno de ellos*[8]. Ya en esta primera *Misión* se revela como un autor decidido a escapar completamente de los senderos trillados. Nadie había manejado hasta entonces los conceptos sociológicos bajo esta forma.

Para comprender las *Misiones* es preciso conocer una distinción capital a los ojos de Saint-Yves: la de la Autoridad, del Poder y de la Voluntad Popular. La Voluntad Popular no expresa más que sentimientos, reacciones instintivas, las de la masa social. En su lado opuesto, la Autoridad, semejante a la conciencia humana, hace oír los principios eternos de la Razón: invita, pero no obliga. El Poder, finalmente, es lo que los romanos llamaban el *imperium*, es decir a la vez la balanza de la Justicia y la espada que golpea. El Poder no podría en buena lógica ser confundido con la Autoridad, totalmente espiritual, en nada material.

Con todo, esta desoladora confusión se produce constantemente. La *Misión de los Soberanos*, consagrada a la historia de la Era cristiana, trata de demostrar los defectos de la usurpación de lo temporal por lo espiritual. La *Misión de los Judíos* se dedica al problema opuesto, y hace ver a qué condujo la usurpación de la Autoridad por el Poder, es decir, el cesarismo.

Contra esos errores repetidos en el curso de los siglos, Saint-Yves propone la forma ideal de un Gobierno que él llama *sinárquico*, es decir, en armonía con los principios eternos. Quiere remplazar la oposición existente entre el Poder y la Autoridad por su síntesis.

Para terminar con el estado de Europa, que él califica de *anarquía*, propone la *sinarquía:*

Hay que formar por encima de nuestras naciones, de nuestros Gobiernos, sea cual sea su forma, un Gobierno general, puramente científico, emanado de nuestras propias naciones consagrando todo lo que constituye su vida interior.

Y para ello sugiere la creación de tres consejos:

1.º) Un Consejo Europeo de las Comunas Nacionales (Londres, París, Bruselas, etc.), que se pronunciaría sobre todos los intereses económicos internacionales.

2.º) Un Consejo Europeo de los Estados Nacionales para pronunciarse sobre todas las cuestiones internacionales de derecho público: justicia internacional, revisión de tratados, organización de la diplomacia.

3.º) Un Consejo Internacional de las Iglesias Nacionales, que se pronunciaría sobre los problemas del culto, y también de la enseñanza, de las ciencias, las artes, etc.

Sólo sorpresa puede causar esta lectura por el carácter una vez más premonitorio de Saint-Yves. Su Consejo Europeo de las Comunas no se aparta mucho de lo que nosotros hemos construido bajo el nombre de Mercado Común. Su Consejo Europeo de Estados Nacionales tiene tanto de nuestro Tribunal Internacional de la Haya como de la Asamblea Europea de Estrasburgo[9]. Pero si bien hemos podido construir la Europa de los comerciantes y la de los juristas, sabemos que no se ha logrado todavía crear ese tercer Consejo que quería Saint-Yves: el de la espiritualidad, de las ciencias y de las artes. Para él, éste era, sin embargo, el esencial. Para nosotros también, por lo demás, ya que todos los europeos sienten claramente hoy que a Europa le falta unos cimientos más nobles que los del dinero y el derecho.

Por último, una anécdota. *La Misión de los Soberanos por uno de ellos* se presentaba, pues, como una obra anónima. La gente se preguntó quién sería el autor y, naturalmente, lo encontraron. La crítica virulenta del papado en ciertas épocas, y el áspero juicio del reino de Nápoles hicieron recaer las sospechas en los soberanos protestantes de Europa septentrional. Se atribuyó especialmente esta *Misión* al rey de Suecia.

La «Misión de los Obreros»: una denuncia de la política

La *Misión de los Obreros* (1882), publicada casi al mismo tiempo, iba firmada por Saint-Yves, lo que aclaró rápidamente a los especuladores. Simple folleto, esta nueva *Misión* puede ser leída aún hoy con provecho[10]. Mucho antes que Marcuse, Saint-Yves mostraba cómo las actitudes y las situaciones revolucionarias pueden ser «recuperadas» por unos partidos. Recalcaba que la cuestión del pauperismo, o si se prefiere la cuestión social, quedaba por resolver. Por una parte, los partidarios liberales del «laisser-faire, laisser-passer» no aportaban ninguna solución. Por otra parte, los teóricos socialistas partidarios del «todo a través del Estado» no tenían más éxito, como tampoco el sistema mixto de los proteccionistas. Ante semejante

fracaso de la teoría, los obreros se habían visto llevados a tratar de resolver el problema de su salario a través de congresos, huelgas y la proposición de un cierto colectivismo. Y Saint-Yves les decía:

La razón de vuestra impotencia es que los políticos han absorbido vuestro movimiento como anteriormente absorbieron todos los intereses nacionales. Ahora bien, su política no es una ciencia. No es más que un empirismo puesto simplemente al servicio de sus propios intereses, no de los vuestros. Son ellos quienes han producido este falso dualismo, en el que vosotros os extraviáis, de capital y trabajo, como también el del conservadurismo frente a la destrucción. A esta política conduce el sufragio al nombrar diputados encargados de todo y, a través de ellos, un Estado que lo hace todo[11].

Sin pretender en absoluto que Saint-Yves fuera un libertario, cabe sentir asombro de verle, por otra parte, denunciar el estado de Europa con el pretexto de *anarquía*, cuando lo que él enuncia aquí se vincula, al menos en la crítica, con ciertas tesis anarquistas de la época, totalmente hostiles a las elecciones y, por supuesto, al Estado.

Su crítica, en todo caso, no carece de fundamento. Denuncia al Estado como una oligarquía incompetente en materia económica. Sostiene que las cámaras parlamentarias son insuficientes ante la multiplicidad de las cuestiones modernas. Expone esta idea cuya prueba el mundo moderno nos ha aportado desde entonces con gran frecuencia: el Estado es a la vez despótico e impotente.

La solución sinárquica se apoya entonces en tres Asambleas. Igual que en el terreno internacional, cree en la virtud de tres Consejos. En el plano nacional, se imagina tres cámaras con funciones comparables a las de sus grandes hermanas: Cámara económica, Cámara de legislación civil, y, sobre todo, Cámara de enseñanza. Esta última parte, esencial para la teoría de Saint-Yves, parece faltar en nuestras sociedades modernas y que, según él, sólo ella permitiría a la inteligencia más elevada velar por la dicha y el equilibrio simultáneo de los Estados y de los hombres.

Se advertirá la extraña interdependencia de lo nacional con lo internacional en el esquema de Saint-Yves, en el cual se descubren ciertos elementos de su formación ocultista, sin duda a través de Fabre d’Olivet. La nación así construida representa el microcosmos de la sinarquía frente al macrocosmos

de la Sinarquía General. Obedecía a la vieja ley de Hermes Trimegisto, según la cual «todo lo que está arriba es igual a lo que está abajo»[12]. El equilibrio europeo, incluso el equilibrio mundial, antiguas quimeras, se realizaban así en el pensamiento de Saint-Yves, cuya teoría ternaria Stanislas de Guaita calificó de «magníficamente cabalística».

La «Misión de los Judíos»: una obra maestra atormentada

La *Misión de los Judíos* (1884) es considerada como la obra maestra de Saint-Yves d'Alveydre. En todo caso, se trata de la obra donde da muestras de una mayor erudición. Por otra parte, él la dedicó «a los sabios talmudistas, a los cabalistas y también a los esenios, no como un extranjero, sino también como uno de ellos, poseyendo la ciencia oral dejada por el propio Moisés».

Vasto fresco que abarca el período de la antigüedad hasta la diáspora[13], esta *Misión* se eleva constantemente a consideraciones generales. Tomando nota y explicando históricamente el divorcio entre la Autoridad y el Poder, concluye evidentemente en un próximo advenimiento de la sinarquía, veinte veces intentado y siempre traicionado, pero que finalmente se impondrá.

Se puede, sin embargo, reprochar a la *Misión de los Judíos* lo que, al mismo tiempo, es causa de su calidad: una excesiva diversidad, capítulos dirigidos un poco en todos sentidos. Saint-Yves ha abarcado tal vez demasiado. Aquí nos explica sucesivamente los misterios de los cuatro órdenes de la Ciencia (fisiogonía, cosmogonía, androgonía y teogonía). Sostiene que los antiguos disponían ya de todos nuestros conocimientos: electricidad, fotografía, mineralogía, química, pirotecnia, magnetismo, óptica, telegrafía, fisiología y astronomía eran para ellos muy conocidas. Por otra parte, Saint-Yves diserta sobre la diversidad de las razas humanas, las druidesas, el ciclo de Ram, el cisma de Irschu, Moisés y Zaratustra, del faraón Amós y de Jesús, de Nabucodonosor, de las instituciones del Imperio romano e incluso de la orden de los Templarios...[14]

Termina confiando en los judíos la gran misión de renacimiento que debe conducir a la instauración definitiva de la Sinarquía. Sólo ellos, en efecto, han sabido resistir a todos los cesarismos. Moisés salvó la Sinarquía recogiéndola en las universidades dorias más antiguas. Los judíos fracasaron primeramente en conservarla al dejar destruir Jerusalén. Jesucristo la reconstruyó, pero sigue

sin realizar ya que la Autoridad siempre es sacrificada frente al cesarismo. Los judíos son, a pesar de todo, la sal y el fermento de la vida de los cristianos. Les queda «realizar el judeocristianismo». Ésta es su misión, y ellos están dispuestos[15].

Esta obra tupida constituye la mejor exposición de la Sinarquía histórica. Señala, sin embargo, en Saint-Yves d'Alveydre el anuncio de un cierto giro hacia el iluminismo. Este giro se producirá en los libros siguientes y, más concretamente, en el más extraño de ellos, el más maldito en todo caso, aquel del que hablábamos al comienzo del capítulo: La *Misión de la India*.

La *Misión de los judíos* hablaba ya del Oriente y del Extremo Oriente, de la China, la India y el Japón, pero el tema versaba esencialmente sobre el territorio cubierto por la Biblia. Al parecer, un sabio indio se interesó en ella y vino, acompañado de otros asiáticos, a visitar oficialmente a Saint-Yves en 1884.

Llegamos aquí a uno de los aspectos más secretos de esta obra y su génesis. El sabio en cuestión se llamaba príncipe Hardjij Scharipf, nacido en 1838 en Bombay. Permaneció seis meses en París, enseñó el sánscrito a Saint-Yves y le reveló ciertos misterios iniciáticos de la India. Nada se sabe acerca de este misterioso personaje excepto por un retrato fotográfico que se ha conservado y por lo que nos dice el propio Saint-Yves d'Alveydre. Según éste, Hardjij Scharipf había sido enviado por el Gobierno mundial oculto con la misión de revelarle la existencia de un mundo desconocido: la *Agartha*.

La «Misión de la India»: revelaciones increíbles

De esta manera instruido, Saint-Yves se puso inmediatamente al trabajo y, en el mismo año 1884, inició la redacción de su *Misión de la India en Europa. Misión de Europa en Asia. La cuestión del Mahatma y su solución*.

Renunciando al secreto, entregaba así las revelaciones que había recibido del brahmán indio. La Agartha sería una ciudad iniciática subterránea que agruparía millones de personas. A la vez iglesia primitiva conservada y centro científico moderno, todos los estudios, todos los conocimientos se habrían acumulado allí durante siglos. Por ejemplo, se habrían llevado a cabo experimentos sobre la selección animal y zoológica. Asimismo, se estaría

trabajando allí sobre las diferentes formas de sueño, los regímenes alimentarios, la educación de la voluntad y todas las ciencias espirituales.

La situación geográfica de la Agartha es un secreto que Saint-Yves se negaba a revelar antes de la instauración final de la Sinarquía. Esencialmente subterránea, esta ciudad tendría también partes de ella al aire libre. En todo caso, algunos de sus ciudadanos estarían autorizados a salir de ella y mezclarse con nosotros. La población total llegaría a quinientos millones de hombres.

¿Saint-Yves juega aquí con la alegoría y quiere simplemente hablar de la India entera, significando a través de su imagen de ciudad subterránea que la realidad india no debe ser solamente apreciada *en la superficie?*

Esta sociedad tan numerosa que nos describe parece estar dividida en clases, lo cual vendría a confirmar nuestra hipótesis, aunque estas clases no sean las castas que el etnólogo puede descubrir. Saint-Yves habla primero de millones de dwijas («nacidos dos veces») o yoguis («unidos en Dios»), que forman el gran círculo o más bien el hemiciclo al cual pretende arrastrarnos. Luego, ascendiendo en la jerarquía («avanzando hacia el centro», según Saint-Yves), se encontrarían los cinco mil pundits («sabios»), que se dedican a las tareas organizadoras: enseñanza, policía interior, policía de las Cien Puertas. Este número de cinco mil no sería una casualidad, sino que correspondería al de raíces herméticas de la lengua védica. La Agartha entera sería, por lo demás, una imagen fiel del Verbo eterno a través de la Creación.

Después de los pundits vendrían trescientos sesenta y cinco bagwandas («cardenales»), tantos como días tiene el año. Existiría después un centro misterioso de doce miembros que representan la Iniciación Suprema y corresponden a los doce signos del Zodíaco. Cada uno de esos bagwandas o gurus («maestros») llevaría siete nombres. Tendría la ocasión de trabajar en la más fantástica de las bibliotecas: varios miles de kilómetros de obras, verdaderos archivos de la Humanidad. Sólo el soberano pontífice y sus asesores tendrían el catálogo y, por supuesto, el conocimiento total de estos preciosos expedientes.

El punto culminante de esta pirámide estaría en el Brâhatma («soporte de las almas en la mente de Dios»), asistido por el Mahatma («que representa al alma universal») y el Mahanga («símbolo de toda la organización maternal del cosmos»). Después de su viaje a Europa, parece que el sabio que se entrevistó con Saint-Yves, Hardjij Scharipf, se convirtió en Brâhatma[16].

¿Qué pensar de esta Agartha, pura invención del iluminismo de Saint-Yves, o imagen de un simbolismo a fin de cuentas bastante fácil de penetrar? La cuestión ha sido larga y muy seriamente discutida, como podremos advertir —aunque no sea ya nuestro tema— al referirnos a las obras de René Guénon y de Ferdinand Ossendowski[17]. Este último, explorador polaco, pretendió haber llegado, en el curso de una de sus misiones en 1922, ante la presencia del propio rey de la Agartha, es decir, el Rey del Mundo.

La *Misión de la India* no se limita, en cualquier caso, a estas asombrosas revelaciones, y el iluminismo de Saint-Yves, aunque es realmente la tesis a conservar, va acompañado seguramente de un don profético extraordinario.

En todas partes la Agartha le permite añadir a sus anteriores estudios detalles nuevos, pruebas inesperadas. La Agartha, evidentemente, es también para él una explicación fácil. Los residuos de conocimiento de que disponemos, pues estamos muy lejos del saber universal, son simplemente revelaciones técnicas o científicas hechas en ciertas épocas por habitantes de la Agartha llegados por un tiempo a vivir entre nosotros. El origen de los bohemios encuentra aquí su solución. Esos arios son una de las tribus expulsadas de la Gran Universidad subterránea. También los faquires son antiguos discípulos de la Agartha, «que se detuvieron en la entrada de los grados elevados» y se dedicaron a lo temporal, a una vida análoga a la de nuestros monjes mendicantes de la Edad Media. Sus ciencias, o más bien sus artes, no son por desgracia más que las migajas de un saber infinitamente más profundo y para nosotros siempre inaccesible.

La *Misión de la India* pide a la Agartha que acepte revelarse a nosotros. Por contra, les pide a los europeos el inmenso esfuerzo de revisar sus nociones sobre Oriente, de renunciar a la fuerza y de ir al encuentro de los que saben.

En uno de los textos más proféticos de este libro, leemos estas líneas perturbadoras que podrían parecer el anuncio del triunfo del comunismo chino, con la espiritualidad además:

Si no fundáis la Sinarquía —dice Saint-Yves d’Alveydre a los europeos— *veo en el plazo de un siglo vuestra civilización judeocristiana eclipsada para siempre, vuestra supremacía brutal dominada para siempre por un renacimiento increíble de Asia entera, resucitada, en pie, creyente, sabia, armada de los pies a la cabeza*[18].

Saint-Yves precisa a continuación que esta Asia a la que no habríamos sabido tender la mano tendría proyectos de justicia y cumpliría, en contra nuestra,

«las promesas sociales de los abrahámidas, de Moisés, de Jesucristo y de todos los cabalistas judeocristianos».

Pocas líneas después, Saint-Yves nos repite que la fuerza no nos servirá de nada contra este continente inmenso, en algunas frases que habrían podido servir útilmente de meditación en nuestra época a los presidentes americanos:

El remedio no es militar, ya que en este juego acabaréis por instruir militarmente, golpeándoles, a cerca de mil millones de asiáticos que, tarde o temprano, os harán conocer su peso.

El remedio que propone Saint-Yves no es tampoco diplomático. Para él no se trata solamente de una cuestión de buenas relaciones entre Estados. El remedio es la Sinarquía, ley histórica de la Humanidad demostrada en las *Misiones* precedentes.

Salvad así vuestras tiaras, vuestras mitras, vuestras Iglesias, vuestras universidades, vuestras coronas, vuestras repúblicas, todo lo que es vuestro, todo, incluyendo lo que la Revolución del 89 tiene de legítimo en sus promesas sociales, que sólo la Sinarquía judeocristiana puede mantener y cumplir.

De un modo también profético, Saint-Yves nos pide —en 1884, recordémoslo—, para caminar hacia las otras partes del mundo, que renunciemos a nuestro colonialismo:

Si no modificáis sinárquicamente vuestro régimen colonial, vuestras colonias asiáticas o africanas se os escaparán forzosamente[19].

Los nazis contra las obras de Saint-Yves

A primera vista, uno tiende a sonreír al leer la *Misión de la India*. Resulta fácil burlarse de un autor que acaba de hablarnos de una ciudad subterránea de quinientos millones de habitantes. Saint-Yves ha presentido ese peligro. Es muy consciente de él, y, en su epílogo, confiesa que se le tendrá quizá por «loco, engañado o engañador». Pero, después de las sonrisas, es imposible no verse cautivado por el don de visión de este asombroso pensador. Más allá de la letra, parece que estos textos llevan un mensaje que en muchos puntos se ha confirmado realmente en los hechos después de cien años.

Queda un último misterio. ¿Por qué Saint-Yves hizo destruir inmediatamente después de aparecer su *Misión de la India?* ¿Le embargó un temor ante los posibles sarcasmos? ¿Adivinó más bien que no sabríamos leer y entender a tiempo su grito anunciador? ¿Sabía que nos obstinaríamos hasta el límite, o casi, de la empresa colonial, que construiríamos un mundo en el que faltaría definitivamente la parte correspondiente al Amor?

Lo cierto es que él condenó su obra. Como excusa, invocó el hecho de que las autoridades superiores le habían ordenado no entregar así unos secretos en definitiva muy peligrosos. Si podemos hoy leer la *Misión de la India* es porque un ejemplar escapó por azar a la destrucción. Quedó en la biblioteca de Alexandre Keller, un hijo que la condesa Keller había tenido de su primer matrimonio. Inmediatamente después de la muerte de Saint-Yves en 1909, y seguramente contra lo que habrían podido ser sus últimas voluntades este ejemplar fue entregado al editor Dorbon-Aîné el cual lo volvió a publicar[20].

La maldición no iba a detenerse ahí, y otra desgracia esperaba a esa obra que nadie comprendía. Durante la ocupación alemana en Francia, en el curso de la Segunda Guerra Mundial, los nazis hicieron buscar todos los ejemplares y, una vez más, los destruyeron. Este gesto es incomprensible, ya que la cuestión colonial no se había planteado entonces apenas con acritud, dado que Mao Tsé-tung no había tomado el poder en China, que la Agartha no amenazaba a nadie, que mil millones de asiáticos no pesaban apenas en la balanza, y en resumen, que nadie podía comprender todavía el libro, hoy alucinante para nosotros, del marqués Saint-Yves d'Alveydre. Un gesto incomprensible, sí, a menos que...

EL MISTERIO DE FULCANELLI

Sería un error pensar que la ciencia moderna ha arrumbado la alquimia y ha hecho desaparecer a los alquimistas. La época contemporánea ha contado o cuenta siempre con adeptos de Hermes, lanzados a la búsqueda de la piedra filosofal, en la única gran aventura que haya valido nunca la pena de consagrar a ella toda una vida: la de la transformación de uno mismo y de las cosas. Cierto es que no constituyen legión, pero nunca, en ningún momento, fueron numerosos. Tanto en esa época como en las demás, hay que distinguir, por otra parte, todo género de pretendientes, desde los mejores hasta los peores. Hay, en primer lugar, aquellos que no hacen más que ruido, que se entregan a juegos de manos para el vulgo como titiriteros de feria y ni siquiera han intentado penetrar seriamente el misterio. Sin conocimientos suficientes, a menudo sin laboratorio y, sobre todo, sin paciencia, ¿qué es lo que podrían encontrar puesto que no buscan? Por más que se proclame la reencarnación de este o aquel alquimista del pasado, su propia afición por el escándalo o la publicidad debe poner en guardia contra los resultados que afirman haber obtenido, por lo demás incontrolables e incontrolados.

Entre aquellos que se jactan, con más derecho, de ejercer la bella profesión de alquimista, es decir, que se consagran a un trabajo real, no encontramos tampoco auténticos adeptos. Algunos han escudriñado seriamente la literatura alquímica antigua e intentado comprender. A falta de operaciones reales —ya que no repetiremos nunca lo suficiente que la alquimia no es una simple ascesis espiritual—, no han podido descubrir nada. Nosotros los llamaremos sólo historiadores de la alquimia, y algunos, por otra parte, son muy buenos. Otros supieron que había que ir más allá del saber libresco, tan útil, capital incluso, para llegar al horno y a las retortas. Pero eso tampoco es suficiente garantía. En todas las épocas han existido estos «sopladores», a veces sinceros, que se encadenan al laboratorio. En algunas ocasiones les debemos incluso descubrimientos químicos (y no alquímicos) interesantes. Paracelso decía de ellos, sin embargo, que no saben más que

«golpear la paja vacía». Ningún grano sale de sus golpes. Y es que hay pocos elegidos entre la pequeña masa de los llamados.

Quedan los verdaderos alquimistas, aquellos que han o habrían realizado la Gran Obra. Son excepción en nuestra época, así como en el siglo XVIII, como en el XVI. El Arte Superior no se entregaría más que en muy raras ocasiones y a muy raros buscadores. La Tradición nos lo enseña, y hay que creer en su modestia.

Los grandes alquimistas de finales del siglo XIX

¿A quién podemos entonces considerar como candidato serio al titulo de alquimista desde hace un centenar de años? Entre aquellos que ofrecen un mínimo de credibilidad, citemos quizá, con las reservas del caso, a Théodore Tiffereau, que desde 1860 a 1890 aproximadamente, publicó varias obras de calidad sobre el tema. Por una vez no nos enfrentamos con un literato, sino con un practicante en química, que por lo demás presentó seis Memorias a la Academia de Ciencias. Leeremos aún con provecho su obra, *El Oro y la transmutación de los metales*[1], donde cuenta cómo, después de un largo estudio de las minas de México y de numerosas experiencias, llegó a obtener trazas de oro en diversos compuestos argentíferos.

Albert Poisson (1868-1893), estudiante de Medicina, publicó poco después unos textos que permiten pensar que había logrado quizás un éxito capital en las investigaciones alquímicas. Pero la muerte —era tuberculoso— que se lo llevó a los veinticinco años no le dejó el tiempo necesario para explotarlo.

Después de la desaparición de Poisson, Jollivet-Castelot[2] se puso al frente del movimiento alquímico reorganizando la Sociedad Alquímica de Francia y creando la revista *L'Hyperchimie*. De una cultura extraordinaria, es posible, con todo, que hubiera desempeñado sobre todo el papel de un iniciador, de un fiel consejero. Todos los ocultistas de los años 1900-1910 se valían de su sabiduría y su amistad.

Más próximo a nosotros, en el siglo XX, podríamos también citar los trabajos del alquimista japonés Nagaoka, el cual sometía el mercurio a fuertes descargas eléctricas. O los de aquel que hizo correr mucha tinta, pero que se reveló finalmente como un simple timador, el polaco Zbaniez Dunikowski. Éste logró, en 1930, que le confiaran capitales para organizar

«transmutaciones» en el propio Colegio de Francia. El único resultado fue que antes de huir y desaparecer para siempre, hubo que condenarlo a dos años de prisión[3].

Todos esos buscadores más o menos malditos de la época contemporánea, tanto los iluminados como los falsarios, presentan un punto común: trataron de dar un aspecto científico a la alquimia. Apartándose deliberadamente de las oscuridades alegóricas de los maestros del pasado, se situaron en el terreno del laboratorio, el de la reacción química. Y hay otra cosa que los une: la ausencia de secreto, ya que todos quisieron o pretendieron trabajar a la clara luz del día.

Dos libros de una belleza eterna

Con Fulcanelli, sin duda el único grande y verdadero alquimista de comienzos de siglo, encontramos, por contra, la vieja canción: el misterio, la ausencia total de referencia química y el retorno al pensamiento tradicional que se presenta a la vez como magistral y esotérico. Fulcanelli es y seguirá siendo un caso aparte.

Nada se sabe de él, ya que el nombre que tomó era evidentemente un seudónimo y se dio a conocer solamente por dos publicaciones, *El misterio de las catedrales*, en 1926, y *Las moradas filosofales*, en 1930, dos obras de las que se tiraron trescientos ejemplares en casa de un pequeño editor, Jean Schemit, 45, rue Laffite, en París. La calidad del estilo, la abundancia de referencias que muestran una cultura clásica considerable y la originalidad de los puntos de vista sitúan inmediatamente a Fulcanelli en otro nivel. No se trata de una mente sólo científica que trata de mezclar elementos en una retorta con la esperanza de ver producirse lo inimaginable, sino de un filósofo fecundo, dedicado esencialmente a recorrer el camino de las ideas que podrían conducir el descubrimiento. Se sabe, por otra parte, que Fulcanelli escribió sus dos libros antes de haber logrado él mismo una transmutación.

El propósito de ambos libros es un poco el mismo. Consiste en mostrar que unos arquitectos —llamémosles simplemente así— introdujeron un saber alquímico en el plano, la composición y las esculturas de algunos grandes monumentos del pasado.

El misterio de las catedrales analiza bajo este enfoque la capilla de santo Tomás de Aquino, la Sainte Chapelle, la catedral de Amiens, el palacio Jacques-Cœur en Bourges, y sobre todo Notre-Dame de París. Su edición

original, igual que *Las moradas filosofales*, iba acompañada de unos dibujos admirables de Julien Champagne, un pintor oscuro que murió en la miseria en 1932 y que algunos confundirán con el propio Fulcanelli.



Un dibujo de Julien Champagne *El alquimista de Notre-Dame de París*.

En las ediciones más modernas, algunas muy bellas, esos dibujos han sido remplazados por fotografías[4]. Se cree, de este modo, ganar en precisión. Pero seguramente se pierde en comprensión, ya que la fotografía lo capta todo y no destaca lo esencial, aquello mismo que quería valorar Fulcanelli, por el rasgo del dibujante.

No analizaremos aquí en detalle esta obra que hay que leer desde la primera línea hasta la última para entender plenamente su mensaje, reteniendo aquí sólo la idea central, bien resumida en este párrafo:

Santuario de la Tradición, de la Ciencia y del Arte, la catedral gótica no debe ser considerada como una obra únicamente dedicada a la gloria del cristianismo, sino más bien como una vasta concreción de ideas, de tendencias, de fe populares, un todo perfecto al que podemos referirnos sin temor en cuanto se trata de penetrar el pensamiento de los antepasados, en el terreno que sea: religioso, laico, filosófico o social.

Demostrando esta idea con el ejemplo, Fulcanelli revela sin dificultad el significado que se quiso inscribir en las piedras, se trate de los medallones del pórtico central, como de ciertas estatuas, o del clásico plano en cruz[5]. La conclusión es doble. En primer lugar, Fulcanelli aporta la comprobación de una de sus primeras afirmaciones:

La catedral está para nosotros basada en la ciencia alquímica, investigadora de las transformaciones de la sustancia original, de la Materia Elemental (lat. materea, *raíz:* meter, *madre).*

Luego, en la última página, da su consejo al alquimista moderno:

La Naturaleza no se abre a todos, indistintamente, la puerta del santuario (...). Nadie puede pretender la posesión del Gran Secreto si no ajusta su existencia al diapasón de las investigaciones emprendidas.

Fulcanelli recuerda así que nada ha cambiado desde los trabajos de los alquimistas pasados: sin pureza de corazón, nada de descubrimientos. Y repite, después de haberlo hecho otros, las cuatro grandes reglas: saber, poder, atreverse y callar.

El neófito debe ejercitar constantemente sus facultades de observación y razonamiento, debe meditar para llegar al Saber. La imitación ingenua de los procedimientos naturales (usando las mismas palabras de Fulcanelli) añadido a la habilidad y la experiencia le darán el poder. Que sepa atreverse entonces, ya que a las virtudes de paciencia y voluntad hay que añadir las de la audacia y la decisión. Finalmente, llegado a Sabio, se acercará a los humildes.

Discípulo anónimo y mudo de la Naturaleza Eterna, apóstol de la eterna Caridad, permanecerá fiel a su voto de silencio. En la Ciencia, en el Bien, el adepto debe CALLARSE siempre.

La obra concluye con esta última recomendación, y hay que reconocer que, fuera quien fuera el misterioso Fulcanelli, él mismo observó estrictamente sus propias reglas.

Una meditación sobre el sentido de la muerte

Más vasta (340 páginas contra 142 de *El misterio de las catedrales*), la obra titulada *Las Moradas filosofales* aporta cien nuevos ejemplos, pero nada añade a lo esencial que se había dicho en el primer libro. En lugar de descifrar las catedrales, Fulcanelli aplica simplemente su espíritu a otros arquitectos: la casa solariega de la Salamandre en Lisieux, el castillo de Terre-Neuve en Fontenay-le-Comte, la Maison de l'Homme-des-Bois en Thiers, la propia abadía de Westminster y otras. Fulcanelli sostiene que en todas partes el pensamiento medieval fue de esencia fundamentalmente hermético-científica, no siendo el arte y la literatura más que sus servidores y que este pensamiento está escrito en la piedra. Por esto, los monumentos no deben ser considerados con la admiración del turista o el simple amor del amante de las cosas bellas. Algunas construcciones que subsisten son «los refugios del esoterismo antiguo, de los asilos de la ciencia tradicional», y hay que clasificarlos, dentro de la iconografía hermética, entre los guardianes de las «elevadas verdades filosofales»[6].

Las moradas filosofales, aun cuando no se apartan apenas de los puntos de vista de *El misterio de las catedrales*, producen un sonido diferente. La obra, rebosante de cultura, pues cita mil fuentes, mil referencias, es menos clara en su trazado y saca pocas conclusiones o las saca mal. Es de una lectura más difícil y la abundancia de documentación perjudica la demostración. Pero ofrece una riqueza inaudita a aquel que tenga la paciencia de seguirla. *Las moradas filosofales* parecen también el fruto de una mente más madura que *El misterio de las catedrales*, una mente que siente su obra innovadora detrás de sí, atenta sólo a consolidarla, a nutrirla, y enfocada ya hacia la muerte. Las últimas páginas están consagradas a una meditación sobre el fin del hombre. ¿Sentía ya Fulcanelli, que murió poco después de su redacción, acercarse el

frío eterno? En todo caso, lo acoge sin un escalofrío, más bien como una nueva etapa.

Para él, el hecho capital, objeto de las preocupaciones esenciales del verdadero hijo de Hermes, «no podría ser buscado ni encontrado en la vida, puesto que la vida está en nosotros, irradia a nuestro alrededor, nos es familiar». Esta afirmación, una vez más, disuade de que la alquimia pueda revelarse en una única búsqueda interior. Lo que Fulcanelli llama el hecho capital, «es en la muerte cuando podemos reconocerlo».

Por esto, en el momento en que manifiesta la inercia corporal, en la hora misma en que la Naturaleza termina su labor, es cuando el sabio comienza la suya.

Más preciso es aún este párrafo:

Considerado desde el punto de vista de su acción química sobre las sustancias de los tres reinos, la muerte se caracteriza claramente por la disolución íntima, profunda y radical de los cuerpos. Por ello, la disolución, *llamada* muerte[7] *por los autores antiguos, se afirma como* la primera y más importante de las operaciones de la Obra, *la que el artista debe esforzarse por realizar antes que cualquier otra. Aquel que descubra el artificio de la verdadera disolución y vea realizarse la putrefacción consecutiva tendrá en su poder el mayor secreto del mundo. Poseerá también un medio seguro de acceder a los sublimes conocimientos.*

Este párrafo, a pesar de su precisión, es a nuestro juicio uno de los más oscuros de la obra de Fulcanelli, y no tiene, por otra parte, más que una lejana relación con el propósito mismo tanto de *Las moradas filosofales* como de *El misterio de las catedrales*. Fulcanelli no habla ya, en efecto, de las huellas visibles y relativamente permanentes del saber sagrado que están inscritas en los monumentos. Diserta acerca de la realización misma de la Gran Obra, que sólo puede lograrse a través de la muerte.

¿Proporciona de esta manera una receta de laboratorio sobre la *disolución* como primer estadio de la reconstrucción de la materia? Tal vez se trate de otra cosa. Tras la publicación de sus obras, dos hechos importantes se produjeron, según se nos dice, en la vida de Fulcanelli. Realizó la Gran Obra. Y murió. ¿Están ligados entre sí ambos acontecimientos? ¿Quiere decirnos Fulcanelli que comprendió finalmente que el objeto de la alquimia no es sólo

una ascesis espiritual, pero tampoco la realización de una transmutación en el laboratorio? ¿Quiere significar que su objeto es la transformación de todas las cosas y no de un cuerpo, es decir, la transformación de uno mismo y del Mundo? En este caso se comprendía que la alquimia no se acaba nunca, que la Gran Obra nunca se termina, que la vida tampoco se termina. Para ir más allá, para seguir transformando todas las cosas y uno mismo, para adquirir nuevos conocimientos y participar más aún, mezclar mejor aún el alquimista y la Obra, hay que franquear las puertas de la muerte.

El proyecto de una investigación policíaca

Sea cual sea la opinión que tengamos de la alquimia y sus adeptos, vemos que estamos aquí en un plano de reflexión situado a otro nivel que el «de la plata amarilla» de los Tiffereau y los Jollivet-Castelot. Nos hallamos en plena reflexión filosófica sobre el sentido de la existencia. Hay que reconocer que, lejos ya de las bufonadas de los sopladores, sentimos un auténtico y profundo pensamiento cuya sinceridad es acentuada por el drama mismo. Adivinamos detrás de Fulcanelli, además de un adepto (creámosle bajo palabra), un verdadero pensador, una inteligencia aguda que reflexiona sobre sí mismo y que entra a grandes pasos en la eterna meditación sobre la Vida y la Muerte. A través de esto, se identifica con los más grandes. Y esto es lo que hace tan enervante el anonimato de que quiso rodearse. No acepta con agrado que una mente con puntos de vista tan inquietantes quede para siempre desconocida a la admiración de los hombres.

¿Quién era, así pues, Fulcanelli? ¿Quién era este extraño filósofo, maldito y misterioso, resignado, ante la amplitud de los problemas, a callar su propio nombre accesorio inútil y vanidoso, provisional entre todos, y que no quiso que nosotros conociéramos? Si no se temiera ultrajar así el deseo formal y comprobado de ese gran filósofo, valdría la pena emprender una investigación policíaca. Pero habiendo sido tomadas sin duda las precauciones necesarias para salvaguardar este anonimato deliberado, ¿no estaría esta búsqueda destinada a la incertidumbre, incluso a un fracaso total? Al menos podemos intentar, sin descubrir el nombre, buscar algunas indicaciones biográficas.

No se carece absolutamente de información sobre Fulcanelli. La mejor manera, para tratar de reconocerlo y desvelar su personalidad es indiscutiblemente escuchar y seguir a su discípulo, Eugène Canseliet. Si bien éste, al que tenemos por el último adepto verdadero[8], se ha negado siempre a

contestar a las preguntas y descubrir la identidad de su maestro, no ha dejado de escribir profusamente sobre el tema. Eugène Canseliet escribió el prefacio, en su época, de *El Misterio de las catedrales* y de *Las moradas filosofales*, cuyos textos pueden ser estudiados con provecho. Posteriormente ha ofrecido publicaciones personales en las que vuelve a hablar de su maestro, y, si llega la ocasión, levanta un poco el velo sobre ciertos episodios de su vida. Éstos son los textos que examinaremos, pues, en primer lugar, añadiendo a ello las informaciones que hemos podido obtener del propio Canseliet.

El prefacio de *El misterio de las catedrales*, fechado en octubre de 1925, es muy breve. Nos informa, sin embargo, de un hecho capital: Fulcanelli habría muerto ya en esa época.

El autor de este libro no está, desde hace mucho tiempo, entre nosotros. El hombre se ha borrado. Sólo permanece su recuerdo. Siento cierta pena al evocar la imagen de este maestro laborioso y sabio al que todo lo debo, lamentando, ¡ay! que hubiera partido tan pronto (...). ¿Acaso podía, llegado a la cima del Conocimiento, negarse a obedecer las órdenes del Destino? (...) Bajo el efecto de esta llama divina, el hombre viejo se ha consumido enteramente. Nombre, familia, patria, todas las ilusiones, todos los errores, todas las vanidades se convierten en polvo. Y de estas cenizas, como el fénix de los poetas, nace una personalidad nueva. Así al menos lo pretende la Tradición filosófica.

Mi maestro lo sabía. Desapareció cuando sonó la hora fatídica, cuando se cumplió el Signo. ¿Quién se atrevería, pues, a sustraerse a la ley? Yo mismo, pese al desgarramiento de una separación dolorosa pero inevitable, si me ocurriera hoy el feliz acontecimiento que obligó al maestro a huir de los homenajes del mundo, no actuaría de otro modo.

Fulcanelli ya no está. Sin embargo, y esto nos sirve de consuelo, su pensamiento permanece, ardiente y vivo, encerrado para siempre en estas páginas como en un santuario[9].

Este texto es quizá más complejo de lo que a primera vista parece. En ninguna parte se dice formalmente que Fulcanelli haya muerto. Ciertamente, todo apunta en esa dirección, pero cabría preguntarse de qué muerte se trata. Con claridad, solamente se nos dice que el autor «ya no está entre nosotros», que se ha «consumido», que un «feliz acontecimiento» le ha llevado a huir de «los homenajes del mundo». A pesar de lo que haya dicho Fulcanelli como etapa capital en el descubrimiento de la Gran Obra, ¿la muerte es un «feliz

acontecimiento»? ¿Y Eugène Canseliet llama a la muerte para sí mismo? No parece que sea así. Entonces nace esta interpretación: el acontecimiento capital que se produjo es sólo el logro de la Operación. Fulcanelli, habiendo cruzado *las puertas de la muerte*, ya no pertenece a este mundo. Se trata del mismo viaje que Canseliet invoca para sí mismo, sin perjuicio de renunciar a continuación a toda publicación. En pocas palabras, este texto no significa que Fulcanelli estuviera aún vivo en 1925, ni prohíbe pensarlo. Sólo una cosa es cierta: era un «hombre viejo».

Primera cronología de la vida de Fulcanelli

Los prefacios de las segunda (1957) y tercera (1964) ediciones de *El misterio de las catedrales*[10] nos aportan algunas informaciones adicionales. Entre otras cosas, descubrimos en ellos que la obra fue escrita en 1922 y que en esa fecha, con una proximidad de unos meses, Fulcanelli no había logrado todavía la Gran Obra. Quiso, sin embargo, a partir de ese momento conservar el anonimato, ya que «estaba cerca de la Iluminación». Ello vendría a confirmar nuestras hipótesis precedentes, según las cuales Fulcanelli no debía desaparecer y no desapareció más que a partir del momento del triunfo. Nos enteramos también de que el maestro de Fulcanelli, su maestro no sólo primero sino verdadero, fue Basilio Valentín, otro alquimista del siglo XIV o XV, que usó también un seudónimo[11]. Finalmente, se dice que Fulcanelli conoció al dibujante Julien Champagne en 1905 y a Canseliet en 1915. Escasas informaciones, pero las recogemos a falta de algo mejor con la esperanza de reconstruir la biografía del misterioso alquimista.

Los prefacios de *Las moradas filosofales*, a pesar de sus indiscutibles cualidades, son para nosotros más avaros aún. Sobre el propio Fulcanelli, no descubriremos más que una frase, escrita en 1958 para la segunda edición, en la que se nos dice que Fulcanelli «empleó más de veinticinco años buscando ese *Oro de los Sabios* que tenía en todo momento cerca de él». Simple notación, esta vez, pero que nos permite poco a poco trazar el cuadro cronológico de una vida.

En *Alquimia, estudios diversos de simbolismo hermético y de práctica filosofal*, publicada en Pauvert en 1964, Eugène Canseliet deja escapar una información más. Nos dice que Fulcanelli realizó una «experiencia feliz»,

entiéndase la transmutación, en una fábrica de gas y ante tres testigos «de los que sólo uno ha muerto». He aquí que acaba de dar una indicación sobre las actividades del alquimista, que disponía sin duda de un laboratorio en el organismo de fabricación y distribución que precedió al Gas de Francia y que se llamaba entonces Gas de París[12].

Nosotros podemos, sobre este episodio de la transmutación de la fábrica de gas, facilitar informaciones hasta ahora desconocidas. He aquí la identidad de las tres personas, que, además de Fulcanelli, asistieron a la experiencia: Julien Champagne, el pintor; Gaston Sauvage, ingeniero químico de Poulenc, y el propio Canseliet. Fue este último quien (él nos lo ha contado) procedió a la transmutación siguiendo las instrucciones y bajo la dirección de Fulcanelli. Éste le habría entregado previamente tres fragmentos de la «piedra de transmutación»: uno del tamaño de una gruesa cabeza de alfiler, y los otros dos, más pequeños.

Finalmente, prosiguiendo nuestra investigación a través de todas las obras del discípulo, llegamos a *La Alquimia explicada sobre textos clásicos* (Pauvert, 1972), por lo que nos enteramos de que Eugène Canseliet... estuvo trabajando durante siete años en una fábrica de gas, la de Sarcelles. No deducimos de ello la identidad de los dos hombres, pero al menos empezamos a concebir cómo pudieron encontrarse. En el mismo estudio, nos enteramos de que Fulcanelli adoraba los juegos de palabras, lo que sabíamos ya por la lectura de sus libros, y que fue en la fábrica de gas perteneciente a la «Compañía Georgi» donde se efectuó «la transmutación famosa, hace ahora justo medio siglo». Esta transmutación, que se remontaría pues a 1922, no podía haber sido realizada por Canseliet solo, ya que en esa época él reconoce que no estaba aún tan adelantado. Por último nos dicen para la pequeña historia que Fulcanelli conoció muy bien a Pierre Curie (1859-1906), y después a su mujer Marie Sklodowska[13].

¿Podremos con esos pocos elementos comenzar a reconstruir la biografía de Fulcanelli? Lo que sí podemos al menos es tratar de deducir algunas indicaciones, a condición de comenzar al revés.

?	Muerte de Fulcanelli.
1930	Publicación de *Las moradas filosofales*.
1926	Publicación de *El misterio de las catedrales*.
1922	Fulcanelli traza el borrador de *El misterio de las catedrales*. Poco después, es introducido (o trabaja) en la compañía del gas

	de Sarcelles, donde consigue la Gran Obra.
1922	Fulcanelli hace investigaciones.
1915	Se encuentra con Canseliet, que trabaja en la fábrica de Sarcelles.
1905	Conoce a Julien Champagne.

Por último, considerando el hecho de que era «un hombre viejo» en 1925, fórmula que corresponde a un hombre de sesenta años como mínimo, se podría dar una indicación sobre la fecha de nacimiento de Fulcanelli, fijándola en 1865 como máximo. Aparece entonces una posibilidad. Dado que el alquimista estaba unido a Pierre Curie, ¿no tenía quizás una edad semejante? Eso permitiría adelantar aún más su fecha de nacimiento, y fijarla en 1860.

Sobre la edad de Fulcanelli, tenemos también otra fuente de información. Eugène Canseliet nos ha contado que en 1919 llevaba luto por su abuela que acababa de morir a los ochenta años. Fulcanelli le habría dicho: «Toma, ésta es precisamente mi edad.» El alquimista habría nacido, por lo tanto, en 1839, y tendría ochenta y cuatro años en 1922, en el momento de la transmutación de Sarcelles.

Hemos interrogado a Canseliet sobre la apariencia de Fulcanelli en esa época:

«*Aparentaba su edad. Era un anciano de 1,72 m. de estatura aproximadamente y con una hermosa barba sedosa*.»

A falta de indicaciones más precisas, resaltemos que parecen surgir dos polos en la vida de Fulcanelli: el mundo de la fábrica de gas y un pequeño círculo esotérico.

El mundo de la fábrica de gas, hemos mostrado ya cómo aparece. Fulcanelli, igual que Canseliet, ha formado parte de él o ha podido frecuentarlo. Es probable que el primero, cuya cultura no necesita demostración, hubiera realizado estudios avanzados. Podemos imaginar, pues, que si pertenecía a la fábrica ocupaba en ella un puesto importante, quizás el de un ingeniero. ¿No es posible acaso encontrar una relación del personal de la fábrica de gas en 1922? Habría muchas posibilidades de leer en ella el verdadero nombre de Fulcanelli, a menos que hubiera prestado sus servicios allí sólo como invitado, que se hubiera puesto a su disposición un laboratorio sin que perteneciera al personal.

El mundo del esoterismo es, asimismo, uno de los marcos de la vida de

Fulcanelli. Sin querer minimizar la importancia de la investigación personal y el aspecto de toda personalidad, apenas podemos imaginar que un hombre se lance a la conquista del Mercurio de los filósofos sin leer, sin hablar a su alrededor, sin buscar contactos. Antes de ser adepto, se es neófito; antes de encontrar, se busca. El pequeño círculo al que debió, si no pertenecer, al menos participar Fulcanelli, fue sin duda el de Pierre Dujols.

Sabemos que este librero, apasionado por las ciencias tradicionales, daba recepciones en su casa[14]. La prueba de sus relaciones con Fulcanelli no resulta difícil de establecer. *El misterio de las catedrales* lo cita en varias ocasiones: «El erudito Pierre Dujols», «el sabio Pierre Dujols», etc. Canseliet, que debía formar parte del pequeño grupo, cita también al librero en términos elogiosos. Champagne, el dibujante, tenía relaciones indiscutibles con Dujols, con el que estaba incluso íntimamente ligado. Así pues, si bien no hemos penetrado el misterio Fulcanelli, pensamos haber logrado, relacionando simplemente hechos inconexos que todo el mundo puede comprobar, dar una cronología pasable de su vida y situarla en unos ambientes concretos.

Unos personajes en busca de autor

¿Podemos ir más lejos aún, es decir, atribuir esta vez un verdadero nombre patronímico al personaje de Fulcanelli? Muchos lo han intentado, sin gran provecho. Si descartamos la idea de una obra escrita por varias personas, lo cual está en contradicción si no con la relativa unidad de estilo, sí al menos con la unidad de inspiración, el campo de investigaciones es bastante reducido.

Se ha avanzado el nombre de J.-H Rosny hijo (1856-1940) como el del personaje que se ocultó bajo el seudónimo de Fulcanelli. Nosotros no creemos demasiado en ello. Es cierto que dicho escritor es autor de una brillante novela fantástica, *Xipéhuz* (1887), y ofreció un curioso *Ensayo sobre la discontinuidad y heterogeneidad de los fenómenos* (1919). Pero el resto de su obra parece muy alejado de las preocupaciones alquímicas, y no se acercó nunca, que nosotros sepamos, a una fábrica de gas.

Se ha querido también identificar a Canseliet con Fulcanelli. Ahí, los puntos de convergencia son inquietantes, ya que encontramos los dos marcos de vida idénticos: la fábrica de gas y el círculo Dujols. Y aún más, podemos revelar que los manuscritos originales de ambas obras de Fulcanelli, tal como fueron remitidos al editor Schemit, *eran totalmente de la escritura de*

Canseliet. El contrato de edición fue por otra parte extendido a nombre de Eugène Canseliet, que, aún hoy, es el poseedor legal de los derechos sobre ambas obras.

¿Y por qué no nos quedamos entonces con Canseliet como uno de los autores (o el único autor) de *El misterio de las catedrales?* Por tres razones. En primer lugar, las referencias cronológicas son discordantes, pues Canseliet era mucho más joven que su maestro. Luego, el discípulo de veintitrés años de edad en 1922, no tenía, en nuestra opinión, todavía la cultura hermética y artística necesaria para escribir semejante obra. Por último, hemos procedido a un sondeo en los textos de Fulcanelli y de Canseliet, comparándolos, para ver si surgen similitudes de estilo. Parece indudable que algunos pasajes proceden de la mano de Canseliet. Hemos observado, por ejemplo, una cierta frecuencia de las palabras empleadas: el empleo común de tiempos gramaticales raros (imperfectos de subjuntivo, condicional pasado) y de signos de puntuación particulares (especialmente el guión para abrir los incisos). Pero otros pasajes no ofrecen las mismas características. Llegamos, pues, a la conclusión de que Canseliet no hizo más que manipular un texto primitivo. Con gusto nos lo confirmó él mismo en el curso de una conversación.

«Sí, yo he trabajado a partir de un borrador al que he dado forma. Sin embargo, algunos pasajes enteros del original han permanecido intactos. Luego, mis dos manuscritos, tanto el de *El misterio de las catedrales* como el de *Las moradas filosofales*, han sido finalmente revisados por el propio Fulcanelli, que, por otra parte, ha efectuado pocas modificaciones.»

A la luz de estas explicaciones, si bien creemos en la intervención de Canseliet en las dos obras, rechazamos la tesis de la identificación total de Canseliet con Fulcanelli. ¿Habría sido, pues, Pierre Dujols el alquimista misterioso? No ha faltado quien lo sostuviera. La curiosidad del librero por las ciencias ocultas, sus propias publicaciones esotéricas con el seudónimo de *Magophon*, hacen de él un candidato de elección. Canseliet lo conoció y habla de él en varias de sus obras. Escribe, por ejemplo, que «*Magophon* es el seudónimo *parlante*, que oculta apenas a Pierre Dujols, el librero erudito que muchos creen que fue Fulcanelli»[15]. Pero si Dujols se ocultaba ya bajo el nombre de *Magophon*, ¿por qué habría adoptado un segundo seudónimo? Y lo mismo que con Rosny hijo, no parece tener relación alguna con una fábrica de gas.

Interrogado recientemente acerca de la personalidad real de Fulcanelli, Jacques Bergier enunció delante de nosotros una nueva hipótesis según la cual el autor de *El misterio de las catedrales* no sería otro que Schwaller de Lubicz, un curioso egiptólogo internacional que dividió su vida entre París, Saint-Moritz, Palma de Mallorca y, evidentemente, Egipto. Jacques Bergier se basa en el hecho indiscutible de que Schwaller de Lubicz es el único, aparte de Fulcanelli, en haber descrito los monumentos, no como simples producciones arquitectónicas sino como resúmenes de la filosofía antigua. Esto es lo que demostró, por ejemplo, con el templo de Luxor[16]. La identificación de los dos nos parece, sin embargo, inadmisible, en primer lugar y fundamentalmente por razones cronológicas. Las publicaciones de Schwaller de Lubicz son muy posteriores. Sin duda leyó a Fulcanelli, pero de ahí a confundir a ambos hombres, hay un paso que nosotros no franquearemos. Además, la cultura del adepto (sus referencias librescas que nosotros hemos anotado cuidadosamente dan fe de ello) eran esencialmente latina y francesa, en tanto que el bagaje intelectual de Schwaller de Lubicz fue ciertamente, si no más profundo, sí al menos más variado, más cosmopolita.

Queda la tesis clásica: Fulcanelli habría sido Julien Champagne, el dibujante de *El misterio de las catedrales* y *Las moradas filosofales*, que conoció precisamente a Schwaller de Lubicz y murió en la miseria en 1932. Es preciso decir que se trata de la solución más probable. A falta de poseer un texto escrito por Champagne, no hemos podido proceder, como en el caso de Canseliet, a la larga pero fructífera comparación del vocabulario, de los tiempos gramaticales y de los signos de puntuación empleados. A veces se objeta en contra de esta hipótesis que el dibujante carecía de la cultura científica necesaria para escribir la obra de Fulcanelli. Este argumento nos parece insuficiente. La cronología se ajustaría. Champagne pudo ser introducido en la fábrica de gas por Canseliet. Frecuentó íntimamente a Dujols. *El misterio de las catedrales* termina con un escudo y un gallardete. Éste dice: *Uver Campagna*. ¿Habrá que entender: *Obra de Champagne?* El escudo ostenta un hipocampo, que puede en rigor indicar la firma cabalística (*hippos* significa caballo, yegua o cábala) de un cierto *campus*, es decir, campo o campiña. ¿Esos gráficos firman los dibujos solamente, o la obra entera? Nadie, salvo Canseliet, podría decirlo hoy.

Canseliet niega que Champagne fuera Fulcanelli. Sus negativas no nos han convencido por completo. Pero tal vez quiere decir que Fulcanelli no es

nadie, ni siquiera Champagne: una simple entidad, un ser extraño, un «autor irreal» nacido de la composición de varios elementos. En este caso, creemos que Champagne fue probablemente uno de esos elementos. Únicamente él, en todas las hipótesis estudiadas, conocía perfectamente las catedrales, y tenía la cultura artística necesaria para escribir las obras en cuestión.

La personalidad de Champagne sigue siendo, por lo demás, bastante enigmática. He aquí lo que sabemos. Nació en febrero de 1877, y se matriculó en las Bellas Artes. De esta época de su juventud, quedaría un retrato del obispo de Burdeos. Se encontró con Fulcanelli en 1905, dice Canseliet (¿es decir, que comenzó entonces a interesarse por la alquimia?). Champagne no dejó una gran obra de pintor porque tuvo que ganarse la vida con trabajos de diseño industrial. Canseliet se encontró con Champagne en 1916, cuando este último vivía en un pequeño apartamento de dos piezas en la rue Vernier desde el cual se veía el monte Valerien. Los dos hombres estaban probablemente muy ligados. Más tarde, el pintor trabajó para Bertrand de Lesseps, un hijo del constructor del canal de Suez, y vivió en un rincón de su magnífico hotel particular, en la Avenue Montaigne. Por 500 francos al mes, seguía haciendo diseño industrial, y, en especial, ponía a punto el diseño de una hélice destinada a propulsar un trineo polar. Posteriormente, Champagne trabajó por cuenta de otro hijo de De Lesseps que tenía un castillo en Loroy (Cher). Allí, el pintor trazó los planos de un frigorífico. Finalmente, en 1922 Champagne acudió a instalarse al mismo tiempo que Canseliet en una buhardilla, en el 59 bis de la rue Rochechouart. Por casualidad, ésta es la fecha de la redacción del borrador de *El misterio de las catedrales*. ¿Cómo no pensar que esta proximidad favoreció una colaboración entre los dos hombres?

Señalemos finalmente que, según Canseliet, Champagne percibía al final de su vida una pensión de 2.000 francos al mes de Fulcanelli (¿derechos de autor?). El pintor no murió, pues, en la miseria, aunque los testimonios nos informan de que su tren de vida, en su buhardilla, era muy modesto. Verdad es que Champagne había sido destruido por ciertos excesos. Murió en agosto de 1932 a consecuencia de una arteritis obturante de la pierna derecha.

El verdadero nombre de Fulcanelli

No debemos olvidar, para terminar, una última hipótesis, según la cual Fulcanelli habría sido simplemente... Fulcanelli. Queremos decir un hombre diferente a todos los que hemos citado, un ser aparte. Esta última proposición nos parece la mejor, porque aun cuando Fulcanelli se hubiera llamado para la gente Rosny hijo, Dujols, Canseliet, Champagne o Dupont, su obra fue probablemente muy distinta de su vida cotidiana. El autor de *El misterio de las catedrales*, elevándose a la cima de la genialidad, tiene poca relación con la envoltura carnal que haya podido habitar.

En todas las épocas, los alquimistas han querido manifestar esta separación, porque precisamente la Gran Obra transforma a aquel que la realiza. Ni Basilio Valentín ni Filaleteo[17] se llamaban así en la vida. El seudónimo es indispensable para el alquimista que ha logrado sus fines. Así, Fulcanelli fue en todo caso Fulcanelli, lo que su nombre indica perfectamente: el Vulcano del sol (Fulcan-elli).

Su verdadera identidad será siempre Fulcanelli. La falsa sería la que se pudiera descubrir, la de un hombre sin duda como los demás, que comía, dormía, se paseaba, en resumen que no hacía nada importante.

Hay, además de Canseliet un testigo que, sin embargo, le habría conocido en estas modestas actividades. No el editor Jean Schemit, que al parecer recibió de manos de un tercero los manuscritos, sino Jacques Bergier, el cual, en *El retorno de los brujos*[18] cuenta que el sabio André Helbronner le presentó, en junio de 1937, en una fábrica de gas del norte de París, un personaje que pretendió ser el autor de *El misterio* y de *Las moradas*. Este curioso individuo habría despertado la atención de los visitantes, apasionados ya por las investigaciones nucleares, sobre los futuros peligros del átomo. Incluso la idea, absolutamente nueva en esa época, y con razón, de las lluvias radiactivas habría sido emitida. Hemos tenido interés en interrogar personalmente a Jacques Bergier sobre este encuentro para hacerle precisar algunos puntos. Así, nos dijo que el hombre en cuestión que se hacía pasar por Fulcanelli tendría unos cuarenta años. Esto no concuerda en absoluto con el cuadro cronológico establecido más arriba. Cabe, evidentemente, imaginar que el alquimista poseía el elixir de larga vida y no sufría el peso de los años. Se ha sostenido incluso que Fulcanelli no murió nunca, o, más bien, que renacía constantemente bajo nuevas envolturas corporales... Todo puede ser imaginado, pero ¿qué queda finalmente de este género de especulaciones? Si Eugène Canseliet no ha revelado, cuarenta años después, el nombre mortal de Fulcanelli, sin duda ya no lo hará nunca. Por otra parte, él nos ha declarado formalmente que no lo conocía siquiera. Se emitirán otras hipótesis sobre este

misterio, lo que, por lo demás, él parece temer, y así escribe que «con respecto al gran secreto nadie sabe qué es lo que no se ha dicho y qué es lo que se imaginará en el futuro».

No estamos lejos, finalmente, de compartir sus temores, ya que el descubrimiento de un hombre, de un simple nombre, no nos aportaría nada capital, y tal vez nos apartara de lo esencial. Un marco cronológico era en verdad necesario, por ejemplo, para estudiar influencias, paternidades o filiaciones. A pesar de las lagunas, creemos haberlo establecido. Hemos ido tan lejos como era posible y sobre todo necesario. El resto es pobreza de registro civil, sin ninguna importancia. Lo esencial es la obra de Fulcanelli a la que ningún otro nombre (aunque se llegara a descubrir) se ajustaría nunca.

Eugène Canseliet lo ha comprendido admirablemente, al escribir:

Así, a partir de la reunión de la primera parte de sus escritos, el Maestro manifestó su voluntad —absoluta y sin apelación— de que permaneciera en la sombra su entidad real, que desapareciera su etiqueta social definitivamente cambiada por el seudónimo querido por la Tradición y desde hacía mucho tiempo familiar. Este nombre célebre está tan sólidamente implantado en las memorias hasta las generaciones futuras más lejanas que es positivamente imposible que sea sustituido jamás por ningún patronímico...[19].

LA DESTRUCCIÓN DE LOS LIBROS

Hablar de los libros misteriosos podría llevarnos millares de páginas. Como hemos visto, todo escrito es por definición extraño e incluso sospechoso, ya que aspira a distraer al hombre, a tomarlo en un mundo conocido para llevarlo a otro desconocido, o a enseñarle, es decir, a cambiar las normas que considera establecidas. Por lo demás, este misterio primordial se complica en seguida, ya que existen toda clase de libros, y éstos encierran toda clase de misterios.

Hay en primer lugar el misterio de los libros reales, aquellos que existen indiscutiblemente y que, aunque raros, pueden ser hallados en las bibliotecas: misterio de su contenido más o menos esotérico, o misterio de su autor que a veces ha querido ocultarse. De éstos hemos dado abundantes ejemplos y aún podríamos añadir muchos más. Si dispusiéramos de tiempo y de espacio podríamos demostrar también que incluso algunos textos clásicos son (o son tal vez) algo muy distinto de lo que hemos aprendido. *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero, así como el *Soneto* de las vocales de Rimbaud, han sido leídos por algunos como mensajes alquímicos que cuentan simbólicamente la receta de la Gran Obra.

A propósito de la alquimia, habría que decir también que algunos autores son quizá distintos de lo que nos han enseñado. ¿Por qué no se conserva de la obra de Newton (1643-1727) más que la parte propiamente científica que se refiere al descubrimiento de la gravitación universal, a la descomposición de la luz y al cálculo diferencial?[1] ¿Sabemos que el gran sabio nos dejó textos muy diferentes, que se sitúan en una perspectiva muy distinta? Este extraño aspecto de Newton ha sido objeto de estudio en los Estados Unidos y se ha sabido que si bien nunca publicó una línea sobre la alquimia, dejó al menos 500.000 palabras en manuscritos alquímicos que nadie ha descifrado plenamente aún y que se conservan en la biblioteca de Portsmouth. El filósofo John Maynard Keynes escribió al respecto:

Newton no fue el primero de los racionalistas. Fue el último de los magos, el último superviviente de la época de Sumer y Babilonia, el último gran espíritu que contempló el mundo invisible y visible con los mismos ojos que comenzaron a reunir nuestra herencia intelectual hace un poco menos de 10.000 años. ¿Por qué le he llamado «mago»? Porque veía el Universo entero como un enigma, como un secreto que puede ser comprendido aplicando el pensamiento puro a ciertas pruebas. Él cree que los indicios que pueden conducir a la solución del enigma se encuentran parcialmente en el cielo, así como en la constitución de los elementos (por ello, se lo toma equivocadamente por un experimentador científico), pero también en ciertos documentos y tradiciones que han recorrido el curso de los tiempos sin interrupción, como una cadena que jamás fue rota desde las primeras revelaciones enigmáticas ocurridas en Babilonia[2].

¿Cuánta gloria no echaríamos abajo o, más bien, cuántos retratos de autores y sabios clásicos enriqueceríamos llevando un poco el estudio hasta sus libros más desconocidos? La literatura y la ciencia oficiales no son más que pedazos escogidos. Han tomado de ciertas mentes lo que querían conservar, rechazando el resto con peligro de grandes contrasentidos.

Viaje al mundo de lo imaginario

Entre los libros misteriosos, ¿no habría que citar acaso los que no existen, todas esas obras más o menos imaginarias que contendrían inmensos secretos y que nadie ha leído nunca? Así, por ejemplo, el famoso *Necronomicón*, atribuido al árabe demente Abdul al Azred, que no existió más que en la mente de aquel autor fantástico que fue Lovecraft. Citemos también las *Estancias de Dzyan*, que Madame Blavatsky (1831-1891), una de las fundadoras del movimiento teosófico, pretendió primero poder «consultar a través de la clarividencia» *(sic)* y del cual habría recibido posteriormente un ejemplar en la India[3]. Nadie excepto ella tuvo nunca en sus manos el original de esta extraordinaria obra en la que, al parecer, se albergaban verdades tan profundas que conferían poderes mágicos a los hombres...

Madame Blavatsky no fue la única en imaginar así una «biblia» irreal y prodigiosa. El famoso Mathers, uno de los fundadores de la sociedad secreta inglesa llamada *Order of the Golden Dawn*, a finales del siglo pasado,

sostuvo también que poseía un ritual secreto, llamado «manuscrito Mathers» por los especialistas, en el cual estaría resumido el modo de empleo de extraordinarios poderes[4].

En el terreno literario, ¿cómo no evocar también todos los libros citados por Jorge Luis Borges? Casi en cada una de las novelas de este autor fantástico, hace alardes de erudición mezclando libros reales e irreales. Cuánto nos gustaría leer estas misteriosas obras que, según él, se titularían *The Anglo-American Cyclopedia* (Nueva York, 1917), *History of the Land called Uqbar*, de Silas Haslam (1874), *A First Encyclopedia of Tlon*, vol. XI (1.001 páginas), *The Approach to Al'Mu'tasim*, de Philipp Guedalla, la monografía de Pierre Ménard sobre la *Characterística universalis de Leibniz* (Nimes, 1904), o también todos los volúmenes de que habla en su *Biblioteca de Babel*[5].

Uno comienza a veces a preguntarse si esos libros no existirán realmente, ya que Borges hace referencia a ellos con un lujo de detalles muy convincente. Facilita el nombre del autor, la fecha de publicación, a veces incluso extrae de ellos una cita, y todo ello al lado de obras existentes y controlables que figuran en las bibliotecas públicas. Rabelais se había divertido ya con este juego. Borges añade no se sabe qué encantamiento que hace sus bibliotecas aún más dignas de crédito, jugando sin cesar con lo real y lo imaginario, hasta convencernos finalmente, y con razón, de que apenas hay una diferencia entre una cita exacta y otra creada, entre un libro impreso y otro inventado. Los más falsos acaban por ser los más verdaderos.

La sublime biblioteca de Alejandría

El estudio del carácter maldito de ciertos libros es, no obstante, más fructífero para nuestro estudio. Nos enseña, en efecto, que nada hay más frágil que un libro. Nada más frágil y, al mismo tiempo, lo contrario: nada más sólido. En todas las épocas se han quemado libros, se han saqueado bibliotecas y se han condenado publicaciones a la hoguera. Y, sin embargo, cada día se encuentran, se hacen renacer a partir de nada, algunos fragmentos de viejos rollos mutilados o quemados. Ésta es la paradoja del libro: mortal e inmortal.

La historia de las destrucciones no comienza seguramente con el incendio de la biblioteca de Alejandría. Ésta fue, sin embargo, una de las más magníficas destrucciones de escritos perpetrada nunca, destrucción por otra

parte repetida, ya que diversas desgracias sucesivas se abatieron sobre los libros que se conservaban en ella.

La Biblioteca de Alejandría habría sido fundada por Ptolomeo Soter (muerto en el año 283 antes de nuestra era) en un barrio de la ciudad llamado Brucchium[6], y continuada por su hijo, Ptolomeo Filadelfo. Muy pronto, tomó una extensión considerable. Según el historiador Flavio Josefo, Demetrios de Falera, conservador del lugar en la época de Ptolomeo Filadelfo, recogía todas las obras dignas de interés que podía procurarse en el mundo mediterráneo y reunió aproximadamente unos 200.000 volúmenes.

Esta magnífica colección fue aumentada por los siguientes faraones, y especialmente Evergèta II, que había imaginado un medio práctico para enriquecerla. Mandaba apoderarse de todos los libros que llegaban a Egipto y permitía hacer una copia de ellos que entregaba a sus propietarios... guardándose los originales. Según Aulu-Gelio y Amiano Marcelino, la biblioteca se benefició mucho de este régimen, pues alcanzó la cifra de 400.000 volúmenes en Brucchium, a los que hay que añadir otros 300.000 que, por falta de espacio, se almacenaron en un edificio anexo, en Serapeum.

No debemos dejarnos engañar por las cifras, ya que la noción de «libro» era un poco diferente en la Antigüedad de la que tenemos hoy. Tal vez, en lo que concierne a la biblioteca de Alejandría, el término de «tratados» se ajustaría mejor: un «libro» del Antiguo Testamento, el *Génesis*, por ejemplo, o un diálogo de Platón, o el *Pro Murena* de Cicerón, no llenarían el espacio que corresponde a lo que nosotros hoy llamamos «libro»[7]. Una obra de tres o cuatrocientas páginas impresas no podría tampoco compararse, por la importancia del contenido, con uno de los rollos de papiros egipcios. Éstos tenían, en general, de siete a diez metros de longitud (el mayor conocido alcanza los cuarenta metros), y apenas podían contener uno de esos «tratados» de que hablábamos.

Pero no por ello las destrucciones sucesivas de la biblioteca de Alejandría dejaron de afectar a gran número de escritos importantes. La primera se atribuye a Julio César, que, no obstante, nada tuvo que ver con ella. Dividió, ciertamente, la biblioteca y proyectó reexpedir una parte de ella a Roma, pero de ninguna manera provocó el incendio que asoló el cobertizo de los muelles donde los libros habían sido almacenados. De todos modos, la destrucción no debió de afectar entonces más que a 50.000 volúmenes y la célebre biblioteca debía durar en total mil años.

Sin embargo, la maldición se encarnizaría con ella. En el año 285, el emperador Diocleciano emprendió el asedio de Alejandría y después de su victoria mandó efectuar destrucciones sistemáticas para destrozar los marcos de la nación egipcia e impedir que se reconstruyeran. Para ello, era preciso la ruina del patrimonio cultural. Entonces se quemaron, pues, los libros egipcios.

En el año 390, el patriarca de Alejandría, Teófilo, al que Gibbon[8] califica de un «hombre audaz y perverso, enemigo perpetuo de la paz y la virtud, siempre hambriento de oro y sediento de sangre», decidió acabar con el paganismo de su diócesis e hizo destruir el templo de Serapis cuyo anexo contenía una biblioteca. También aquí, millares de manuscritos fueron saqueados y dispersados.

El último golpe fue descargado por los árabes. El historiador Abd al-Latif escribe que «la Biblioteca de Alejandría fue quemada por Amr ibn el-As, con el permiso de Omar». Según otro historiador árabe, Abulfardge, Omar dio estas instrucciones precisas: «En cuanto a los libros, si lo que contienen es conforme al Libro de Dios (el *Corán*), este libro los vuelve inútiles. Sí, por el contrario, lo que encierran se opone al Libro de Dios, no los necesitamos.» Por ello, Amr ibn el-As habría hecho distribuir los libros en cuestión por los baños de Alejandría para que sirvieran de combustible en los fogones. Fueron necesarios seis meses para agotar el *stock*.

Todos estos hechos deben ser acogidos, en lo que concierne a los detalles, con la mayor prudencia y no debemos olvidar lo que Occidente debe a los árabes, gracias a los cuales hemos podido recuperar gran número de textos clásicos perdidos entre nosotros.

A fuerza de incendios y de invasiones, pues, la magnífica biblioteca que había comenzado a amasar Demetrios de Falera dejó de existir en el año 646 después de Jesucristo, al menos como conjunto organizado.

La Inquisición a la tarea

La ruina de las bibliotecas es de todas maneras una constante de la Historia, en todos los pueblos y todas las civilizaciones. ¿En qué se convirtieron la biblioteca tan célebre de Nínive y la de Babilonia? Las excavaciones muestran que los conquistadores no se preocupaban apenas de ciencia y de

literatura cuando no añadían la voluntad deliberada de hacer que todo volviera a empezar con ellos.

Ya en el año 747 antes de nuestra Era, Nabonasar, rey de Babilonia, quiso hacer desaparecer todas las historias de los reyes, sus antecesores. En el año 213 a. de J. C., el emperador chino Chi Hoangti ordenó destruir todas las obras que no se refirieran a lo único que a él le interesaba: la medicina, la astrología y la genealogía de su familia. En Roma, los incendios fueron causa de muchas desapariciones, cuando fue quemado el palacio de Tiberio en la época de Nerón, y el Capitolio en la de Cómodo. La lucha entre el cristianismo y el paganismo fue causa de otras ruinas. A cada victoria de uno de los campos, se producía la quema de los libros del otro. En el año 476, un incendio accidental destruyó la biblioteca de Constantinopla, fundada por Teodosio *el Joven:* 120.000 manuscritos se evaporaron en forma de humo.

La Edad Media y la Era Moderna contemplaron los mismos desastres. La famosa «disputa de las imágenes», para determinar si se podía o no representar a Dios, fue una causa importante de destrucción de libros. Bajo el emperador griego León III, la librería imperial, asolada ya por un siniestro anterior, perdió 36.000 volúmenes. León III, partidario de los iconoclastas, hizo voluntariamente devorar por el fuego la biblioteca, los manuscritos... y los bibliotecarios. En el siglo XI, los turcos saquearon la biblioteca de los califas de El Cairo, en la que se contaban más de un millón de obras. Los francos la tomaron, en 1105, con la de Trípoli, una verdadera maravilla, un tesoro de comentarios de todo tipo sobre los textos islámicos.

En el siglo XVI y en el XVII fueron quemadas, voluntariamente o por accidente, las bibliotecas de Buda en Hungría, del convento de Megaspileon en Grecia, de Heidelberg en Alemania y la de los agustinos en Maguncia en 1649, del Escorial en 1671 y de los canónigos de San Antonio de Venecia en 1685. El gran incendio de Londres de 1666 no perdonó tampoco los libros de las casas. En todas partes, la historia de las bibliotecas se confunde con la de su ruina final.

Millares de obras en principio acusadas de herejía fueron destruidas por el fuego.



Una hoguera de la Inquisición.

En 1490 se quemaron en Sevilla varias admirables biblias judías y diversos libros compuestos por judíos[9]. En Salamanca, 6.000 obras llamadas «de superstición» conocieron una suerte parecida. El 21 de marzo de 1521, el Papa escribía una carta para pedir la destrucción de las obras de Lutero. Erasmo conoció los mismos anatemas en España a instancias del Inquisidor General. Carlos V y Felipe II tomaron medidas para reducir la difusión de ciertos escritos en los Estados de América. En 1558, un nuevo edicto del Inquisidor General recomendaba proseguir los Autos de Fe. Los Papas Pablo

III y Pablo IV proclamaron bulas de prohibición. En 1558, 1559, 1584, 1611, 1630 y 1792 aparecieron catálogos impresos de los libros prohibidos. Eran quemados los manuscritos de las brujas, las actas de su proceso, pero también cuentos, novelas e incluso obras salidas de la pluma de ciertos religiosos, como las obras del cardenal Noris o del venerable Juan de Palafox y Mendoza.

Las obras maestras de la estupidez humana

Al lado de los millares de libros así quemados por la voluntad de los poderes, se olvida a menudo otra causa de destrucción: la incompetencia, incluso la estupidez humana. Daremos un ejemplo de ello. En las ruinas de Herculano, la pequeña ciudad romana destruida por la erupción del Vesubio en el año 79 después de J. C., se encontró lo que un arqueólogo no se habría atrevido siquiera soñar: una muy importante y completa biblioteca de rollos antiguos. Las obras evidentemente habían sufrido mucho con la catástrofe y al comienzo no se supo siquiera reconocerlas. Se presentaban en forma de cilindros oblongos, más o menos regulares, comprimidos, quemados a medias, y fueron tomados por astillas de madera carbonizadas. Su primer destino fue el rechazo, y la denominación del lugar en donde habían sido descubiertas fue «tienda del carbonero»[10].

Posteriormente, se advirtió que aquellas briquetas estaban en realidad formadas por hojas concéntricas, extremadamente desmenuzables y que se convertían en polvo en cuanto se las manipulaba. Una nueva hipótesis nació. Se trataba de «paquetes de ropa carbonizados» y se siguió echando las obras maestras a los escombros.

Finalmente, un día, en 1783, un tal Camilo Paderni, embadurnador romano sin grandes talentos, descubrió caracteres en los famosos paquetes. Paderni se jactó hasta el fin de su vida de haber salvado con su intuición millares de obras de la Antigüedad. Veremos lo que sucedió en realidad. Después de su genial descubrimiento, Paderni formó un depósito de «briquetas» y trató de leerlas. Para ello, inventó un procedimiento cuya eficacia se juzgará. Con un vulgar cuchillo, cortaba los cilindros en dos partes, en el museo de Nápoles, y rascaba los envoltorios sucesivos tratando de separarlos. Aun cuando hubiera triunfado con este método grosero, no habría obtenido más que fragmentos dispersos, difíciles de reconstituir, De hecho, convirtió sobre todo en cenizas los rollos (de los que se habían

encontrado unos ochocientos) y se dedicó a ellos. Ciento cuarenta y dos fueron descuartizados por sus cuidados. El rey de Nápoles acabó por oponerse a la tarea de Paderni y le prohibió proseguir sus lamentables experimentos. Los sucesores del pintor no fueron más afortunados. El padre Antonio Piaggio, de Génova, construyó una máquina especial para desenrollar los documentos. Gracias a ella, separaba una a una, como si fuera una cebolla, las capas sucesivas, deslizando entre ellas un fino buril mientras las rociaba con una solución alcohólica. El procedimiento, poco seguro, tenía además el defecto de ser lento. En cuatro años, Piaggio logró copiar treinta y nueve columnas de un solo rollo. En toda su vida, se dedicó a dieciocho manuscritos solamente. Ninguno fue restablecido íntegramente y todos salieron de la operación más mutilados aún de lo que lo estaban anteriormente. En el siglo XIX, el químico Humphrey Davy intenta resolver el problema de los rollos que quedan. Veintitrés manuscritos fueron desenrollados por él a costa de nuevas mutilaciones. Restituyó algunos pasajes, pero fracasó en su intento de reconstruir conjuntos; todos los rollos salían más dañados de las manos de los investigadores. Otros aún sugirieron métodos más o menos serios: inyecciones de parafina, lavados con alcohol, con glicerina, despegamiento con vapor de agua. No se logró poner a punto ningún método eficaz.

En 1903, un tal Carlo Marre imaginó calentar un poco más los rollos ya en parte carbonizados. Quemó enteramente en las llamas el manuscrito 266. Un alemán, Sickler de Hildburghausen, propuso un método personal, cuyo único resultado fue destruir completamente siete nuevos rollos. Así, en menos de ciento cincuenta años, sucesivos chapuceros lograron separar en láminas mutiladas o convertir en polvo un tesoro procedente del siglo I después de Jesucristo, que unas condiciones excepcionales habían conservado hasta nosotros. Una verdadera biblioteca romana conteniendo un conjunto de escritos filosóficos, sobre todo de la escuela de Epicuro, fue lamentablemente explotada con un resultado casi nulo.

Historias de camelleros

¿Cuántos papiros egipcios también, a menudo encontrados en jarras, han sido dispersados en el curso de los tiempos por supuestos coleccionistas? El admirable Flinders Petrie, que exploró el Fayum[11] desde 1887 a 1890, se dio cuenta un día de que ciertas bandas que rodeaban las momias eran en realidad

hojas de papiros que llevaban huellas de escritura. Tragedias antiguas perdidas como la *Antíope* de Eurípides, un texto del *Fedón* de Platón procedente del siglo III o del IV a. de J. C. fueron así restituidas. Pero por un Petrie, ¡cuántos Paderni, cuántos Piaggio! La historia del descubrimiento de los libros está con frecuencia asociada también a su nueva destrucción o su dispersión en colecciones particulares en las que han acabado por perderse, como los libros aztecas enviados a España por los primeros conquistadores para diversión de los niños.

Verdad es que no siempre se ha tenido la suerte de dar con documentos en perfecto estado de conservación, como los famosos manuscritos del mar Muerto, obras que nada tienen de misterioso ni de maldito, pero cuya importancia para el conocimiento de los textos sagrados antiguos es conocida. Los rollos, descubiertos a finales de la Segunda Guerra Mundial en jarras almacenadas en las grutas de Qumran, no han planteado ningún problema grave en su desciframiento, y nos informan admirablemente sobre la naturaleza, las creencias y las reglas de una pequeña comunidad en la época de Jesucristo. Han trastornado la arqueología palestina.

La única cuestión que se planteó realmente fue la de su autenticidad. Estaban tan bien conservados, eran tan ricos en materia y tan numerosos, y su descubrimiento hecho por casualidad parecía tan sorprendente, que cabía preguntarse si no se trataba de un asunto preparado, de una simple fabricación moderna de seudo documentos antiguos.

La búsqueda de manuscritos antiguos choca en efecto sin cesar contra dos obstáculos: el comercio de las curiosidades arqueológicas y las falsificaciones estando ambas cosas a menudo ligadas. Hablábamos anteriormente de los coleccionistas que son la peste de la arqueología. Los documentos antiguos, como las estatuas, las momias y los bajorrelieves, son efectivamente materia de constantes transacciones comerciales. Los «aficionados» buscan los manuscritos y los «especialistas» se esfuerzan por procurárselos, incluso por fabricárselos. El dinero viene en este caso a estropearlo todo, e incluso a verter dudas sobre los descubrimientos haciendo incierto su origen.

Casi siempre ocurre la misma historia en Egipto. Se presenta un anticuario que tiene un manuscrito de hace 2.000 años para vender. Pretende haberlo comprado a un camellero que ha hecho casualmente el descubrimiento. No, no puede decir quién es el camellero, pero quizá podría volver a encontrarse con él y comprarle otros rollos. ¿Cuánto se pagaría por ellos? Todo termina con transacciones entre este «anticuario» y los museos, donde los créditos son raros. Los coleccionistas particulares entran entonces en escena. Se contentan

con una sola adquisición y dejan perder una pista quizás fructífera... cuando no son timados pura y simplemente por unos estafadores. En todas las épocas ha existido este comercio de textos antiguos. Los propios Estados se han entregado a ello, ya que se ha visto a la URSS vender en 1933 al Museo Británico el famoso y auténtico *Codex Sinaiticus*, una Biblia del siglo IV, por la importante cantidad de 100.000 libras esterlinas, es decir, en aquella época medio millón de dólares. La joven República soviética privó a sus investigadores, en beneficio de Occidente, de un tesoro incomparable. Consideró que tenía más necesidad de tractores que de manuscritos antiguos.

¿Era realmente una falsificación el manuscrito Shapira?

Entre los asuntos comerciales, es preciso contar el de una supuesta falsificación, el manuscrito Shapira. Se trata del descubrimiento, hacia 1883, de dos antiguos libros hebreos del *Deuteronomio*, redactados en cursiva hebraico-fenicia. Un tal W. Shapira, comprometido ya en un negocio sospechoso, los traía de Palestina y aceptaba separarse de ellos por un millón de libras esterlinas.

Si la autenticidad podía ser demostrada, el descubrimiento era sensacional. En efecto, no se conoce la escritura cursiva paleohebraica más que a través de la famosa estela moabita de Messa, que data del siglo IX a. de J. C. Pero, precisamente, los dos libros, escritos sobre cintas de cuero, ¿no eran acaso falsificaciones?

Los más grandes especialistas, el francés G.-G. Ganneau y el inglés Christian Ginsburg, estudiaron la cuestión. La historia que contaba Shapira era inverosímil. ¿Cómo unos manuscritos semejantes habían podido ser encontrados, en 1878, siempre por casualidad, siempre por un camellero, en una gruta de la región oriental del mar Muerto? Todas las grutas eran consideradas muy húmedas. ¿Cómo no se habían dañado los textos en el curso de los siglos? En aquella época no se conocían evidentemente los manuscritos del mar Muerto, encontrados en condiciones idénticas mucho más tarde. Se dudó. La escritura era excepcionalmente fresca y las condiciones del descubrimiento entonces poco de fiar. El capitán Conder, ingeniero que había trabajado en Palestina, certificó que en la región considerada, no existía ninguna gruta perfectamente seca: en ellas caían 500

milímetros de lluvia al año. Ganneau y luego Ginsburg dieron su veredicto: los manuscritos del *Deuteronomio* eran falsificaciones. Shapira acabó suicidándose en Holanda.

Hoy, a la luz de lo que nos ha enseñado el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, nos gustaría examinar nuevamente los manuscritos Shapira. Pero han desaparecido. Se sabe ahora con seguridad que existen grutas perfectamente secas en aquella región del globo y que unos manuscritos sobre piel pueden subsistir en ellas sin daño durante milenios. Antes de morir, Shapira dirigió una carta al conservador del Museo Británico para suplicarle que hiciera examinar los manuscritos de nuevo por sabios imparciales. ¿Podrá este último deseo ser realizado alguna vez? Algunos pretenden que el Museo Británico conservó los manuscritos en cuestión y que se encontrarían aún, olvidados, en alguno de sus desvanes.

Un hombre murió por ellos. ¡Qué extraño destino el de ese supuesto *Deuteronomio*, encontrado y perdido, del que ya no se sabe hoy si era verdaderamente una falsificación o si los sabios de la época despreciaron un excepcional descubrimiento! Misterio y maldición se vuelven a encontrar en este asunto, que quizá no se ha terminado[12].

Cuando se toca por encima así todo lo que ha sucedido a los manuscritos antiguos, cuando se escribe la «historia de los libros», ¿hay que asombrarse finalmente más de su desaparición o de su descubrimiento? El historiador Gibbon escribió, a propósito de las desgracias ocurridas a las bibliotecas alejandrinas:

Cuando considero el paso de los siglos, los perjuicios de la ignorancia, los desastres de la guerra, no es lo que hemos perdido lo que me asombra, sino lo que hemos conservado.

Esto es olvidar un poco a la ligera que las destrucciones superan en mucho a los descubrimientos. El libro es maldito por esencia, y pocos subsisten al cabo de un solo milenio, con mayor razón de dos. ¿Y que ha ocurrido en los dos milenios desde la invención de la escritura? Civilizaciones enteras son para nosotros en parte impermeables por falta de documentos escritos. ¿Dónde están los libros púnicos que nos informarían sobre la verdadera historia de Cartago, sobre el verdadero punto de vista de Aníbal, que sólo conocemos a través de los historiadores romanos, es decir los historiadores vencedores?

¿Hay que recordar también esas literaturas que desaparecieron sin dejar rastro: la literatura de los etruscos, la literatura de los khmers y la literatura de

los fenicios de Sidón? El balance de los libros malditos es mucho mayor aún que el de los libros milagrosamente protegidos.



GUY BECHTEL Periodista e historiador francés, se ha especializado en la redacción de síntesis históricas de calidad y asequibles para un amplio espectro de lectores, sobre tema situados en la línea divisoria entre la Edad Media y la Moderna. Entre sus obras anteriores destacan Paracelso (1979), Gutenberg y la invención de la imprenta (premio de Historia del Renacimiento de la Academia Francesa, 1993), *La carne, el diablo y el confesor*: el *Kama Sutra de la Iglesia* (1994) y *La bruja y Occidente* (1997).

Notas

[1] J. Bergier: Los libros condenados. Plaza & Janés. <<

[2] Por ejemplo, el Index librorum prohibitorum, publicado en Roma y en Venecia, en el siglo XVI. <<

[3] Sobre los excéntricos, podrá leerse el n.º 4 de la revista Bizarre dedicada a los «Locos Literarios» (1956). <<

[4] R. Abellio: La Bible, document chiffré, essai sur la restitution des clés de la science numérale secrète (París, Gallimard, 1950). <<

[5] Robert Charroux se ha dedicado especialmente a estas tesis. De este autor véase Historia desconocida de los hombres desde hace cien mil años y El Libro de los secretos descubiertos (Plaza & Janés). <<

[1] Daly King se dio a conocer primeramente por sus estudios psicológicos, Beyond behaviourism (1927), The psychology of consciousness (1932) y The states of human consciousness (Yale, 1946). René Schwaller de Lubicz es autor de Le Roi de la théocratie pharaonique (1961), Propos sur ésotérisme et simbolisme (1960), etc. <<

[2] Sobre el tarot véase Wirth: Introduction á l’étude du tarot (1931); Delcamp: Le Tarot initiatique (le Courrier du Livre, 1972); «Le Tarot», in J.-Cl. Frère: Les Arts divinatoires (Paris, C. A. L., 1974). <<

[3] Hipócrates: De los aires, de las aguas y de los lugares, cap. 2. <<

[4] Miguel Psellus (o Psellos), político y escritor bizantino, restauró la filosofía platónica en toda su pureza (1018-1078). <<

[5] El Corpus hermeticum ha sido publicado (texto y traducción) en París por la Sociedad Les Belles Lettres en 4 volúmenes (1945-1954). <<

[6] La ligadura es una condición del conocimiento del verdadero Dios. Véase Bossuet: «Los místicos más sabios inculcan incesantemente su ligadura o suspensión de los poderes» (Etat d'oraison, I, 8). <<

[7] Confirma Stanislas de Guaita: Au seuil du mystère, I (París, Carré, 1890).
<<

[8] Jean Doresse: Les Livres secrets des gnostiques d’Egypte (París, Plon, 1958). <<

[9] La Hebdómada corresponde a los cielos inferiores, al mundo material, la Ogdóada es el mundo superior y la Enéada sería el Dios supremo, el primer Creador. <<

[1] Sobre el mismo tema, puede leerse a Richard Hennig: Grandes enigmas del Universo (París, Laffont, 1957). (Plaza & Janés, en esta misma colección.) <<

[2] El Libro de Enoc no ha sido publicado recientemente. Hay que remitirse a la edición de Migne: Diccionario de los Apócrifos (1856), o a la edición de François Martin (París, Letouzey y Ané, 1906). <<

[3] Génesis, II, 5 a 17. <<

[4] El término «Paraíso» no aparece en la Biblia. Solamente se habla del Edén.
<<

[5] Génesis, II, 9. <<

[6] Se trata probablemente de un apócrifo del siglo III o IV, y figura a menudo bajo el nombre de «seudo-Zósimo». <<

[7] Jan van Gorp Becan: Origines Antverpianae (1569). <<

[8] Citados en Curiosidades filológicas, geográficas y etnológicas, por una Sociedad de gentes de letras y de eruditos (1855). <<

[9] Génesis, VII, 17 al 24. <<

[10] Éxodo, X, 21 al 23. <<

[11] Mateo, XXVII, 45. <<

[12] Éxodo, XIV, 21 al 28. <<

[13] Mateo, II, 9. <<

[1] A finales del siglo IV, el papa Dámaso encargó a san Jerónimo que realizara una traducción latina de la Biblia: la Vulgata. San Jerónimo revisó primeramente el Nuevo Testamento. Después, retirándose a Egipto, consagró catorce años de su vida a traducir el Antiguo Testamento según los textos hebreos. <<

[2] A menudo se cree que Lutero fue el primero en traducir la Biblia al alemán. Ahora bien, en su época, había ya catorce traducciones en alto alemán y tres en bajo alemán. Eso nada resta al mérito de Lutero cuya versión, sobre textos revisados por Erasmo, es infinitamente superior. <<

[3] Bruce ofreció el primer ejemplar a la Biblioteca de Oxford, guardó el segundo para sí y envió el tercero a Luis XV. <<

[4] La elaboración de los textos cristianos se debió en gran parte al abad Migne, en el siglo XIX. Bajo su dirección fue publicada una verdadera biblioteca teológica: la *Patrología latina* (223 volúmenes), la *Patrología griega* (106 volúmenes), las *Escrituras sagradas* (28 volúmenes), el *Curso de Teología* (28 volúmenes), la *Colección de autores sagrados* (35 volúmenes), etc. <<

[5] Sobre el descubrimiento de estos papiros, véase Leo Devel: Le temps des écrits (París, Stock, 1965). <<

[6] *Enoc*, VI, 2. Nuestras referencias al *Libro de Enoc* se basan en la edición francesa más reciente, la de François Martin (París, Letouzey, 1906). <<

[7] Enoc, VIII, I. <<

[8] Enoc, LVII, 1 y 2. <<

[9] Robert Charroux: El libro de los secretos descubiertos (Plaza & Janés). Publicado en la colección «Otros Mundos». <<

[10] Ezequiel, I, 4 a 14. <<

[11] Crisolita: piedra preciosa del género peridoto, de un hermoso amarillo verdoso. <<

[12] Ezequiel, I, 15 al 21. <<

[13] Ezequiel, II, 9 y III, 1-2. <<

[1] Simeón ben Yohai nació en Galilea en un momento particularmente difícil. Los romanos habían destruido Jerusalén y derruido el Templo en el año 70. <<

[2] Jerusalen Kiddushin, 66 a. <<

[3] Génesis Rabba, XXXV, 2. <<

[4] Se cuenta que durante su vida, el arcoiris, signo de la Alianza con Dios, no tuvo necesidad de aparecer. <<

[5] El Talmud, que significa «doctrina» o «estudio», reúne los grandes textos de la religión judía. Se distingue dos Talmuds: el Talmud jerosolimitano, procedente de la primera codificación del rabino Johanan en el año 279, y el Talmud de Babilonia, compuesto por el rabino Asshi en el siglo V. <<

[6] La Torá es la reunión de los cinco libros del Antiguo Testamento (Pentateuco). Fue definitivamente codificada por Esdras en el siglo IV antes de Jesucristo. <<

[7] Traducción de Mayer Lambert. <<

[8] Papus ha consagrado a ello, sin embargo, una obra entera: La Cabbale, tradition secrète de l'Occident (París, Chacornac, 1891). <<

[9] A. Franck: La Kabbale et la philosophie religieuse des Hébreux (París, Hachette, 1843). <<

[10] Henri Sérouya: La Kabbale (París, Grasset, 1957). Léase también G. Scholem: Les Grands Courants de la mystique juive (París, Payot, 1950), o la obra más reciente de Guy Casaril: Rabbi Simeon bar Yochaï et la Cabbale (París, Le Seuil, 1961). <<

[12] R. Abellio: La Bible, document chiffré (París, Gallimard, 1950). Nos referiremos evidentemente también a las demás obras de este filósofo, especialmente a Vers un nouveau prophétisme (París, Gallimard, 1947) y La Structure absolue (París, Gallimard, 1965). <<

[13] Zohar, II, 130. <<

[14] Sepher Yatsira, III, 4. <<

[15] Zohar, I, 7 b. <<

[1] El Denckart, especie de enciclopedia religiosa, es un texto posterior a la gran irradiación del pensamiento mazdeísta. Muestra, sin embargo, que tras la dispersión de los fieles en pequeñas comunidades, algunos continuaron, no solamente leyendo los textos, sino escribiéndolos de nuevo. <<

[2] Videvdat, cap. 4. <<

[3] Videvdat, cap. 18. <<

[4] Videvdat, cap. 13 (44 a 48). <<

[5] Los fieles de la religión mazdeísta son hoy muy poco numerosos. Algunos de ellos subsisten, muy aislados, en Irán, en las regiones de Yazd y de Kerman. La gran masa está constituida por los 150.000 parsis (es decir, persas) que viven en la India desde el siglo VII y que están perfectamente integrados en el país. <<

[6] Destour: del persa destûr; sacerdote de la religión de Zoroastro, que conoce a fondo los libros de la Ley. <<

[7] Platón: Primer Alcibíades 122 a. <<

[8] El Avesta sería el original, el Zend, el comentario, y el Pazend, las notas sobre el comentario. <<

[9] Los persas fueron derrotados por los árabes de Omar en el año 642 en la batalla de Nahavend. En el 651, Yazdakart III, último sasánida, murió, y los árabes acababan de conquistar Persia donde impondrían su religión. <<

[10] El libro de Nietzsche Así hablaba Zaratustra, poema filosófico sobre el superhombre, está evidentemente en contradicción con la tradición mazdeísta auténtica, aunque sólo sea por su pesimismo profundo. <<

[11] La traducción del Avesta por Darmesteter (1892) fue reeditada (París, Maisonneuve, 1938). Para los Gâthâ véase la traducción más reciente de Duchesne-Guillemin con el título Zoroastro (París, Maisonneuve, 1948), y en general sobre la doctrina mazdeísta su notable obra: La Religion de l’Iran ancien (París, P.U.F., 1962). <<

[12] Sobre la civilización irania no islámica, véase R. Ghirshman: Perses, Parthes et Sassanides (París, Gallimard, 1962). <<

[13] La vida de Zaratustra es enseñada a los parsis a partir de un poema en persa titulado Zarâthusht-Nûma, que data del siglo XIII y es atribuido a Zaratuhsti Bahrâm Ben Padjû. Leemos en él que Zaratustra murió en pleno culto, herido de una estocada en la espalda. Él lanzó su rosario contra el agresor, que murió a su vez. <<

[1] René Nelli: Le Catharisme (París, P.U.F., 1953), Écritures cathares (París, Donoël, 1959), Le Phénomène cathare (París, P.U.F., 1968) y Les Cathares (París, C.A.L., 1972), etc. <<

[2] El catarismo bien pudo surgir de un examen lúcido y crítico del Evangelio de Juan, el cual se muestra bastante dualista. <<

[3] Los priscilianos constituyen una secta a la vez gnóstica y maniquea, basada en el ascetismo. <<

[4] Los dualistas absolutos son llamados también «monaquianos». <<

[5] Si bien la cifra enunciada en la época de 60.000 víctimas en el saqueo de Béziers debe ser reducida, la matanza fue no obstante considerable, atestiguada por la famosa frase: «Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos.» <<

[6] Guilhaume Belibaste, nacido en Cubières (Aude), capturado por la Inquisición, fue quemado en 1321. <<

[7] Novelas y poemas de los trovadores han sido reeditados por René Nelli y René Lavaud (París, Desclée de Brouwer, 1960-1966). <<

[8] Peire Cardenal (1180-1274): Un sirventès tramettrai par messatge, 42. <<

[9] Bernard Gui: Manuel de l’Inquisiteur, editado y traducido al francés por G. Mollat, 2 vol. (París, Champion, 1926). Sobre la Inquisición y los cátaros, véase Dominique Villerot: L’Inquisition (París, C.A.L. et Grasset, 1973). <<

[10] No es seguro de que el Bartholomé del Tratado cátaro sea el mismo que el cascasonés Bartolomé, a quien el cardenal Conrad de Porto, legado apostólico en Lenguadoc, señalaba en esa época como uno de los cátaros más activos. <<

[11] L’Apologie cathare y la Glose sur le Pater, extractos de un manuscrito de la «Colección valdense de Dublín», fueron publicados por Venkler en 1960. <<

[12] Patarino: nombre dado a los cátaros, bien sea por deformación de la palabra «cátaro», o porque su única oración era el Pater; véase P. Belperron: La Croisade des Albigeois (París, Plon, 1942), pág. 6 nota. <<

[13] Biblioteca Nacional, Manuscritos Doat, 36. <<

[14] Aparte de Juan de Lugio, los cátaros no admitían en general la Biblia en conjunto. Señalemos que ésta fue traducida al occitano en el siglo XIII. <<

[15] Versión de Carcasona, 4. <<

[16] Versión de Carcasona, 5. <<

[17] Dondaine: el Liber de duobus principiis (Roma, Istituto Storico domenicano, S. Sabina, 1939). <<

[18] Los albanenses (muy próximos de los albigenses del Lenguadoc) eran numerosos en Italia en torno del lago de Garda. Su secta dualista absoluta, fue sacudida por un cisma en 1230, a iniciativa de Juan de Lugio. <<

[19] La originalidad de Juan de Lugio se distingue con relación a Bartholomé. Para este último, están los buenos y los malos, los existentes y los aniquilados. Juan de Lugio piensa, por el contrario, que toda Creación, excepto, naturalmente, Dios y el Cristo, ha sufrido la mordedura del Mal. Incluso las estrellas no son puras. Pero, como todo está corrompido, todo debe ser finalmente purificado y salvado, excepto los propios diablos. <<

[20] Encontraremos los dos rituales cátaros in extenso en René Nelli, Écritures cathares (París, Donoël, 1959). <<

[1] El quetzal (Pharomacros mocinno) era un pájaro venerado por los aztecas.
<<

[2] Bernal Díaz del Castillo: Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. <<

[3] Antonio de Herrera: Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra firme del Mar Océano (1726-1730), reeditado en 10 volúmenes (Asunción y Buenos Aires, ed. Guarania, 1945-1947). <<

[4] Diego de Landa: Relación de las cosas de Yucatán, reedición de 1864. <<

[5] Este texto anónimo en nahuatl alfabético abarca el período 1473-1521. Se encuentra en el Museo de Antropología, en México. <<

[6] El Codex Aubin, recopilación de testimonios indígenas, fue traducido al francés (París, Lacroix, 1893). El Codex florentino (textos nahuas de los informadores de Sahagún) ha sido publicado en inglés, alemán y español. Exalta, sobre todo, el valor de los indios tlatelolcas. <<

[7] Encontraremos una traducción de estos presagios en Miguel León-Portilla: Le Crepuscule des Azthèques (París, Casterman, 1965). Esta obra facilita también numerosos textos sobre el propio período de la Conquista tal como ésta fue vista y vivida por los indios. <<

[8] Algunos especialistas dividen, no en ocho, sino en nueve libros, el Chilam Balam. Se trata, sin embargo, siempre del mismo texto. <<

[9] El Livre sacré et les mythes de l’Antiquité américaine sobre la personalidad y las curiosas aventuras de Brasseur de Bourbourg. Léase, de Devel: Le temps des écrits (París, Stock, 1965). <<

[10] Las hipótesis de Brasseur de Bourbourg estaban únicamente basadas en la etimología, ciencia entonces en sus comienzos, incluso por lo que se refiere a las lenguas europeas. Los trabajos de Littré, por ejemplo, están completamente superados, y las etimologías de su famoso Diccionario son casi todas defectuosas. Brasseur de Bourbourg tiene, pues, algunas excusas. <<

[11] Sahagún: Historia general de las cosas de Nueva España, I, pág. 29 (México, 1956). <<

[1] Caldalous, antipapa con el nombre de Honorio en 1067, fue condenado tres veces por simonía cuando era obispo. La leyenda cuenta que se había rodeado de magos. <<

[2] Primero de los Reyes, X, 23. <<

[3] Flavio Josefo (37-100) nos ha dejado una preciosa Historia de la guerra de los judíos contra los romanos. <<

[4] Enrique Cornelio Agripa (1486-1555) fue, con Reuchlin (1455-1522), uno de los introductores de la Cábala judía en la filosofía del Renacimiento. Sus conocimientos en este terreno, por falta de una buena práctica del hebreo, eran muy sumarios, e incluso erróneos. <<

[5] Biblioteca Nacional, Ms, n.º 25.314. <<

[6] En magia, el amuleto no tiene más que un poder pasivo: protege de ciertos males. El talismán, por el contrario, tiene fama de conferir poderes activos al que lo posee. <<

[7] Se han publicado ediciones modernas de casi todos esos libros mágicos por parte de la librería «Niclaus-Bussière», 34, rue Saint-Jacques, y por las Éditions Traditionelles, 11, quai Saint-Michel, París, V.º. <<

[8] Véase Guy Bechtel: Sorcellerie et Possession (París, C.A.L, 1973). <<

[9] El principio de la vacunación fue descubierto por Jenner (1749-1823). Él se dio cuenta de que el cow-pox de las vacas, transmitido al hombre en forma de una enfermedad benigna, la vacuna, inmunizaba contra una enfermedad mucho más grave, la viruela. <<

[10] Denis de Rougement: L’Amour et l’occident (París, Plon, 1939). <<

[11] Skinner forma parte de la escuela behaviorista contemporánea. Véase Más allá de la libertad y la dignidad (París, Laffont, 1973). <<

[12] Los placebos son medicamentos que no contienen ninguna molécula activa (por ejemplo, el agua destilada). Son especialmente utilizados en las enfermedades psicosomáticas en las cuales, al tranquilizar al enfermo, se pueden provocar mejorías. <<

[13] G. Lenoble: Esquisse de l’Histoire de l’idée de Nature (1945, reed. Albin Michel, 1965). <<

[14] Alain Peyrefitte: Quand la Chine s'eveillera (París, Fayard, 1973). Publicado también en español por Plaza & Janés: Cuando china despierte... <<

[15] Las operaciones de los médicos chinos por acupuntura sin anestesia han dado lugar a toda una polémica en la Prensa occidental. Léanse especialmente sobre este tema los artículos del doctor Escoffier-Lambiotte (Le Monde, 8 de noviembre de 1972) y de Alain Peyrefitte (Le Monde, 21 de julio de 1973). <<

[1] Juan de Dalberg (1445-1503), más viejo que Tritheim, era ya profesor de Universidad y canciller del elector palatino. Viajando por Italia, Juan de Dalberg conoció a Rodolfo Huesmann, un helenista holandés, al cual hizo confiar posteriormente una cátedra en la universidad de Heidelberg. Huesmann murió en 1485. <<

[2] Jacques Wimpfeling, nacido en Alsacia, fue uno de los grandes eruditos del Renacimiento. Dedicó prácticamente toda su vida al estudio de los textos griegos, y permaneció como profesor en Heidelberg durante veinte años. Había elegido como seudónimo Olearius, el «prensador de aceite», aquel que «alumbra» los espíritus. <<

[3] El extraordinario «éxito electoral» de Tritheim y, más aún, la aprobación del obispo no se explican sólo por las cualidades del excesivamente joven profesor. Detrás de todo el asunto, se adivina la mano de Juan de Dalberg. <<

[4] Niceton: Memorias, t. 28 (París, 1729-1745). <<

[5] Según Tritheim en su Poligrafía, Bostius le preguntó exactamente «qué hacía o componía y en qué estudios se ocupaba». Es curioso que a una pregunta tan trivial, Tritheim creyera su deber responder por escrito con tanta abundancia y precisión. Esto será el origen de su perdición. <<

[6] En Tritheim, el «binario» o el «cabalístico» es aquel que, en su sistema, recibe el mensaje. <<

[7] Conocemos la carta a Bostius por el propio Tritheim que la reprodujo en su Poligrafía. <<

[8] Tritheim: Poligrafía, Epístola a Maximiliano. <<

[9] Germain de Ganay, obispo de Vahors y después de Orleáns, murió en 1520. <<

[10] La carta a Ganay es citada por Jean Wier: Historias, disputas y discursos (Basilea, 1563, y reedición París, 1885, t. 1). <<

[11] Esta frase parece indicar claramente que la Esteganografía nunca fue terminada. <<

[12] Sobre el conjunto de la vida de Tritheim, léase de Paul Chacornac: Grandeur et adversité de Jean Thithème (París, Ed. Traditionelles, 1963). <<

[13] Se trata de una obra poco conocida de Tritheim, El Adversario de los Maleficios, aparecida en Ingolstadt en 1555, es decir mucho tiempo después de su muerte. <<

[14] Polygraphiae libri sex, cum clave seu enucleatio (Oppenheim, 1518). La única traducción francesa apareció en 1561. <<

[15] Steganographia hoc est ars per occultam scripturam animi, seu voluntatem ab sentibus aperiendi certa (Francfort, 1606). <<

[16] Tritheim: Epistolae familiares, carta 34 del 24 de agosto de 1505. <<

[17] Tritheim, carta 50. <<

[18] El texto es reproducido en Chacornac, op. cit. <<

[19] Carta del 25 de noviembre de 1506. <<

[20] Tratado de las causas segundas, traducción francesa (París, 1897), página 143. <<

[21] Carta del 15 de mayo de 1503. <<

[1] Stanislas de Guaita et sa bibliothèque occulte (París, Dorbon, 1899), catálogo, n.º 1645. <<

[2] Se trata de un promedio por edición. De incunables con éxito que han tenido varias ediciones, como la famosa Crónica de Nuremberg, se han tirado varios miles de ejemplares. <<

[3] La Bibliotheca chemica, como su título pretende, remplaza por sí sola toda una biblioteca alquímica. Sus 1.842 páginas tamaño folio albergan los tratados de todos los grandes autores: Becher, Arnaldo de Vilanova, Geber, Bacon, Llull, Ripley, Flamel, Bernardo el trevisano, Basilio Valentín, Sendovigio, etc. <<

[4] La Biblioteca oculta del conde Alexis Ouvaroff era, con sus 1.883 obras, una de las más bellas jamás reunidas. El catálogo fue realizado por el bibliotecario del conde Ouvaroff, el francés A. Landrague. <<

[5] L'Alchimie et son livre muet, reimpresión primera e integral de la edición original de La Rochela, 1677. Introducción y comentarios por Eugène Canseliet F. C. H. (París, J.-J. Pauvert, 1967). <<

[6] Albert Poisson causó una profunda impresión en los ocultistas agrupados en torno a Stanislas de Guaita. Es autor de varias obras de alquimia, entre ellas *Estudios sobre la filosofía hermética* (1891). Después de su muerte, ocurrida a los 25 años, sus amigos publicaron, en 1900, bajo el título de *Iniciación alquímica* trece de sus cartas, totalmente extraordinarias, sobre la práctica de la Gran Obra. <<

[7] «Hijo del Arte» significa evidentemente «hijo del arte hermético», adepto de la alquimia. <<

[8] En buena latinidad, parece preferible el primer sentido: «solamente a los hijos del arte». <<

[9] Este historiador local es Louis-Étienne Arcère, autor de una Historia de la ciudad de La Rochela (1757). <<

[10] El «Privilegio» falta también en la mayor parte de los ejemplares conocidos. Su reproducción integral se hallará en la reedición de J.-J. Pauvert citada anteriormente. <<

[11] Para la fabricación de la Piedra Filosofal, los alquimistas dispondrían de la vía seca, considerada más rápida pero peligrosa, y de la vía húmeda, más lenta, pero menos arriesgada para el operador. <<

[12] El error de Manget, o más bien de su grabador, es en parte excusable, ya que la cifra 13 era poco legible en la edición original. No obstante, habría bastado con remitirse al texto para ver que la referencia era improbable. <<

[13] Dom Joseph Pernety es también autor de las Fábulas egipcias y griegas (1786), en las que trata de demostrar que todas las leyendas de la antigüedad, incluyendo la guerra de Troya, no son más que un itinerario alquímico. <<

[14] Sobre el alquimista y su mujer, véase Gilette Ziegler: Nicolas Flamet (París, C.A.L. y Grasset, 1972). <<

[15] Reza, lee, lee, lee, relee, trabaja y encontrarás. <<

[1] Madame de Thèbes: L’Enigme de la Main (París, Juven, 1906). <<

[2] Las sibilas no pretendían leer el porvenir. Eran los dioses los que entraban en ellas y se expresaban por su boca. <<

[3] Cuando los pollos sagrados comían, era buena señal. Si no querían comer no había que entrar en batalla. <<

[4] Primera Epístola, cap. V, 19 a 21. <<

[5] Los almanaques incluían también tradicionalmente algunas recetas médicas para bestias y personas. Constituían así una especie de complemento anual de El pequeño Alberto. <<

[6] Se puede calcular que una bibliografía sucinta de la brujería europea contaría aproximadamente con un millar de obras. Sumando a ello los textos menores y los fallos de los tribunales de justicia, esta cifra se elevaría sin duda a 10.000. <<

[7] Tudescos, por alemanes. <<

[8] Se trata de las cuartetas 43 y 44 de la VII Centuria. <<

[9] Traducción para los diferentes Papas; Fuego ardiente, Religión despoblada, Fe intrépida, Pastor angélico, Pastor y marinero y Flor de flores. <<

[10] Sobre Joaquín de Fiore, véase: Marcel Sendrail: Sages et mages (París, Hachette, 1971). <<

[11] Se llama «milenaristas» a las doctrinas inspiradas en el Apocalipsis y que anuncian la «primera resurrección», período de mil años durante los cuales Satán debe permanecer encadenado. <<

[12] El Libro admirable que encierra profecías, revelaciones y una multitud de cosas asombrosas, pasadas, presentes y futuras (París, 1831). <<

[13] Se ha sostenido incluso que la Profecía de Orval era más antigua todavía, pues en algunas ocasiones ha sido atribuida al propio Nostradamus, que se habría retirado a la abadía de Orval en 1542. Sobre esta cuestión, véase Michel-Claude Touchard: Nostradamus (París, C. A. L., 1972). <<

[14] Scalígero tenía, es verdad, la injuria fácil. Trató, por ejemplo, a Erasmo de borracho y de hijo de prostituta. <<

[15] Las interpretaciones caprichosas de Nostradamus no faltan. Señalemos quizá la más absurda de todas: Las maravillosas cuartetas de Nostradamus interpretadas por Colin de Larmor, abogado, doctor en ciencias herméticas (Nantes, 1925). <<

[16] Centuria IX, 20. <<

[17] Centuria I, 60. <<

[18] Centuria VIII, 57. <<

[19] Véanse Walter Pagel: Paracelse (Arthaud, 1963), y Guy Bechtel, Paracelse (París, CAL., 1970). <<

[20] La edición más reciente es la de J. Weeber-Marshall: Le Pronostic de Paracelse, profecía en 32 figuras (París, Oliven, 1948). <<

[21] Nostradamus había predicho a Catalina que sus cuatro hijos reinarían, lo cual ocurrió para tres de ellos. <<

[1] Chateaubriand: De Bonaparte y de los Borbones (1814). <<

[2] Lewis Goldsmith: The secret history of the cabinet of Bonaparte (1810).
<<

[3] El Gran Erratum fue impreso por P. Noubel en Agen en 1835 (45 páginas). Este texto imposible de hallar fue publicado de nuevo en el Museo Philippon, 8.ª entrega (1842). <<

[4] Las tentativas de Estrasburgo y de Bolonia fracasaron lastimosamente. La primera vez, Luis Napoleón fue simplemente expulsado. La segunda, lo internaron en el fuerte de Ham de donde se evadió. En el momento de la revolución de febrero de 1848, no existía aún ningún partido bonapartista en Francia. <<

[5] G. P. Philomneste: Libro de las Singularidades (Dijon, 1841), pág. 96, y M. de Roquefort: Diccionario etimológico de la lengua francesa, t. II, página 121 (París, 1829). <<

[6] Más exactamente, Leto, perseguida por la cólera de Hera, no encontró para dar a luz más que una isla desierta. Agradecido, Zeus, padre de Apolo, puso esta isla en el centro del mundo griego y la llamó Delos, la brillante. <<

[7] Se trata de Luciano Bonaparte (1775-1840), presidente del Consejo de los Quinientos, futuro príncipe de Canino. Los demás hermanos de Napoleón fueron José, rey de Nápoles y luego de España; Luis, rey de Holanda, y Jerónimo, rey de Westfalia. <<

[8] Pérès arregla aquí un poco la mitología a su manera, ya que el monstruo muerto por Apolo parece más bien haber sido un dragón que una serpiente. <<

[9] F.-C. Dupuis, arqueólogo, miembro del Instituto (1742-1809), era un fracmasón de inmensa erudición. En su gigantesca obra sobre las religiones, se esforzó por mostrar la utilidad del dogma bajo la multiplicidad de los símbolos y de las alegorías que él refiere a los fenómenos de la Naturaleza. <<

[10] Ed. de l'Esprit nouveau, París, 1963. <<

[11] Combatió, no obstante, en el frente durante la guerra 1914-1918, pero fue hecho prisionero por los alemanes. <<

[12] General De Gaulle: Mémoires de Guerre, tomo I (París, Plon). <<

[13] Véase B. H. Liddel-Hart: Les généraux allemands parlent (París, Stock), pág. 106. <<

[14] Guderian: Souvenirs d’un soldat (París, Plon), pág. 97. <<

[1] Algunos piensan que no fue el propio Berbiguier quien compró los ejemplares, sino algunos miembros de su familia. Esto parece más verosímil. <<

[2] Los duendes, prefacio, p. XIII. <<

[3] Esta definición es la de Stanislas de Guaita, en El templo de Satán. <<

[4] Este epígrafe está grabado en la página del título de Los duendes. <<

[5] Los duendes. Prefacio, p. VII. <<

[6] La utilización del colador es un procedimiento clásico de adivinación del porvenir. (Véase, por ejemplo, el Diccionario Infernal, de Collin de Plancy.) <<

[7] Los duendes, t. 1, pág. 12. <<

[8] Se trata, sin duda, del nombre de la Mansotte. <<

[9] Philippe Pinel (1745-1826), médico jefe de Bicêtre y posteriormente de la Salpêtrière, modificó radicalmente el tratamiento dado a los locos, sustituyendo por primera vez las brutalidades y el internamiento por la suavidad y la bondad. <<

[10] Los duendes, t. II, pág. 80. <<

[11] Los duendes, t. II, pág. 18. <<

[12] Citado por Lorédan Larchey: Personas singulares (París, F. Henry, 1868). <<

[13] Los duendes, t. III, pág. 225. <<

[14] S. de Guaita: El templo de Satán (París, Libraire du merveilleux, 1891). <<

[15] Según R. Queneau (Les enfants du limon - París, Gallimard, pág. 81), el caso de Berbiguier habría quedado como célebre entre los alienistas hasta el punto de dar su nombre a un síndrome: la «demonopatía tipo Berbiguier». <<

[16] Véase Lorëdan Larchey: Seres singulares. <<

[17] Esta anécdota es contada en un librito rarísimo: Berbiguier, un alucinado, y su libro sobre los duendes, por Alkan hijo (París, 1889). <<

[18] Citado en Bizarre, IV, número especial sobre «Los heteróclitos y los locos literarios», abril de 1956. <<

[1] Saint-Yves recibió de Monsieur de Metz uno de sus primeros principios: «Todo por la libertad, nada por la opresión.» <<

[2] Fabre d'Olivet (1768-1825) sugirió una filosofía del mundo surgida del pitagorismo y de la tradición iniciática. Sobre su doctrina, véase Dictionnaire des Sociétés secrètes (París, C.A.L. 1971). <<

[3] Saint-Yves d’Alveydre: Pro domo. <<

[4] Recordemos que el propio Víctor Hugo efectuó una estancia en Jersey antes de ser expulsado de allí en 1855 y establecerse en Guernesey hasta el fin del régimen bonapartista. <<

[5] Saint-Yves estuvo tentado durante un tiempo de hacerse monje de la Trapa.
<<

[6] Las primeras obras de Saint-Yves fueron sobre todo versos: Horas, Las Claves de Oriente, El Testamento lírico, etc. <<

[7] Saint-Yves murió de un ataque cardíaco. Sobre el detalle de su vida, véase Barlet: Saint-Yves d’Alveydre (París, Durville, 1910). <<

[8] La Misión de los Soberanos fue, en todo caso, leída por algunos jefes de Estado. Saint-Yves contaba, exagerando sin duda, que era el libro de cabecera de Bismarck. <<

[9] La Asamblea Europea de Estrasburgo no trata, sin embargo, de regular «los tratados internacionales». Simplemente consultiva, busca sólo promover los ideales y los principios comunes de Europa. <<

[10] La Misión de los Obreros tuvo un éxito inmediato y se hicieron de ella cuatro ediciones en dos años. <<

[11] Barlet: obra citada, pág. 59. <<

[12] Véanse anteriormente los escritos de Hermes Trimegisto. <<

[13] Diáspora: dispersión de los judíos en el siglo II de nuestra era. La obra de Saint-Yves hace, no obstante, frecuentes incursiones en la historia moderna. <<

[14] Para Saint-Yves, la Orden de los Templarios fue uno de los únicos centros cristianos de profunda reflexión sobre la organización del mundo. <<

[15] La originalidad de Saint-Yves se señala también en su época por su ausencia total de antisemitismo al tratar de la cuestión judía. <<

[16] La Misión de la India está dedicada así: «Al Soberano Pontífice que lleva la tiara de las siete coronas, al Brâhatma actual...» <<

[17] R. Guénon: Le Roi du Monde (París, Gallimard, 1926), y F. Ossendowski: Bêtes, hommes et dieux (París, Plon, 1925, y red. «J'ai Lu», 202). <<

[18] Misión de la India, edición de 1910, pág. 109. <<

[19] Misión de la India, edición de 1910, pág. 116. <<

[20] La Misión de la India ha sido nuevamente editada y puede encontrarse en casa Dorbon, 19, bulevar Haussmann, en París (IXº). <<

[1] Publicado bajo la dirección de Jules Larmina (París, Chacornac, 1889). <<

[2] Véase Jollivet-Castelot: La Révolution chimique et la transmutation des metaux (París, 1925). <<

[3] Sobre la historia de la alquimia, véase L’Alchimie, tradition et actualité (París, C.A.L., 1972). <<

[4] Indiquemos las reediciones recientes (1973) de El misterio de las catedrales y de Las moradas filosofales en J.-J. Pauvert, París. Publicadas también por Plaza & Janés. <<

[5] Para Fulcanelli, la cruz sobre cuyo modelo están construidas casi todas las iglesias es el jeroglífico alquímico del crisol, que se llamaba antaño cruzol, crucible o croiset (la misma raíz de cruz). <<

[6] Las moradas filosofales, libro primero, II. <<

[7] En alquimia, se llama «muerte» a la putrefacción de los mixtos (compuestos). Se distingue la «muerte absoluta» (pérdida definitiva de la forma) y la «muerte accidental» (pérdida de las escorias sin afectar al propio cuerpo). <<

[8] Actualmente de edad avanzada, Eugène Canseliet prosigue sus investigaciones en su propio laboratorio, en un pueblecito de L’Oise. <<

[9] El misterio de las catedrales, prefacio. <<

[10] Se trata de las reediciones de J.-J. Pauvert. <<

[11] Sin ninguna seguridad, se cree que Basilio Valentín, autor de numerosos tratados alquímicos, era monje de un convento de Erfurt, en Prusia. <<

[12] En esa época, ni las industrias del gas ni las de la electricidad estaban aún nacionalizadas. <<

[13] Se trata, por supuesto, de los dos grandes sabios a los que debemos el descubrimiento del radio (Premio Nobel 1903 y 1911). <<

[14] Se trataba, en realidad, del matrimonio Dujols. La mujer de Dujols estaba también apasionada por las ciencias tradicionales y organizaba «soirées» donde se reunían varios ocultistas de la época. <<

[15] L’Alchimie et son livre muet, introducción y comentarios por E. Canseliet (París, Pauvert, 1967), pág. 31. <<

[16] Sobre los trabajos de Schwaller de Lubicz, véase John Antony West y Jan Garthard Toonder: The Case for Astrology (Penguin Books, 1973). <<

[17] El seudónimo de «Filaleteo» fue tomado sucesivamente por dos alquimistas, a los que se confunde a menudo: Thomas Vaughan y George Starkey. <<

[18] L. Pauwels y J. Bergier: El retorno de los brujos (Plaza & Janés). <<

[19] E. Canseliet; prefacio a la segunda edición de El misterio de las catedrales (1957). <<

[1] La atribución a Newton del descubrimiento del cálculo diferencial puede ser discutida. En efecto, exactamente en la misma época el filósofo y matemático Leibniz (1646-1716) lo lograba también. <<

[2] The World of mathematics (Nueva York, «Simon and Schuster», 1956). <<

[3] Sobre Madame Blavatsky y las Estancias de Dzyan, véase Jacques Lantier: La Théosophie (París, C.A.L., 1970). <<

[4] Sobre la Golden Dawn, véase Magie rituelle et sociétés secrètes, por Francis King (París, Denoël, 1972). <<

[5] Jorge Luis Borges; Ficciones. <<

[6] Alejandría estaba dividida en dos barrios; el Brucchium donde se encontraban los palacios, y el Rhacotis donde estaba el Serapeum. <<

[7] Un diálogo importante de Platón, como Fedra o el Timeo, ocupa unas 90 páginas impresas aproximadamente. <<

[8] Edward Gibbon (1737-1794), historiador inglés al que se debe una monumental Historia de la decadencia y de la caída del Imperio romano. <<

[9] Véase Llorente: Historia de la Inquisición de España. <<

[10] Sobre la historia de la biblioteca de Herculano, véase Leo Devel: Le temps des écrits (París, Stock, 1965). <<

[11] El Fayum es un oasis del desierto libio situado en una profunda depresión, a unos 80 km al sudoeste de El Cairo. <<

[12] Sobre el asunto Shapira, véase de J. M. Allegro: The Shapira Affair (Nueva York, «Doubleday and Company», 1965). <<